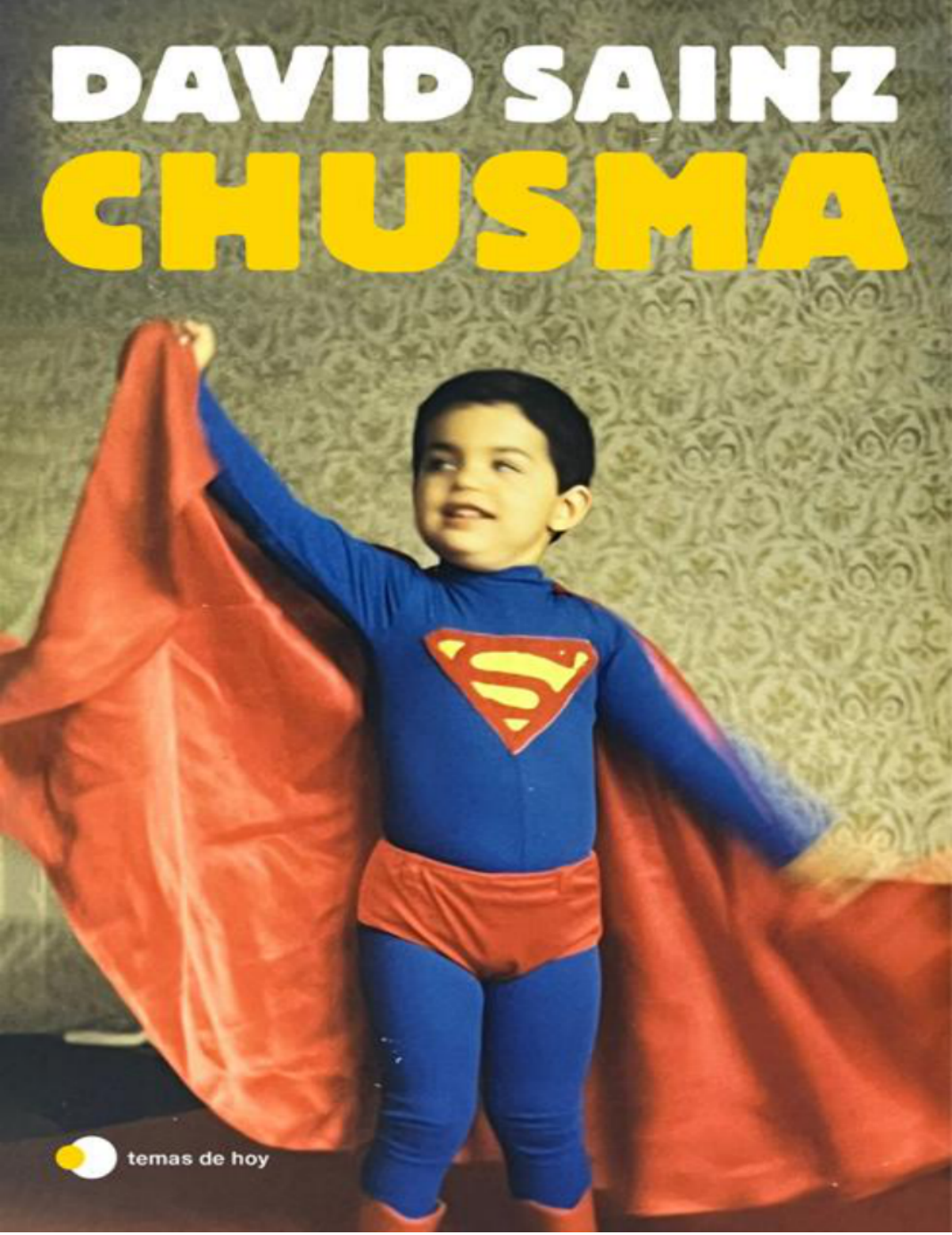
DAVID SAINZ

CHUSMA



temas de hoy

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
PLAY
Track 1. Toda una vida
Track 2. Blackbird
Track 3. With a Little Help From my Friends
Track 4. Te huelen los pies
Track 5. Insane in The Brain
Track 6. ¡Qué sonrisa tan rara!
Track 7. Más allá
Track 8. Oh Happy Day
Track 9. The Theme From Terminator 2
Track 10. If Love Is A Red Dress (Hang Me In Rags)
Track 11. Love Theme – Conan The Barbarian
Track 12. You Are Not Alone
Track 13. Danza de los 40 limones
Track 14. Changes
Track 15. High
Track 16. Blue
Track 17. Rayando el sol
Track 18. My Heart Will Go On
Track 19. Train
Track 20. Bad Boys
Track 21. Americana
Track 22. Salvation
Track 23. Ponle sabor
Track 24. Pájaros de barro
Track 25. All The Small Things

Track 26. Tender
Track 27. Learn To Fly
Track 28. It’s My Life
Track 29. If Only
Track 30. A la luz del Lorenzo
Track 31. Father and Son
Track 32. This Year’s Love
Track 33. Desconexión sideral
Track 34. No me llames iluso
Track 35. In My Life
Track 36. Gulere Gulere
Track 37. The Winner Takes It All
Track 38. Redemption Song
Track 39. Wake Up Alone
Track 40. À quai
Track 41. Psycho Killer
Track 42. Karma Police
Track 43. Banana Pancakes
Track 44. Uprising
Track 45. I’m Yours
Track 46. Our House
Track 47. Mi madre me dijo a mí
Láminas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

La historia más personal del cómico y guionista David Sainz, creador de la serie Malviviendo.

Genio precoz del audiovisual español, David Sainz convierte su infancia y juventud en mito en este libro sobre primeras veces. Bienvenido al vecindario que lo vio crecer, donde la enfermedad da paso a la timidez, la lealtad, el amor y la maldad. Donde crecer es un juego azaroso en el que tienes las de perder, y del que solo te salva una buena historia.

Chusma

David Sainz

A mi padre, el faro.
A mi madre, la tierra firme.
A mi hermana, el chaleco salvavidas.

Cada persona es un puzle
y las casualidades son las piezas que lo forman.

PLAY

Un sábado cualquiera del año 1979, José convenció a sus compañeros de piso para salir a tomar algo en la discoteca Jérôme, muy cerca de donde vivían. Eran cuatro veinteañeros militares de la península destinados en Gran Canaria, que apenas conocían gente fuera del cuartel.

Miguel y dos Vicentes completaban la pandilla aquella tarde. Como si se tratase de un chiste viejo, un gallego, un andaluz, un aragonés y un valenciano se encontraron mirando desde la barra a un puñado de insulares que bailaba en la pista. A José, que era el más desvergonzado del comando, le llamó la atención una chica curvilínea que destacaba entre la multitud y se acercó a probar suerte. Aquel tipo abierto y simpático de metro sesenta solía ser la punta de lanza que abría el camino al resto. La muchacha se llamaba Mary, nacida en Cuba y residente en Canarias desde los ocho años. Había salido con su amiga Pino y comentaron que tenían que volver a casa antes de las nueve. Cuando José supo que aquella misión iba a ser una dura contrarreloj, pidió refuerzos y comenzó su flirteo a toda velocidad con aquella chavala que le sacaba una cabeza. Por desgracia para él, Mary ya se había fijado en Miguel, el tímido sargento sevillano que le reía las gracias a su compañero y que no hubiera sido capaz de acercarse a hablar con ella en solitario. Si no hubieran destinado a José desde La Coruña a Las Palmas de Gran Canaria, si hubiera compartido su piso con otros, si no hubiese sido capaz de convencerlos para salir o si se hubiese fijado en cualquier otra de la discoteca, mis padres no se habrían conocido y yo no existiría.

Llegué al mundo sólo dos horas después de que acabase el día de los Inocentes del 83. Me libré por muy poco de que mi vida fuese una broma aún más evidente. Ese día, papá tenía justo diez años menos que yo cuando nació mi hija Julia. Hasta ese momento no me di cuenta de que mis padres, a los que de niño consideraba perfectos sabios y dioses todopoderosos, eran en realidad un par de chavales

apagando fuegos constantemente. Jóvenes humanos cometiendo errores mientras intentaban criarme en una época en la que se pensaba que un hilo rojo en la frente podía quitarle el hipo a un bebé o que meterle un tallo de romero con aceite por el culo lo ayudaba a evacuar.

Miguel, mi padre, era muy fan del tebeo *El capitán Trueno* y propuso llamarme Goliat, como su personaje favorito. Pero mi madre, supongo que haciendo una relación directa, terminó llamándome David. Pasé de poder llevar el nombre de un gigante bíblico al del pequeño muchacho que lo derrotó de una pedrada. Es curioso el sentido que hoy tiene esto, llamarme como un inesperado vencedor que, a simple vista, tenía pinta de ser aplastado por un pisotón.

Track 1

Toda una vida

Antonio Machín

Sé que para muchos la década de los ochenta fue colorida y llena de purpurina. Para mí fue beis. Siempre la he recordado así. El beis es como el gris de los tonos marrones, la perfecta definición de mi niñez.

Fui el primer hijo, nieto y sobrino de mi familia durante cuatro años. Es el único motivo por el que sé lo que se siente al ser destronado de la noche a la mañana.

Durante esa época, mi padre pasaba el día uniformado en su cuartel y mi madre vendía medias en El Corte Inglés, así que pasé mucho tiempo en casa de mis abuelos maternos, Eva y Luis.

Él era un hombre cariñoso y activo, jefe de capataces de carga y descarga en una famosa aerolínea. Un ejemplo de peón que escaló con esfuerzo y constancia hasta el puesto más alto de su departamento. Le corría la sangre por las venas a una velocidad endiablada, caminaba como si estuviese preparándose para una competición de marcha atlética. Hacía en un solo día lo que yo tardo dos semanas en hacer. Cuando era pequeño me recordaba a todos los señores sonrientes de pelo blanco que veía en la tele, como Miliki, Leslie Nielsen o Steve Martin. No heredé su energía ni sus ojos verdes, pero empecé a dibujar gracias a él. Cuando llegaba del trabajo, me traía los papeles donde estaban impresas las salidas y entradas de las que se había encargado durante esa jornada para que yo las garabatease por detrás.

Mi abuela era la persona más creativa de la familia. Cuando uno nace artista se nota sin que tenga que demostrarlo con obras. Su energía y la forma en la que hacía las cosas la delataban. Lo que la diferenciaba del resto era que aún conservaba la capacidad de jugar. De hecho, nunca la perdió. Años más tarde, se pasó todos los *Tomb*

Raider de la primera PlayStation. Empecé a vivir escuchando boleros en la pequeña radio que la acompañaba a todos lados, y respirando arroz, frijoles, congrí y picadillo de su cocina. Me entretenía entonando las canciones populares que aprendió en su Cuba natal. De ella heredé la fantasía, la curiosidad, el tempo tranquilo, la cadera ancha y el pelo fino. Cal y arena caribeña.

La tercera persona que vivía en esa casa era mi tío Julio, el más pequeño de los hermanos de mi madre. Aún no se había emancipado. Era un adolescente con las hormonas disparadas que no paraba de aprenderse canciones de Silvio Rodríguez a la guitarra para ligar tocando en la playa, haciéndose pasar por un bohemio sensible. Y lo conseguía. Las tardes en las que mis abuelos salían y me dejaban a su cargo, él aprovechaba para traerse una chica a casa y enrollarse con ella mientras me dejaba solo viendo películas en el salón. Por suerte para él, me encantaba. Ahí empecé sin saberlo a convertirme en lo que más me ha definido siempre: un espectador absoluto.

Me enamoré de aquella ventana mágica que era para mí la televisión. Incluso cuando sólo tenía dos canales para elegir qué ver, podía pasarme horas mirándola embobado, casi sin pestañear. El telediario nocturno, los wésterns que aprovechaba papá para echarse la siesta en los que aprendí a reconocer los extraños andares y las piernas arqueadas de John Wayne; los *thrillers* en los que mamá gritaba siempre la misma instrucción a la protagonista desde el sofá: «*Dale una patada en los huevos*»; los telefilmes del cantante Luis Miguel siendo un niño, e incluso *Cristal*, la telenovela en la que la protagonista sufría por el amor de Carlos Mata. Pero fue la sintonía de *Barrio Sésamo* lo primero que me hizo sentir mariposas en el estómago.

Mi padre me llevaba al cine cuando ni siquiera entendía el sentido de aquella pantalla tan grande. Recuerda que la primera película que vimos en el ya desaparecido Galaxy's fue *Bambi*, fue así como me estrené en una sala con la historia más dura y dramática de Disney. Me dijo que ese día hice que se arrepintiera de sentarse en medio de una fila porque tuvo que sacarme al baño cinco veces en la hora y media de metraje. Es curioso, porque la muerte de la madre de ese ciervo no me traumó tanto como la despedida de Dumbo o de Piecito de las suyas. No fue nada comparada con el caballo de Atreyu hundiéndose en aterradoras arenas movedizas, un miedo que

compartimos todos los nacidos en los ochenta; un villano natural recurrente en aquellos tiempos, que desapareció de repente, dejando a toda una generación mirando el suelo que pisaba.

Desde muy pequeño tendí a refugiarme en la ficción, aunque no la estuviese viendo. Me acuerdo de las tardes en las que mis abuelos quedaban con su grupo de amigos. Se me hacían eternas aquellas horas aburridas sin televisión en las que ellos se divertían jugando al bingo o al dominó. Me salvaba, como siempre, la misma imaginación desmedida que me condenó a ser un niño solitario. O tal vez ser un niño solitario hizo que la desarrollase. Sea como fuere, ambas cosas siempre han ido de la mano.

A mis padres siempre les decían que jamás habían visto un crío tan bueno y tranquilo. Me sentaban en algún sitio y me decían: «No te muevas, que ahora venimos», y así lo hacía. Me quedaba quieto, en silencio, mirando lo que fuera que tuviese delante atentamente e imaginándole capas al paisaje, añadiéndole magia a lo ordinario y convirtiéndome en el protagonista de mi fantasía. Esa imaginación también me llevaba a explorar jardines que convertía en junglas, playas que transformaba en desiertos o tiendas que en mi cabeza eran el escenario de una película de acción. Cuando mi madre me perdía de vista en los grandes almacenes donde trabajaba, sabía que me encontraría haciendo muecas delante de uno de los enormes espejos cercanos. Tenía mi propio mundo, del color y la forma que yo quería en todo momento. Y cada vez pasaba más tiempo allí.

Mi timidez enfermiza y las carencias sociales de las que ni siquiera era consciente, se hicieron evidentes durante mi etapa en la guardería. Recuerdo ver a una niña que siempre estaba sola. Cuando salíamos al patio me quedaba mirando extrañado cómo se aislaba, preguntándome por qué nunca hablaba con nadie. Luego miraba al grupo de niños que chillaban en los columpios y me parecía todavía más inquietante. Con el tiempo, volví accidentalmente a aquel recuerdo con la madurez necesaria para darme cuenta de un detalle importante. Mientras miraba a la solitaria y al resto de los compañeros con los que no se juntaba, yo también estaba solo. Era igual que ese bicho raro, no hice ningún amigo durante mi periplo en la escuela infantil. No se me ocurrió.

Una mañana nos dieron la ilustración de un flamenco para colorear. Odiaba esa actividad, nunca me gustó. Me resultaba

repetitivo y tedioso rellenar huecos en blanco con colores y la limitación de ese borde que debía respetar sin salirme. Aquel día decidí dibujar otro pájaro justo al lado del que ya estaba. Es algo que se me habría olvidado si no fuera porque la profesora pasó a mi lado, lo vio y me lo quitó rápidamente, sin decirme nada. Me dio miedo porque era consciente de haberla desobedecido. Me acuerdo de ver cómo se acercó a hablar con mi madre cuando vino a recogerme e imaginé que todo acabaría en una bronca. Pero no pasó nada. Años más tarde me enteré de que la profesora había quedado sorprendida e impresionada para bien con mi dibujo, ojalá lo hubiera sabido leer en su cara de susto.

Además fui un niño bastante enfermo y pasé mucho tiempo ingresado. Siempre que pienso en eso me pongo en el pellejo de mis padres y me entristece el miedo que pasaron por mi culpa. Problemas ocasionados por el asma, fuertes alergias o la púrpura me obligaron a pasar grandes temporadas en una habitación de hospital con un solo acompañante. Mi madre y mi abuela, que se turnaban durante el día, intentaban que no se les notase el miedo y que me tomara aquella experiencia como un juego, a lo Roberto Benigni en *La vida es bella*. Para un crío con una mente tan entrenada para colorearlo todo con fantasía, no les resultó difícil. Podía escuchar la divertida sintonía de Benny Hill mientras mi padre corría conmigo en brazos desde el coche a la puerta de la clínica, aunque no supiera qué responderme cuando le preguntaba adónde íbamos. Transformé en la nave X-Wing de Skywalker la camilla con ruedas en la que unos enfermeros me llevaban a toda velocidad por los pasillos del hospital.

A pesar de la dureza de la experiencia no tuve miedo porque no lo veía en el rostro de mis familiares, aunque estuviesen aterrorizados. Mi madre se escondía para que no la viese llorar de pánico y forzaba una sonrisa que me aportase la sensación de estar a salvo que necesitaba. Me sentía seguro porque nunca estuve solo. Mi padre pasaba las noches en vela mirándome dormir, escuchando si notaba algo raro en mi respiración para llamar a una enfermera. Cuando mi abuela tenía que salir de la habitación durante las labores de limpieza, dejaba la puerta abierta y se quedaba en una zona del pasillo en la que pudiese verla. Incluso cuando me llevaban a un quirófano en el que no se permitía la entrada de acompañantes, mi tío Luis aprovechaba sus privilegios como médico para estar a mi lado y que

yo siempre encontrase un rostro conocido entre todos aquellos sanitarios.

Mi delicada salud hizo que todos se volcaran en cuidarme y sobreprotegerme, haciéndome inevitablemente un crío temeroso. Supongo que eso y que apenas me relacionase con otros críos, interrumpió el desarrollo de mi picardía y me convirtió en un espectador crónico, de la pantalla y de la vida; amante de las películas en las que deseaba estar aunque me diera cuenta pronto de que nunca sería un héroe de acción, un galán de culebrón o John Wayne.

Yo había nacido para ser un extra sin frase en el fondo de una escena, pero pensaba que ese figurante también podía ser el protagonista de su propia historia. Aunque fuese la historia aburrida y beis de un perdedor. Ya me encargaría de imaginarle música, efectos especiales, una damisela en apuros, un fiel compañero afroamericano que soltara comentarios graciosos, un perro parlante y alguna victoria aislada. Por desgracia, el mundo al que me enfrentaba hacía que no tuviese que inventarme villanos. Aunque estaba aún en los créditos iniciales, era inevitable soñar con algún *plot twist*.

Track 2

Blackbird

The Beatles

El barrio en el que crecí era un vecindario de gente tranquila rodeado de los más conflictivos de la ciudad. Como un oasis en medio de un vertedero al que el viento arrastraba basura.

Junto a un viejo cuartel de paracaidistas que hoy en día es un parque, habían construido unos bloques bajos de pequeños pisos para familias de jóvenes militares. Eso hacía que la mayoría de los que vivíamos allí tuviésemos padres peninsulares. Había una gran explanada alquitranada común que se utilizaba como cancha y aparcamiento en medio de ocho bloques, y otra anexa donde había cuatro más y un jardín. Nosotros los llamábamos «patio *d'adelante*» y «patio *d'atrás*». Largos y estrechos callejones de tierra sin salida rodeaban nuestros edificios. Eran el escondite perfecto para los heroinómanos que querían consumir tranquilos mientras nosotros los espiábamos desde las ventanas traseras. Los recuerdo plagados de jeringuillas usadas que tenía que esquivar cuando corría por ellos saltándome la prohibición de mis padres. Eran los ochenta, el caballo estaba de moda y la mayoría de los yonquis de la isla eran mis vecinos.

Vivía en el tercero izquierda del bloque H, en la parte delantera del pabellón. Mi madre no me dejaba ir al patio *d'atrás* porque no podía verme desde la ventana y porque era la zona más peligrosa del barrio. El muro que rodeaba el complejo de edificios donde vivía tenía dos puertas por las que acceder; una delantera para vehículos, que daba a la carretera, y otra peatonal trasera que llevaba al mismísimo infierno. El lugar más conflictivo del archipiélago durante aquellos años estaba a sólo esa entrada de distancia de nosotros. Por ahí

accedían a nuestro mundo los monstruos de los que nuestros padres tenían miedo y de los que nos advertían concienzudamente.

A veces, esos monstruos utilizaban nuestro vecindario como atajo para llegar de la carretera a sus casas. Los niños que los veíamos pasar nos alejábamos de su camino y aguantábamos la respiración hasta que desaparecían de nuevo. Pero éramos críos, así que también nos asomábamos a los callejones a ver cómo se pinchaban. A uno de los más temidos que andaba a menudo por delante de nuestros pisos le decían «el Huevo», era un gigante ligeramente discapacitado. Los niños nos metíamos en nuestros bloques y, escondidos tras las ventanas del portal, le gritábamos: «¡Huevo! ¡Huevo frito! ¡Huevo, marihuanao!». Él no sabía de dónde llegaban todas esas voces agudas y se giraba nervioso insultando y amenazando al aire. Eran cortometrajes de terror costumbrista.

Allí, ser un buen chico inocente te convertía en presa fácil. Yo era como una cría gorda de conejito ciego al que no le funcionaban las patas traseras. Mi casa y mi familia eran mi único refugio de la inhóspita jungla que había fuera. Me alegro de que fuera así y no al revés.

De pequeño no terminé de encajar con el resto de los niños. El problema principal era que no se me daba bien el fútbol. En aquellos tiempos, ser un estorbo jugando al deporte que los chicos estaban todo el día practicando constituía una razón de peso para aislar a cualquiera.

No sólo me pasaba en el barrio, también en el colegio. Me acostumbré a ser el último en ser escogido cuando se repartían los equipos. Dos niños salían como capitanes electores para formar los dos grupos que se enfrentarían en la cancha. Con toda la clase delante, iban eligiendo en orden; primero uno y después el otro a los integrantes de sus equipos. Empezaban intentando llevarse a los mejores y acababan intentando quedarse con los menos malos. Yo siempre llegaba solo al final. No me elegían, simplemente me iba al equipo del que no se había quedado con el penúltimo. Lo entendía y tampoco es que tuviese muchas ganas de jugar, así que me daba igual.

Con el tiempo, creo que me vino bien ser la última opción de los que elegían jugadores en el patio del colegio. Eso me ha dado la capacidad de digerir muy bien los fracasos y valorar los éxitos como tesoros difíciles de encontrar. Ninguno de aquellos chicos ha acabado

siendo futbolista profesional, ni siquiera los mejores. Sus victorias fueron aquellas, durante la niñez. Demasiado pronto para que no les doliera el destino final. No estaban tan preparados para el bofetón que les iba a dar la realidad como yo, que, con mi cara curtida, sabía que cualquier cosa sería mejor que aquello.

Siempre pienso que es algo que debe pasarle mucho a la gente guapa. Esos que, sin méritos, por una casualidad genética nacen bellos. Hay algunos que se conforman con esa bendición y no desarrollan ningún otro talento porque piensan que no les hace falta. No son conscientes de que tienen fecha de caducidad. Empiezan pasándose el videojuego de la vida en modo fácil, pero, a diferencia del resto, van perdiendo habilidades cuantas más fases pasan. Al llegar al monstruo final, los años han vaciado su barrita de poder y la derrota es irremediable. Es mucho más llevadero envejecer con una cara como la mía que con una de modelo. Por eso muchos se petan de bótox cuando se les empieza a derretir el rostro y se convierten en muñecos de un museo de cera barato, intentando mantener la belleza que perdieron. Que se jodan.

Hay que reconocer que es bastante duro empezar este videojuego en modo pesadilla, pero es la mejor manera de aprender a jugar. Las siguientes fases resultaron más fáciles.

Estudié en un colegio militar que terminó siendo público: el Santa Bárbara. Íbamos todos uniformados: zapatos marrones, calcetines marrones, pantalón o falda marrón, polo beis y jersey marrón. Cada mañana, cuando formábamos filas para entrar de manera ordenada y marcial a clase, parecíamos un dibujo geométrico hecho con mojoncitos de todos los tamaños. Hace poco vi un documental sobre cárceles del mundo y, en una de Estados Unidos, vestían a los presos de rosa porque pensaban que eso les hacía mella en el carácter. Como si al vestirlos de ese color perdiesen instintivamente maldad y se sintieran inofensivos helados de chicle. En ese momento pensé que la elección del color marrón para nuestro uniforme era para crearnos esa sensación inconsciente de ser pedacitos de mierda. En mi caso, algo de trauma dejó, porque no utilizo prendas marrones desde que terminé octavo de EGB.

Recuerdo lo rápido que se me apagó la ilusión mi primer día en preescolar. Hice el camino hasta allí emocionado, con mi trajecito marrón y mis ganas de ver los créditos iniciales de aquella nueva

película. Me gustó que mi profesora Nereyda me hablara como a un pequeño adulto aunque nos diera afilados punzones para hacer trabajos en clase. Pasé toda aquella etapa esperando asistir a un apuñalamiento infantil, sobre todo teniendo en cuenta la panda de salvajes que había en esa aula. Siempre me acuerdo de lo que me asustaba Daniel Alcaraz. Odiaba a aquel psicópata que no paraba de molestarnos a todos. Ahora tiene nombre lo que le pasaba: trastorno por déficit de atención e hiperactividad. Sin embargo, para mí, en aquellos tiempos, era sólo un gilipollas. Aunque tampoco es que yo fuese un lumbreras.

Un día, como era habitual, andaba solo por el patio durante el recreo y me acerqué a unos chicos de mi edad que jugaban al baloncesto. Oliver Ruiz me dijo que tenía un chicle pegado en el pantalón del uniforme. Sin comprobarlo contesté un seguro «ya lo sé» y me fui. Solía impostar esa fortaleza falsa, huía hacia delante como mecanismo de defensa para esconder mi debilidad tras un disfraz de falso pasota. Cuando estuve solo, me miré la rodilla y allí estaba. Verde y brillante, un redondel pegajoso cubriendo casi toda la zona de la rótula y un hilito que se extendía hasta la mitad de mi espinilla. Pasé las horas que quedaban de clase fingiendo que me daba igual, casi que lo había pegado yo mismo ahí, adrede. Pero en realidad estaba destrozado. No dejaba de pensar en aquella desgracia, en que parecía un idiota y en la reacción de mi pobre madre al verlo.

Mantuve la pose lo que pude, incluso cuando me dirigía al autobús contratado por el colegio que siempre me llevaba a casa: la guagua blanca. Entonces vi a mi madre a lo lejos. No era habitual que viniese ella a recogerme, pero aquel día apareció allí por sorpresa. Mi reacción la dejó tan descolocada como a la monitora que se encargaba de llevarnos a casa. Salí corriendo hacia ella, llorando, hasta abrazarla. Nadie entendía aquella repentina escena de drama coreano hasta que en mi llanto introduje repetidas veces las palabras «el chicle». Mamá me dijo que no pasaba nada, que no me preocupase, pero llevaba demasiado tiempo con aquella angustia retenida en mi pecho y ahora era imposible detener el tsunami de sentimientos. Ya en el coche, algo más calmado, le pregunté si podía seguir llorando. Ella me dijo que sí, y en plena bocanada de aire, justo antes de volver a soltar mi lamento, me dijo: «Pero no digas “el chicle”». Y entonces no lloré más. Me cortó el rollo de cuajo saber que no podía seguir

quejándome al aire de mi desgracia concreta.

Estuve esos cursos apuntado al comedor del colegio y era donde peor lo pasaba. Justo antes de entrar al aula donde se servía el almuerzo, esperábamos en un pasillo chicos y chicas de todas las edades. Era uno de los pocos contactos que tenía con alumnos de cursos superiores. Allí, un par de chavales bastante mayores que yo, me hacían el *bullying* más pasivo de la historia. Se acercaban a mí, con las manos en posición de garras, y repetían: «El lobo». Sólo eso. Me aterraba tanto ver a esos dos tarugos enormes hacérmelo cada día que terminé por encerrarme en el baño hasta que nos llamaban para comer. Y cuando por fin estaba delante del plato, se me quitaba el hambre. Nunca tuve problemas con la comida, siempre y cuando fuera comestible. El menú era un poco carcelario, había una bandeja que se dividía en tres platos: primero, segundo y postre. Los segundos a veces estaban bien y el postre era como un premio, pero el primero siempre era un asqueroso y denso puré de algo. Un día descubrimos que, si deslizabas la mano por la cabeza sobre el plato, se te caía el pelo. El característico pestazo a ese cáterin escolar sigue perfumando mis pesadillas.

Aquellos dos años fueron el prólogo perfecto de lo que sería el resto de mi primera etapa escolar. Era el chico solitario y tímido que hablaba poco y bajito. Había niños más raros que yo, pero la líder de la clase, Paloma, me odiaba sin motivo; supongo que no le gustaba mi cara. Era mi antítesis: habladora, activa, ocurrente y carismática. Todos la querían y deseaban estar cerca de ella, incluso yo. Caerle mal me condenó a estar aparte y ni siquiera era culpa mía. Su rechazo me hizo odiarla y me llevó a cometer un delito con la única motivación de devolverle un poco del daño que me hacía. Una mañana, con una habilidad que nadie esperaba que tuviese, le robé de su mochila su querido pequeño poni favorito. Verla llorar por su juguete sustraído me dio menos segundos de satisfacción de los que esperaba y un enorme sentimiento de culpa. No era un profesional del crimen, no calculé demasiado bien el golpe. Lo di demasiado temprano, con el tiempo suficiente por delante como para que ella fuese consciente de la desaparición, se ordenase una búsqueda y se encontrasen culpables. Así que, con disimulo, tiré el poni lejos de mi pupitre e interpreté a un héroe que lo encontraba pensando que me ganaría por fin la simpatía de Paloma. Pero salió todo mal. Cuando se lo entregué imaginándome

a mí mismo vestido con una capa agitándose al viento, ella me miró con odio y me dijo: «Ladrón». Mi escasa popularidad cayó en picado después de eso, atravesó el fondo en el que ya estaba.

Por suerte la ruina me dio una tregua aquel diciembre, cuando la profesora Nereyda nos mandó hacer un dibujo navideño para convertirlo en parte de una exposición que colgarían en clase. A esas alturas, ya era un marginado sin esperanzas de dejar de serlo, pero de repente ocurrió algo mágico. Mientras dibujaba a la Virgen María y san José delante de un buey y una mula, noté que mis compañeros se iban acercando a mi mesa para asomarse a mi portal de Belén. Sin levantar la vista del papel, empecé a escuchar sus palabras de asombro y admiración. Hasta ese momento no fui consciente de que dibujaba mejor que el resto y fue increíble sentirme por encima de otros por una vez. Estaba tan acostumbrado a perder que aquel éxito me llenó de una felicidad explosiva. La única que no se acercó a mi dibujo fue Paloma, que miraba dolida y desde lejos cómo el paria le robaba el protagonismo, aunque sólo fueran diez minutos.

Al día siguiente volvieron a elegirme el último para jugar al fútbol, la chica popular siguió despreciándome y Daniel Alcaraz tiró mi silla al suelo antes de que me sentase, pero ya no me sentía tan perdedor, porque dibujaba mejor que todos los demás y la certeza de no ser el peor fue suficiente para refrigerar un poco aquel infierno.

Track 3

With a Little Help From my Friends

Joe Cocker

A unos meses de cumplir cuatro años, nació mi hermana Esther. Mi entorno familiar, el único donde gozaba de un indiscutible protagonismo, no pudo evitar centrar toda su atención en la recién llegada. Nunca sentí que me hubiera robado, sabía que tarde o temprano perdería ese trono y entendí que debía protegerla. Tengo que reconocer que me lo puso difícil desde el primer momento. No sólo aparecía para desplazarme, también para hacer más evidentes mis defectos. El más representativo fue la maldita letra erre que yo no era capaz de decir. No me salía, la pronunciaba con la garganta, como se suele hacer al imitar desde la parodia el acento francés. La maldita Esther, recién nacida, lloraba con una erre infinita. Su llanto era una larga erre clarísima. Por suerte, el tiempo fue convirtiendo a aquella rival en aliada.

Casi seis años más tarde, harto de logopedas inútiles y de que la gente me diera el mismo consejo para poder articular la maldita erre, «pon la lengua aquí», mi tío Jesús añadió una instrucción más: «Pon la lengua aquí y sopla». Entonces apareció esa estúpida letra y me pegué los siguientes seis meses demostrando que ya no tenía esa carencia, aunque tuviese que soltar sin que nadie me preguntase: «El perro de san Roque no tiene rabo porque Ramón Rodríguez se lo ha cortado». Recuerdo que el primer día de clase, Antonio Morín, un compañero guasón del colegio, me retó a decir *perro* para reírse de mí y le solté el *perro* con más erres de la historia. Creo que se fue aburrido antes de que llegase a la letra O.

Mientras, en el barrio, los niños íbamos creciendo e intimando.

Allí los juegos en la calle iban por temporadas. Algo concreto se ponía de moda durante unos días y todos nos dedicábamos a eso hasta la siguiente tendencia. De repente bajábamos con nuestras bicis hasta que nos aburríamos de pedalear, luego los boliches, el baloncesto, el trompo o el escondite. A veces jugábamos a algo parecido al béisbol con una raqueta en vez de con un bate, y otras al mítico cuadrado loco, que era como un pillapilla con un recorrido acotado a la acera de un aljibe que había en el patio *d'atrás*.

Aun así, un porcentaje alto y fijo del tiempo se dedicaba al fútbol. La mayoría de los que jugaban lo hacían muy bien, no obstante había cuatro que destacaban por encima del resto. Juan el Banana, unos años mayor que yo y quien con seguridad podría haber llegado a ser profesional si lo hubiese intentado. Albertito, que era como un mini-Juan, unos años más pequeño, y con una calidad que lo hacía brillar. Carlos el Chino, que no paraba mucho por el barrio, que estaba federado en un equipo competente y cuando tocaba un balón era como ver a Romario dejando petrificado a sus contrincantes. Y Eli, ella tenía más magia en sus botas que el resto, jugaba como Juan, pero tiraba más fuerte y tenía la mente mucho más fría. Crecí viéndola machacar a los demás, supongo que por eso nunca he considerado el fútbol un deporte de hombres. Este cuarteto tuvo hijos antes de cumplir los veinte años y eso los alejó de las porterías.

Cuando alguien sacaba un balón, tenía tres opciones: o hacía el ridículo intentando estar a la altura del resto de los futbolistas o me quedaba jugando solo o me unía a la pandilla femenina a la que tampoco le interesaba ese deporte. Así que me junté con ellas, un grupo despiadado liderado por la mayor, otro peso pesado del barrio: Moneiba. Era bastante imaginativa a la hora de plantear qué hacer cada tarde. A diferencia de los chavales, que podían estar horas dando patadas a una pelota, ellas variaban de actividad constantemente y era muy estimulante esa novedad continua. Preparaban divertidas yincanas, construían casetas aprovechando la basura de los callejones o inventaban un concurso de pruebas y preguntas de lo más televisivo. Además, siempre que respetases a la autoritaria jefa, estaban abiertas a propuestas. Aprendí mucho como único representante masculino de aquel grupo que iba dos pasos por delante de los futbolistas y que nunca me trató como a alguien diferente.

Yo tenía la piel más oscura de todos los vecinos, así que cuando

empezaron a repartir los motes me quedé con uno de los clásicos: «el Negro», aunque también con todas sus variaciones posibles de los ochenta: conguito, africano, carbón, betún, Edimurfi o Phoskito. No es que me gustase, pero me aliviaba no ser el Bizco, el Orejas o el Baboso.

Como no se me daba bien integrarme en grupos y ser uno más de la pandilla titular, siempre fui niño de un solo amigo. No siempre era el mismo y nunca se me juntaron dos, uno no entraba al campo si otro no salía. Así convirtieron aquella etapa en episodios independientes de una antología y pasaron por mi vida como maestros que me daban importantes lecciones, a veces desde el amor y otras desde el dolor.

En primero de EGB me convertí en inseparable de Juan Cañete. Era el típico niño guapo y popular que en una película americana hubiera estado destinado a ser *quarterback*. No entiendo cómo sucedió, imagino que fue el único que se paró a escucharme y descubrió que mis tonterías le hacían gracia. Aparte de eso, supongo que le gustaba tener un Sancho Panza que no le robase brillo. Juan se convirtió en una poderosa armadura que hizo más llevadera mi primera etapa fuera de preescolar. Pasé de ser el gordito moreno e inquietante al «colega de Cañete». Así como yo asumí muy pronto mi rol como figurante sin frase en la vida, él tenía claro que era un evidente y heroico protagonista. Rubio, carismático, goleador y justiciero, dispuesto a entrar en cualquier conflicto para que el bien prevaleciese. Creo que, de alguna manera, fue responsable de que me abriese más al resto de los niños y comprender que en esa horda de enemigos de la que siempre me escondía podía encontrar también aliados. Por desgracia, Juan se fue del Santa Bárbara en tercero y, como pasa con los amigos que sólo ves en el colegio, desapareció de mi vida para siempre.

Justo después llegó a clase José Manuel Beltrán y durante un tiempo fuimos inseparables en los recreos. Era pequeño, pero era un atleta, saltador de trampolín federado, se podía rallar queso en su abdomen. Teníamos un sentido del humor muy diferente y sin embargo compatible. Hablaba como un jubilado obsesionado con el deporte encerrado en el cuerpo de un crío. Le llamaban «el Pata», que era una abreviatura de su mote completo: Pata Loca. Se lo pusieron porque jugando al fútbol era caótico e imprevisible, dando patadas aleatorias al balón que casi nunca tenían sentido alguno. No jugaba

bien, pero siempre jugaba. Le daba igual lo que dijeran; si le gustaba algo, lo hacía sin pensar en lo que los demás pudieran comentar. No era popular y eso se la sudaba muchísimo, nunca lo necesitó, de hecho, creo que le parecía una pérdida de tiempo. Se conformaba con ser feliz en su pequeña parcela y me enseñó a valorar mi pedazo de tierra. Supongo que, como cualquier deportista de élite, sabía que convenía guardar energías para cuando de verdad tocara competir.

Sin embargo a Mario, mi primer amigo, no lo conocí en el colegio. Su madre siempre comentaba que nos conocimos cuando ambos íbamos en tacataca. Era otro marginado como yo, otro paquete futbolístico, otra explosión de imaginación infinita. También tenía su propio universo, aunque pasaba más tiempo allí que yo en el mío. Con él descubrí que los mundos imaginarios son como la droga: es placentero y seguro esconderse dentro, pero, si no vuelves a tiempo, hay algo de ti que se queda en ese allí para siempre. Mario era un chico brillante, pero a veces le costaba distinguir la fantasía de la realidad. Hubo momentos duros en su vida en los que la gente lo tomó por un pirado, pero yo estuve siempre con él y él conmigo. Podía haberlo aprovechado para que la gente me viese menos bicho raro al compararnos, pero tendía sin pensar a protegerlo de la maldad de los villanos que se llamaban a sí mismos «normales».

Por ejemplo, nunca pude estar a la vez con Mario y Alberto Machín, el Compota, que era mi vecino de la puerta de enfrente en el tercero de mi bloque. Tenía unos años más que yo, así que más que su amigo era un poco su mascota. No era un chico muy imaginativo, pero era ocurrente. Cuando no jugaba al fútbol con el resto, pasábamos el rato inventando otros deportes en los que evidentemente yo perdía con entereza y alegría ante mi admirado *senséi*. A diferencia de mis otros colegas, él tenía un evidente y moderado grado de malicia. Me aliviaba ser compinche y no presa, aunque no me divirtiese demasiado. Sin embargo, creo que aprender de su picaresca me preparó un poco más para percibir con más claridad la del resto. Cuando su abuela nonagenaria de espalda ancha vestida de negro, que me daba miedo pero me trataba bien y me hacía sentir amigo de las brujas, no estaba pegada a su televisión, pasábamos la tarde viendo uno de los tres únicos VHS que tenían allí. El *King Kong* de 1933, que me parecía una maravilla de los efectos especiales; *Cobra,* de Stallone, que empezaba con una pistola disparando directa a cámara y nosotros

hacíamos como si esa bala nos impactase, tumbándonos violentamente en el sofá; y, por último, *El señor de las bestias*, con su obligatoria escena agobiante en arenas movedizas. Nuestra amistad se enfrió cuando él empezó a dejar de ser niño y se apagó cuando se mudó al pueblo de sus padres.

Y justo cuando Alberto se fue conocí a otra vecina. Era de mi edad y se llamaba Beatriz. Lo mejor de ella es que era tan íntima mía como de mi hermana, así que prácticamente vivía en mi casa. Pasábamos tanto tiempo juntos que el resto de los chicos asumían que éramos novios y tarareaban la marcha nupcial cuando pasábamos por delante. Pero no. Aparte de que éramos muy pequeños y que para mí la única diferencia entre niños y niñas era el pelo largo, nunca fuimos más que colegas íntimos, como lo fui de Juan o Alberto. Aunque a veces aquellas burlas románticas nos hacían sentir incómodos, nunca dejamos de tener una pura relación fraternal. Bea era divertida y complementaba mis tonterías con más capacidad de adaptación que inventiva. Formaba parte de mi vida de una manera tan intensa que a veces olvidaba que había otra persona conmigo (de hecho es la única que ha visto cómo me comía un moco). Era como un dibujo animado porque siempre iba vestida igual: con un peto verde. Nunca fui consciente de que fuese algo extraño hasta que Moneiba se metió con ella por eso. Nadie en mi barrio era muy pudiente, pero el número de hermanos y la posición que ocupabas en casa tenían consecuencias de ese estilo. Me dio mucha pena despedirme de ella cuando destinaron a su padre a otra isla. Creo que eso fue lo más importante que me enseñó, la última lección, que no fue tan evidente con los anteriores: incluso lo que parece que va a ser para siempre se termina alguna vez.

Como los conflictos bélicos, los descubrimientos o las revoluciones industriales que marcan el cambio de edad en la historia del mundo, el principio de mi relación con Pepe Bastida, el Cabeza, fue un choque violento y lleno de odio nacido de un malentendido.

Todo empezó por un dibujo de Oliver Atom que me había currado mucho. Estuve hasta tarde borrando y perfeccionando cada trazo y la complicada postura previa a su mítico tiro con efecto. Animado por el único talento que se me aplaudía allí, lo llevé a clase y lo colgué orgulloso en el corcho donde todos podíamos exponer nuestros trabajos. Aquel dibujo levantó algunas pasiones, pero también odios en el flanco enemigo, y recuerdo que, volviendo de un

recreo, me lo encontré un poco agujereado. Me entristeció ver que la habían tomado con una obra a la que le había puesto tantas ganas, porque ni siquiera tenía la capacidad de alegrarme por ser envidiado. En un momento dado, no recuerdo cómo, pillé al responsable con las manos en la masa. Pepe el Compresa era la mano derecha de mi némesis Paloma en clase, su perrito faldero, y estaba borracho de necesidad de agradar a su ama. Lo descubrí riéndose y apuñalando con un punzón la entrepierna del capitán del New Team. En el acto mi colega Juan Cañete se lo reprochó, pero ya la herida estaba hecha, en el pene del Oliver dibujado y en mi orgullo de ilustrador.

Ese mismo día, con la ayuda de Alberto el Compota, planeamos una venganza contra el destructor de dibujos. Le escribimos una declaración romántica y anónima para que se emocionase antes de romperle el corazón diciéndole que era todo mentira. Yo tenía la carta en el bolsillo a última hora en el barrio y la mala suerte hizo que Moneiba me la quitara y la leyese en voz alta delante de todos los chicos que estábamos allí. Empezaba con un clásico: «Querido Pepe: ...». Era incapaz de arrebatarle la hoja de las manos a una chica medio metro más alta que yo, así que decidí esperar a que terminase para explicar de qué se trataba. Pero, a mitad de página, una contundente torta de alguien que estaba a mi espalda impactó con dureza en mi oreja derecha y parte de la cara. Me giré rápido y desorientado para enfrentarme al culpable y me encontré a Pepe Bastida enfadadísimo, sintiéndose muy ultrajado por aquellas palabras que no iban dirigidas a él. Le di dos patadas en la espalda que apenas le hicieron mella y me fui aguantándome el llanto hasta que entré a mi portal.

Al llegar a casa llorando, les dije a mis padres que un niño me había pegado. Antes de que les diera tiempo a preguntarme el porqué, Pepe tocó a mi puerta. Entró a pedirme perdón, por lo visto el Compota le había obligado a hacerlo. Ni siquiera lo miré a la cara, pero, cuando se marchó después de su disculpa, mi padre, sorprendido, me preguntó si ese enano era el que me había hecho llorar. Pude haberle dicho que me había agredido por la espalda y a traición, pero no dije nada. Sentí que no sólo había quedado en ridículo en la calle y me había llevado una torta que todavía me pitaba en el oído, además había decepcionado a mi progenitor cuando vio el tamaño del responsable.

Por muchas veces que pasara, no me acostumbraba a defraudar al

atleta que veía cómo su hijo fracasaba en los deportes, al hombre pragmático que intentaba entender al crío soñador, a la calculadora que no podía sumarle nada al bote de acuarela. Nos dominaban hemisferios contrarios del cerebro y pasó mucho tiempo hasta que ambos entendimos que eso nos convertía en dos especies diferentes.

Poco tiempo después de aquella violenta presentación, Pepe y yo nos hicimos tan inseparables que cuando la gente nos encontraba solos nos preguntaba por el otro. Éramos prácticamente iguales, con el sentido del humor gemelo. Me di cuenta de lo importante que era reírse de las mismas cosas para sentir que uno ha encontrado la mitad que le faltaba. Muchas de las aventuras del final de mi niñez y mi adolescencia son a su lado; en una relación donde no había actor principal y secundario, sino un coprotagonismo continuo y complementario. Tenía la imaginación suficiente y me sentía más cómodo jugando al fútbol si estaba él también. Sentí que, de alguna forma, estábamos destinados a encontrarnos porque a partir de ese momento no volví a tener la sensación de estar solo. Además, con él desarrollé mi don más agresivo, el arma para atacar en defensa propia que siempre tuve, pero que Pepe desenfundó: las palabras hirientes. Y esa amistad fue para siempre, de hecho, es el padrino de mi hija.

Track 4

Te huelen los pies

Emilio Aragón

No fui un estudiante modelo. Aprobaba con lo justo, sin llamar la atención. Y no era porque me resultara difícil, era porque me aburría. En medio de cualquier explicación, desconectaba y me paseaba por ese mundo propio donde todo era mejor. A mi madre le decían que era listo, pero muy despistado, que me distraía con una mosca. Pero es que las moscas que se cruzaban por delante de mis ojos eran mucho más interesantes que la señorita Élida, la vieja profesora cubana que me impartió todas las asignaturas hasta quinto de Primaria. Tenía pinta de señora adorable, aunque podía ser muy despiadada también; imagino que su educación en una dictadura comunista caribeña la hacía darnos lecciones entre la dulzura y la dureza, pasando del Dr. Jekyll a Mr. Hyde en cuestión de milésimas de segundo. En España, los castigos físicos y psicológicos en las escuelas se prohibieron el año 1987, pero los maestros cercanos a la jubilación no terminaron de adaptarse al cambio del todo. Ella, a veces, nos levantaba de la silla tirándonos del pelo de la patilla o de la nuca cuando se enfadaba. Aunque pienso que en el fondo me tenía cariño por ser hijo de cubana, estoy seguro de que creía que era medio tonto. No era demasiado imparcial, tenía sus favoritas de clase como Ana María o Cristina Girón, alumnas que lloraban si sólo sacaban un nueve en un examen, pero tampoco era una villana. Era como un coche antiguo que brilló en su momento, pero que el tiempo dejó como un cacharro desactualizado y que contaminaba demasiado.

Había niños que aún en preescolar se orinaban encima. Todos llevábamos una muda extra por si acaso que yo nunca utilicé. Sin embargo, siendo más mayor, en primero, llegué a clase con la vejiga a

punto de reventar, haciendo un esfuerzo titánico de contención a las nueve de la mañana. Me acerqué a la señorita Élida a pedirle permiso para ir al baño, pero estaba hablando con la señorita de la otra clase paralela, del grupo A: la señorita Teresa, más joven y con unas encías enormes. No me hacían caso, seguían a lo suyo, chismorreando animadas, contándose el fin de semana. Yo, que era pura educación y respeto, esperaba que en algún momento me hiciera caso y me permitiese el esprín al lavabo que necesitaba, pero no pasó. Mis músculos cedieron y terminé con un charco tibio bajo mis pies. Cuando se giró y me vio ya era demasiado tarde. Encima me abroncó y me hizo sentir estúpido por esperar su beneplácito. Era un niño tan educado que preferí mearme encima a tomarme una libertad como aquella.

Otro día del mismo año llegué con prisa al baño en un recreo y aún tenía todo mi indomable prepucio. No tiré pellejo para atrás y aquello salió como una manguera que baila caótica por la presión del agua. Recuerdo que salí del lavabo llorando, frustrado por lo que me había pasado, y unas chicas de octavo me vieron. Por algún motivo, forzaron un instinto maternal en grupo y se preocuparon al verme. Decían cosas como «echará de menos a su madre». Entonces, una de ellas, con gafas, se dio cuenta de que llevaba la bragueta abierta y, muy responsable, demostrando madurez e iniciativa ante el resto, se dispuso a cerrarla. Al tocarlo se dio cuenta de que estaba mojado. Se apartó deprisa diciendo: «Uy, se ha meado», a lo que solté la única frase inteligible en medio de mi llanto: «Pues claro, por eso lloro». Ese día aprendí a asegurarme de no volver a sufrir el efecto prepucio loco, y supongo que esa muchacha, a que no debería tocar braguetas sin permiso.

El colegio seguía resultándome un territorio hostil, aunque un poco menos cada curso. Me gustaba fantasear con una semana lectiva de dos días y un fin de semana de cinco. Fui mejor en letras que en números desde el principio, se me daban fatal los idiomas y odiaba el dibujo técnico, porque era como si a mi asignatura preferida le metieran matemáticas. Aquellos cinco primeros años de Educación Física tuvimos el profesor con menos ganas de aguantar niños que había visto en mi vida. Cuando llegaba la hora, nos daba un balón y se quedaba cuarenta minutos fumando y mirándonos de vez en cuando por si alguno se abría la cabeza. Yo evitaba jugar al fútbol, por eso

durante aquella época me iba con las niñas a jugar al balón prisionero. Me parecía mucho más divertido y no sentía la presión de ser el peor sino de ser el único.

De todas formas, mi momento preferido era cuando sonaba la sirena que anunciaba el final de la jornada. Nunca llamé la atención, para bien y para mal. Casi ningún niño que no estuviera en mi clase sabía de mi existencia, pero también estaba fuera del radar de don Agustín, el jefe de estudios y encargado de castigarte si te veía con el jersey atado a la cintura o llevabas el chándal de gimnasia un día que no tocase. Aun así, antes de llegar a casa, quedaba el viaje en la guagua blanca con la señorita Pino controlándonos. Ella elegía los sitios que ocupaba cada alumno, no sé muy bien con qué criterio. Durante una época, aquellos trayectos se me hacían más interminables de lo normal por compartir sitio con Héctor, el hermano mayor de Juan el Banana. Era un tío genial, muy divertido y educado, pero olía como debe de olerle el escroto al mismísimo Satanás. Siempre llegaba empapado en sudor como si hubiese corrido cuatro maratones durante un verano afgano. Cada día, mezclaba en mi nariz un intenso y ácido olor a sobaco adolescente con un chicle Boomer de melocotón que siempre masticaba con la boca abierta. Juro que esa combinación aromática haría vomitar a un curtido operario de vertedero. A veces, disimulaba y me tapaba la nariz bajo mi camiseta, pero el camino a casa era demasiado largo como para aguantar la postura. Lo peor de todo es que lo primero que tenía que hacer después de bajarme del autobús era almorzar.

Por suerte, mis notas siempre acababan en un ambiguo pero positivo *progresa adecuadamente* que me dejaba disfrutar de los mejores veranos de mi vida. Eran como un día de sol en una ciudad que siempre está nublada. Mi padre siempre ha sido un enamorado de las *roulottes*, así que desde muy pequeño pasábamos tiempo acampando en montes y playas con la familia, viviendo aventuras junto a mi hermana, sintiéndonos libres y descubriendo pedazos del mundo que aún no habíamos desbloqueado.

Mis padres compraron una caravana a medias con unos amigos íntimos suyos, Luly y Juanma. Estaban tan presentes en nuestra vida que los consideraba mis tíos. Ella nació el mismo día que mi madre y ambas se podían pasar horas de cháchara con un café como excusa. Era una tía divertida y hacía reír a menudo a cualquiera que estuviese

cerca y que fuera lo suficientemente mayor para entender sus gracias, no como yo. Él era una mezcla entre un niño pequeño y un Iron Man. Preparaba tirolinas, nos enseñaba a distinguir las constelaciones y movía el carbón al rojo vivo con la mano desnuda como si llevase un guante de cota de mallas. Era un dibujante excelente, por lo que siempre le llevaba un papel y un bolígrafo y le decía que me dibujase un monstruo. Me hizo más de veinte a lo largo de los años, todos diferentes. Siempre se manchaba, era despistado, alocado e irresponsable pero había estado en el Cuerpo de Operaciones Especiales del Ejército de Tierra, era como un niño entrenado para matar.

Pasamos grandes temporadas en un *camping* llamado Pasito Blanco, en el sur de la isla. Si lo pienso hoy, era bastante decadente, pero para el niño que fui estando allí era como otro planeta que me gustaba explorar. Tenía una piscina en forma de riñón gigante en la que de pequeño casi me ahogo, pistas de tenis que podrían haber salido en la última de *Mad Max* y grandes plazas abandonadas que en su tiempo estuvieron abarrotadas de locales comerciales que no fueron demasiado bien. Era como una ciudad vacacional artificial fantasma que estaba siendo invadida por alemanes borrachos de color magenta. Estaba lleno de pasadizos y caminos secundarios para llegar de parcela a parcela, descampados que rodeaban el complejo y jardines que se convirtieron en junglas antes de secarse. Me parecía un paraíso misterioso.

Mi madre sentía que, a diferencia de mi barrio, aquel lugar era seguro y me mandaba a comprar al único economato de la zona. Dejó de hacerlo un día en que me encargó algún ingrediente que le faltaba para el almuerzo y le propuse que compensara mi misión con unas gominolas que había visto de los Simpson. Aceptó, pero cuando me dijo que me comprase una con el dinero sobrante, entendí que lo invirtiese todo en golosinas. Y así lo hice. No recuerdo cuánto era, tanto como para que la mujer de la tienda me lo preguntase para asegurarse de haber entendido lo correcto. Volví feliz, con mi bolsa enorme de barts y homers a la caravana. Me llevé una bronca y el castigo de no comerme ninguna, aprendiendo así el valor del dinero.

Allí conocí a un chaval dos o tres años mayor que yo, con unas gafas grandes de cristal ancho y cara de tener el cogote curtido a collejas, creando con escombros una especie de cabaña en uno de los

descampados que rodeaban el *camping*. Estaba ayudándose de una furgoneta abandonada que me pareció fascinante y me hice amigo suyo. Fue una relación extraña porque, a pesar de ser bastante más pequeño, sentía un poco de lástima por él. No podía evitar pensar que ese Napoleon Dynamite necesitaba un colega más que yo. Pero parguela no mata a parguela. Cuando lo vi ahí cargando tablones, sudando al sol del mediodía, le ofrecí mi ayuda. Incluso recuerdo que llevé una botella de agua fría uno de los días en los que estuvimos construyendo aquel refugio deforme. Aunque siempre tuve la impresión de ser la única persona que le había brindado amistad, un día lo vi corriendo con un grupo de quinquis de su edad mucho más espabilados que él. Porque, en realidad, cualquier objeto inerte era más espabilado que él. Lo saludé al verlo pasar y me devolvió un saludo parco, como una despedida de alguien que ha encontrado la pandilla que buscaba y dejaba de necesitarme. Me dio un poco de pena, porque le había cogido aprecio los días que estuve con él y porque entendí, siendo muy niño, que estaba cometiendo un error; que estaba cayendo en una trampa de la que yo no podría salvarle, porque sin duda aquel grupo de canis playeros estaban aprovechándose de él de alguna forma y terminarían haciéndole daño. Lo supe porque, si para mí era un pobre diablo, para sus nuevos compinches debía de ser una merienda. Así que se me quedó eso en la memoria: ver cómo se alejaba junto a aquellos gamberros con la sensación amarga de ser traicionado por alguien a quien le tendí mi mano, pero que decidió tirarse a las fauces de un tiburón.

En Pasito Blanco siempre había niños nuevos, que estaban temporadas cortas en caravanas alquiladas; amistades que duraban menos de una semana. En una ocasión, conocí a unos chicos que venían de la península. Creo que eran de Madrid porque tenían ese acento que sólo escuchaba en la televisión. En algún momento, jugamos a los boliches con sus reglas y fue la primera vez que escuché a alguien llamarlos *canicas*. Tenía mi bolsa con unos veinte que había ido acumulando, pero recuerdo uno en especial. Uno que me dio mi abuela Eva, diferente a cualquiera que hubiese visto antes y que se convirtió en mi favorito. Era negro con pintitas brillantes, siempre llamaba la atención de quien lo veía. Pues bien, jugué con aquellos críos capitalinos y uno me ganó limpiamente ese boliche que para mí era un tesoro. Recuerdo cómo lo celebraba en mi cara siendo muy

excesivo y cómo un pedazo de mi mundo se derrumbaba en ese momento. No podía reclamarle nada, había sido justo, no como aquella vez que un grupo de chavales mayores me estafaron mi cromo de Caminero haciendo trampas, así que mi única opción fue convertirme en el tramposo que nunca fui. En un despiste, cogí con disimulo de su montón de canicas la mía negra y me senté en el murito que separaba el sitio en el que estábamos jugando de la parcela de mis padres. Sin que nadie se diera cuenta, lo dejé caer en el parterre que quedaba en mis dominios. Cuando ya estuve seguro de haberla recuperado, volví a actuar con normalidad. Unos minutos más tarde, el chico se dio cuenta de que no tenía el valioso boliche que me había ganado y lo buscó desesperado por todos lados antes de acusarme. Pero yo estaba preparado y le enseñé mis bolsillos sin problema, fingiendo sorpresa por la misteriosa desaparición. El madrileño terminó llorando, frustrado por la pérdida de lo que yo había perdido antes, tan excesivo en la victoria como en la derrota; pero, a diferencia de lo que me pasó cuando le robé el pequeño poni a Paloma, disfruté cada una de sus lágrimas con cara de póker. Aprendí que el mal es justificable y que yo era de los pocos tontos de mi edad que aún no lo hacía.

En aquel *camping* aprendí una canción completa por primera vez. Tenía ocho años cuando Sergio Dalma llevó su *Bailar pegados* a Eurovisión y conseguí memorizar toda su letra. Era algo de lo que estaba bastante orgulloso y por eso la cantaba sin parar. Mi hermana, que aún era una seguidora incondicional de cualquier tontería que hiciera, me acompañaba a los coros. Esa anécdota se habría quedado ahí si no se hubiera terminado convirtiendo en una de las historias más vergonzosas de mi vida.

En esa época también estaba de moda un programa de televisión presentado por Bertín Osborne llamado *Lluvia de Estrellas*. Fue tan exitoso que no tardaron en sacar la versión infantil del formato, *Menudas Estrellas*. Parecía una señal que llegaba justo en el momento en el que me sabía una canción entera; les dije a mis padres que me apuntasen al gran *casting* que estaban haciendo por toda España. Estuve preparándome *Bailar pegados* durante semanas. No tenía esa ronquera de balada italiana y Ducados negros que tenía Sergio Dalma, pero aprendí cada giro y gorgorito con mi aguda voz infantil. Se la cantaba a mi familia sin parar. Mi abuela me decía que bailase más,

pero yo era un purista y el cantante al que imitaba se movía menos que un cadáver al sol.

Mi madre me llevó a la prueba y vi a un montón de niños esperando junto a la puerta, algunos de mi edad y otros mucho más pequeños, que jugaban sin los nervios que empezaban a atacarme a mí. Repasaba la canción en mi cabeza una y otra vez y las manos empezaron a sudarme tanto que temí electrocutarme al coger el micrófono. Cuando me tocó entrar, el corazón me golpeaba el interior del pecho tan rápido que casi no se diferenciaba un latido de otro. En una especie de salón, había focos y cámaras enormes apuntando al lugar concreto donde me dijeron que me colocase. Desde allí veía, justo delante, una mesa donde dos mujeres tomaban apuntes y me hablaban como si tuviese cuatro años menos de los que tenía. Me presenté y me concentré como pude para empezar mi actuación intentando que no se me notase que tenía la columna vertebral convertida en piedra. Empezaron a sonar los primeros acordes de la canción, tomé aire, cerré los ojos y entoné la primera frase. Sin embargo, la voz de Sergio Dalma estaba también allí y me bloqueé. Me dijeron que era *playback* en este nuevo programa y mi cerebro se congeló. Hice todo lo que puede hacer alguien paralizado y deseé que se terminase lo antes posible. Salió fatal y no me cogieron. En aquel momento no sabía que lo que me había convertido en estatua se llamaba «miedo escénico» ni que era tan parte de mí como la imaginación o el lunar de mi nariz.

Track 5

Insane in The Brain

Cypress Hill

A principios de los noventa mi barrio funcionaba como un reloj con retraso. Y entre los chicos de mi edad, como uno con un montón de alarmas activadas. A veces me sentía parte del grupo. Otras, parte del paisaje. La mayoría, una presa lista para echar a correr, estudiando los movimientos de los depredadores para sobrevivir. Así que mi rinconcito excluido se convirtió en la butaca de un espectador en segunda fila, protegido por el foco que deslumbraba sólo a los que estaban sobre el escenario.

Era un niño con el cerebro tan blando como para admirar la osadía, la fuerza bruta y la pericia futbolística de mis vecinos. No tenían nada más, pero yo ni siquiera contaba con esas aptitudes. Imagino cómo se sentiría el pequeño Tarzán recién llegado a la selva, envidiando la destreza de los monos adultos al escalar un árbol, la pasión con la que se golpeaban el pecho y la potencia con la que lanzaban sus excrementos. Los simios terminarían aceptándolo en su clan con reservas: jamás sería uno de ellos. Se sentían superiores a ese extraño estorbo defectuoso de la naturaleza, sin pelo ni pulgares oponibles en los pies, porque ni ellos ni el niño humano sabían que este tenía la capacidad de hablar.

Durante los primeros años, Juan el Banana era el líder de la manada. Era mayor y jugaba bien al balón. Siendo el referente de los críos que lo seguían con devoción y el deseo romántico de las niñas que pondrían su foto en una carpeta, le fue inevitable no sentirse un dios. Tenía el ego tan inflado y tanta seguridad en que era el puto amo, que no le hizo falta ser un villano. Me despreciaba de forma pacífica y con algo de lástima; quizá pensara que ser yo era suficiente

desgracia como para encima putearme. Apenas me hablaba y, cuando lo hacía, me ponía tan nervioso como si me hablase un famoso. Nunca contaron conmigo. De hecho, creo que me dejaban estar con ellos porque era tan silencioso y pasaba tan desapercibido como una piedra más.

No puedo negar que deseaba encajar. No fui el típico *outsider* rebelde que decidió marginarse voluntariamente. Incluso hice algún esfuerzo para conseguirlo: me sumé a juegos que no me apetecían y le insistí a mi madre en que me comprase una camiseta Bad Boy —esa marca se puso tan de moda que los chicos no parábamos de dibujar su logo quinqui en todos lados y existía la sensación de que tener una de sus prendas elevaba un poco el estatus—. A mí me pillaron una imitación de mercadillo, su popularidad hacía que las vendiesen a un precio absurdo y en casa no podían permitirse gastarse toda esa pasta en una camiseta con un abusón musculoso mal dibujado. Que descubriesen que era falsa era aún peor que no tenerla, así que decidí cortar la etiqueta que podía delatarme y fingir que lo había hecho porque me picaba. Cuando bajé a la calle el primer día con ella puesta, mi vecina Abigail fue directa a mirarme la etiqueta. Nadie creyó que fuese tan estúpido como para arrancarle la parte más valiosa a mi ropa de moda. Sin embargo, como allí nadie podía comprar una original, al cabo de poco tiempo mi barrio se llenó de prendas Bad Boy con etiquetas cortadas.

Vivíamos en un pabellón militar lleno de peninsulares destinados a las islas y llegaban familias constantemente, muchas de ellas con niños de nuestra edad. Por lo que a menudo se agregaba algún componente nuevo a la pandilla que, con demostrar un poco de habilidad jugando al fútbol, se ponía encima de mí en la pirámide callejera. Un día escuché a los chavales hablando de tres hermanos que acababan de mudarse al segundo izquierda del bloque F. El mayor era ya un adulto y el pequeño, demasiado chico, pero el mediano tenía más o menos la edad de Juan el Banana y, por lo visto, ya se había hecho notar. Me lo pintaron como un villano de Disney y, cuando volví a mi casa, ya temía cruzármelo por el patio.

Cuando no estaba Juan, el resto de los chavales no se empeñaban en impresionarlo y eran más amistosos conmigo. Recuerdo una tarde, aquella misma semana, que estaba apoyado en un Renault 21 gris cualquiera y los demás sentados en la acera de enfrente. De repente

llegó un chaval que nunca antes había visto. Era algo mayor que yo, moreno de piel y parecían haberle cortado el pelo usando un nivel. Se acercó muy serio directamente a mí.

—¿Qué? ¿Estás cómodo?

—Pues... sí —contesté sin entender la pregunta de aquel extraño.

—¿Me estás vacilando? —Pareció enojarle mi respuesta.

—No. —Yo seguía pescando.

—Que no te apoyes en ese coche.

Me separé de aquel vehículo sin problemas una vez comprendí lo que pasaba. Ayoze era el chaval nuevo del que había oído hablar y era tan tonto como me lo habían descrito. Con los años se convirtió en una persona más normal, pero en aquel momento era un capullo de manual que protegía el coche de su padre como si fuera un diamante que esperaba heredar. Un bravucón presumido ocultando complejos que, sin embargo, consiguió romper el régimen absolutista de Juan el Banana y que durante un tiempo dividió el barrio en dos bandos.

Los dos líderes de las pandillas rivales convivían en una paz tensa. Eran como dos Scars de *El rey león*. En las Rehoyas no había mufasas ni simbas, sólo hienas a las órdenes de felinos sin corona. Los que habían estado siempre más cerca del antiguo líder siguieron a su lado; los que se sentían desplazados a pesar del peloteo se fueron al equipo de Ayoze el Monkiki, que no iba de jefe oficial. Era más bien el cabecilla de una resistencia. Él no había crecido admirando a Juan y no le vio sentido a convertirse en uno de sus *masillas*. Me quedé tan fuera de ambos que estuve en los dos a la vez. No era un agente activo, sólo un ente que observaba y aprendía. Poseía más información que la que un espía conseguiría tras años infiltrado entre tropas enemigas y nadie a quien contársela. No iba a traicionar a uno por otro teniendo en cuenta que, en aquellos momentos, los dos Scar me parecían la misma mierda. Yo no tenía tierras, pero tampoco rey.

Ayoze me despreciaba casi de la misma forma que Juan, aunque sin mirarme con lástima. Era un cretino, pero sabía que necesitaba soldados para hacerse fuerte, así que ofrecía protección bajo sus alas, como haría cualquier mafioso en una película buena de Scorsese. En mi cabeza, yo era la voz en *off* de esa historia de gánsteres preadolescentes.

Con el tiempo, un predictor sacó a Juan de las calles y la familia de Ayoze se mudó de barrio. De la noche a la mañana, desaparecieron

los dos bandos para convertirse en uno caótico y sin cabecillas. La nueva situación me favoreció. No me sacó de las sombras, pero que los chicos dejaran de esforzarse por complacer a un caudillo transformó la pirámide en un rectángulo.

Llegó un momento en que las tornas giraron tanto que el Monkiki pasó de ser el cabecilla de la rebelión al villano de Disney que habíamos visto desde el principio. Ya nadie lo consideraba parte del barrio. Nos daba pereza verlo llegar, porque siempre aparecía para presumir y soltar un discurso que dejaba claro que era mejor que nosotros. Llevaba ropa de marca, cadenas de oro y relucientes zapatillas nuevas.

Un sábado, a eso de las cuatro de la tarde, apareció montado en una moto e interrumpió una conversación con la que llevábamos toda la mañana. Estábamos todos con el corazón encogido porque Dani el Teñido había salido de la cárcel el día anterior: era un delincuente habitual al que habían encerrado por apuñalar a otro y le teníamos el miedo que se le tiene a los monstruos. Vivía en el Polvorín, un barrio conflictivo tan pegado al nuestro que su fauna solía pasar por nuestra calle a diario. Muchos eran vecinos normales, pero otros eran malvados sin motivo, como los antagonistas de una mala película de Van Damme.

A mí, por ejemplo, cuando sólo tenía ocho años unos chavales mayores que venían de ese vecindario diabólico me robaron un disfraz del Zorro que llevaba puesto. Es un recuerdo que se me ha quedado marcado a fuego por cómo pasé de la felicidad más absoluta a la tristeza más desoladora. Estaba jugando feliz en el patio, frente a la ventana de mi madre, con mi antifaz, mi sombrero, mi capa y mi florete. Imaginándome aventuras contra malos invisibles hasta que llegaron los reales. Me rodearon y, riéndose, me fueron despojando de los elementos que me convertían en el espadachín mexicano mientras a mí me tenía paralizado el miedo. Luego vieron cómo me marchaba llorando. De lejos seguía escuchando sus carcajadas. Hay que ser un psicópata ruin sin corazón para hacerle eso a un crío inocente de ocho años con los ojos llenos de terror. Después de aquello intentaron robarme el reloj dos veces, aunque para entonces yo corría como una liebre y ellos tenían el pulmón más negro que sus futuros.

El destino quiso que aquel sábado, justo cuando Ayoze presumía de su nueva moto y nos comentaba que iba a ponerle un Yasuni,

entrara el Teñido al barrio. El resto lo miramos acojonados, como si llevase túnica y la máscara del asesino de *Scream*, pero nuestro exvecino presumido no tenía ni idea de quién era. En un momento dado, ambos se quedaron frente a frente con la barbilla igual de alta.

—Hermano, ¿me dejas la moto un momento? —preguntó el expreso.

—Qué va, tío —contestó el Monkiki, riéndose de una broma que no lo era.

—Es que tengo que hacer unas cosillas rápidas, ¿me puedes llevar?

Ayoze nos miró y confundió nuestras caras de intentar esconder miedo extremo con un gesto de respeto. Su obsesión por quedar por encima de nosotros hizo que pensara que nos parecería un máquina por llevar a ese chaval, así que aceptó.

—Pero conduzco yo —dijo el Teñido.

—Lo que se monta no se presta —contestó el dueño de la moto entre risas.

Pero el Teñido no se rió. Ni nosotros, que ya estábamos pensando en la pereza que nos daba tener que ir a testificar a un juicio cuando encontrasen su cadáver. Entonces, el tipo que acababa de salir de prisión se levantó la camiseta para que Ayoze viera el mango de la catana que tenía enganchada al pantalón. Nos quedamos tan pálidos que parecíamos una pandilla de noruegos con una bajada de tensión. El Monkiki se deslizó a la parte de atrás del sillón sin decir nada más y el Teñido se montó, arrancó y se marchó a toda velocidad. Algunos pensamos que aquella era la última vez que lo veríamos y en mi cabeza sonaba la sonata *Claro de Luna* de Beethoven mientras se proyectaban algunos de sus mejores momentos en el barrio a cámara lenta.

Nueve horas más tarde seguíamos en la misma postura, tirados en la acera del barrio. Algunos jugaban a la ronda con una vieja baraja de cartas y otros simplemente vegetábamos bajo la polución que no nos dejaba ver las estrellas. Entonces escuchamos el sonido de una motocicleta cada vez más cerca y todos nos quedamos mirando a la entrada del pabellón hasta que entró Ayoze solo, montado en su nueva Beta Ark. Frenó justo delante de nosotros y cuando se quitó el casco vimos que tenía los ojos llenos de lágrimas y el pulso aún acelerado, que hacía que su voz temblase. No nos dio tiempo a preguntarle nada.

—Cabrones. ¿Por qué no me dijeron nada? Me ha tenido todo el puto día de un sitio a otro, metiéndome en los sitios más chungos de la isla.

Ninguno de nosotros contestó. Nos quedamos mirándolo en silencio. No sé lo que había en la cabeza del resto, pero yo pensaba: «No me pareció prudente decirte en voz alta que no te fueras con ese psicópata que tiene una catana a medio metro de mi pescuezo». Ayoze volvió a ponerse el casco y se marchó tan cabreado como aliviado de haber salido con vida de aquel día infernal. Debo admitir que, justo después, nos reímos.

Porque mi barrio era así, inesperadamente peligroso. Lo mismo pasaban meses superdespacio que llegaba una semana cargada de sucesos loquísimos. Como una plaga de ratas que se solucionó con una plaga de gatos o el día en el que vimos a un chaval asomarse a la puerta del patio con una pistola en la mano. Recuerdo que estábamos casi todos sentados donde siempre, en la acera del intermedio, y nos fijamos en que portaba un arma. Al principio pensamos que sería de juguete, que no podía ser real porque no vivíamos en Michigan. Pero teniendo en cuenta que cada uno de nuestros padres guardaba una igual en casa, nos levantamos y corrimos a refugiarnos en los portales. Roberto y Pepe se quedaron quietos, abrazando la lógica que hizo que el resto tardásemos veinte segundos en huir. Entonces el desconocido gritó apuntándoles:

—¿Ustedes qué son, los más chulitos?

En ese momento corrieron también. Lo habría hecho cualquiera. Habría corrido hasta Chuck Norris porque habíamos visto y escuchado las suficientes historias como para que existiese siempre un por si acaso. No era el primer loco que entraba allí.

No sólo era el temor de vivir en una urbanización llena de militares en los tiempos en los que ETA gastaba más pólvora o de estar rodeados de quinquis sin nada que perder; eran las historias de terror que nos llegaban del entorno, mezcladas con la imaginación de nuestras cabezas pueriles, las que nos tenían alerta.

A veces se nos olvidaban esos peligros y lo más interesante de la tarde era ver llegar a Ginés, del tercero derecha del bloque G, con su perro Dino: llamarlo y engancharnos a las viejas canastas cuando él intentaba mordernos. O encontrar una plancha de escayola, partirla en mil pedazos y pintar los diez mil metros cuadrados de asfalto que

medía el patio entre todos los críos. O que Carlos el Chino apareciese con un bote de pintura blanca y pintase las líneas típicas de un campo de fútbol con el pulso de Michael J. Fox enfarlopado. O que a nuestra amiga Abigail, que hablaba a un volumen absurdo, como si la hubiera amamantado un *subwoofer*, le diera una lipotimia y cayese redonda en cualquier momento. Al principio nos asustábamos, ya luego apostábamos.

También pasé mucho tiempo al calor de mi familia. Vi el cine que veían mis padres, jugué con o sin mi hermana en el habitáculo antibalas en el que se convertía mi piso. A veces, no necesitaba ni salir de mi bloque para estar con algún amigo. El Compota vivía a tres pasos de mi puerta; Alicia la Galgo, en el primero, y mi amiga Fani, en el cuarto. Con ella pasé muchas tardes tontas en la azotea. Era algo mayor que yo y justo en esa época estaba obsesionada con Bon Jovi. Sin preguntarle nada, siempre me decía en qué orden se tiraría a cada componente de la banda:

—El primero, Jon Bon Jovi, por supuesto. Luego, Richie Sambora, el guitarrista. Después, David Bryan y, por último, Tico Torres, el batería. —Siempre sentí mucha pena por ese último puesto de Tico Torres.

Cuando más coincidimos, Fani sólo tenía un año y medio más que yo, pero parecía que nuestro físico fuese de generaciones distintas: ella ya tenía cuerpo, atributos y tamaño de mujer adulta y yo, en cambio, aún hablaba con voz de pito y podía ponerme la chaqueta de mi comunión.

Ella era bastante alta, yo le llegaría por debajo del hombro, así que éramos dos razas distintas de la Tierra Media que se llevaron bien mientras compartieron el mismo código. A ella empezaron a interesarle temas de mayores que yo ni siquiera me planteaba y se le hizo raro pasar de ser amiga a canguro. Eso sí, un día me enseñó una teta. La izquierda. La primera teta en vivo de mi vida, justo cuando no me interesaba demasiado. Aunque me dejó impactado, como si algo dentro de mí supiera que iban a pasar muchísimos años hasta ver la siguiente.

Track 6

¡Qué sonrisa tan rara!

Extremoduro

Lo mejor de mis veranos siempre ha sido la temporada en Lebrija, el pueblo sevillano donde nació mi padre. Allí estaban mis abuelos y mis tíos andaluces esperando a que llegásemos cada año. Era mi mes favorito, porque estaba feliz tanto dentro como fuera de casa. A diferencia de los niños que me rodeaban en Canarias, para los que era un perdedor casi invisible, para los lebrijanos era un exótico espécimen que aparecía una vez cada doce meses en su plazoleta. Todos querían estar cerca del bronceado muchachito con acento de telenovela, deseaban saber cómo era el lugar mágico del que provenía. Porque, en sus cabezas, yo vivía descalzo en una cabaña a la orilla del mar alimentándome de plátanos, mi médico era un chamán en la montaña e iba a la escuela montado en camello donde se impartía surf. Hasta el fútbol era diferente allí. Me sentía como un jugador muy malo cedido a la liga de un país que acaba de descubrir ese deporte. Encima era todo tan seguro y pequeño que mi hora de vuelta a casa pasaba de las ocho de la noche a la una de la madrugada.

Para mí esas temporadas en el pueblo andaluz eran como para Harry Potter sus periplos en Hogwarts: un escape de la realidad donde dormía debajo de una escalera, un lugar mágico en el que pertenecía a un grupo en el que la mayoría de los chicos querían ser amigos míos. Un nuevo planeta en el que me miraban como si fuese Superman y a los que ni de coña pretendía confesar que mi verdadera naturaleza era la del parguela de Clark Kent.

A veces mi padre tenía que esperar a su única quincena de vacaciones para volver a su pueblo natal, así que me mandaban unas semanas antes de que ellos pudieran viajar. Siendo niño, volé unas

cuantas veces en solitario bajo la supervisión de las azafatas y la complicidad de mis desconocidos compañeros de asiento. Me colgaban una especie de bolsito rojo al cuello donde iba mi documentación y mi billete, y volaba hasta el aeropuerto de Jerez, donde me esperaban mis abuelos paternos. Mi naturaleza solitaria y la costumbre de haber cogido como mínimo dos aviones anuales desde el día de mi nacimiento convertían esa experiencia en algo especial, pero no extraordinario. Recuerdo las cálidas bienvenidas después de recoger mi maleta en la cinta de equipaje, que reconocía gracias a una pegatina de mis adoradas Tortugas Ninja. También recuerdo una recepción fría por parte de mi abuela que, debido a un intenso bronceado acumulado tras un mes de sol en Pasito Blanco, me confundió con uno de los niños saharauis que llegaban a Andalucía para pasar el verano con familias de acogida. Sólo me reconoció cuando hablé y ya entonces me dio cuatrocientos besos de yaya.

La familia de mi padre era gente sencilla dedicada a la agricultura en la marisma sevillana. Gracias a mi abuelo Antonio probé la remolacha azucarera recién recolectada de su parcela, de la que cortaba lascas con una navaja que siempre llevaba encima. Era un hombre rudo, parco y autoritario, con la piel tostada y las manos curtidas de campo. Un patriarca conservador que silbaba coplas con vibrato y partía nueces a puñetazos mientras veía en televisión el fútbol, los toros, *La ruleta de la fortuna* o *El juego del euromillón*. Mucho más cariñoso con sus nietos que con sus hijos, que siempre le hablaron de usted. Sufrió bastante sus últimos años por la velocidad a la que la sociedad cambiaba y contrastaba con sus principios anticuados, por la melena que me dejé e incluso porque un día me vio vistiendo una sudadera verde y amarilla que le resultó demasiado colorida. Da igual, siempre sentí que me quiso, aunque fuese de la única manera que le habían enseñado a hacerlo.

Mi abuela María era radicalmente lo contrario a su esposo; una mujer cariñosa y efusiva que me quería a gritos y con cada centímetro de su cuerpo. Se despertaba cada día antes de que el sol saliese y se encargaba de que la casa y todos sus habitantes funcionasen. Era el verdadero motor de la familia, el combustible sin el que la caldera no funcionaría. Preparaba el desayuno de su marido e hijos antes de que salieran a faenar cuando a mí aún me quedaban cinco horas para despertarme. Mis días con ella empezaban con un mollete de

mantequilla y un vaso largo de Cola Cao que aún hoy recuerda mi paladar. No sabía leer ni escribir, porque empezó a trabajar con la edad a la que debería haberlo aprendido, pero, aparte de ser la persona más auténtica que ha formado parte de mi vida, era también una de las más sabias. Lo que mejor la definía era su energía; una sensibilidad explosiva que brillaba en la alegría por tenerme cerca y en la tristeza de las despedidas cada final de verano. Era un gazpacho frío una tarde de cuarenta y cinco grados a la sombra, una sonora carcajada en medio de un silencio incómodo, un abrazo sincero en el momento justo. Una maestra que hace que te enamores de su asignatura porque sacó mil matrículas de honor sin haber pisado nunca una escuela. Y que esa espontánea y malhablada fuerza de la naturaleza marismeña se partiese de risa con mis ocurrencias me hacía sentir enorme.

La visión que de niño tenía de los hermanos de mi padre era muy diferente a la que tenía de mis tíos maternos. Exceptuando a mi madrina Casti, que ha sido siempre como otra amorosa madre para mí, besucona, *aprietamofletes* y con unos decibelios de risa posiblemente denunciables, el resto era sobrio y bastante silencioso. Me querían mucho, pero parecían haberse acostumbrado a guardar las distancias. Sin embargo, como pasaba en la isla, volvía a tener un ídolo entre ellos.

Por fortuna para mí y por desgracia para él, yo estaba siempre pegado a mi tío Jesús. Me sacaba menos de una década y no estaba tan concentrado en las chicas como Julio, mi tío joven insular. A menudo se hartaba de que su sobrino pequeño lo siguiese a todos lados, pero le caía bien y, como pasaba con mi abuela, se reía mucho conmigo, y aceptaba mi compañía hasta que me convertía en un obstáculo para sus planes juveniles más sociales. Le gustaba enseñarme cosas, creo que por poder verme la cara de alucine en cada descubrimiento. Como dije antes, él fue quien me enseñó a pronunciar la erre, pero esa fue sólo la punta del iceberg. A diferencia de su homólogo canario, que centraba sus gustos musicales en la posibilidad que estos le daban de mojar el churro, Jesús estaba al día de las novedades patrias. Y aunque mi oreja estaba hecha a melodías más tropicales, me abrió una ventana muy interesante que siempre coincidía con el verano. Disfrutaba con las canciones divertidas de Seguridad Social o No me pises que llevo chanclas, aunque le

obsesionaban otros grupos que a mí me resultaban desagradables como Héroes del Silencio. Nunca los he tragado, pero es que tampoco he podido darles la oportunidad de hacerlo. Creo que la voz de Bunbury es como el cilantro, que para muchos queda perfecto en cualquier plato y a otros nos sabe a jabón. Y no es un capricho del paladar, es algo genético; lo del cilantro, digo. Bueno, Bunbury puede que también.

Sin embargo, años más tarde, durante mi preadolescencia, mi tío me enseñó un grupo que yo desconocía y que acababa de sacar disco. Recuerdo que aquel verano lo veía más distante de lo normal, con los auriculares de su *walkman* puestos a todas horas, como si fuese incapaz de dejar de escuchar aquel casete que alguien le había grabado. Creo que más por la necesidad de compartirlo que por mis preguntas, cogió aquella cinta, me llevó a la cochera de la casa de mis abuelos y la metió en un radiocasete grande y lleno de polvo que tenía allí guardado. Sólo tuve que escuchar un minuto de la primera canción para enamorarme. Y no fue normal, porque era como si de repente me atrajese sexualmente un extraterrestre morfológicamente distinto a todo lo que había visto antes. Aquel disco era el *Agila* de Extremoduro. A partir de ese momento, tuvo que grabarme un casete de su casete y fuimos dos chavales silenciosos pegados a sus *walkmans*.

Pero los descubrimientos veraniegos que realmente hicieron mella en mi cabeza, convirtiéndose en algo que contaba a mis amigos insulares junto a las experiencias reales cuando volvía a casa, fueron las películas y las series que disfruté; en parte por la existencia de un canal autonómico andaluz que no podía ver el resto del año y en parte por juntarme con mi tío y sus amigos en sus sesiones de cine estival.

Por la mañana veía los primeros capítulos de *Bola de Dragón*, en los que Goku era un niño con rabo de mono, que viajaba montado en una nubecita domesticada y participaba en épicos combates que duraban tanto como un buen partido del New Team contra el Toho. Después de comer: *Bioman*, serie en la que años más tarde se basarían los *Power Rangers*, pero con mucho más sentido. La serie era igual, pero catorce años más antigua. En ella, tres jóvenes japoneses eran en realidad guerreros en mallas de colores propietarios de robots enormes que se unían para hacer uno gigante. El robot del rojo era el halcón, el del amarillo un tigre y el de la azul un delfín: aire, tierra y mar..., no putos dinosaurios. Me acuerdo que cuando vi por primera vez los

Power Rangers me indigné mucho, encima el que llevaba mi dinosaurio favorito era un *gafas*. También veíamos *El chavo del ocho*, que me hacía mucha gracia, pero, a diferencia del resto de mis primos, sólo conseguía empatizar con el pobre Don Ramón.

Alguna noche cometí la osadía de ver con mi tío algunos capítulos de *Historias de la cripta* que me hicieron pasar madrugadas complicadas temiendo escuchar algo moverse en la oscuridad del vetusto cuarto donde me quedaba. Se me clavaron en la cabeza dos episodios hasta el punto de poder contarlo treinta años después. Uno que terminaba con un hombre enterrado en la orilla del mar con la cabeza fuera, esperando a que la marea lo ahogase, y otro en el que un viejo obsesionado con matar cucarachas era derrotado por ellas. La imagen de la única criatura del mundo que no soporto saliéndole de la boca y la nariz reventó para siempre un pedazo de mi alma.

Las noches de cine en el garaje/local de Juan José, uno de los mejores amigos de mi tío Jesús, fueron más claves en mi vida de lo que en aquel momento podía entender. Era sólo un crío a cargo de una pandilla de adolescentes experimentando, sólo viendo películas, lo mismo que habría experimentado en un parque de atracciones sin colas. *Big, Teen Wolf, Gremlins,* las de los *Critters*, las de *Indiana Jones*, *Dentro del laberinto*, la tercera parte de *Regreso al futuro* (sin saber que era una tercera parte) y algunas de Bud Spencer y Terence Hill, de la que destaco *El Superpoderoso*. Pero recuerdo como si fuera ayer la primera vez que vi *Los Goonies* y lo que me hizo sentir. Quería compartir aventuras con esos niños de Astoria buscando el tesoro de Willy el Tuerto, hacerme amigo de un monstruo como Sloth y darle una lección a los Fratelli. Sentí un vértigo agradable en el pecho como el que te hace sentir la caída más vertical de una montaña rusa. No entendí de dónde venía, pero quería seguir sintiéndolo.

Justo después de verlas, salíamos a la plazoleta y le decía a mi tío: «¿Te acuerdas de cuando Sloth decía “chocolate”? ¿Te acuerdas de cuando el bicho se comió un petardo? ¿Te acuerdas de cuando el árabe hace una chulería con la espada e Indiana Jones le pega un tiro todo tranquilo?», a lo que el pobre contestaba: «Claro que me acuerdo, idiota, la acabamos de ver». Pero no podía calmar mi entusiasmo y no entendía que él no estuviese tan emocionado como yo por haber disfrutado de aquella magia en la pantalla.

Esos primeros años en el pueblo de mi padre dejaron unos

flashbacks maravillosos a los que aún hoy una conversación, un olor o un sabor me hacen regresar. Como la señora que venía a casa de mi abuela cada tarde con una enorme jarra metálica de leche recién ordeñada para venderla por litros. Puede que fuera la única leche real que haya probado. Los cientos de Mikolápices que compraba en el quiosco de una señora que había desarrollado un odio intenso a los niños. Los excesivos platos de papas fritas que me preparaba mi abuela, una montaña enorme en un plato hondo con un huevo encima. Los gazpachos en los que flotaban uvas enteras. El fuerte aroma que salía de una bodega por la que siempre pasaba; no sabía qué había allí dentro, pero algo en mi cerebro, una vocecilla que conocería años más tarde, gritaba: «¡Viva el vino!».

En Lebrija experimenté algunas de mis primeras veces más importantes. Di mis primeros pasos, corriendo tras el gato naranja de mi tío que huía de mí directo a la calle. Mi madre siempre me recuerda cómo tuvo que seguirme a toda velocidad para agarrarme antes de que el escalón de la entrada se quedase con los pocos dientes que tenía en aquel momento.

Allí tuve mi primer noviazgo con Mercedita. Era una relación infantil de darnos la mano y besos en las mejillas. Vivía dos casas más arriba que mi abuela en la plazoleta y siempre que llegaba al pueblo ella venía a buscarme recién perfumada y vestida de domingo. Aunque era una pareja exigente e insegura que no paraba de enfadarse y preguntarme si la quería. Puede que mi famosa mano izquierda, esa que me ha sacado de mil embrollos, empezara a desarrollarla con ella, convenciéndola de que mis evidentes ganas de jugar con otros niños en vez de estar sentado en un murito dándole la mano sudada era algo anecdótico. Me perdonaba con bastante facilidad. Han pasado muchas cosas desde entonces, pero me resulta bonito pensar en que ella siempre será mi primera novia. Y yo, su primer novio.

Track 7

Más allá

Gloria Estefan

Para mí, la mañana de Reyes huele como el látex del que están hechos los globos. Es una tradición espontánea que tengo ganas de seguir con mi hija cuando tenga la capacidad de entender por qué demonios un día de invierno hay juguetes bajo un árbol de plástico. El día preferido de mi madre es el 6 de enero y se toma muy en serio la compra de nuestros regalos. Incluso cuando la familia pasó por tramos económicos más complicados, ella conseguía dar con la manera de recolectar las sorpresas necesarias para vernos la cara al arrancar el papel de colores. Supongo que esas muecas de flipar con una estrella fugaz que mi hermana y yo poníamos era lo que lo hacía tan especial para ella. Cuando nos acostábamos, mis padres llenaban más de cien globos con los que cubrían regalos, sofás y medio salón. Parecerá una tontería, pero ese detalle multiplicaba considerablemente la magia.

Los nervios de la noche que me separaba de mis regalos de Reyes hacían que tardase más de lo habitual en dormirme. Desde mi cama, fingiendo que ya lo había conseguido, escuchaba a mis padres inflar globos con la televisión puesta. Sé cómo se te queda la cara después de inflar cuarenta globos porque en el segundo cumpleaños de Julia tuve que inflar veinte y le perdí todo el respeto a Fermín Cacho y a sus oros olímpicos. Los oía charlar y bromear a las tantas de la madrugada, sabía lo que estaba pasando a cinco metros de pasillo y eso alimentaba mi insomnio. Luego, como si se tratase de un parpadeo, abría los ojos y, rodeado de silencio, me encontraba con la luz del sol entrando por mi ventana. Entonces, el olor del látex de colores ya había conquistado el piso entero y se respiraba desde mi habitación. Antes de las siete de la mañana, me levantaba y me

asomaba al salón para ver la gigantesca montaña de globos iluminada con la tenue luz que dejaban pasar las cortinas, y el corazón se me aceleraba. Iba a la habitación de mi hermana Esther y la despertaba para vivir esa experiencia con ella. También me gustaba disfrutar de su cara de ilusión enterrada en legañas al ver el panorama que yo había mirado un minuto antes. Entre los dos, quitábamos los globos que pronto inundaban el salón como un mar multicolor que cubría nuestros pies. Encontrar y descubrir nuestros juguetes nos volvía locos, como a todos los niños, pero el detalle de aquellas bolas de aire que los enterraban y lo impactante que era el primer vistazo desde el pasillo es lo que se me ha grabado a fuego en la memoria. Hoy en día, cuando entro a una fiesta de cumpleaños y me encuentro con el perfume de mis mañanas de Reyes, se me vuelve a acelerar el corazón.

Recuerdo regalos concretos que recibí a lo largo de los años, como las figuras de acción de las Tortugas Ninja o de los luchadores de Pressing Catch, los libros de *¿Dónde está Wally?* y del *Ojo Mágico*; la fachada del castillo de Skeleto, la Mega Drive, el Quimicefa o una minicadena. A mi hermana le regalaban Barbies, juegos de mesa, cosas de gimnasia rítmica, discos de los Backstreet Boys y Nenucos. Recuerdo especialmente uno que lloraba al tumbarlo y que era enorme, como si fuera el bebé de un ala pívot blanco de los Boston Celtics. Luego había regalos comunes como el VHS de Disney que tocaba ese año o la colección completa de *Friends*.

Cuando ya los habíamos abierto, íbamos a la habitación de mis padres, los despertábamos y les enseñábamos todo mientras ellos ponían cara de verlo por primera vez. Siempre se acuerdan de un regalo de cada uno de sus hijos que nunca les hicieron. Mi hermana siempre quiso un carro de bebé con capota, un moisés, que no compraron porque era enorme y no cabía en el piso. Yo siempre pedí una batería y decidieron anteponer su salud mental a mis deseos.

Puede que el juguete más crucial que recibí fuese una pesada metralleta de mistos hecha de hierro. No es que fuese el que más me gustó, aunque le di bastante uso en mis fantasías bélicas, pero fue con el que descubrí que los Reyes eran mis padres. Una tarde de diciembre, con mi amigo Alberto el Compota, estábamos en casa y, no recuerdo por qué, entramos al despacho de mi padre que poco después se convertiría en la habitación de mi hermana. Allí vimos sobre un mueble una bolsa grande de la que sobresalía la caja de la metralleta y

que era evidentemente de juguete. Alberto me dijo algo como «los Reyes han pasado antes por tu casa» y yo, que era el niño más inocente del planeta, supuse que así sería, y no dudé en ir a decírselo a mi padre con toda la ilusión de una mañana de 6 de enero con la seguridad de haber tenido la fortuna de recibir mis regalos con antelación. En menos de un segundo noté en el rostro de papá que a él ni le sorprendía ni le ilusionaba ese hecho. Me echó la bronca diciéndome que tenía prohibido entrar en su despacho y cerró la puerta. Pero yo no tenía prohibido entrar allí, fue sólo la torpe defensa de un acorralado al que habían reventado una sorpresa. Mi padre no tuvo la imaginación suficiente para reconducir el tema y no se volvió a hablar más de ello. Unos días más tarde, la mañana de Reyes vi aquella metralleta bajo los globos y descubrí el pastel. Tendría unos cinco o seis años.

Quizá por eso, retrasar todo lo posible ese descubrimiento a mi hermana fue algo que me tomé muy en serio de ahí en adelante. Hice lo posible para intentar que no dejase de creer en la magia. Le contaba historias como que había escuchado las voces de los reyes preparando los regalos, hacía notas firmadas por Baltasar e insistía en ponerles cubos de agua a los camellos en la puerta de un tercer piso sin ascensor con unas escaleras por las que no cabría ni una cría de antílope.

Tengo que decir que conseguí mantenerle la ilusión hasta los nueve años, argumentando excusas contra sus amigas de clase que ya empezaban a confesarle la verdad hasta un día en que se le escapó a mi madre. Estábamos en el baño de casa hablando sobre temas navideños en general y en un momento dado me soltó algo como «este año la cosa está chunga y no vamos a poder gastarnos mucho en los regalos de Reyes». Noté en el rostro de mamá cómo leyó de inmediato en el mío que había cometido un error. Supongo que la miré con los ojos abiertísimos, pidiéndole explicaciones sin mediar palabra, pensando en cómo solucionar una declaración tan contundente y deseando tener la posibilidad de rebobinar. Giré el cuello lentamente hasta encontrarme con el rostro de mi hermana que nos miraba desde la puerta y ella, que siempre ha sido de lágrima fácil, estaba empezando con un puchero. Fui testigo de los segundos posteriores al final de su fe en la magia. Esther ya lo imaginaba, pero se había aferrado a la confianza que tenía en mí para seguir creyendo. Lo malo

es que confiaba aún más en nuestra madre, que se sintió fatal, pero no le quedó otra opción que huir hacia delante y concluir su confesión de la forma más acolchada posible. Fue una escena de *sitcom*.

En casa, normalmente junto a mi hermana, aquello con lo que jugábamos iba por rachas. A veces con coches de todos tipos y tamaños, otras construíamos estructuras con unos tacos de madera de diferentes formas. Sin embargo, lo que más disfrutaba era jugar con los muñecos y, de alguna forma, esos días fueron mis pilares a la hora de inventar y contar historias. Tenía una bolsa llena de figuras de acción variadas: *masters* del universo, tortugas ninja, G. I. Joe, Batman y Robin, Spiderman, M. A. Barracus, Alf, Espinete, unos cuantos de *Star Wars*, de *Dragones y mazmorras* o un *Alien*.

Aunque ninguna tenía que ver con la otra, los juntaba y me montaba una película que no se basaba en ninguno de los productos de los que habían salido. Historias de un Robin que acaba solo y desarmado con una cúpula terrorista, de una comunidad que sobrevive en un fuerte de tacos defendiéndose de otro grupo que los ataca para quedarse con el refugio; dramas familiares duros, sublevaciones violentas o expediciones por estructuras postapocalípticas basadas en los muebles de mi cuarto. Con el tiempo, me di cuenta de que, de una forma instintiva, ya jugaba con la estructura clásica: planteamiento, nudo y desenlace. Me imagino que gracias a todas las películas que devoraba en aquella época. Pero mis historias tenían sentido, comedia y drama. Además, cada personaje tenía su marcada personalidad que creaba conflictos con el resto. Y todo eso para un único espectador, que era yo mismo.

Tenía tan claro que me gustaba inventar mundos y situaciones que era capaz de jugar a las Barbies con mi hermana e interpretar varios personajes a la vez, femeninos y masculinos. Esther, mi inevitable discípula, también controlaba muy bien la creación de universos y personajes, así que hacíamos un buen equipo. Siempre trazábamos una línea breve de sobre qué iría el juego ese día, por ejemplo: la Barbie de ella llegaba nueva a la ciudad y conocía a un grupo de gente con los que terminaría formando un grupo de música. Luego empezábamos e íbamos planteando la situación, presentando personajes y contexto con escenas peliculeras. El día que inventamos ese argumento, Sara, la mejor amiga de mi hermana, jugó con nosotros. Recuerdo que, justo al empezar, la niña llevó su muñeca a la

puerta invisible de la de mi hermana, llamó y justo al abrir dijo: «Hola, ¿qué tal? Soy Menganita, encantada. ¿Montamos un grupo?». En ese momento, Esther y yo nos miramos pensando lo mismo: «¿Qué coño hace? Eso no funciona así».

Disfrutaba tanto haciéndolo que me encerraba en mi cuarto durante horas, dejando la tarde libre y tranquila a mis padres. Pocos amigos del barrio podían compartir conmigo aquellas historias, por falta de imaginación o de ganas. Exceptuando a Mario o Beatriz, que comprendían el concepto, mi pareja de juegos perfecta era mi propia hermana.

Recuerdo preguntarme en aquella época por qué los adultos habían dejado de jugar y me prometí a mí mismo que no dejaría de hacerlo, aunque tuviese que esconderme. Me imaginaba a mí mismo como a Tom Hanks en *Big*, un hombre mayor con poder económico para comprarse los muñecos que quisiera, inventando una épica batalla entre ejércitos en el salón de mi casa después de salir de trabajar y soltando onomatopeyas de golpes y disparos.

Es bonito pensar que, de alguna forma, cumplí mi promesa. Sigo jugando casi a diario a inventar historias, lo que pasa es que ahora mis muñecos son actores y están prácticamente vivos.

Track 8

Oh Happy Day

The St. Francis Choir

El día de mi primera comunión me desperté con un nudo en el pecho. Llevaba años de catequesis preparándome para ser protagonista por un día en la casa de Dios. Y a mí se me daba fatal ser protagonista. Me puse mi trajecito de almirante júnior con ayuda de mi madre y me sentí como un torero vistiéndose con el incómodo traje de luces y pegándose el paquete al muslo para enfrentarse a un bicho de quinientos kilos.

El sentimiento de llevar un disfraz ya lo había superado el día que me llevaron a comprar el traje unas semanas antes a una pequeña tienda del barrio. Allí mi madre me hizo elegir entre las pocas opciones que había y escogí la que me pareció la menos ridícula de todas. Ya que iba a ponerme ante los ojos de todos y arriesgarme a dejarles un recuerdo patético en la retina, prefería hacerlo con la chaqueta y los galones inmerecidos de un capitán de barco que con un trajecito blanco de marinero raso. No era ninguna de las dos cosas pero puestos a ser impostores, mejor apuntar lo más alto posible. Zapatos negros y brillantes que maltrataban mis dedos chicos como si de una penitencia religiosa se tratase, pantalón blanco, camisa blanca, americana de almirante azul oscuro y una estúpida e indigna microcorbata negra. En el probador, me sentía un payaso y aquel complemento rodeándome el cuello era lo que me faltaba para desear abrazar el satanismo pero entonces, me miré al espejo.

Una vez un vendedor de trajes me dijo que si conseguía que el cliente se probase la prenda, la venta estaba asegurada en un 80 por ciento. Supongo que conmigo funcionó. Tras años viéndome con el uniforme escolar marrón, aquel elegante David que me miraba desde

el enorme espejo de la tienda me enorgulleció. Era como la injusta versión mejorada de lo que era y tuve que luchar contra todos mis monstruos que me preguntaban si había empezado ya el Carnaval. Los piropos de las señoras de la edad de mi madre que estaban en la tienda me inflaron el pecho hasta el punto de desear que me trajesen ya el puto barco del que estaba al mando.

De camino a la iglesia católico militar donde había cursado la mayor parte de mi catequesis, pensé que por muy mal que fuese el día, ya no tendría que volver a joderme la mañana de un sábado por la gracia de Dios. Lo pasaba bien antes y después de entrar a la iglesia porque la mayoría de los niños con los que compartía esas jornadas cristianas eran los colegas menos quinquis del barrio y el cuartel donde estaba el templo resultaba un campo de juegos gigantesco y divertido, pero las misas del viejo páter Juan suponían una tortura. El tipo era un capitán-cura al que le gustaba el protagonismo tanto como yo lo odiaba. Se marcaba unos sermones que hacían corta la versión extendida de la peli que odias y perderlo de vista era la bendición divina que me merecía.

Como todos los niños de mi generación y mi zona geográfica, era católico porque era lo que tocaba. Me habían bautizado sin preguntarme aunque me tocaron unos padrinos inmejorables: mi tía Casti y mi tío Ramón, dos artistas que podrían haber sido famosos si hubieran tenido valor u oportunidades. Mi abuela Mari me había enseñado a rezar el padrenuestro cuando era muy pequeño para hacerle frente a mi insomnio, así que lo usaba como herramienta práctica. Mi madre tenía alguna estampita de santa Rita y fray Leopoldo en casa, pero nunca hicimos eso de bendecir la mesa antes de comer. Con el tiempo me obligaron a soltar una oración a coro antes de empezar las clases, tuve la asignatura de religión y entendí que la Navidad era el cumpleaños de Jesucristo. Siempre me han parecido aburridas las Semanas Santas, las películas religiosas y, por supuesto, las misas. Una rama de mi familia cubana es adventista del séptimo día y aunque me encantaba pasar tiempo con mis primos, me agobiaba que se pegaran el día rezando y sin poder comer carne. No voy a mentir, después de cuarenta años soy agnóstico hasta el momento en el que despega mi avión o temo por la salud de alguien a quien quiero; sin embargo aquel día tenía que interpretar a un devoto ardiendo en deseos de probar por primera vez el cuerpo de Cristo para

conseguir mi objetivo real, algo que paliaría toda esa penitencia divina por la que había pasado: una Game Boy edición ladrillo.

No hice la comunión solo, éramos tres. Mi mejor amiga Beatriz a un lado y mi compañero de clases de órgano, Mahy, dos buenos compinches que hicieron más fácil aquel día. Delante de nosotros, además de nuestras familias, estaban los compañeros con los que compartimos aquellos años de evangelización, juegos después de la misa, canciones eclesiásticas y belenes vivientes. Interpreté a un taciturno san José dos años consecutivos, con dos vírgenes Marías distintas y la misma figura de Niño Jesús.

Mi primera actuación sobre las tablas y ante el público fue protagonista sin texto, perfecto para mí. Me pegaba hora y media de pie, con una barba negra, una túnica marrón y un bastón a lo Gandalf, mirando serio a todos los niños pastores que soltaban una frase ofreciendo sus presentes al hijo de Dios y a María, que tenía dos monólogos y una canción que habría emocionado a Charles Manson. En todas las imágenes que había visto de portales de Belén en mi vida, me había llamado la atención que el único infeliz de la escena era siempre san José. Tenía cara de no querer estar allí. Hasta la Virgen María, tras expulsar a un niño ya crecido, rubio y con aureola en un sucio pesebre que apestaba a mierda de mula y buey, parecía más contenta que él. Con el tiempo entendí que el hombre estaba aguantando el tipo, fingiendo haberse creído toda la movida de que una paloma había preñado a su mujer, pero aun sin tener toda esa información, interpreté a un José jodido y desconfiado que debería haberme valido un Óscar católico.

La comunión fue tan poco especial como todo lo que ocurre después de crear grandes expectativas. Me comí la galleta insípida, leí una frase sin equivocarme y me tragué el último sermón del páter Juan. Luego fuimos a la casa de campo de mi padrino Ramón, a medio construir, y celebramos mi digestión católica con la familia y algunos colegas. Nada más llegar allí, me quité la chaqueta y la ridícula corbata enana para ponerme a abrir regalos. Tras cuatro álbumes de comunión de esos que nadie usa, útiles de papelería y ropa menos chula que mi americana de almirante, abrí el paquete que esperaba: mi videoconsola portátil de Nintendo.

Al final, la fe es sólo creer en algo que los sentidos básicos no pueden percibir. Algo que alguien te ha contado sin poder

demostrártelo, que forma parte de un deseo personal, que aún no ha pasado, que queremos que pase, que querríamos que estuviese pasando. Algo que le dé sentido al día siguiente de un día gris, que conteste preguntas sin respuesta. Todas las religiones son el resultado de la necesidad humana de creer que estar vivo para morir tiene algún sentido.

Poco después entró en mi vida mi tía abuela santera y médium, Susana. Era como el niño de *El sexto sentido* pero en el cuerpo de una mujer caribeña de cincuenta años, sin miedo y con un control total en el tema de ver espíritus. Mi hermana y yo nos quedamos en su casa muchas noches porque nos parecía divertida e interesante. Y eso que no supimos que veía gente muerta a nuestro alrededor hasta unos años más tarde. Cuando nuestro tío Julio nos lo dijo, la sentimos más como un escudo que como una puerta. Ahí sí elegí creer en algo que sólo sabía porque me lo contaba ella, una persona a la que creía al cien por cien. En casa siempre hemos sido más espirituales que religiosos, más predispuestos a que se nos presente un fantasma que una virgen. No era religioso pero sí creyente. Creía en lo que quería creer y punto, en aquellos elementos no demostrables que escogía: espectros, extraterrestres, brujas, oblicuos, lo de Ricky Martin en *Sorpresa, sorpresa* o que algún día se fabricaría el Terminator T-800. Amén.

Track 9

The Theme From Terminator 2

The Object

Cuando uno tiene sus propios hijos entiende bastante mejor la obsesión de sus padres por apuntarlo por las tardes a actividades extraescolares. No niego que parte del objetivo sea estimular mental o físicamente al niño, pero otra de las razones es descansar un poco de él. Estuve apuntado en muchas cosas dispares antes de que todas mis clases vespertinas fuesen de refuerzo académico. Creo que terminé odiando cada una de ellas antes o después. Por suerte, mis progenitores nunca me forzaron a hacer nada que no quisiera hacer más allá del colegio o el instituto.

La primera actividad extra que recuerdo fue la natación. Tiene sentido que tus padres se aseguren de que sabes nadar cuando vives en un volcán rodeado de océano. Era en una piscina municipal cubierta y ruidosa en la que siempre hacía frío. Yo pertenecía al grupo de niños de mi edad que por lo menos sabían flotar y avanzar a lo perrito. Tenía un monitor que debía hacerse escuchar por todos por encima del escándalo y el eco del recinto, por lo que nos daba órdenes gritando y resultaba muy agresivo. Me pasaba la hora haciendo cola hasta que me dejaban saltar al agua y recorrer el tramo de calle que tocaba con el estilo de natación que se nos indicaba. Luego salía y volvía a ponerme en la fila. Todos los alumnos estábamos igual de aburridos de las clases porque al lanzarnos a la piscina intentábamos bucear todo lo que podíamos para nadar lo menos posible. Era tan evidente que el profesor llegó a darse cuenta y reprendernos por ello.

Un día empecé el recorrido a crol motivado y disciplinado con la respiración hasta que escuché al agresivo entrenador gritar mi nombre desde fuera, haciéndome sacar la cabeza del agua. Cuando lo miré,

tenía su típica cara de no ir con regularidad al baño y me gritó: «¡A braza, David! ¡A braza!». Me imagino que para cualquier otro niño habría sido un episodio aislado sin importancia, pero, para un crío con pánico al ridículo como yo, aquello fue la puntilla. A esas alturas ya sabía nadar y poco después mi madre nos quitó a mí y a mi hermana, que estaba apuntada también con el grupo de niños que necesitaba pequeños flotadores para sus ejercicios. Mamá siempre recuerda cómo me veía desde las gradas donde esperaban los padres, temblando de frío con el gorrito ese que sólo les queda bien a los nadadores que tienen un metro de espalda.

Poco después vi un anuncio en mi colegio de clases de judo y le propuse a mis padres que me apuntaran para hacerme un luchador capacitado para defenderse de los abusones con los que convivía en la clase y el barrio. Demasiado *Karate Kid* y *Tres pequeños ninja*, supongo. Sin embargo, cuando llegué allí con mi kimono blanco, descubrí que el judo no iba de puñetazos y patadas, sino de agarrar y tirar. Las dos primeras semanas sólo me enseñaron a cómo tenía que caerme, y eso era todo un presagio. No tardé demasiado en darme cuenta de que aquello no era para mí. Sobre el mismo tatami entrenábamos chicos de ocho años y chavales de quince y dieciséis con más barba que mi padre. Había una parte del calentamiento que era jugar al dola (no sabía cómo se llamaba, he tenido que buscarlo en Google), que es el juego ese en el que uno se agacha cogiéndose las rodillas y otro salta por encima apoyando sólo las manos en la espalda del obstáculo humano. El problema es que yo era un crío de un metro veinte saltando troncos que ya agachados estaban por encima de mis cejas. Para mí eran como montañas. Recuerdo la sensación de saber que no iba a poder antes de hacerlo y cómo el intento me daba la razón. En uno de mis saltos le di con mi pierna en la cabeza a un tío que me doblaba la edad y me soltó un gruñido que por fortuna no entendí, pero me asustó. En aquel gimnasio el color del cinturón marcaba el estatus y hacía que los más avanzados mirasen con desdén a los que iban por detrás. En esa pirámide judoca yo volvía a ser la base; bueno, quizá el sótano de la pirámide.

Para mí lo más grave de todo era lo evidente de aquella descompensación y cómo el maestro no hacía nada por solucionarla. El tío era como Flanders, el de *Los Simpsons*, pero con kimono, con una de esas catanas de madera y la egocéntrica actitud de ser el

referente de un puñado de críos. Evidentemente él, como muchos de los que asistíamos a sus clases, se apuntó a judo a base de collejas, pero llegó bastante más lejos que yo. Odiaba aquel lugar y le supliqué a mi madre cuando vino a recogerme que no me llevase más. Supongo que percibió tal desesperación en mis palabras que aceptó. Respiré aliviado hasta que de camino a casa me di cuenta de que había olvidado el reloj en la taquilla común donde dejábamos todo antes de empezar. Tenía tantas ganas de salir de allí que se me había pasado recogerlo. Mi madre, cansada de mi mala cabeza, dio la vuelta y condujo de nuevo al gimnasio para recuperarlo.

Me dejó en la puerta y esperó en el coche parado en doble fila mientras yo bajaba a realizar la sencilla gestión para la que habíamos ido. Cuando entré, el maestro estaba sentado en su mesa de recepción. Me miró con su cara de Flanders y me saludó con su musculoso brazo de Flanders. Le expliqué que había olvidado allí mi reloj y el tipo puso cara de saberlo, abrió uno de los cajones que tenía en su escritorio y sacó mi Casio barato de esfera sencilla y blanca con la correa de metal plateada. Luego sacó otros tres más, todos superiores al mío, y me dijo con su tonito de vivir en una película barata de artes marciales: «Coge el tuyo». Los miré unas milésimas de segundo y un oscuro pensamiento impropio de mí pasó por mi mente. Tenía la posibilidad de mejorar de manera considerable mi muñeca y ya sabía que no iba a volver por allí, pero yo siempre había sido un chaval justo e inocente... hasta ese preciso instante. Con una naturalidad que podría haberme valido un premio a la mejor interpretación revelación, señalé el más caro del catálogo inesperado que se me había puesto delante. Él sonrió y no dudó ni un segundo de mi palabra. Sonreí y me despedí dando a entender que nos volveríamos a ver en la próxima clase antes de salir de allí dando el primer golpe de mi corta pero fructífera carrera criminal.

Poco después estuve en baloncesto. Creo que de todas las actividades deportivas a las que me apuntaron fue en la que más duré. Iba dos tardes a la semana en las canchas del colegio Santa Catalina con un entrenador que me demostró que se podían hacer mates siendo un Oompa Loompa. Por primera vez en mi vida no era el peor del grupo, sino del montón, y, la verdad, me sentí muy cómodo en el montón. El final de mi carrera baloncestística estuvo motivado de nuevo por mi pánico al ridículo: me encantaba ir a entrenar, pero

odiaba los partidos del fin de semana y el entrenador liliputiense decía que era obligatorio joderse un sábado para competir. A mí no me interesaba hacerlo y cuando acabó la temporada, con más dolor que en otras ocasiones, abandoné.

Un día, en casa de mi primo segundo cubano Eduy, descubrí su teclado. Era como la versión adulta y profesional de mi pequeño Casio blanco. Toqueteé sus teclas y saqué algunas melodías de oído delante de mis padres. Nos miramos pensando que por fin habíamos encontrado una actividad extraescolar que encajaba conmigo y poco después empecé a ir a clases de órgano con Mahy, un vecino de barrio y escalafón social con el que me llevaba bien.

Recuerdo la primera vez que fui como si fuera ayer. La dirección era la de una preciosa tienda de pianos en una avenida importante de la ciudad. Dentro, un anciano elegante nos daba la bienvenida rodeado de esos imponentes instrumentos que hacían que toda la estancia oliese a madera cara. Al principio pensé que él sería nuestro maestro de piel arrugada y traje planchado, pero por fortuna no fue así. El tipo se limitó a acompañarnos hasta unas escaleras que bajaban a una especie de sótano secreto. Al final de esos escalones había una curva que llevaba a un pasillo con unas cuantas puertas. En la última estaba nuestra aula y nuestro profesor: Julio César. Era un hombre joven y sonriente, amable y paciente; un virtuoso de las teclas que amaba la música y contagiaba ese amor de manera involuntaria. Se convirtió en un amigo que me enseñaba, un sabio que me trataba con respeto y me hacía sentir en casa. La clave estaba en que era un maestro que amaba su trabajo. Quizá el primero que conocí.

El órgano es un instrumento más sencillo que el piano porque no requiere tanta pericia en la mano izquierda. Se me daba bien, pero empecé a hacer trampas desde el principio. Aunque aprendí a leer partituras e interpretarlas, me resultaba más cómodo tocarlas de oído. Julio César las ejecutaba para enseñarme el tempo y yo las memorizaba. Un día se dio cuenta y dejó de hacer esa demostración previa, obligándome a basarme en la lectura del pentagrama. Pero no me echó la bronca, le hizo gracia y tomó unas medidas que incluso me motivaron. Algunos días, cuando terminábamos la clase, un rato antes de irnos, se sentaba en su teclado y nos deleitaba con su destreza tocando recopilatorios de bandas sonoras como la de *Superman*, la de *Regreso al futuro* o la de *E. T*. Era inspirador verlo disfrutar mientras

sus dedos volaban. Hacía que pareciese fácil porque para él lo era, porque disfrutaba de su oficio. Dejé de ir a sus clases porque entré en la etapa rebelde de mi adolescencia y empezaron a interesarme cosas menos artísticas. Ni siquiera me despedí de Julio, pero se convirtió en un ejemplo claro de que tenía que encontrar aquello que me hiciera feliz.

Durante este tiempo en el que iba dando tumbos entre actividades extraescolares y clases particulares, mi amigo Pepe había estado apuntado a natación. Tal vez por eso siempre tuvo una espalda enorme para su edad que le hacía parecer una mesa camilla con una sandía encima. Pasó cinco años preso en una piscina, desde los ocho hasta los trece. Sólo fui a verlo un día que tenía una competición. Quedó primero en una carrera de estilo espalda y pensé orgulloso que, a diferencia de mí, era un campeón con un prometedor futuro en la alberca. Cuando volvimos al barrio le aplaudí porque mi perspectiva era, teniendo en cuenta que sólo había asistido a uno de sus campeonatos, que siempre ganaba. Cualquier otro habría dicho «gracias» y disfrutado de su medalla en silencio, sin embargo, Pepe me confesó que aquella era la primera carrera que ganaba en su vida y que odiaba la natación hasta el punto de llorar cada noche por tener que volver al día siguiente. Le dije que, si lo hacía tan infeliz, dejase de ir, pero me dijo que su padre hacía que eso fuera imposible. Era el típico caso de un progenitor más motivado con el deporte que practica su hijo que el propio niño, y a Pepe le daba tanta pena decepcionarlo que seguía adelante, aunque eso lo estuviese matando por dentro.

Insistí hasta armarlo de valor y terminó confesando a sus padres que lo pasaba mal cada jornada en el agua. Ellos ni lo sospechaban, y lo quitaron con la condición de que encontrase otra actividad deportiva que practicar por las tardes. En aquella época teníamos un par de compañeros de clase, Joaquín y Riki, que estaban apuntados a piragüismo y, por lo que contaban, parecía divertido, así que Pepe y yo decidimos apuntarnos juntos. A él le fue bastante bien, pero yo tardé unos siete minutos y medio en arrepentirme. Era en la playa de las Alcaravaneras, una de las dos que hay dentro de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Por su cercanía al puerto, en aquellos días era habitual ver el brillo del aceite de los barcos flotando sobre la orilla y convirtiendo el mar en un líquido hostil al que nadie quería caerse.

Llegamos a una especie de almacén/gimnasio/baño en uno de los locales que hay junto a la playa y que solían usar los pescadores. Allí conocí al monitor jefe, Yeray, un guaperas al que ni en los días más fríos vi con una camiseta puesta. Tenía la actitud de saberse superior al resto y querer demostrarlo constantemente. Sus alumnos lo adoraban como si fuese el líder de una secta de chavales en bañador que aspiraban a ser como él. A mí me pareció un chulo de mierda con el peinado de Nick Carter, aunque en el fondo era inevitable envidiarlo un poco. Aquel sitio olía a cloaca medieval. La humedad mezclada con la ropa sucia y la fibra de la que están hechas las piraguas creaban un aroma que era un manotazo en el tabique nasal cada vez que entrábamos.

El piragüismo de mar no es tan fácil como el de aguas más mansas. La parte de debajo de la barca termina en pico, como la cuchilla de un patín de hielo, por lo tanto mantenerse a flote dependía del movimiento al remar, como pasa con las bicicletas, que, si no pedaleas y te quedas quieto, te caes. Estuvimos meses aprendiendo a no volcar, más tiempo en el agua sucia que sobre la piragua. Justo cuando aprendí a mantener el equilibrio, supe que aquel tampoco era mi sitio. Pepe siguió sin mí un par de años más; no es que él lo disfrutase, pero habría hecho cualquier cosa por no volver a la natación.

Entiendo que mis padres se preocupasen por el desinterés que mostré en la mayoría de los intentos de hacer algo fuera del instituto, pero creo que fue bastante útil saber todo lo que no me gustaba para ir tachando cosas. Siendo sincero, a mí también me daba vértigo no encontrar algo que me llenase. Me gustaba escribir y dibujar, pero no con la pasión que veía en otros haciendo lo que de verdad les gustaba. La respuesta llegaría de forma anecdótica y más como un juego que como una actividad extraescolar el día en el que mi familia compró una pequeña videocámara para grabar cumpleaños y vacaciones.

Track 10

If Love Is A Red Dress (Hang Me In Rags)

Maria McKee

Mi familia compró una *handycam* CCD 8 mm que en aquellos años era casi un artículo de lujo, por lo que se pagó entre mis tíos y mis padres para que pudiera ir de mano en mano y que cada núcleo familiar fuese grabando sus viajes. Teníamos docenas de horas de animales inmóviles del zoo de Madrid, de nosotros saludando desde una atracción de parque, de cumpleaños, comuniones y bautizos. Cientos de planos fijos y panorámicas manuales de ciudades extranjeras, paisajes lejanos o lugares que visitábamos y que no tenían que ser especialmente bonitos para ser inmortalizados. Mi padre empezó a dejarme grabar algunos monumentos y aluciné. No voy a decir que aquel aparato fue una extensión de mi brazo, pero sí se convirtió en una obsesión que nunca dejó de intensificarse. Aquella pequeña cámara fue una respuesta a todas las actividades extraescolares que no despertaron en mí las ganas de volver, una respuesta que empezó como un susurro lejano y que terminó convirtiéndose en un grito en mi oído. Y aunque mis padres se encargaban de recordarme que no era un juguete y que fuese cuidadoso, aquella máquina terminó por convertirse en mi juego preferido.

Por fortuna tuve a mi compinche Pepe de mi lado para hacer esas películas caseras de acción, intriga, misterio y violencia con pistolas, protagonizadas por chicos de once años de bigote pintado con el lápiz de ojos de mi madre. Las primeras grabaciones las hacíamos sin salir del piso, siempre eran principios de historias que no pasaban de ahí, en los que sonaba un despertador, lo apagábamos, nos levantábamos con la chulería de un policía de Queens experimentado, nos poníamos

una camisa de botones y una americana, cogíamos nuestra pistola y salíamos por la puerta a combatir el crimen. Nos daba vergüenza seguir con la película en la calle, tanto que durante bastante tiempo acumulábamos las mismas secuencias grabadas una y otra vez. Aprendí a poner letras con la cámara y siempre acabábamos esos inicios con un título grandilocuente que pensábamos que estaba a la altura de nuestra historia inconclusa. Títulos de película de acción pura protagonizada por Van Damme como *Alianza peligrosa* o en inglés como *Powders of Dead*. No teníamos dos vídeos para montar lo que hacíamos, así que rodábamos un plano tras otro sólo con el *pause* y el *rec*, haciendo que a veces se viese un poco de lo que había en la cinta sobre la que estábamos grabando en cada corte: niños gánsteres despertándose, unos segundos del cumpleaños de mi tía Berta, niños gánsteres vistiéndose, título increíble escrito a mano.

Nuestro trabajo audiovisual se basaba en solucionar problemas y solventar nuestros pocos recursos. Igual que hoy en día. Aunque por la profesión de nuestros padres había pistolas reales escondidas en nuestra casa, usábamos pistolas de juguete que sólo daban el pego de lejos o pasándola muy rápido por delante del objetivo. No teníamos mistos para que sonasen los tiros, dejábamos caer un libro gordo al suelo mientras hacíamos el movimiento de haber disparado; no teníamos barba, nos la pintábamos; no teníamos chaquetas de vestir, cogíamos las de mi padre, que siempre nos quedaban enormes; no teníamos chicas, interpretábamos un salvaje acto sexual saltando solos bajo el edredón mientras el otro grababa y hacía jadeos con voz de pito; no teníamos sangre artificial, teníamos kétchup. Cuando empezamos sólo éramos dos y nos disfrazábamos como podíamos para interpretar varios personajes. Como no teníamos posibilidad de postproducción de sonido, nuestra banda sonora la reproducíamos desde un CD a la vez que grabábamos la escena, haciendo que, en ocasiones, cuando subía el volumen de la canción por la tensión, nosotros tuviésemos que elevar el tono de voz para que se nos escuchase.

Contra todo pronóstico, mi primera obra completa fue una adaptación del popular *Cuento de Navidad,* de Charles Dickens, versión barrio chungo de Nueva York. En ella yo interpretaba a un peligroso delincuente afroamericano alcohólico al que la mala vida lo había separado de su familia y, por supuesto, de la Navidad y su espíritu.

Pepe hacía el papel del colega muerto por sobredosis que me avisaba de la visita de tres fantasmas, y nuestro amigo Mario interpretaba al pasado, al presente y al futuro. Me acuerdo de que el fantasma del pasado iba vestido de blanco, el del presente como de diablo motero con la cara pintada de pintalabios rojo y el del futuro llevaba un gorro de lana que le tapaba todo el rostro. En nuestra cabeza nadie podría sospechar que el trío estaba interpretado por el mismo adolescente que no había cambiado la voz. Toda la historia se grabó dentro del pequeño piso de mis padres, nosotros asumíamos que parecía el típico piso humilde neoyorquino.

Acabamos tan orgullosos de aquella mierda que fuimos enseñándolo por ahí a nuestras familias. La mayoría asintió sonriente para no herirnos, pero cuando se lo enseñamos al padre de Pepe nos dio una bofetada de realidad en forma de comentario constructivo agresivo que nunca olvidé. El hombre era un rudo militar cartagenero al que vi llorar con una actuación de Rosa de España en *Operación Triunfo* años más tarde. Siempre fue bastante gracioso a su manera y se convirtió en una especie de tito postizo para mí, porque me pegaba en su casa todo el tiempo que su hijo no estaba en la mía. Pusimos el VHS en su vídeo y reprodujimos nuestra película sentados en el sofá de su salón y estudiando sus reacciones durante el visionado. No llevaba ni cuatro minutos de historia cuando se giró hacia nosotros y nos preguntó impostando mucho el acento: «¿Por qué habláis así de gilipollas?». En ese momento fuimos conscientes de que siempre actuábamos poniendo el acento neutro de los actores de doblaje.

No era extraño del todo teniendo en cuenta nuestros referentes. En aquel momento yo ya superaba los cuarenta visionados a dos películas del mismo director con el mismo protagonista: *Terminator 2* y *Mentiras arriesgadas*. En aquellos tiempos, gran parte de la cultura cinematográfica de un chaval se basaba en los VHS originales o grabados que tuviese en las estanterías de casa. De modo que, aparte de esas dos, tenía medio fundidas *El retorno del Jedi*, *Beetlejuice*, *Batman, La historia interminable, Poltergeist 2*, *E. T., Soldado universal*, *Ghost*, *Señora Doubtfire* o *El chico de oro*. La imperdible película anual de Disney ya había cambiado el doblaje latino por el de España y ya había dejado de reventar la colección de *Heidi*, la serie de animación más oscura que vi de niño. Me encantaba cualquier película en la que saliese Gene Wilder, al que llamaba «el Rubio» siendo sólo un crío. Me

quedaba mirando la televisión si salían Tom Hanks, Eddie Murphy, John Candy, Bill Murray o «el tío del pelo blanco», que podía ser Leslie Nielsen o Steve Martin (no los diferenciaba del todo, había un poco de racismo de canosos ahí).

En casa había películas que, si las emitían, las veíamos aunque ya las hubiéramos visto. *Grease, Los inmortales, Cocodrilo Dundee, Cazafantasmas, Cariño, he encogido a los niños, Depredador*, *Loca academia de policía, Mira quién habla, Los gemelos golpean dos veces, Solo en casa, La Familia Addams* o *Eduardo Manostijeras.* Luego había una categoría que era de mis preferidas y que sólo podía ver con mi padre porque mi madre decía que le daba vergüenza ajena. *Top Secret, Aterriza como puedas, Agárralo como puedas* o *La loca historia de las galaxias*. Esta selección de películas es mi base infantil cinematográfica junto a los wésterns de papá o los musicales de mamá.

Como cualquier niño pre-Internet, los fines de semana me levantaba tempranísimo para ver con mi hermana las series que seguíamos unas horas antes de que mis padres se despertasen: *Ranma, Dinosaurios, Los Trotamúsicos, Chicho Terremoto, Willy Fog, Yo y el mundo, Punky Brewster, Salvados por la campana, California Dream, Malcolm y Eddie, Blossom, Pressing Catch, Humor amarillo* o *El equipo A*. Mi serie lindera, aquella mítica generacional a la que no me enganché porque ya era lo suficientemente mayor para preferir dormir hasta tarde a verla, fue *Pokémon*. De hecho, hoy ese dato me sirve para medir la edad de la gente con la que hablo si sale el tema.

Un día, Pepe me habló de que había visto que emitían *Pulp Fiction* en televisión y se sorprendió de que yo no tuviese ni idea de su existencia. Él la había visto en un cine de verano del pueblo en el que veraneaba en Cartagena un año antes y le había volado la cabeza. Me recomendó que no me la perdiese y a las nueve de la noche estaba preparado frente al pequeño televisor blanco de mi habitación. En aquel momento no sabía quién era Quentin Tarantino, pero ese maldito genio con cara de luna menguante estaba a punto de cambiarme la vida. La película se convirtió al instante en una de mis preferidas, pero esa no fue mi catarsis. En una parte de la historia, Butch, el personaje interpretado por Bruce Willis, vuelve a su casa para recuperar el reloj de pulsera de su padre. Tiene que hacerlo discretamente porque sabe que lo buscan para matarlo, por lo cual camina por la parte trasera de las viviendas, pasando de patio a patio.

La cámara lo sigue durante todo el recorrido y en un momento dado atraviesa una verja por un pequeño agujero. Justo entonces, por primera vez, me pregunté cómo lo habían hecho. ¿Cómo ha podido pasar el camarógrafo entero por ese hueco? A partir de esa duda empecé a fijarme en los planos, a pensar el porqué y el cómo de cada uno. Después de aquel instante nunca he dejado de hacerlo. Siempre que me preguntan por mi película preferida digo que es imposible tener una sola. De hecho, si me preguntaran por mis veinticuatro películas preferidas, seguiría resultándome complicado quedarme sólo con dos docenas. Sin embargo, si la pregunta fuera cuál es la película más importante de mi vida, no dudaría ni un segundo en contestar «*Pulp Fiction*».

Naturalmente empecé a obsesionarme con el poco trabajo que llevaba Tarantino y su capacidad para contar una gran historia sin apenas salir de un almacén en *Reservoir Dogs*. Con todo lo de Scorsese, enamorándome de su universo sucio y hermoso, de los diálogos tan de verdad en *Toro salvaje* y de la inusual estructura de *Casino*, con tres voces en *off* explicando tres versiones de la misma historia. Luego apareció Guy Ritchie, que entraba en mi vida como derribando la puerta de mi cabeza con una patada. Me tomé cada una de aquellas películas como una *masterclass* particular a la que asistía por puro placer, pensando en cómo me habría gustado dedicarme a hacer maravillas como aquellas si no hubiera sido un pobre diablo sin posibilidades.

Años más tarde, también con Pepe, y ya con esa obsesión por fijarme en el cómo, me encontré con la otra película importante en lo que sería mi trabajo como director. Gracias a que la familia de mi amigo tenía el Canal + pirateado, podíamos ver algunas rarezas interesantes. La mayoría nos parecían ladrillos insoportables, pero un día tuvimos la suerte de cruzarnos con *Funny Games,* de Haneke, la versión austríaca. Aquella locura fue como una patada en pleno esternón para ambos. Nos encantó y nos dejó destrozados a la vez, una sensación que no habíamos experimentado hasta ese momento. La dureza de la historia, el increíble terror que nos producían dos parguelas en pantalón corto que eran pura maldad, el tono extraño, la sencillez, el evidente bajo presupuesto de la cinta y las libertades experimentales como el rebobinado, abrieron otra puerta en mi cabeza. Me hizo pensar que, aunque nunca pudiera dedicarme al cine,

nada podría impedirme hacer una película con mis propios medios.

Tras ese momento, empecé a tomarme en serio mi afición. Jamás con la sensación de que aquello pudiese convertirse en mi trabajo. Pero es que mi objetivo no era ese, era hacer mis propias películas, aunque sólo fuera para enseñárselas a mis amigos y familiares. Estaba tan enamorado que me obsesioné y empecé a leer libros sobre cómo utilizar bien la cámara, cómo se llamaba cada plano y cada movimiento, cómo se escribía un guion de verdad. Estuve viendo películas clásicas más por aprender de ellas que por disfrutarlas durante mucho tiempo. Me dio muy fuerte con Hitchcock. Por fortuna mis padres tenían unas cuantas películas del director y las veía tomando apuntes mentales. Era un poco extraño para un adolescente que se había pegado su corta vida despistándose en clase, sin mostrar interés en el colegio y aburriéndose en cualquier actividad extraescolar, encontrar por fin una asignatura que lo apasionase hasta el punto de ponerse deberes a sí mismo.

A mí lo que me gustaba era inventar y contar historias. Catorce años observando en silencio todo lo que pasaba a mi alrededor me habían aportado la capacidad de interpretar el mundo a mi manera e inventarme los huecos en blanco. Y antes de que aquella cámara llegase a mis manos, ya lo hacía jugando con mis muñecos, inventándome un programa de radio que grababa con mis primos en un radiocasete o escribiendo en el viejo ordenador de mi padre. De hecho, una vez gané un concurso literario en mi colegio con una historia tristísima que hizo llorar a mi madre cuando la leyó. Recuerdo la explosión de emociones que despertó en mí haber conseguido una reacción así en ella con sólo leer algo mío. Estaba tan orgulloso que pensé que mi destino era el de ser escritor y empecé a escribir una novela juvenil, pero se quedó en veinte páginas bajo uno de los peores títulos de la historia de la literatura mundial: *Infortunio de verano*. Era la consecuencia directa de echar mano al diccionario de sinónimos y antónimos para parecer más cultivado. Por culpa de esa tontería el relato estaba lleno de palabras complejas y sin sentido.

Seguimos grabando historias inconclusas, ya tomándonos cada sesión de rodaje como un ensayo que haría mejor la siguiente. Tanto Pepe como yo habíamos cogido bastante pericia con la cámara, reproduciendo movimientos que nos gustaron en algo que vimos o inventando algunos propios teniendo esas referencias. Durante

bastante tiempo nuestros personajes siguieron llamándose Jimmy o Michael, pero intentábamos poner acentos más naturales, aunque huíamos del acento canario, que, en aquellos tiempos, para nosotros, era la antítesis del cine. Comenzamos a bajar la cámara a la calle, teníamos horas de nosotros corriendo sin sentido por los callejones del barrio. Persecuciones que no venían de ningún sitio y que iban a terminar en nada, pero que estaban muy bien hechas.

Recuerdo que soñábamos juntos con hacer películas completas alguna vez. Era inevitable para críos con la fantasía a flor de piel, imaginarnos consiguiendo el objetivo aunque fuese fuera de la industria. Cuando acabábamos esas conversaciones, como éramos un par de flipados, nos decíamos «*someday*». Esa palabra en inglés representaba una esperanza a la que agarrarnos, a no rendirnos por saber que perseguíamos un imposible. Fue tan importante esa traducción de *algún día* que hoy la llevo tatuada en la muñeca izquierda, el lugar de mi cuerpo que más veces miro.

Track 11

Love Theme – Conan The Barbarian

Basil Poledouris

La larguísima época en la que la ficción me servía para refugiarme de la realidad, llegaron a mi vida los juegos de rol. Era un escondite perfecto para un paquete futbolístico con demasiada imaginación. Una experiencia que parecía estar hecha para alguien como yo, que podía interpretar un personaje a la vez que creaba una historia de fantasía rodeado por otros socios marginados.

Javi, el hermano mayor de mi amigo Mario, fue quien puso esa propuesta sobre la mesa y el grupo base lo completábamos su hermano, Pepe y yo. A veces se agregaba alguno de forma más esporádica pero nosotros éramos el indiscutible cuarteto titular. La comunidad del frenillo.

Justo un par de años antes había tenido lugar el tristemente célebre «Crimen del Rol» en Madrid. Un par de tarados habían matado a puñaladas a un pobre tipo que volvía a casa después del trabajo como parte de un macabro juego de rol que uno de ellos se había inventado. Así que cuando le dije a mi madre que me iba con los chicos a hacer eso, se asustaba y pensaba que cuatro niños gordos y atacados con ferocidad por el acné juvenil íbamos a pasar la tarde haciendo rituales satánicos y sacrificios humanos en el salón de la casa de mi vecino. Tuve que explicarle cómo se jugaba para que volviese a pensar que éramos unos cuantos pringados inofensivos y rechonchos, comiendo papas de sobre alrededor de una mesa e imaginando correr aventuras que nuestro físico no nos permitiría en la vida real. Bueno, sólo había que vernos para creerlo.

Eso éramos, una pandilla de inadaptados con la autoestima por debajo del suelo interpretando a bravos guerreros en un universo

medieval y salvaje. Siempre los mismos personajes. Mario, un hechicero de túnica roja altivo y cultivado, Pepe, un enano sin escrúpulos armado con un hacha y yo, un valiente elfo oscuro fuerte y rápido que portaba dos cimitarras. Un guerrero seguro de sus habilidades que hablaba con chulería a cualquiera que se le cruzase y no se lo pensaba demasiado antes de enfrentarse a una horda de orcos, un trol de las montañas o un viejo dragón rojo. El letal Khrom era tan opuesto a mí que me encantaba ser él.

Disfruté cada una de esas tardes en las que me metía en la piel oscura y escamada de mi temido luchador, flanqueado por el enano y el mago. Vivía una película de aventuras con la banda sonora de *Conan el Bárbaro* de fondo, nuestras fichas de personaje llenas de borrones y los curiosos dados de diez, de doce y de veinte que nunca había visto antes. Cada giro de la trama que Javi inventaba me hacía vibrar. Y en mi mente veía cinematográficamente cada diálogo estúpido con mis compañeros, cada batalla épica, cada mesonero limpiando un vaso con un trapo que nos daba valiosa información, cada bifurcación dentro de una mazmorra y cada antorcha encendida. Era el mejor momento de la semana y cada sesión de cuatro horas se hacía cortísima.

Años más tarde, tras haber jugado mucho con mis amigos al *Dungeons and Dragons*, al *Vampiro* y a *La llamada de Cthulhu*, unos chicos del instituto me invitaron a jugar con ellos. Era otro equipo de rechonchos inadaptados refugiados en la ficción e imaginé que haríamos buenas migas en los Reinos Olvidados.

Me subí al bus de la 30 y llegué a casa de uno de aquellos tíos. Subí por el ascensor al piso del anfitrión en un barrio mejor que el mío y al entrar me encontré a mucha más gente de la que esperaba. Me encogí y pensé durante tanto tiempo cada palabra que iba a soltar que terminé soltando muchas menos de las que debía.

Me hice la ficha y empezamos a jugar. Lo hacían con un método distinto al nuestro, puede que más correcto aunque menos práctico y sin rastro de la comedia que cualquier película de aventuras necesita. Entre ellos había un chaval que me impresionó con su interpretación, tenía la voz grave y utilizaba expresiones medievales con soltura. Eso y el pestazo intenso y punzante a sobaco del jugador que se me había sentado al lado, me terminaron de apocar. Era otro sistema, otra pandilla, otro universo. Pasé el rato que estuvimos allí deseando que

acabase, sintiéndome fuera de lugar, como un lacasito en una bolsa de pistachos.

Ese día entendí que no disfrutaba del juego y las aventuras ficticias que este me dejaba protagonizar con un heroico personaje, no, disfrutaba de poder hacerlo con mis mejores amigos. La compañía era la clave y eso es algo que hoy sigo teniendo muy presente incluso en los rodajes. Nuestro *master*, Javi, se echó una novia seria y nosotros fuimos creciendo, así que abandonamos aquellas aventuras de forma natural. Nunca más volví a cabalgar por ese universo, no tenía sentido sin el mago y el enano.

Track 12

You Are Not Alone

Michael Jackson

El verano más oscuro que recuerdo empezó como cualquier otro. Las clases habían finalizado y me enfrentaba a un dulce y largo periplo sin madrugones, sin tener que volver al colegio y ver las caras que me hacían sentir incómodo, sin uniforme marrón ni deberes por la tarde. En poco tiempo viajaría a la península, mi lugar seguro y feliz. Pero mis padres me dieron una noticia demoledora sin saber que para mí lo sería. Fue como ganar la lotería y que la misma persona que te va a entregar las ganancias te diga que debes entrar a la cárcel. Me iban a mandar a un campamento de verano.

En aquella ocasión estoy seguro de que no lo hacían por ellos mismos. No buscaban perderme de vista para tener tiempo libre, sino solucionar mis evidentes problemas sociales. Nunca les hablé de lo mal que lo pasaba en el colegio por culpa de otros compañeros, de modo que no tenían la información suficiente para tomar una decisión correcta. Los vi tan ilusionados que fingí que aquello me parecía bien, aunque debieron notar en mi mueca que no era del todo así, como cuando abres un regalo esperando una videoconsola y hay calcetines pero no quieres hacer sentir mal a quien te los compró.

Quince días con un montón de desconocidos en un campamento organizado por una organización relacionada con mi colegio, es decir, militar. Fue en Santa María de Guía, un bonito pueblo de mi isla tan cercano como para no resultar caro y a la vez tan lejano como para sentirme abandonado. Nunca tuve la sensación de que quizá terminaría pasándolo bien, hice mi mochila sabiendo que me esperaban dos semanas en el infierno. De hecho, cuando me despedí de mis padres lo hice como si me mandaran a una guerra, asustado y

pensando que podría ser la última vez que los viera.

Cuando llegué al campamento odié con todas mis fuerzas haber acertado en mi predicción. Estaba en una especie de albergue. Enormes habitaciones llenas de literas en las que nos separaban por género, canchas de fútbol y un comedor común con larguísimas mesas. Los chicos que compartirían la quincena conmigo venían de todas las islas del archipiélago y en muchos de los casos por puro castigo. No eran precisamente lo mejor de cada casa.

Reconocí a los matones casi antes de cruzar la puerta. Eran grandes, escandalosos y muchísimos. Pero lo peor es que parecían conocerse de años anteriores y eso hacía que los nuevos nos sintiésemos aún más solos. Era una cría de antílope intentando correr sin haber aprendido a caminar, resignado a convertirme en la merienda de los depredadores. Allí no me funcionó el truco de ser silencioso e invisible, porque aquellos tiburones buscaban sangre y yo era una herida abierta.

El primer día, un chaval de Tenerife más bajito que un taburete pero con cara de haber esnifado plastilina, fumado orégano y pegado a tetrapléjicos, con la voz más ronca que mi amigo Antonio Dechent de resaca, me soltó una amenaza gratuita antes de que nadie en ese pueblo hubiese escuchado una palabra mía. Ese enano era como Suneo, un bravucón de veinte kilos que pertenecía al grupo de los gigantes delincuentes. Era intocable y concentraba en su escuchimizado cuerpo toda la maldad que les faltaba a sus enormes compinches, que tenían el cerebro justo para golpear sin cagarse encima. Y por desgracia me tuvo entre ceja y ceja desde el momento en que nos cruzamos. Me miró con sus ojos de futuro adulto muerto por sobredosis y me dijo: «Te voy a empastar».

No sabía lo que significaba eso, pero sonaba mal.

Por suerte, mi compañero de litera, Betenjuí, era un buen chico. Nos caímos bien desde el primer momento y se convirtió en uno de mis pocos amigos allí. Él no era un depredador, pero era una presa que por su color verde fluorescente parecía venenosa y eso le aseguraba una supervivencia más tranquila. Encontré otro buen aliado en Javier Jiménez, que había sido mi compañero de clase unos años antes. Él no era depredador ni presa, era algo que estaba justo en medio. Un pájaro rápido y pequeño que ambos grupos podían mirar pasar sin plantearse alcanzarlo. Sin ellos aquella dura condena habría

sido en una casa del terror. Y aunque no eran tan valientes o estúpidos como para defenderme de los ataques directos, estaban siempre para recoger mis pedazos después. Entendía que cuando una familia de cebras bebe junta de un lago y un cocodrilo ataca a una de ellas atrapándola entre sus fauces, el resto tiene que correr y salvarse. Sería una tontería que una cebra le echase cojones a un cocodrilo porque lo único que conseguiría sería que el reptil repitiese almuerzo.

Que me empastaran significaba que durante la noche me llenasen la cara de pasta de dientes, lo descubrí en el espejo del baño la cuarta mañana que nos despertó a gritos uno de los monitores. Se ve que estaba durmiendo de lado porque sólo tenía media cara untada en crema dental. Betenjuí me avisó nada más verme y me limpié a toda velocidad, tanto que los bromistas no pudieron disfrutar de su hazaña en directo y tuvieron que limitarse a contarlo. Mi dilatado historial como víctima hizo que aquello no me afectase más que la amenaza del primer día y supongo que cuando los cocodrilos vieron que no me habían dañado como esperaban, empezaron a buscar otras cebras. Yo no era la más rápida, ni la más fuerte, pero había recibido los mordiscos suficientes como para que aquello no me impresionase en absoluto.

Otra de las noches, tras las habituales horas que mi insomnio me regalaba para mirar la negrura, un ruido me despertó en aquel barracón frío. Abrí los ojos sin incorporarme y vi un grupo de chavales armados con almohadas que iban despertando a otros, que al abrir los ojos desubicados y ver a todos esos cabrones alrededor soltaban algún «¿Qué pasa?» y esa era la señal para que lo cosieran a almohadazos. Después de treinta almohadazos seguidos, las almohadas dejan de ser blandas. Volví a cerrar los ojos cuando entendí el juego de aquella pandilla: si escuchaban tu voz te daban una mullida paliza. Esperé haciéndome el dormido hasta que llegasen a mi litera, porque iban a llegar. Los sentí rodearme por el calor que me envolvió de repente y noté que me agitaban el hombro. Actué como si me acabase de despertar, levanté la cabeza y me quedé mirándolos sin decir nada. Eran unos diez, todos expectantes con sus armas de espuma de poliuretano esperando la señal que no llegó. Tras unos buenos segundos de *mute* absoluto empezaron a perder la paciencia y me volvieron a agitar, pero seguí callado mirándolos. Entonces, el Suneo me dio una sardineta en la planta del pie y mi reacción automática e

instintiva fue agitar la pierna, golpeándole la frente con el talón y provocando un sonido a cachetada en medio de la quietud que hizo que sus amigos grandullones se rieran de él. Eso lo enfadó y levantó su almohada para golpearme pero uno de los grandes le agarró las manos y mirándolo, negó con la cabeza. Después de aquello se fueron a otra de las camas a por una víctima más ruidosa. Me llamó la atención que respetasen tanto sus propias reglas, haberme librado de la paliza acolchada y de la respuesta de un frustrado y vencido *bully* en miniatura.

Después de aquel día las cosas se relajaron bastante y empecé a formar parte de una pandilla, la de la zona inferior de la pirámide. Todos los marginados nos unimos y nos hicimos fuertes juntos. Éramos más pequeños, débiles e inocentes que los demás, pero atravesar de la mano la misma escombrera nos había dotado de la suficiente inteligencia y empatía para formar un simpático e interesante grupo de autoayuda. Formamos un equipo de monstruitos que se reían en secreto de aquellos que los miraban por encima del hombro. Miedosos, fuera de forma e imperceptibles para las chicas, pero ocurrentes, imaginativos y más interesantes que los guaperas matones que gritaban gilipolleces como si una avispa les hubiera picado en la lengua, cosa que atraía al inaccesible flanco femenino como el fuego a las polillas. Del grupo de frikis sólo recuerdo bien a un muchacho obsesionado con Michael Jackson. Tenía camisetas, toallas, calcetines, carpetas y casetes de su ídolo en el *walkman.* Un día le dijeron que el intérprete de *Thriller* era un mierda y lloró como si hubiese visto a su madre asesinada. Lo consolé sin saber que el Rey del Pop me pagaría aquel buen gesto más adelante.

Aún tengo pesadillas recordando el día en el que hicimos rápel en una pared vertical y bajé sin rechistar pensando en cómo se tomaría mi familia mi fallecimiento. Odié las tardes de competiciones deportivas en las que estorbaba y así como la asquerosa comida de cárcel panameña que nos obligaban a consumir compartiendo mesa gigantesca con amigos y enemigos. Siempre que pienso en la suculenta barbacoa y paella que prepararon el día que nuestros padres vinieron a recogernos, me río de la trampa para idiotas que montaron los responsables del campamento. Como si ese último almuerzo convalidara las montañas de mierda insípida que nos habían hecho tragar los catorce días anteriores. Aunque por suerte para ellos, la

mayoría de los chicos del campamento eran bastante tontos.

Los días más oscuros y tristes llamaba a mis padres para hablar un poco con ellos y consolarme con voces aliadas. Hablábamos sobre nada, sólo necesitaba escucharlos. Cuando me preguntaban qué tal lo estaba pasando les mentía y decía que muy bien, me inventaba a un David que disfrutaba del campamento como muchos de mis compañeros lo hacían. Porque aquellos quince días que para mí fueron el Vietnam de 1965 para otros fue una experiencia inolvidable y maravillosa, es cuestión de perspectiva. Nunca quise preocuparlos por no ser el niño que pensaba que esperaban que fuera aunque hoy sé que hubieran preferido que les confesara estas cosas a tiempo. Y lo sé porque ahora tengo una hija y, al igual que ellos, haría lo imposible para impedir que sufriese. Pero yo era así, hermético como una fiambrera incluso con quien más me quería.

Pero en una habitación a oscuras, la llama de un pequeño fósforo parece gigantesca, así que igual de inevitable es recordar las sombras que se han convertido en cicatrices que las luces que las contrarrestaron. Durante los últimos días de la quincena se organizó una especie de fiesta de despedida parecida a los bailes de fin de curso en las películas americanas. Lo malo es que yo era uno de los protagonistas parguelas de *Supersalidos*. Tomamos refrescos y comimos ganchitos en un enorme salón donde los populares bailaban en pareja y el grupo de *freaks* solitarios hacíamos el idiota: lo de siempre pero con música. A esas alturas ya pude pasármelo medio bien gracias a haber encajado con el resto de los desencajados.

Después de unas horas de guateque el salón empezó a vaciarse. Los aburridos, los somnolientos y los que consiguieron intimar con alguien lo suficiente para dar rienda suelta a su lujuria adolescente en algún rincón tranquilo, abandonaron la fiesta y sólo aguantamos unos pocos. Me había quedado solo y miraba sentado en una silla de plástico a las parejas que seguían bailando bajo los improvisados focos de colores. Alguno de mis colegas seguía por ahí haciendo chiquilladas, otro había conseguido camelar a una chica y hablaban con las caras muy cerca junto a la puerta. Fue uno de los primeros momentos en los que deseé ser uno de esos que había terminado de forma romántica. Llevaba tanto tiempo siendo invisible para las chavalas que me pregunté si algún día podrían llegar a verme o si estaba condenado a continuar mi vida en solitario. Aun sin rastro de

inquietudes sexuales, soñaba con una novia que me quisiera, que me besara en la boca cerca de un sofá, vestida con un jersey enorme, las piernas al aire y calcetines gordos. Y aunque me sentía tan lejos del objetivo como un caracol con ganas de volar, me preocupaba morirme sin saber a qué olían. Estaba tan acostumbrado a perder, a entender que nunca jugaría bien al fútbol, a asumir que nunca sacaría dieces en el colegio, que acepté la posibilidad de envejecer siendo un solterón enamorado de las películas de amor. Pero en esa ocasión, quizá por una sobredosis de cafeína tras ocho cocacolas o porque quedaban dos días para no volver a ver ninguna de las caras que en ese momento me rodeaban, lo intenté con la esperanza de un kamikaze.

Miré a mi derecha y vi a una chica unas sillas de plástico más allá. No sabía ni cómo se llamaba, tampoco es que me gustase demasiado, la había visto unas cuantas veces durante algunas de las actividades y no me había llamado especialmente la atención pero bueno... era una hembra. Apuré mi refresco y me levanté armado de valor. El plan era sencillo: acercarme e invitarla a acompañarme a la pista para abrazarnos al ritmo de la música. La vi mirarme mientras avanzaba en su dirección y su gesto pasó de la extrañeza a la sorpresa para acabar en decepción. No me dio tiempo de abrir la boca. Cuando sólo me quedaban dos pasos para plantarme delante de su silla, negó con la cabeza sin siquiera forzar una sonrisa de cortesía. Asentí dejándole claro que sabía lo que iba a pasar antes de levantarme a intentarlo y volví a sentarme con disimulo.

No me sorprendió en absoluto. El verdadero giro de los acontecimientos hubiera sido que la chavala aceptase. Miré mis deportivas sucias mientras escuchaba una canción muy romántica que para mí sonaba triste e intenté mentirme a mí mismo pensando que no necesitaba una chica. Lo malo de engañarse a uno mismo es que por muy convincente que sea el emisor, el receptor también sabe la verdad porque son la misma persona. Siempre me consolaba lo poco guapo que era Hugh Grant para ser un galán pero en aquel momento, después del previsible rechazo, visualicé al resto de los chavales del campamento o de mi clase y me sentí el más feo del planeta. ¿Qué loca querría estar con alguien como yo? Me acordé de la bonita relación que tuvieron en la película *Máscara* el deformado protagonista con una preciosa chica ciega y me destrozó saber que si conociera a una como ella, me daría vergüenza, tartamudearía,

soltaría tonterías presa del nerviosismo y terminaría pareciéndole un idiota. Entonces sentí una mano que me tocó el hombro y me sacó de todas aquellas destructivas reflexiones.

Levanté la cabeza esperando ver a un monitor preocupado por mi postura pero me encontré con Clara Einsman. Estaba en mi colegio, en mi curso aunque no en mi clase. Una de las pocas caras conocidas que me crucé durante el campamento. Siempre fue muy simpática conmigo, me saludaba al verme y su sonrisa amistosa me resultaba tranquilizadora. La interrogué con la mirada mientras empezaban los primeros acordes de la oportuna *You Are Not Alone,* de Michael Jackson, que pagaba su deuda conmigo. Ella, una chica bastante popular, me invitó a bailar a mí y necesité unos segundos para digerir lo que estaba pasando antes de levantarme y acompañarla a la pista. Cuando llegamos, puso sus manos en mis hombros y miré al resto para saber que debía poner las mías en su cintura. Estaba tan nervioso que las coloqué sin terminar de apoyarlas y nos pusimos a dar pasitos a los lados al ritmo que marcaba Michael. Sabía que lo había hecho por pura lástima y aun así me hizo sentir mejor. Era mi primer baile lento con una chica y, aunque cabía otra persona entre los dos, me resultó el momento mágico que necesitaba. Clara, sin saberlo, me había sacado de la peligrosa espiral autodestructiva en la que estaba metido justo en ese instante, por lo tanto el favor que quiso hacerme era bastante más grande de lo que pensaba en el momento de invitarme a bailar. Durante esos minutos musicales, el resto de mi mundo beis desapareció y ella, que era una chica bastante guapa, me pareció la criatura más hermosa que había pisado la tierra a lo largo de la historia.

Gracias a eso, para mí aquel campamento no lo representa el miedo a los abusones, el empaste nocturno, la pandilla de monstruos, el miedo al rápel o la comida de mierda, sino aquellos cinco minutos y medio casi abrazado a una chica mientras el Rey del Pop me repetía en inglés que no estaba solo.

Dos días más tarde llegó la despedida. Ese día experimenté un clásico que luego he vuelto a escuchar en decenas de anécdotas de amigos que pasaron por una situación similar. A unas horas de abandonar aquella cárcel a la que me había ido acostumbrando conocí al chaval que hubiese sido mi mejor amigo allí. Creo que se llamaba Pablo y a lo largo de aquella última jornada en el albergue me hizo

reír más de lo que lo había hecho durante toda la quincena anterior. Lo había visto mil veces por allí, pero no nos habíamos parado a hablar el uno con el otro. No pertenecía a los populares ni a la pandilla de monstruos que terminó haciéndome confortable aquel colchón de púas, era un agente libre como Javier Jiménez; un pájaro pequeño y rápido que uno sólo escucha cantar si tiene la suerte de que se le pose cerca. Me despedí de él alegrándome de habérmelo cruzado aunque fuese tarde y, del resto de mis compinches, con la agria seguridad de saber que no volvería a verlos.

La vuelta a casa me supo a libertad, a fin de condena y a síndrome de Estocolmo.

Track 13

Danza de los 40 limones

Juan Antonio Canta

Hay un momento clave en la preadolescencia, en la que la adultez te agita de forma desordenada, haciéndote pasar de niño a hombre de manera caótica y convirtiéndote en un monstruo que no termina de ser ninguna de las dos cosas. El rostro se llena de granos, crecen de forma dispar las extremidades, se da un estirón incompleto y amorfo, cambia la voz en un proceso lento en el que pareces estar imitando a Shakira o al Gallo Claudio. Empieza a salir pelo en lugares en los que pensabas que nunca saldría y, en el caso de los varones, se pasa a tener picha de crío a pene de adulto casi de un día para otro. La picha infantil es inmaculada y pálida, como las que acostumbramos a ver en las esculturas de querubines. Es curioso cuando, una mañana cualquiera, te miras la entrepierna y ha sido sustituida por una pesada y morena morcilla rodeada de pelo duro. En la gran mayoría de las ocasiones ese pene de hombre llega mucho antes que el cerebro de adulto, al que aún le quedan más de diez años de inmadurez extrema.

Es extraña esa medianía loca en la que uno descubre la sexualidad cuando aún madruga un domingo para ver los dibujos animados. Recuerdo que los chicos de clase hablaban de masturbarse cuando yo ni siquiera entendía cómo se realizaba la maniobra. Me sentía un idiota por ser el único que no sabía, así que fingía que también me mataba a pajas por las tardes sin poder preguntarle a nadie cómo había que hacerlo. Me imagino que hoy en día un chaval con la misma duda podrá encontrar un videotutorial en YouTube que lo explique, pero al principio de los noventa sólo tenía acceso a colegas pajilleros que soltaban datos aleatorios con los que fui completando el manual de instrucciones.

Tras mucho ensayo y error, movimientos y velocidades equivocadas, un día lo conseguí. Me acuerdo de aquel momento en el que abrí una puerta que no sólo nunca volvió a cerrarse, sino que se convirtió en un gigantesco portón de castillo gótico. Fue una tarde en la que me había quedado solo en casa y puse un VHS donde solía grabarme el mítico *Esta noche cruzamos el Mississippi.* Era un *late night* que emitían casi de madrugada, de manera que tenía que verlo al día siguiente. En un momento dado, una bailarina del programa hizo un inocente *striptease* parcial e intenté aprovechar esa escena picante para volver a intentarlo. Había errado tantas veces que empezaba a pensar que quizá había algo malo en mí, algún defecto biológico de nacimiento que me impedía masturbarme como el resto de los chavales. Aquel día, mientras sonaba la canción *Smoke on the Water,* de Deep Purple, agité mi pene de hombre con la endiablada velocidad que me imprimía la rabia y la frustración de no tener esperanzas, de estar ante mi último intento antes de rendirme. Y de repente pasó. Sentí un escalofrío agradable que me aflojó las piernas y me erizó los pelos de la nuca, los dos párpados se me pusieron como el chungo de Forest Whitaker y las pupilas se escondieron detrás. Expulsé el líquido transparente que el pene escupe antes de que el cuerpo humano fabrique semen reglamentario y eso me dejó preocupado. Nadie me había explicado que echaría algo por ahí. Durante unos minutos me pregunté si habría tenido una microfuga de pis supersatisfactoria por aquella nueva, extraña y placentera sensación que acababa de experimentar. Sólo había una forma de salir de dudas: probando de nuevo... mil veces más. Desde la tele, Pepe Navarro pidió un fuerte aplauso justo después de la primera vez que eyaculé en mi vida.

Durante un tiempo viví aquel descubrimiento como un pecado mortal que no pretendía abandonar. No podía hablar sobre ello con nadie que no fuesen mis amigos pajilleros, y claro, la información intercambiada no era muy científica. El mito de que abusar de la masturbación nos dejaría ciegos o calvos fue algo con lo que aprendimos a vivir. Pero era inevitable percibir durante aquellas primeras experiencias que lo que hacíamos estaba mal. Primero por la desinformación y el tabú que suponía para los padres hablarnos a los chicos sobre meneársela, y segundo por la extrema sensibilidad que de críos tenemos en el glande y que por fortuna se pierde con los años. El calambrazo que uno sufría al rozarlo nos hacía pensar que eso no

estaba ahí para tocarlo.

Aquel descubrimiento cambió mi vida y el porcentaje en el que se dividía mi jornada. No tardé demasiado en convertirme en un profesional del tema y no pasó un solo día sin paja durante muchos años. Me marqué retos absurdos como hacérmelas en lugares raros como el lavabo de un avión en pleno vuelo, el camarote de un barco o el cuarto de baño de todas y cada una de las casas que visitaba. Pensaba que era un auténtico genio del disimulo y daba por hecho que nadie podía sospechar lo que en realidad estaba haciendo, pero me equivocaba. Años más tarde fui consciente de que mis padres entendían por qué tardaba tantísimo tiempo encerrado o el motivo por el que la pareja de uno de mis calcetines desapareció para siempre. No me preocupaba aquella obsesión porque la compartía con mis colegas de aquellos tiempos, de hecho, yo era de los más moderados. Uno de mis compañeros de clase fue sorprendido en el autobús del colegio tocándose y hay que estar muy enganchado para pensar que meneársela en un vehículo rodeado de más de cincuenta chavales es una buena idea. Me agarraba a ese tipo de sucesos para convencerme de que yo sí controlaba la situación.

A principios de los noventa, la inspiración para masturbarse se encontraba a menudo en la memoria o la imaginación. Por fortuna tenía mucho de las dos cosas y aprendí a mezclarlas con pericia. Primero fotografiaba mentalmente a la profesora de música, alguna amiga de mi madre o a la hermana mayor de algún colega, y luego la introducía en una historia erótica coprotagonizada por mí. Cuando podía utilizaba recursos visuales como la sección de lencería en el catálogo de Venca o el póster de Pamela Anderson que colgaba en la pared de mi dormitorio. Un día me hice con unas cuantas revistas pornográficas que guardaba como un tesoro y que tardé en saber gestionar, hasta el punto en que le di algún insatisfactorio lametón a alguna página con la foto de una teta.

El desenfreno termina por agudizar el ingenio y la búsqueda de material para seguir fortaleciendo sólo el brazo derecho. Mi amigo Mario consiguió una insípida película erótica: *El encanto de Emmanuelle*. Su plan era cobrar veinte duros a los chavales del barrio para meneársela en su salón viendo el clásico francés, pero no funcionó. En una época en la que nos valía un anuncio de champú, pagar por eso era excesivo. Sin embargo, aquello me dio una idea

brillante.

Los viernes en Canal + ponían una película porno justo a medianoche. La mayoría de los chicos de mi generación nos quedamos más de una madrugada entornando los ojos ante la imagen codificada intentando adivinar algún culo entre aquellas interferencias en blanco y negro que escondían la escena subida de tono. Por suerte, en aquella época se había puesto de moda una forma de piratear ese canal de pago y todos los vecinos de mi bloque lo habían hecho. Conseguí una cinta VHS virgen de 240 minutos y me cuadró que *Forrest Gump* fue el estreno de aquel día e hizo totalmente creíble mi intención de dejar grabando el vídeo antes de acostarme. A la mañana siguiente me desperté antes que ninguno y comprobé en menos de un minuto que tras la película de Zemeckis había grabado mi primera película porno propia. Luego rebobiné la cinta para que mi madre se encontrara con la cara de Tom Hanks si le daba por reproducirla y fingí estar viviendo un sábado como cualquier otro pretendiendo ocultar cómo me estaban ardiendo por dentro mis ganas de verla.

Mis padres ya se fiaban lo suficiente de mí para hacer sus planes sin contar conmigo y pasaba muchas tardes solo en el piso. Justo aquel día fueron a la casa de campo de unos amigos y cuando vi el viejo Isuzu salir del patio *d'alante*, levanté el teléfono fijo y llamé a mis dos colegas más íntimos para compartir lo que había conseguido. Ellos, sabiendo a qué me refería, no tardaron ni cinco minutos en llegar.

Pepe y Mario se sentaron en el sofá mientras yo pasaba a toda la velocidad que podía mi vídeo de *Forrest Gump*. Creo que ver los créditos e imaginar lo que precedían ya nos la puso un poco morcillona. No recuerdo el nombre de la película, pero sí que iba sobre una empresa especializada en juguetes sexuales anales para mujeres. Básicamente era una hora y media de comerciales de esta marca yendo puerta por puerta para intentar vender su producto. Cuando las dueñas de las casas a las que llamaban los dejaban entrar, ellos les hacían una demostración práctica hasta que el ambiente se calentaba y todo acababa en un polvo poco profesional. Creo que, desde ese día, cuando veo a un tío musculoso con coleta y vestido de traje doy por hecho que es actor porno.

Durante aquella época estaba tan sincronizada nuestra complicidad masturbatoria que nos hicimos la primera paja grupal. No

fue algo que dudásemos, teníamos clarísimo que ver una película porno sin la mano en la picha era tan estúpido como ver un vídeo de aeróbic sentados y comiendo ganchitos. Ocupamos las plazas más aisladas del sofá para dejar un espacio contundente entre nosotros, e hicimos una pequeña barrera con cojines a modo de mampara que fue perdiendo importancia paulatinamente. Pillé un rollo de papel higiénico comunitario y le dimos al *play*. Cuando empecé esta carrera sin meta estaba tan equivocado que me obsesionaba acabar rápido y recuperarme. Me hizo gracia ver que cada uno tenía su manía, su método personal heredado de la primera vez. Yo siempre he necesitado apretar los muslos para funcionar, pero mi postura era la más tradicional de las tres: mano diestra como agarrando el mango de una cimitarra y un movimiento clásico de zambomba. Uno de ellos se la cogía con la mano al revés, quiero decir mirándose el dorso, con el pulgar debajo y terminó confesando que se sentía más cómodo haciéndolo de pie. Parecerá raro, pero no era nada comparado con la manía loca del tercero: el tío usaba las dos manos para llevar a cabo la maniobra. Usaba ambos pulgares, índices y dedos corazón para crear una especie de, según él, vagina artificial. Ninguno de nosotros había visto una fuera de películas y revistas, pero él aseguraba que la sensación era la misma. Supongo que el tiempo le quitó la razón.

Con el tiempo, las pajas dejan de ser el centro de la vida. No se van demasiado lejos, pero empiezan a importar más otras cosas como comer o dormir. Sin embargo, aquel periodo de tiempo fuimos auténticos portentos del tocamiento. Los Vengadores de la paja si todos los Vengadores fuesen Hulk. No me cabe duda de que, si durante aquella época se hubiese conformado la selección nacional del onanismo profesional de élite, nos hubiesen convocado a nosotros. Éramos el Brasil del 98, la Holanda del 74, los Chicago Bulls del 96. Teníamos el brazo derecho como Rafa Nadal el izquierdo, la capacidad de ser eficientes sin necesidad de estímulos visuales y esa magia, que no sabíamos que algún día terminaría, de poder hacernos una detrás de otra. Maestros pajilleros de nivel veinte que con sólo doce o trece años acababan de descubrir al implacable exterminador de la infancia.

Track 14

Changes

2Pac

Después de abrirle las puertas a la sexualidad, empezó a preocuparme mi físico. Siempre fui un muchacho rechoncho, no tanto como para ser el gordo oficial de la clase o del barrio, pero sí para ostentar la medalla de bronce en ambos ambientes. Era muy moreno de piel en un lugar donde estar bronceado no era especial y que combinaba de una forma negativa con mi uniforme escolar marrón. Tenía el pelo negro, graso y muy ondulado, pero me empeñé en pelarme a capa, como los chicos guais en las películas de los noventa. Era evidente que no me funcionaba en absoluto, tenía que hacer presión con la nuca en el reposacabezas del coche que me llevaba a clase cada mañana para aplastarlo y que pareciese que caía por la propia gravedad. En resumen, pasé trece años sin preocuparme de ser un cuadro abstracto de tonos tierra.

Todo eso cambió el 19 de marzo de 1996. A mis casi trece años ya tenía mucha experiencia como paciente médico, tanto que cuando llegaba a urgencias con una crisis respiratoria el doctor de guardia se sorprendía de la tranquilidad con la que manejaba el que apenas me entrase aire a los pulmones. Cuando era pequeño, durante un dolor de barriga cualquiera, mi tío Luis me hizo una prueba para comprobar si se trataba de apendicitis y me resultó tan curiosa que se me clavó en la cabeza. Apretaba el lado inferior derecho de mi abdomen y lo soltaba deprisa. Me dijo que, si no me dolía la presión, pero sí el momento en que dejaba de hacerla, tendría problemas de apéndice, así que, muchos años más tarde, una noche en que un dolor raro e intenso de tripa me tenía doblado, supe diagnosticarme.

Cuando el médico de urgencias me preguntó qué me pasaba, le

dije muy seguro: «Tengo apendicitis». Al tipo le hizo gracia la firmeza con la que había contestado, levantó las manos y soltó con tono burlón: «Ah, bueno, pues opérate tú». El dolor me hizo imposible fingir que su broma me había hecho gracia, pero fue muy satisfactorio ver cómo cambiaba el gesto de su cara al comprobar que tenía razón.

Me mandó a un hospital más grande, allí me cogieron una vía y me hicieron pruebas. Recuerdo, con la misma nitidez de una película que acabo de ver, el momento en el que una vieja enfermera miró mis radiografías y, con la actitud de estar a punto de escupir tabaco de mascar, dijo con un durísimo acento peninsular delante de sus compañeros: «Está de mierda hasta las cejas».

Aquella doble de la madre de los Fratelli me hizo pasar vergüenza, pero sabía que tenía toda la razón del mundo.

Al parecer aquello tenía una relación directa con que siempre hubiese sido un niño estreñido. Pasaba muchísimo tiempo en el váter para conseguir que algo saliera y me salpicase las nalgas; tanto que convencía a mi hermana para que me hiciera compañía y charlar durante el rato que pasaba allí sentado. Es muy curioso porque hoy en día no tengo problemas y se me hace hasta corto ese momento de soledad que me da el pestillo del baño, sin embargo, me resultaría imposible hacerlo en compañía. De hecho, si sé que hay gente cerca de la puerta o con la posibilidad de entrar, aunque me juren por sus familiares fallecidos que no van a hacerlo, me estriño.

Al final, me operaron de urgencia, tenía el apéndice al revés, gangrenado, y estaba a punto de padecer una peritonitis. Me dejaron una cicatriz de quince centímetros como prueba de ello. De nuevo la parca me saludaba desde lejos. En mi memoria quedó un brevísimo *flash* de cuando me desperté atontado en medio de la operación y todos los batas blancas que me rodeaban se apresuraron a dormirme de nuevo. En ese momento comprobé asustado que me habían atado los brazos a la camilla, le contaron a mi madre que tuvieron que inmovilizarme porque no paraba de moverme. Pasé bastantes días ingresado después de la compleja intervención, viendo la televisión de monedas hasta tarde y recibiendo visitas de familiares y amigos que me regalaban bombones que no me podía comer. Fue un infierno con final feliz, porque fue el prólogo de mi estirón.

En cuestión de semanas crecí veinte centímetros pesando lo mismo o menos que cuando medía metro sesenta. Era un proceso que

antes o después estábamos experimentando todos los chicos de mi edad en el instituto o en el barrio. Pero mi cambio fue sorprendente para muchos, como de cuento de hadas. Pasé de ser un *hobbit* rechoncho y temeroso, al miembro latino y exótico de una *boy band* de segunda. De repente me dio la impresión de que empezaba a existir para todas aquellas chicas que siempre fueron inalcanzables para un mediano. Creo que tuvo más que ver con la recién estrenada seguridad en mí mismo que con la transformación física, pero mi mundo cambió de manera radical.

Quise abandonar mi peinado de *hacker* paquistaní y hacerme algo moderno y favorecedor a juego con mi nuevo cuerpo, así que un día recorté de una *Súper Pop* la cabeza de uno de los miembros de la banda de guaperas con un solo éxito conocida como 5ive que llevaba el estilo que yo quería. Sabía que, si al viejo peluquero del barrio le decía «de punta y abierto por los lados», iba a hacer lo que le saliera de los cojones, para evitarlo necesitaba una referencia visual. Aparecer en la peluquería de Pedro con la foto recortada de un ídolo del pop puede no parecer tan vergonzoso si no sabes el tipo de barbería rancia de polígono a la que yo solía ir. El hombre hizo lo que pudo mientras un montón de señores desempleados a los que el sudor les olía a alcohol hablaban sobre un prometedor chaval recién llegado a la Unión Deportiva Las Palmas llamado Juan Carlos Valerón.

Empezó a interesarme un poco más la ropa también. Mi familia, como las del resto de mi barrio, nunca pudo permitirse forrarme de marcas caras, pero en mi colegio, gracias al uniforme, nadie podía notarlo. Sólo cuando hacíamos alguna excursión nos poníamos ropa de calle y se hacían más evidentes las diferencias. De hecho, recuerdo una tarde siendo niño en la que fui a comer a casa de Juan Cañete y conocí por primera vez la figura de la asistenta cuidadora. Tardé mucho en asimilar que no era parte de la familia y no pude evitar ver a mi amigo como un adinerado heredero de conde-duques insulares.

Lo malo de empezar a preocuparme por mi forma de vestir fue el momento en que pasó. Acababa de descubrir el rap y, como buen adolescente intentando encontrar una identidad mejor que la real, me había dado muy fuerte. En Canarias, o por lo menos en el vecindario en el que vivía, el rap español no había cuajado como en la península. Allí algunos escuchábamos latinos como Vico C, pero en general se consumía lo puro americano: 2Pac, Notorious B. I. G., Wu-Tang Clan,

Coolio, Snoop Dogg, Dr. Dre, etc., así que nuestros referentes estéticos eran esos duros afroamericanos de barrio peligroso. Mi primera compra fue un pantalón carísimo que encontré en una tienda especializada en prendas americanas de estilo *underground*. Creo que era Fubu, una de las marcas más representativas del hip hop yanqui. Negro y ancho, muy ancho. Aún hoy me cuesta entender cómo fui capaz de ponerme un pantalón que le hubiera quedado holgado a alguien de doscientos kilos. Al cubrirme el pie por completo, no tenía que preocuparme por el calzado. Recuerdo la cara de mi madre cuando se lo enseñé, intentó adivinar qué furgoneta pensaba cubrir con aquella lona hasta que entendió que era un pantalón. No dijo nada, asumió que estaba atravesando una etapa de la que por suerte terminaría saliendo. Es curioso cómo estaba seguro de molar con aquellos ridículos Fubu que de lejos parecían una falda regional.

Mi cambio físico no me salvó de ser un pringado. Lo seguía siendo, pero ya no lo parecía. Quien no me conocía hasta ese momento no lo veía tan claro de primeras, y eso me daba una novedosa ventaja.

Llevaba años sufriendo una lenta y constante metamorfosis en la que pasaba de oruga a oruga con alas. Desarrollar con maestría el arte del insulto hizo que dejase de ser invisible en clase. Ser gracioso de manera agresiva me unió con muchos de mis compañeros que compartían mi tipo de humor, como Christian Montejo o Damián Rodríguez. En el barrio cada vez se jugaba menos al fútbol, éramos más de gastar las horas charlando tirados en la acera del acceso que unía el patio *d'alante* con el *d'atrás* al que llamábamos «el intermedio». Los chicos más mayores habían salido de la pandilla por mudanza o responsabilidades adultas, por lo tanto estaba todo más igualado y armónico. La única manera de derrotarme allí era pegándome; hablando hacía tiempo que no tenía rival. De hecho, el único que podía hacerme sombra era mi mano derecha, Pepe. Teníamos más vocabulario que los demás y mi incapacidad con el balón me había hecho entrenar de forma involuntaria mi agilidad mental. Me gané el respeto riéndome de vecinos que en su día se rieron de mí, haciéndoles quedar en evidencia delante de los demás y consiguiendo que temiesen convertirse en la próxima víctima de mi afilada lengua.

Durante aquella época, Eli, la chica que podría haber jugado al fútbol profesional si hubiera nacido veinte años más tarde, se escondía

en uno de los callejones para fumar cigarrillos que robaba a su hermana mayor. La acompañaba a veces y charlaba con ella durante sus primeras caladas clandestinas. Ella fue quien me enseñó a tragarme el humo casi justo después de haberlo aprendido. No me parecía agradable en absoluto, pero, como me pilló en plena transición personal, sentí que me daba un aire de chulería adulta que había visto en mi padre, mis tíos y los tipos duros de las películas de acción. Fumé a escondidas, oculto en aquel callejón durante un tiempo, sin encontrar el placer que la posterior adicción me enseñó, pero depurando el estilo para que pegara con mis pantalones anchísimos, mi corte de pelo puntiagudo de *boy band* y mis ganas de ser una persona popular y diferente a la que había sido hasta ese momento. A esa edad uno no sabe la condena a la que se enfrenta porque es normal y legal ser gilipollas.

Track 15

High

Lighthouse Family

Empecé a jugar al fútbol con los chavales en la calle. Seguía siendo malísimo, pero mi nueva condición me había hecho inesperadamente rápido. Correr muy deprisa era una ventaja insuficiente pero llamativa, como ser alto en el baloncesto. Aunque el cambio más contundente para empezar a participar en los partidos del barrio era que, al ser uno más del grupo, el resto de los jugadores no me imponía tanto como para evitar que me divirtiera. Asumía mis taras y me reía de ellas, bromeaba diciendo que mi referente era Amunike, uno de los paquetes más épicamente ridículos que ha pasado por la liga española. Nunca he sido tan competitivo como para sufrir por una derrota, o sea que sólo lo pasaba bien con mis colegas. Después de muchos años con serios problemas para socializar basados en mis inseguridades, logré integrarme en todos mis entornos gracias al humor, a dejar de preocuparme por no ser como todos y a centrarme en las ventajas de ello. A pesar de lo que se suele pensar, lo que me igualó al resto y me hizo encajar fue hacerme mayor y descubrir que el miedo al ridículo desaparece cuando los espectadores son tus amigos.

Justo en ese momento, en el que me estaba esforzando tanto por parecer un rebelde que empezaba a creérmelo, mi viejo amigo Roberto se compró una Suzuki Katana R: la primera moto del barrio. Sólo tenía un par de años más que yo, pero en aquellos tiempos con catorce años ya podías sacarte la licencia municipal para conducir ciclomotores. Durante un periplo intenso, se convirtió en mi compinche de tabaco y desobediencia. Nos pegábamos las tardes recorriendo la ciudad sobre su Katana, que conducía a gran velocidad y con una habilidad caótica que me hacía disimular el miedo constantemente. A menudo nos

comprábamos un cono de papas y una botellita de Royal Crown en el Piscolabis que estaba cerca de casa y nos lo comíamos sentados en algún portal.

Roberto era un tipo solitario con más inquietudes que valor para abrazarlas. Escondió a tiempo su sensibilidad tras una armadura de dureza y pasotismo, encajó de primeras en el barrio sin casarse con nadie y todos aceptamos desde el principio que él era así. Uno de los nuestros, duro e independiente, a veces eufórico y divertido, otras depresivo y silencioso. Un tipo grande, con kilos de más y siempre rapado, de rostro sufrido desde crío y ojos azules. El actor John C. Reilly siempre me recuerda un poco a él.

Empezó a sacarle partido a su moto trabajando como repartidor en un restaurante chino pero se aburrió deprisa. Un día nos dijo que llamásemos desde una cabina e hiciéramos un pedido grande, de cinco mil pesetas, y que advirtiésemos al que contestase al teléfono que trajesen cambio de diez mil. Roberto llegó al barrio y sacó toda la comida para que cenásemos unos seis o siete chavales sentados en la acera. Comida china gratis en los noventa con los colegas, era un planazo inesperado de sábado noche. Luego volvió al restaurante y le dijo a sus jefes orientales que le habían robado la comida y el dinero. El plan perfecto de un villano con corazón, de un Robin Hood en ciclomotor. Lo repitió unas cuantas veces hasta que lo echaron, que pienso que era en realidad su verdadero objetivo.

Recuerdo que Albertito, mientras comíamos, le preguntó si quería que le diera un puñetazo en el ojo para que creyesen la coartada del robo y Roberto le contestó con un: «¿Te meto una patada en la boca para que vean que me defendí?».

Empezamos a hacernos más amigos porque siempre que bajaba a la calle, él estaba. Había abandonado los estudios y pasaba las horas sentado en el intermedio esperando a que apareciese alguien para charlar y compartir un cigarro. Yo bajaba después de acabar con mis deberes sin otra cosa que hacer que gastar la tarde con él mientras iba llegando el resto. Por eso terminé dejando la huella de mi culo en el asiento trasero de su Katana. La novedad hacía que atravesáramos la ciudad entera para echar humo en cualquier descampado lejos de casa. Durante esos pitillos compartidos, teníamos conversaciones más profundas que las que solían escucharse en nuestra calle y ahí descubrí su verdadera y oculta naturaleza, la pureza de su corazón y

la profunda tristeza que había aprendido a disimular. Conseguía con mis tonterías que se pusiera magenta de la risa y esa irreal sensación de ser la cuerda a la que agarrarse para que no siguiera hundiéndose en sus arenas movedizas me unió bastante a él. Así que Roberto, Pepe y yo vivimos juntos muchas charlas, rebumbios, partidas de cartas y tabaco a escondidas. Compartíamos la comedia salvaje y ofensiva, la etapa vital llena de inseguridades y el coqueteo rebelde con la maldad que en mi caso fue temporal y en el suyo el principio de una espiral de la que no supo salir.

Su peculiar personalidad lo llevaba a cometer pequeñas locuras que llenaban nuestras tardes grises de carcajadas. Por ejemplo adoptó un perro que tenía ya unos tres años y decidió llamarle Miguelito. El animal, que llevaba toda la vida llamándose de otra manera, no le hacía caso porque no sabía que se llamaba Miguelito; fue una relación complicada y cómica por parte de ambos. Otro de los días le pidió a Pepe que le grabase un CD de música con la canción que pone nombre a este capítulo: *High,* de Lighthouse Family. Cuando Pepe le preguntó qué más le metía en el disco, él dijo que nada más, que sólo esa canción. Le dijimos que podía hacer un disco con diez o quince temas diferentes pero sólo quería esa muchas veces. Aunque intentamos explicarle la función de *repeat*, él lo tenía muy claro: *High,* diez o quince veces.

Roberto el Bombilla tenía una inteligencia que, de haber sido entrenada, podría haberlo llevado a donde hubiera querido. Pero ser un tipo listo no te libra de tomar malas decisiones porque estas no dependen del intelecto sino de la necesidad de huir. Su vida nunca fue fácil y los que lo conocíamos bien sabíamos que en realidad era más frágil de lo que dejaba ver. Por desgracia, los atajos oscuros por los que intentó escapar de una realidad que odiaba destruyeron por completo su endeble salud mental en un momento y un lugar en el que no nos habían enseñado a pedir ayuda. Roberto falleció poco después de cumplir treinta años, tras muchas señales que no todos supimos ver a tiempo. Es la vida más importante que me arrebataron las sombras del barrio, a mí y a muchos de los que crecimos a su lado. Y su triste partida prematura hizo que los demás fuésemos conscientes de que aquello podría habernos pasado a cualquiera de nosotros. Su breve paso por mi mundo lo hizo eterno en mi memoria. Como ese capítulo concreto que eres incapaz de olvidar aunque lo vieses una

sola vez, en una serie que acabaste hace mucho tiempo.

Aquella época fue el principio de mi giro hacia la oscuridad. Pasaba más horas en la calle que nunca y mis amigos habían abandonado su obsesión por el fútbol por otros vicios menos recomendables. Buscaba la diversión en la maldad de las travesuras que tenía atrasadas por mi intachable comportamiento durante la infancia. Era como un galgo que había pasado la mitad de su vida amarrado a una caseta y que al librarse del collar tiene el instinto salvaje de correr sin sentido y con todas sus fuerzas, sin mirar por dónde, con el riesgo de pasar sin darse cuenta de un prado a una autopista transitada. Cuando no fumaba escondido en un callejón, estaba con la pandilla que tiraba huevos a los autobuses, que hacía bromas telefónicas, que corría tras tocar los telefonillos o que robaba tonterías en centros comerciales. Y todo eso de paquete en la moto de un amigo que estaba tan seguro de no tener futuro que quemaba el presente sin miedo a calcinarlo.

Track 16

Blue

Eiffel 65

Una vez cada par de meses venía una mujer al piso para ayudar a mi madre a hacer una limpieza en profundidad. De esas en las que separa de la pared el gigantesco mueble lleno de roperillos y figuritas de porcelana donde se colocaba la televisión. De las que se le quita el polvo a rincones que uno olvida que existen y el hogar se convierte en una caótica zona bélica donde todo está fuera de su sitio y tú molestas te pongas donde te pongas. Esa mujer se llamaba Carmen. Era mayor que mi madre, con una larguísima melena blanca y dos pequeños ojos oscuros hundidos en un rostro marcado por una vida dura en un barrio complicado. Pero lo que más recuerdo de ella era su olor corporal, un fuerte aroma a lejía que me desagradaba muchísimo. Tanto, que esos días aceleraba todo lo posible mi bajada a la calle para pasar el menor tiempo posible oliéndola.

Uno de esos, puede que el día cualquiera más importante de mi vida, bajé a la calle a una hora que no solía hacerlo y me encontré a mi vecino, Oliver. Era de mi edad, iba a mi colegio (fue el niño que me advirtió que tenía un chicle pegado en la rodilla) y había vivido siempre a veinte metros de mi casa, sin embargo nunca habíamos hablado más de cinco minutos. Durante aquella conversación por compromiso en la que nos preguntamos cuántas asignaturas nos habían quedado la última evaluación, me habló por primera vez de Internet. Se lo acababan de instalar en casa y estaba como loco. Supongo que percibió en mi poco entusiasmo que no tenía ni idea de lo que era.

—Es como un sitio al que entras por el ordenador y hay de todo. Toda la información del mundo y se pueden hacer un montón de

cosas. Hablar con otra gente, jugar a juegos que sólo existen ahí, ver vídeos, escuchar música...

—¿Cómo la Encarta? —pregunté abrumado.

—No... bueno, como la Encarta pero mucho más. La Encarta sería como un uno por ciento de lo que es Internet. Y puedes hablar con otra gente. Con pibas.

—¿Qué?

Era un concepto demasiado general, demasiado amplio y demasiado marciano para que me entrase en la cabeza. ¿Una Encarta gigante por donde se podía hablar con pibas y jugar escuchando música? ¿Qué cojones era eso?

—Y hay porno. Muchísimo. —¿¡Qué!?

Esa misma tarde me invitó a subir a su casa para enseñármelo. Un segundo derecha en el patio *d'atrás* en el que nunca había estado, donde vivía con su madre y una hermana pequeña de la edad de la mía. Entramos directo a su cuarto abarrotado de escudos del Atlético de Madrid y encendió su ordenador. Recuerdo aquel ruido de nave extraterrestre siempre que uno se conectaba a Internet en aquella época, de fax industrial y pitidos sin sentido que me anunciaban que estaba ante algo jamás visto por mis ojos. Oliver abrió un programa llamado Internet Explorer y me preguntó qué quería buscar, cualquier cosa que se me ocurriera. Yo ni siquiera había dejado de flipar con que aquel chaval de mi edad tuviese un ordenador propio, estaba totalmente superado por aquel invento, así que le contesté con un básico: «no sé».

Me hizo una demostración amplia y general de lo que era Internet. Me enseñó fotos de movidas turbias, datos concretos que escribía en aquel espacio en blanco, vídeos graciosos y cortos, un programa en el que podía hacer una lista de reproducción musical elegida por él sin necesidad de ir grabando canción a canción en un casete y tetas de todos los colores y tamaños. Aquel ordenador personal se había convertido en una ventana al universo en la que sólo había que esperar un par de minutos a que se cargasen unas páginas para asomarse a cualquier rincón y la sensación me parecía tan satisfactoria que, como me pasó en su día con las pajas, asumí que debía tener algo de ilegal. Entonces Oliver entró en el IRC-Hispano y vi un chat por primera vez en mi vida. Su *nick,* que me tuvo que explicar lo que significaba y por qué no se ponía su nombre, era un

clásico *Moreno83*. En menos de dos minutos tenía cuatro conversaciones abiertas con supuestas chicas de toda España con *nicks* como *Latina15, Rubitazaragoza, Ana_loca* o *Diabola*. Hoy sé que la mayoría serían señores con el pene en la mano, pero en aquel momento veía que estábamos a un «Hola, ¿de dónde eres?» de un montón de chicas con las que nunca me atrevería a hablar cara a cara.

Aquella tarde, mientras una señora que se bañaba en lejía limpiaba mi piso, descubrí un amigo con el que no paré de reír y una ventana futurista que no quería dejar de mirar.

A partir de ese momento, Oliver y yo nos unimos tanto que empezamos a decir que éramos primos hermanos. Pasé muchos días en su casa pegado a su ordenador, ligando con algunos *nicks* y riéndonos con otros. Entrando en páginas prohibidas que nos mostraban lo más bello y lo más horrible de un mundo mucho más grande que nuestro barrio. Haciendo travesuras de *hacker* como abrirle la bandeja de CD a gente que hablaba con nosotros para asustarlos. Incluso hicimos una radio *online* llamada Blue Radio en la que hablábamos como dos locutores con estúpidos nombres de DJ basados en nuestros propios motes. El suyo era DjFoot, ya que su apodo siempre fue BigFoot por el 45 de pie que calzaba desde los doce años y el mío, DjKowa, porque después de pasar por todos los nombres posibles que podían usarse para una persona muy morena, me quedé con el de Kuba, por el bronceado y la procedencia de mi madre. Lo escribía con K porque a esas edades uno asumía que era una letra mucho más guay que la C de mierda. Aquella emisora de radio pirata fue el primer producto con público en el que estuve. Y esa sensación de hacer algo para desconocidos que decidían escucharnos por gusto y aplaudir nuestras tonterías me hizo muy feliz.

Pasaba tanto tiempo en la habitación de Oliver que llegué a hartar a su madre, Milagros. Era una mujer fuerte y deslenguada que había peleado duro para sacar a sus niños adelante tras enviudar siendo jovencísima. Una noche llamó a su hijo al salón y le dijo asegurándose de que lo escuchase: «¿Tu amigo no tiene casa o qué?». La mujer tenía toda la razón del mundo, pero estaba tan obsesionado que me marché avergonzado aquel día, pero al siguiente volví a la misma hora. Sin embargo, con el tiempo y mi inevitable presencia en su casa, terminó cogiéndome cariño porque la hacía reír con mis ocurrencias. La única espada que he sabido usar con relativa maestría,

cada vez más afilada, para atravesar la piel y llegar a los corazones.

De hecho, nuestra amistad terminó traspasando las paredes de su habitación y empezamos a hacer vida alejados de la pantalla de su PC. Lo invité a grabar mis películas de gánsteres quinceañeros junto a Pepe aunque, aun teniendo el físico de un ídolo adolescente, nos dimos cuenta rápido de que la interpretación no era lo suyo. Él me invitó a pasar algunos fines de semana en el apartamento que su madre tenía en el sur de la isla, Las Flores II, junto a la playa de Las Burras. Y al igual que pasó con su habitación, esta localización vacacional también se convirtió en una de las claves de mi vida y mi adolescencia, porque allí conocí a Cristina.

Track 17

Rayando el sol

Maná

El apartamento estaba en la típica zona turística de la isla, rodeado de otros cientos de apartamentos con nombres de elementos paradisiacos como Las Dunas, Las Olas, Las Palmeras, Las Playas e incluso algunos con toques más internacionales como Sunset Beach, Happy Beach o Cualquiercosa Beach. Tenía su paseo marítimo, sus bares para estafar a guiris y su centro comercial con recreativos. Nosotros éramos dos adolescentes con las hormonas de un guepardo en celo viviendo una falsa sensación de libertad adulta. La madre de Oliver era una mujer moderna y comprensiva que por un lado entendía el proceso púber que atravesábamos, y por otro, estaba hasta el moño de aguantarnos, insistía en animarnos para que saliésemos y volviésemos lo más tarde posible.

Pasábamos las horas de sol en la playa, intentando mantener poses dignas, resultar atractivos y despreocupados. Llevábamos nuestras gafas Oakley de sol para esconder nuestras miradas indiscretas, bañadores surferos que nos tapaban las rodillas y una gomina tan dura que el Atlántico era incapaz de movernos un pelo. Durante las noches recorríamos el paseo o el centro comercial con nuestras mejores prendas Xdye y más colonia que piel. Mi compinche utilizaba su llamativa mirada verde y su sonrisa de anuncio de dentífrico blanqueador como reclamo, pero no solía funcionar. Aun así, nunca perdimos la esperanza, teníamos la certeza de que algún día pasaría algo. Y pasó.

Una de aquellas tardes, cuando el sol apenas iluminaba el mar y la playa se había vaciado de gente, Oliver y yo vimos a las dos únicas chicas que quedaban en la arena. Eran más o menos de nuestra edad,

una de ellas se desvistió hasta quedarse en biquini para darse un baño a destiempo, en plan grititos de moderada rebeldía. Recuerdo ver su silueta a contraluz, chapoteando divertida en el océano que debía estar helado. Era como una escena de comedia romántica con presupuesto o como la comedia francesa del verano, ella era preciosa y yo el típico amigo latino del protagonista. Se llamaba Cristina y siempre la escoltaba su prima Belén, una muchacha extrovertida y gigantesca que me sacaba una cabeza y media espalda. Oliver esperó a que saliese y se secase para abordarla con su encanto de guaperas seguro de sí mismo, nos presentamos y quedamos en vernos en el recurrente centro comercial para echar un billar y unas cocacolas.

Viví aquella cita a cuatro sin presión, asumiendo que la chica ya había caído rendida en los brazos de mi apuesto amigo. Era lo natural, él ya había tenido alguna experiencia romántica y yo llevaba mucho tiempo de invisibilidad. Pero la ausencia de expectativas me dejó ser yo mismo, encargarme de meter comedia a la situación y conseguir las carcajadas explosivas de Belén. Sin embargo, veía cómo a Oliver se le iba torciendo la jugada, Cristina parecía no tener interés romántico en él y todo empezó a enfriarse un poco, llegando a resultar incómodo en algún momento. Y de pronto, en un giro increíble de los acontecimientos, que ya querría tener cualquier comedia francesa del verano, la chica confesó que se había fijado en mí. En el secundario latino gracioso, el Howie de los Backstreet Boys, el atleta cojo que no sabe de qué material está hecho un podio, el chaval que nunca ha besado en serio a una chica. Y a diferencia de las consecuencias que pensé que aquello tendría, mi colega se alegró por mí y me hizo la cobertura con su prima, sacrificándose como Bruce Willis en *Armageddon*.

Recuerdo como si hubiera sido ayer la temperatura de ese momento, su ropa y la mía, las pequeñas escaleras de piedra donde nos sentamos, justo entre el paseo y la playa, pero sobre todo recuerdo los nervios que me encogieron el pecho desde que fui consciente de lo que estaba a punto de pasar. Llevaba tiempo obsesionado con ese momento, había estudiado los besos en el cine de todos los géneros, había practicado con mi propia mano y preguntado a colegas precoces pero no me sentía preparado. Pensaba en ello de camino al escondite donde iba a pasar, deseando que estuviese más lejos de lo que realmente estaba. Me preocupaba no hacerlo bien y quedar en

ridículo, que me oliese el aliento o que sus *brackets* me rajasen la encía. Ya sentados sobre un frío escalón de piedra frente al mar, charlamos un rato mientras le miraba la boca y pensaba en cómo empezar. ¿Me acercaba despacio en plan película? ¿Lo hacía deprisa? ¿Con los ojos cerrados o abiertos? ¿Lo hacía o no? Entonces empezaron a asaltarme dudas más profundas como ¿y si en realidad ella no quiere que esto pase? ¿Y si que todo parezca estar clarísimo porque me haya lanzado mil quinientas señales ha sido una mera casualidad y me va a hacer una cobra de contractura? Entonces Cristina, que supongo estaba cansada de esperar mi primer paso, me besó.

Fue una experiencia inolvidable que colocó al instante la acción de besar en el top tres de mejores experiencias posibles. Nuestros labios se juntaron y cerré los ojos de forma instintiva, a pesar de nuestra nula experiencia aquello funcionó a la perfección. Suave y armónico, hizo que dejara de concentrarme en hacerlo bien y me dejase llevar. Sentía su respiración tan agitada como la mía y a pesar de ser un morreo casto en el que ni siquiera usamos las manos para complementarlo, tuve que esforzarme en disimular el éxtasis que me invadía, la velocidad de mis pulsaciones y una erección que no esperaba. Quise que aquel momento durase cien años, pero Belén y Oliver se aburrían.

Después de perder el boquerón, expresión sevillana que me encanta, todo cambió de color a una gama más cálida. Eso de canturrear a solas y sonreír a todas horas fueron síntomas claros de aquel enchochamiento inmediato. Sentía mariposas volar detrás de mi esternón cada vez que recordaba aquella noche o que pensaba en volver a verla. Pero cometí el error de romantizarlo cinematográficamente, como hacía siempre con todo. No pude evitar imaginarme con ella paseando entre risas por Central Park mientras suena una canción de Alanis Morissette, pisando hojas secas y bebiendo café para llevar teniendo conversaciones profundas sobre la vida y el futuro. El mundo real es otra cosa, así que mis propias expectativas terminaron aplastando aquella magia del principio.

Nuestra relación duró unos tres meses y en ese periodo de tiempo nos volvimos a ver unas cinco veces, siempre para hacer lo mismo. Quedábamos en el centro comercial La Ballena, el más barriobajero y cercano a mi casa de los que había, y pasábamos la tarde allí. Primero

íbamos al cine o a los recreativos como excusa previa lubricante, charlábamos un rato sentados en un banco y después nos enrollábamos en la solitaria terraza apoyados en una columna. Hora y pico de comida de boca constante que solía ser la mejor parte de la cita. Su prima Belén siempre venía, por un lado no podía evitar agradecerlo porque sin ella no dejaban salir a Cristina tan lejos del barrio, pero por otro, solía resultar incómodo ese candelabro gigante y gritón que se aburría cuando esperaba a que terminásemos de darnos el lote sin un *smartphone* que mirar. En las primeras citas, Oliver se encargaba de mantenerla entretenida, pero un día dejó de hacerme el trabajo sucio y lo entendí a la perfección.

Me di cuenta rápido de que Cristina y yo no teníamos mucho en común aparte de las ganas de vernos y manosearnos. No le interesaban demasiado mis inquietudes y nuestras charlas terminaban convirtiéndose en un monólogo suyo en el que me contaba anécdotas muy poco divertidas sobre primas suyas. La llama se apagó muy deprisa, pero por desgracia sólo por mi parte. Teniendo en cuenta que ella era mi primera novia seria y antes de su llegada yo no sabía besar, tener citas o andar de la mano, tampoco sabía cómo dejar a una chica. Y la verdad es que lo hice de la peor manera posible.

Pensé que sería fácil inventar una buena excusa y contársela sin tener que mirarla a la cara. El 80 por ciento de nuestro noviazgo había sido telefónico y eso me tranquilizaba. Aun queriendo terminar con ella, la quería, e intenté llevar a cabo una estrategia que no le hiciera daño. No quería decirle que la dejaba porque estar con ella y todas sus primas era un soberano aburrimiento, que me molestaba tener que verla cada tres sábados para hacer siempre lo mismo en vez de pasear por Central Park hablando sobre Woody Allen. Quería que entendiese que yo era el culpable y que ella no había hecho nada malo, que no me había dejado de gustar, que era una chica genial y que en el fondo me daba pena dejar de verla. Pero lo hice todo mal. Inventé una mentira de mierda y la hice sentir culpable.

Llegué a pensar en fingir mi muerte y que Oliver le comunicase esta noticia; por suerte las escasas dotes interpretativas de mi amigo me hicieron cambiar de plan a última hora y ser yo quien actuase en una versión ligeramente menos dramática. La llamé cuando me armé de valor, nos telefoneábamos cada tres días más o menos. Nada la preparó para lo que se le venía encima. Recuerdo que tenía mi

minicadena puesta como siempre y que justo en el momento del drama sonaba *Rayando el sol,* de Maná, algo que lo hizo todo más profundo y cinematográfico. El momento más peliculero de nuestra relación terminó siendo justo el final. Cristina sospechó algo cuando escuchó el sombrío y afectado tono de voz que llevaba ensayando casi más tiempo que nuestro primer beso. Le dije que me había enganchado a la droga y que un psicólogo me había recomendado que cortase cualquier relación importante para llevar a cabo mi proceso de rehabilitación. Ella me contestó algo que era previsible y que sin embargo no vi venir: que quería estar y ayudarme. Tuve que huir hacia delante deformando cada vez más la excusa hasta convertirla en algo que no creería ni un niño que deja un diente debajo de su almohada para que un ratón con apellido se lo compre en la clandestinidad de la noche. Fue un punto final horrible a esa mágica relación llena de primeras veces, aunque este incidente me dio la razón en algo importante: el David de aquellos años tontos no se merecía a Cristina.

Desde ese día me entristece mucho la voz aguda del vocalista de Maná. Puede que ya lo hiciera antes, aunque hoy lo relaciono con ese volantazo fatal. Era joven, acababa de abandonar la invisibilidad y estaba seguro de saber besar. Quería vivir nuevas experiencias, conocer a más chicas y quizá encontrar a la que me hiciera sentir que paseaba por Central Park pisando hojas secas y tomando café para llevar.

Track 18

My Heart Will Go On

Céline Dion

Muchas tardes que vinieron después, las pasé con los colegas en el centro comercial La Ballena. Para mí era un lugar mágico, lleno de tiendas que me gustaban, con cine, recreativos, hamburgueserías, grandes corredores blancos y escaleras mecánicas. El techo estaba muy lejos del suelo, tres grandes cúpulas dejaban pasar el sol filtrado. Tenía la sensación de estar en un lugar lujoso hasta el día en que visité otro centro comercial y me di cuenta de que el mío era la versión quinqui.

Sus grandes multicines fueron mi escondite romántico, mi alivio cómico, mi escuela de hechicería y mi lujo de sábado o miércoles tarde durante muchas, muchas películas. Allí nos peleamos con una pareja porque viendo *Matrix* nos sentamos en unas butacas que chirriaban con el mínimo movimiento y nos echaron en cara que hacíamos ruido a pesar de estar casi todo el metraje incómodamente quietos y aprovechar las explosiones para cambiar de postura. Nos echaron de una sala por fumar cuando fuimos medio barrio a ver *Torrente 2*. Morimos de risa cuando nos dimos cuenta en la primera secuencia de *Scary Movie* de que no era de terror. Salimos dando patadas al aire después de ver *Blade*. Me costó que mis amigos no me vieran llorar con *El show de Truman* y fui a ver *Romeo y Julieta* solo porque nos lo mandaron en el instituto y no tenía novia con la que ir en ese momento ni Pepe, mi compinche de cine, se la iba a querer tragar.

Un día fui obligado a ver *Titanic*. Había visto el tráiler y me parecía cursi y pastelosa, pero accedí porque iba con una chica y mi plan era pasarme las tres horas que duraba liándome con ella. Era un

plan recurrente, pagaba quinientas pesetas por hacer con una muchacha lo mismo que podía hacer en un parque. Sin embargo, me resultaba más romántico hacerlo con aire acondicionado, escondidos en la oscuridad de la sala, con la luz del proyector rebotándonos en la cara mientras escuchábamos los diálogos y la banda sonora de la película que estábamos ignorando. Nos tocaron asientos en la primera fila y me dio igual, no pensaba despegar mi boca de la de mi cita para mirarle la cara bonita a Leonardo DiCaprio. Pero James Cameron, después de darme *Terminator 2* y *Mentiras arriesgadas,* me daría una de las grandes lecciones de mi vida con aquella historia que todos sabíamos cómo acababa. Al muy cabrón le bastaron quince minutos para que Rose me interesara más que la chavala que tenía al lado. Contra todo pronóstico, ella era la que quería seguir con la sesión de morreos y yo el que la evitaba para partirme el cuello y ver la pantalla que tenía a menos de tres metros. Terminé con el corazón encogido durante los gorgoritos canadienses de Céline Dion, satisfecho tras disfrutar de aquella titánica película, con un tirón en el trapecio y la certeza de que la chica que ignoré durante todo el metraje no volvería a llamarme. Fue la primera vez que el cine se interpondría entre lo que se esperaba de mí y yo.

Tenía dos opciones cuando iba al centro comercial. O iba con mi amigo Pepe y algún otro a pasar el rato al cine, a los recreativos y a comernos un McRib, o iba con Oliver en una misión basada en intentar que alguno ligara. Ambos equipos contaban siempre con algunos integrantes episódicos. Al de Oliver se solía unir nuestro amigo Daniel Alcaraz, el niño con TDH al que conocía desde preescolar. Siempre fue un chavalito rubio de grandes ojos celestes y esa simpática mueca de arruinar vidas que les gusta a muchas chicas. Así que ahí iba, escoltado por dos guaperas de ojos claros que reducían contundentemente mis posibilidades, a conocer a muchachas que iban a lo mismo que nosotros. Era normal ver pequeños grupos de un solo género contoneándose por los grandes pasillos de La Ballena sin destino fijo, mirando a los lados, apestando fuerte a Stradivarius, vestidos con las prendas de última temporada en Pull&Bear o con el típico y por fortuna extinto chándal de botones. Mi abuela Eva me contó que en la Cuba de los cincuenta, cuando conoció a mi abuelo, hacían algo parecido. Los jóvenes iban dando vueltas en una gran plaza de Jovellanos, los chicos en la dirección de las agujas del reloj y

las chicas en la contraria, así se iban cruzando, una y otra vez, lanzándose miraditas y finalmente hablando. Nosotros hacíamos lo mismo pero con un estilo más poligonero que campesino.

Por lo general, ligaba Oliver y nosotros le hacíamos la cobertura con las amigas de la chica en cuestión. Dani y yo solíamos divertirnos llamando a esos rollos esporádicos de nuestro colega con nombres en clave. Si llevaba uno de esos chaquetones plateados le decíamos «la astronauta», si llevaba un chándal le decíamos «la Mel C» y, si era del barrio Escaleritas, le llamábamos «la escalerita». Vale, no éramos muy originales pero necesitábamos reírnos un poco mientras esperábamos sentados y aburridos a que Oliver dejara de darse el lote con ellas.

Uno de esos días, nuestro comando se cruzó con uno femenino que nos puso ojitos. Oliver, nuestra afilada punta de flecha, se acercó a ellas con su voz seductora y su trabajada sonrisa de cartel de seguros dentales. En menos de cinco minutos éramos un grupo mixto. No era la primera vez que pasaba y no aseguraba en absoluto que alguno que no fuera él se comiera un colín, pero aquel día la victoria la compartió conmigo. Eran como las Spice Girls de Madera y Corcho. Madera y Corcho es un barrio de Las Palmas de Gran Canaria, no es que estuviesen creadas con dicho material, si acaso estaban cubiertas de poliéster multicolor. El chándal era uno de los uniformes principales de nuestra generación, como los moños altos, los tribales tatuados y las horribles Buffalos. Todos juntos parecíamos la portada de un *activity book* diseñada por una señora muy mayor pretendiendo ser supermoderna en una época que no entendía. Una de esas que escriben XD en Facebook pensando que significa «por Dios».

Echamos la tarde con ellas y todo se fue ordenando por pura inercia natural. A mí hablar con desconocidas siempre me ha puesto nervioso, pero cuando formo parte de un equipo, cambio el escudo del silencio por el del humor y eso siempre me ha traído triunfos inesperados, goles en el último minuto que podrían haber sido penaltis. La charla distendida fue dividiéndonos en grupos y más tarde en parejas. Oliver tuvo mucha química con una chica llamada Bea, que era como la Spice morena y simpática. Yo la tuve con la que me gustó desde un principio, la que asumí que sería inaccesible. Tenía una belleza exótica gracias a sus ojos rasgados y claros, una actitud seductora y misteriosa, la mirada imponente de quien había visto más barrio que cualquiera y nombre de Pokémon de fuego: Angharad.

Debo admitir que tampoco hubo paseo otoñal en Central Park, pero sí hubo una relación más parecida a lo que yo esperaba. Que su mejor amiga y mi primo hermano postizo también tuviesen una relación hizo que nos viésemos a menudo en divertidas citas a cuatro. Las otras dos amigas, Natalia y María, nos acompañaban a veces pero había un ambiente mucho más armónico que en mi relación anterior. Tenía bastante conexión con ella, no podíamos hablar de cine pero descubrimos otros puntos en común interesantes y me bastaba con hacerla reír. Me enganché a fabricarle carcajadas para poder escucharlas. Tenía la sensación de que provocando el sonido de su risa estaba haciendo del mundo un lugar mejor. Además, era de esas personas sensuales por naturaleza, sin pretenderlo, y eso para un muchacho virginal recién salido de un sótano como yo, era un espectáculo pirotécnico constante que no podía dejar de mirar.

Track 19

Train

Undrop

Los tres meses que estuve con Angharad transcurrieron durante esa época de juventud en la que la sangre corre por las venas más deprisa que el segundero y el mundo parece ir a cámara lenta. Ella tenía bastante más experiencia que yo en cuestiones románticas e intenté estar a su altura aparentando tener más currículum del que tenía. Me trataba tan bien que nunca me confesó que se me notaba la mentira a leguas, porque para ella debía ser como escuchar a un crío hablar de la dureza y los horrores de la guerra por haber jugado en su PlayStation al *Call of Duty*.

A esas edades, cuando uno no sabe lo que es enamorarse, sospecha que se ha enamorado constantemente. Yo, a Angharad, le hubiera gritado un «te quiero» en la primera cita; por suerte había visto las suficientes comedias románticas para saber que eso no se debía hacer por mucho que se sintiese. Éramos jóvenes, tersos y teníamos las hormonas disparadas, estábamos más calientes que el asfalto cordobés en agosto, por lo que pasamos muchas tardes rozándonos vestidos, descubriendo así la magia de la fricción. Nadie me había dicho que era una práctica común llamada *petting* y llegué a pensar que la habíamos inventado nosotros. Oliver me confesó que él y su chica estaban todo el día igual y que le parecía frustrante no dar un paso más, pero para mí, que aún no había tocado teta por dentro, era suficiente para estar hechizado.

Angharad y yo siempre nos habíamos visto y magreado en lugares públicos pero, por cosas del destino, una tarde me vi con las llaves del piso vacío de mi abuela, que se había ido de vacaciones con mi abuelo. En ese momento sólo tenía dos neuronas funcionando y

ninguna estaba en mi cabeza. Me había hecho con un refugio seguro, un picadero reglamentario, un laboratorio privado, un granero como aquel donde Cindy y Trevor se acostaron después de su graduación en cualquier película. Cuando entramos en el piso los dos teníamos lo mismo en la cabeza: no habría otra oportunidad así en mucho tiempo. Si me puso nervioso dar el primer beso, imaginaos la velocidad a la que me latía el corazón desde que entramos al salón de mis abuelos. Me enfrentaba por primera vez a algo que llevaba deseando desde que Pepe Navarro pidió una ovación tras mi primera eyaculación. Era un maestro cinturón negro azabache décimo dan de pajas, pero ya en ese momento en el que nos liábamos en el sofá y empezábamos a quitarnos ropa supe que no tenía nada que ver. Que eran dos deportes muy diferentes aunque tuviesen la misma raíz como el fútbol profesional y el futbolín de bar. Bueno, el futbolín ni siquiera es un deporte... y las pajas tampoco son sexo.

Iba a pasar. Estábamos delante de la puerta, estaba abierta y hubiera bastado con un pequeño empujón, pero los nervios hicieron que abriese con una patada voladora doble. Nos fuimos quitando la ropa sin separar nuestras bocas, sintiendo el calor de ambas pieles en contacto mientras sucedía. Ella se tumbó en el sofá y yo me coloqué encima. Estaba sólo a un calzoncillo de llegar. Empecé a bajármelo ansioso y torpe, sin mirar, sin abandonar el beso de veinte minutos que nos estábamos dando. Conseguí sacar una pierna con relativa facilidad pero con la otra fue un poco más complicado. Mi brazo no era tan largo como para hacerlo con un movimiento limpio y el estar tardando más de lo normal me puso incluso más tenso, así que aceleré. Mi ropa interior se quedó enganchada en mi pie, quería desprenderme por completo de ella, volví a dar un tirón, pero no fue suficiente. Frustrado, volví a agarrarlo y tirar con toda la fuerza que la humillante postura me permitía hasta que salió disparado hacia atrás y mi rodilla hacia delante. En ese momento sentí cómo mi rótula impactaba contra la entrepierna de la chica con la fuerza de un ariete y abrí los ojos justo a tiempo para ver el inesperado golpe en su mueca. Todo se detuvo entonces. Aunque me decía que no pasaba nada, que estaba bien, me preocupé por ella y me avergoncé muchísimo de ser tan patoso. La magia del momento desapareció en el aire como el humo de un cigarro y lo dejamos ahí. En unos minutos estábamos riéndonos de nuevo por la anécdota pero ya no seguimos

adelante con lo otro. Creo que fue lo mejor.

Después de vestirnos nos fumamos un cigarro en el balcón y ahí le confesé que estaba asustado. Que nunca antes había estado tan cerca y que no tenía ni idea del tema. Que no sabía si sabría hacerlo, si la decepcionaría o si estaba preparado. Le conté cosas de mí que antes me había callado. Lo de mi invisibilidad recién abandonada, por ejemplo. Le confesé que las ganas y el miedo me daban el mismo vértigo. Ella pudo haberme consolado pero hizo algo mucho mejor: confesarme que estaba igual que yo. Que también tenía ganas y miedo, dudas e inseguridades. Creo que justo entonces fue la primera vez en mi vida que le solté un «te quiero» a una chica.

Track 20

Bad Boys

Inner Circle

La época de estirón y romanticismos coincidió con mi entrada al instituto. Aprobé octavo de EGB con una media mediocre y empecé primero de BUP sin saber que todo iba a ser diferente. Aunque estaba en el mismo edificio que mi colegio, colgué el uniforme marrón para siempre, dividieron y mezclaron las clases, dejé atrás compañeros con los que llevaba compartiendo espacio diez años y llegaron otros nuevos porque el centro pasó de ser militar a ser público. Sin embargo, la novedad que condicionó considerablemente mi comportamiento fue la peligrosa libertad que se nos daba por primera vez en nuestra vida académica. A partir de ese momento no controlaban nuestra asistencia como en años anteriores. Nos ponían falta si no íbamos y eso podía tener consecuencias en nuestra evaluación, pero no avisaban a nuestros padres. Esa limitada sensación de autonomía en esa etapa rebelde de adolescencia fue mi perdición. Fue un mechero para un pirómano. Un juego de cuchillos de cocina fabricados con acero de Damasco para Norman Bates. Un grupo de adolescentes dispuestos a perder su virginidad para Jason Voorhees. Una caja de pilas de larga duración para Chucky. Una Thermomix para Hannibal Lecter.

Hacía años que había cambiado el bus escolar por el de línea. La 30 era la que me llevaba a todos los lugares a los que necesitaba ir. Llegaba a casa de mis abuelos pasando por el instituto, a la zona importante de tiendas y al barrio de algún colega. Desde que salía de casa por la mañana tenía el tiempo, las leyes y las herramientas para hacer lo que quisiera. Y lo que nunca quería era meterme en clase.

En primero de BUP también cambiaron los profesores y su

manera de tratarnos. Ya no había rastro de paternalismo, ahora te hacían sentir adulto y autosuficiente, dueño absoluto de tus éxitos y sobre todo de tus fracasos. Muchas chicas que impresionaban con ropa de calle y muchos chavales que parecían mayores que yo se sumaron al curso, haciendo que el aula se volviese a convertir en un lugar hostil para mí, abarrotado de desconocidos que mermaron de forma contundente mi recién estrenada y endeble confianza en mí mismo. Dejé de tomarme en serio los estudios y seguí trabajando en la imagen de rebelde pasota porque sería mucho más creíble para todos aquellos novatos que nunca antes me habían visto y no sabían nada sobre mi origen beis, mi imposibilidad de pronunciar la erre y mi miedo a todo. Asistí a la mitad de las clases que se impartieron durante aquel año. Decidía no entrar y quedarme en los alrededores del instituto fumando solo o con aquellos a los que conseguía convencer de que me acompañasen. Poco después me fue inevitable dar un paso más.

Mi colega Pepe y yo empezamos a llevar a cabo un plan de fuga que solíamos hacer cada martes. Subíamos a la 30 y nos despedíamos de nuestras familias como cualquier otro día, sin embargo dejábamos pasar la parada del instituto y bajábamos en Mesa y López, la zona comercial central de la ciudad. Eran mañanas de pura e ilegal libertad, caminando entre gente estresada que se preguntaba al mirarnos qué hacían dos críos a esas horas fuera de clase. Hoy soy consciente de cómo se nos vería desde fuera viviendo la ilusión de mezclarnos con los adultos, fumando en los parques y paseando por las tiendas con nuestras mochilas a cuestas. De hecho, Pepe llevaba su uniforme marrón ya que era un curso más pequeño. Aun así, nunca nadie nos dijo nada.

Un día, paseando por El Corte Inglés, sin rumbo ni intención de comprar, repasamos por primera vez la tercera planta. En esta sólo había cerámica y útiles de cocina, no era una zona que nos interesase, pero ya nos sabíamos el resto de la tienda como para dibujarla de memoria. Entonces vimos algo que nos llamó la atención. En la puerta de ese piso que daba acceso al baño, la barrera de seguridad antihurto estaba separada de la pared lo justo para que una persona delgada pasara a esa zona sin riesgo de que sonase la alarma. Y nosotros, en aquel momento, éramos muy delgados, muy inconscientes y estábamos aburridos. Tardamos dos minutos en idear el crimen, un robo con muchísimas fisuras. Como si *Ocean's Eleven,* con George

Clooney y Brad Pitt, hubiera sido una *sitcom* en Disney Channel España con los componentes secundarios de Santa Justa Klan.

Fuimos ladrones adolescentes con tres cosas a favor. No esnifábamos pegamento, atacábamos a un gigante como El Corte Inglés al que apenas hacíamos mella y el 80 por ciento de nuestro botín estaba destinado a regalárselo a nuestros seres queridos. De hecho, nuestro primer robo fue un CD de Destiny's Child que pretendíamos regalarle a Yrema, la hermana mayor de Pepe.

La forma en la que procedimos ese día, aunque fuimos perfeccionándola con el tiempo, marcó nuestro *modus operandi* para siempre. Nos acercamos a una de las cajas registradoras vacías y cogimos disimuladamente una bolsa vacía. Luego fuimos a la zona de música, que no controlaban demasiado gracias a las enormes carcasas antirrobo de plástico duro que tenían los discos. Metimos el que queríamos en la bolsa con la habilidad de un ninja octogenario y la discreción de un espía cocainómano en su primer día de trabajo. Luego, con la tranquilidad impostada por la que un fumeta pasa por la aduana del aeropuerto, subimos a la tercera planta y nos deslizamos tras la barrera de seguridad hasta el desértico baño donde llevaríamos a cabo la segunda parte del plan.

Una vez allí, ocupé mi lugar en uno de los urinarios con la picha fuera pero sin ganas de orinar. Mi misión era toser muy fuerte si algún otro cliente entraba al servicio. Pepe entró en uno de los retretes y cerró con pestillo con la misión de arrancar la carcasa. Escuché golpes cada vez más fuertes, tanto que temía que sonaran fuera del baño. «Joder, esto está muy duro», explicaba mi amigo con voz de llevar cuatrocientas sentadillas. Justo en el momento en que retumbaron pisotones y patadas que hacían crujir el plástico de seguridad, entró al baño un señor muy mayor, de unos setenta y pico de años. Me puse a toser como si me faltasen cinco minutos para convertirme en zombi porque Pepe tardó diez patadas en parar. El viejo fue testigo de unas cuantas antes de pasar al otro inodoro, a una finísima plancha de contrachapado del lugar donde se estaba pateando un CD. Nos quedamos en absoluto silencio entonces, escuchando durante unos larguísimos minutos la meada intermitente del intruso y los acelerados latidos de nuestros corazones. Oímos congelados cómo el tipo se volvía a poner el cinturón, tiraba de la cisterna y abría el pestillo antes de salir, lavarse las manos y abandonar el lavabo. En ningún momento

nos movimos, no sé cómo estaría mi compinche pero yo me mantenía de pie delante del urinario con la chorra fuera y pensé que podría haber resultado sospechoso; di el aviso de que volvíamos a estar solos y metí prisa. La presión era insoportable con la sensación de que el anciano avisaría a un segurata. Cuatro fortísimas patadas más y hecho. Teníamos el disco de las Destiny's Child bastante cascado pero libre de alarmas. Lo volvimos a meter en la bolsa y salimos de allí fingiendo estar tranquilos después de hacer una compra normal.

Creo que nos alejamos un kilómetro a paso ligero antes de abrir la bolsa y mirar la cara de Beyoncé desfigurada tras las cuarenta patadas de Pepe. A pesar de la torpeza, nos sentíamos Arsenio Lupin. Éramos ladrones de guante marrón con un peligroso éxito en nuestras manos. Y ese triunfo fue como la maldición de ganar un pequeño premio en la lotería: aunque no nos diera para lujos, estábamos condenados a repetir el delito. Si en un casino nunca ganase el cliente, nunca ganaría la banca. Sin cebo en el anzuelo, ningún pez picaría.

Nos enganchamos a la facilidad del hurto en grandes almacenes. La práctica hizo que nos profesionalizáramos llegando a robar regalos para el cumpleaños de nuestro amigo Mario valorados en diez mil pesetas. Entre este surtido estaba la película de *Jurassic Park: el mundo perdido*, el *Diablo* para PC o un bolígrafo del Madrid. Con el tiempo nos habíamos dado cuenta de qué pasillos estaban menos vigilados y qué objetos eran más fáciles de transportar hasta el tercer piso.

Recuerdo que cuando entregamos a Mario sus regalos y vimos su cara de impacto e ilusión por la cantidad y calidad de estos, no pudimos evitar colgarnos la medalla de «ladrones profesionales». Él entonces se puso digno aproximadamente dos minutos.

—Estos regalos no los puedo aceptar, están sucios por cómo los habéis conseguido.

—Ah, bueno. —Reaccionamos bastante rápido—. Pues nos los quedamos nosotros.

—A ver... un momento —reculó Mario—. Los voy a aceptar pero que sepáis que no me gusta lo que habéis hecho.

Seguimos adelante un tiempo con nuestra apasionante vida delictiva. A veces cogíamos un par de pantalones, entrábamos en el probador y nos poníamos uno debajo del que ya llevábamos, luego poníamos en su sitio el que no nos quedábamos y nos marchábamos. Las ventajas de la moda rapera de los noventa es que nadie podía

sospechar que llevábamos doble pantalón. Así cada martes, durante varios meses, fuimos desplumando poco a poco El Corte Inglés. Entonces todo empezó a torcerse.

Una mañana de martes una serie de casualidades cambiaron el rumbo de todo. Me habían puesto un examen de una de las pocas asignaturas que se me daban bien a primera hora y, a diferencia de Pepe, yo podía entrar y salir del centro sin problemas. Él iría directo a la zona comercial y nos encontraríamos una hora más tarde en la parada donde solíamos bajarnos. *A priori* no había problemas, él se pasearía por la zona hasta que yo llegase y luego haríamos lo de cada martes.

Hice mi examen de dibujo y salí del instituto, cogí la 30 y seis minutos más tarde llegué al lugar de encuentro. Me extrañó no ver a mi amigo donde habíamos quedado, sabía que había llegado porque salimos juntos por la mañana del barrio y me despedí de él en la parada más próxima a nuestro centro educativo donde me bajé sólo yo. Supuse que estaría haciendo algo y se había retrasado. Me quedé allí esperando a que llegase. Pero no llegó. Eran tiempos en los que no teníamos un teléfono móvil en el bolsillo para preguntar por lo que estaba pasando, así que la duda se me subió a la chepa y pesaba como media enciclopedia en mi mochila. Me es imposible concretar la cantidad de hipótesis que me bailaron en la cabeza a lo largo de aquella mañana en la que ni siquiera entré a El Corte Inglés, teorías que iban desde la improbable traición hasta la detención policial o el secuestro extraterrestre. Estuve paseando por nuestros lugares comunes por si me lo encontraba dormido en cualquier lado. Tuve bastante tiempo para reflexionar sobre cómo estaba tirando el curso a la basura, sobre cómo delinquir se estaba convirtiendo en una afición rutinaria. En aquel momento era inevitable llevar a casa unas notas desastrosas, esquivar la bronca y el castigo de mis padres. Volví solo a casa sintiéndome un fracasado y prometiéndome terminar con los martes mangantes.

Por la tarde, Pepe me contó lo ocurrido. Me estaba esperando en el punto de reunión como habíamos quedado aquella mañana. Decidió sentarse y, aburrido, esperarme en el saliente de un escaparate antes de andar solo y sin rumbo. Estaba mirando al infinito, pensando en sus mierdas cuando escuchó una voz familiar llamarlo por su nombre. Cuando levantó la cabeza, en el autobús que acababa de parar frente a

él, vio a su madre asomada en la ventana con cara de no entender qué demonios hacía su hijo en Mesa y López a las nueve y media de la mañana.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con su acento cerrado de Cartagena.

—Pues que... me quedé dormido y se me pasó la parada.

Pepe pensó, mientras el sonido salía de su boca, que aquella excusa era una montaña de basura al sol, pero contra todo pronóstico lo creyó. No sé si eso habla más de la inocencia de la mujer o el previsible empane de Pepe. Ella le dio las llaves de casa, le dijo que se fuera y esperó hasta ver cómo el bus en el que iba montado su pobre y adormilado niño se alejaba dirección al barrio.

Tras retirarme de la vida criminal, Pepe decidió seguir delinquiendo en solitario. Creo que le dio tiempo a dar dos golpes más hasta que el segurata de El Corte Inglés lo pilló con las manos en la masa y lo amenazó en un cuartucho con denunciarlo y llamar a sus padres. Mi amigo sabía interpretar bien al niño inocente y arrepentido con lágrimas en los ojos y consiguió convencer al tipo de que aquella había sido su primera vez. A mí me convenció de que también fuese la última de los temidos componentes de la pareja que golpeó El Corte Inglés de Mesa y López. Sabía que ni nos temían ni les hicimos mella, pero me gustaba fantasear con haber hecho temblar sus gigantescos pilares.

Track 21

Americana

The Offspring

En pleno apogeo de mi rebeldía más pueril, cuando ser un pasota misterioso en el instituto conllevaba apagar fuegos sin descanso para que en mi casa no se supiera, la bofetada con mano de pelotari que me soltó la realidad sonó como la voz de Josi, mi tutora de primero de BUP.

Estaba en medio de una clase de Educación Física, una de las pocas a las que asistía con regularidad durante ese curso. La única en la que no me aburría. Mi profesora me llamó por mi nombre a lo lejos y la vi acercarse por las canchas de asfalto negro con mala cara. Durante los segundos que tardó en llegar hasta donde yo estaba pasaron por mi cabeza cientos de hipótesis que justificaban la mueca torcida con la que me miraba. Aquella señora tenía tantos motivos por los que echarme una bronca que coloqué el cuerpo para recibir un golpe, pero el que me propinó no lo hubiese resistido ni Muhammad Ali con diecinueve años.

—David, nos hemos enterado de lo que hiciste con las notas y nos hemos visto obligados a expulsarte del centro.

Mi trabajado disfraz de rebelde sin causa, oscuro y enigmático cayó hasta enredarse en mis tobillos. Me lo soltó sin un previo «buenos días», con voz firme y mueca de justificar un asesinato por la espalda. Pero por mucho que sospechase que en el fondo se alegraba de aquello, por mucho que aquellas palabras me destrozaran por dentro, bajé la cabeza y acepté mi destino porque sabía que me lo merecía. Era consciente de que mi huida hacia delante se encontraría tarde o temprano con una zancadilla del hijo de la gran puta del destino. Y allí estaba, haciéndome caer de boca contra el suelo.

Mi delito fue la falsificación de notas. Había suspendido todas las asignaturas que no eran Educación Física en la segunda evaluación. No me había presentado a casi ningún examen y los que había hecho los había entregado en blanco. Muchos de mis profesores me habían visto en tan pocas ocasiones que hubiesen sido incapaces de señalarme en una rueda de reconocimiento. Llevaba mucho tiempo cavando mi propia tumba, había comprado la pala, elegido el terreno y levantado la tierra, pero hasta que no vi el agujero no reaccioné. Cuando me encontré con todos aquellos insuficientes en la calificación me asusté e hice trampas para esquivar lo único que en aquel momento podía abollar mi armadura de sudapollismo: la decepción de mis padres. No me quise permitir hacerles el más mínimo daño, traicionar su confianza, demostrarles que había ignorado todos sus buenos consejos y que eso los entristeciera. Al final fue peor.

Escaneé mis notas e hice un apaño bastante profesional para pasar de nueve suspensos a cuatro. Algunos de mis compañeros, viendo el resultado, me pidieron que les apañase también las suyas y terminé montando un pequeño negocio bastante rentable. Entregué a mis padres las notas falsas y me llevé la mitad de la bronca que me merecía, me castigaron y negaron con la cabeza varias veces. Me alegré de que sólo pensaran que era un fracasado y no un puto fracasado. Pero eso sólo duró mes y medio.

Por algún motivo que ahora mismo no recuerdo, mi tutora llamó a casa y durante la conversación salió a relucir la verdad y el delito. Les pilló a todos por sorpresa. Mis profesores no esperaban que alguien como yo hubiese falsificado la evaluación y posteriormente la firma de mi madre. Mis padres no esperaban que aquel niño inocente y bondadoso los hubiera engañado con las notas y la asistencia a clase. Intentando evitar la decepción de mis progenitores la multipliqué. Me echaron una semana del instituto, algo que en el centro donde estudié no pasaba a menudo y me convirtió en leyenda para algunos compañeros. Sin embargo, todo eso de la reputación ya me daba igual en aquel momento. Fallar de esa manera a mis padres nos había destrozado a los tres.

A partir de entonces bajé unas cuantas marchas. No puedo decir que detuviese el vehículo de perdición al que me había subido, pero encendí los faros y empecé a mirar y respetar las señales cuando aminorar la velocidad me permitió verlas. En casa no hubo broncas,

ya me las habían echado en Semana Santa con menos de la mitad de suspensos de los que tenía, pero se llenó de un denso y gélido silencio que pesaba toneladas. Mi padre, que me había obligado a pasar tres o cuatro horas diarias en mi cuarto para forzarme a estudiar y me tenía en clases particulares, asumió que él también había fracasado y bajó los brazos. Me dio por perdido porque se quedó sin herramientas para ayudarme, que era lo que pretendía por mucho que a mí me pareciese justo lo contrario.

Mi madre, siempre en medio de los dos, intentaba restaurar la normalidad en el hogar pero era muy difícil construir algo con escombros. Creo que durante un tiempo ella fue la agente doble que nos respondía cuando mi padre o yo le preguntábamos por el otro. Su buen hijo se había convertido en un hijo de mierda y, a diferencia de mí, ellos fueron tan buenos y formales en su adolescencia que no lo vieron venir. Cuando mi hija se ponga rebelde y empiece a liármela tendré experiencia y podré ponerme en su pellejo. Podré adelantarme a cagadas suyas y aunque no pueda evitarlas podré explicarle las consecuencias que tuvieron para mí. Siempre me imagino a Julia con quince años llegando a mi casa con los ojos inyectados en sangre diciéndome: «Papá, no te rayes, es rojo piscina... por el cloro». Y yo contestándole después de un suspirito: «Hija, siéntate. Te voy a contar quién fue tu viejo y por qué lo patrocinaron cuatro marcas de papel de fumar, cinco de semillas, dos de armarios para cultivos de interior y la empresa de fertilizante para marihuana más grande del planeta».

Era muy consciente de que recuperar la confianza de mi padre a esas alturas iba a ser casi imposible. Él llevaba en el Ejército desde los catorce años, la disciplina era una parte fundamental de su vida (lo sigue siendo) y sin embargo yo era (y soy) puro caos. Pero lo intenté. Quedaban dos meses para el final del curso y me propuse tomármelo en serio sin que nadie tuviese que obligarme, clavar mis codos en la mesa y demostrar que sabía que me había equivocado y podía solucionarlo. Imaginaos una secuencia con música ochentera motivacional de fondo mientras el David adolescente estudia, pasa páginas, toma apuntes, repasa por la noche en la cama y de día en el autobús.

Volvieron a quedarme nueve.

Por mucho que lo intentara, pretender solucionar en dos meses lo que no había hecho en siete me fue imposible. Era como si en un curso

de surf faltas a la lección en la que explican que es necesaria una tabla y luego intentas ponerte de pie sobre el agua. Miré mis notas y me enfrenté a una nueva decepción de mis padres. Sólo me quedaba septiembre, una última oportunidad. Y esa vez sí, pensaba hacer todo lo posible. Volved a imaginar una secuencia con música ochentera motivacional de fondo mientras el David adolescente, con una fotografía más cálida y estival, estudia en manga corta, pasa páginas frente a un ventilador, toma apuntes, repasa de noche en la cama y de día mira a sus amigos irse a la playa por la ventana. Renuncia a planes seductores por conseguir su objetivo académico y sonríe satisfecho mirando un atardecer.

Aprobé una de nueve.

Repetí curso. Pasé de primero de BUP a tercero de la ESO y vi cómo todos mis compañeros me dejaban atrás. Fue el fracaso rey en mi año negro. El clímax de la decepción, la consolidación de mi ruina y, sin embargo, lo mejor que me podía pasar.

Track 22

Salvation

The Cranberries

Cuando llegué al instituto mi primer día como repetidor, tras un año desastroso y un verano perdido, era un pajarraco herido arrastrándose con las alas rotas y la mirada en el suelo. Llegaba sin haber podido demostrar a mi familia que podía arreglar lo que había roto, viendo a mis antiguos compañeros pasar de largo y soltero por un estúpido malentendido. Angharad y yo habíamos cortado sin querer por culpa de una rápida conversación en la que pensé que ella me estaba dejando y ella pensó que yo la dejaba cuando ninguno tenía esa intención.

Mis expectativas con el curso que estaba a punto de empezar eran horribles porque en el fondo del pozo todo olía a agua estancada. Sin embargo, ese fue el año en el que empecé a caerme bien a mí mismo. Si este libro fuese un disco de vinilo o una cinta de casete, sería el momento de darle la vuelta y empezar a escuchar la otra cara.

Al entrar en clase me sorprendió que mis nuevos compañeros no parecieran bebés. Llevaba unas duras semanas pensando que al repetir compartiría aula con niños mucho más pequeños, pero siendo del 29 de diciembre me encontré con chicos tan solo tres días más jóvenes que yo, que me sacaban una cabeza y dos bigotes.

En mi tercero de ESO las chavalas fueron mayoría. Esto sonará a topicazo: juro que nunca estuve en un aula que oliese tan bien. Había sólo un repetidor aparte de mí, uno de los matones más temidos del instituto: David Raúl. Un duende salvaje de poco más de metro y medio con la mano suelta y explosivos ataques de ira al que no le acobardaba enfrentarse a Dwayne Johnson aunque midiese lo mismo que su fémur. Mi primera impresión al verlo fue la de no estar a salvo,

pero cuando me vio se acercó a mí y empezó a tratarme como un colega de toda la vida.

Entendí rápido que él tenía una sensación similar a la mía. De intruso en un territorio hostil al que debía acostumbrarse y rodeado de desconocidos con los que tendría que convivir como mínimo un año. Por algún motivo me vio como un aliado repetidor, un pedazo del pasado que echaba de menos. Antes de ese día no habíamos cruzado ni una palabra. Bastó una jornada para convertirnos en una curiosa pareja dispareja y fiel el resto del curso. De repente, él, que llevaba media vida zurrando a tipos como yo, y yo, que llevaba media vida huyendo de tipos como él, creamos una amistad en la que nuestras contundentes diferencias nos complementaron.

Yo era la parte intelectual y David Raúl, que me llegaba al hombro, la física. De manera inesperada, la bestia me hacía caso, incluso conseguí que todos le llamasen sólo Raúl y que él lo aceptase para quedarme con mi nombre en solitario. Mi pasado collejero me hacía proteger a compañeros de clase con pinta de ser sus víctimas naturales, conseguí manejar su furia a mi favor y sosegarlo la mayor parte del tiempo. Me encargué de proporcionarle la calma que no había encontrado antes y la tranquilidad que le aportaba el sentimiento de que nadie estaba en su contra. Porque si domé a ese dragón fue debido a que sus amistades anteriores a la mía habían sido una mierda y estaba tan acostumbrado a vivir en tensión y a defenderse que no era capaz de bajar la guardia. Por otro lado, él me aportaba una armadura reforzada y un par de puños duros y rápidos como balas de revólver. Era más que justo.

Nos sentamos juntos al fondo de la clase, como los dos viejos malotes que todos pensaban que éramos, como Suneo y Gigante con los tamaños invertidos. Desde donde estaba podía ver a todos mis compañeros sin apenas mover el cuello. Justo delante estaban Joaquín y Riqui, dos chavales que terminaron formando parte de nuestro grupo. A mi derecha veía a Federico, uno de los primeros *outsiders* reales que se cruzaron en mi camino y que me introdujo al rap nacional al que nunca había hecho caso. Un montón de chicos me tenían el mismo miedo que a Raúl y varios grupos de chicas, algunas de ellas lo bastante guapas como para no haberme atrevido a hablarles si no hubiera tenido la estúpida seguridad que me aportaba ser un año mayor, me miraban como si fuese nuevo a pesar de llevar toda la vida

un curso por encima. Además, estaba en un buen momento físico y experimenté la sensación de llamar la atención de algunas. Eso para alguien acostumbrándose a dejar de ser invisible es como coronar un ocho mil.

La confianza que me proporcionaba ser más viejo que el resto y tener como aliado a un rottweiler ante el que medio instituto bajaba la cabeza, hizo que por primera vez en quince larguísimos años fuese yo mismo. Hablé con todos y solté bromas sin temor a cagarla, me hice colega de la mayoría y me convertí en un tipo bastante querido y popular. Cuando acabó la primera semana había escalado desde la base de la pirámide hasta la punta superior casi sin darme cuenta. Y el aire allí arriba era la hostia.

Para mí era tan nuevo estar cómodo y feliz en el instituto que no dejé de sospechar que aquello fuera una trampa hasta que terminó el primer mes. Mis notas pasaron de ser insuficientes o muy deficientes a notables altos. No me costaba atender en clase, hacer los ejercicios en casa y a la vez disfrutar de todo. Tras mucho tiempo jugando a este videojuego en modo pesadilla, había encontrado la manera de cambiar la partida a modo fácil. Sólo tenían que matarme para entrar en el menú de opciones.

Me adapté muy rápido a ser el *quarterback* de la clase. Si bien esto tuvo la parte negativa de distanciarme de mis pocos antiguos amigos del colegio, los nuevos lograron llenar ese vacío en tiempo récord. A pesar de estar en la pomada, mi naturaleza me llevaba a acercarme a la parte menos popular del aula, haciéndome colega de todos.

Me hice íntimo de una muchacha que me trataba como si fuese famoso, aunque tuve que dejar de hablarle porque se enamoró de mí y no supe gestionarlo. No supe porque nunca me había pasado algo así y no tenía herramientas para reaccionar a una novedad tan poderosa. Mi realidad había cambiado demasiado en muy poco tiempo. Tener que rechazar a chicas, que algunos me hablaran con un respeto que no pensaba que mereciera o que otros se sintieran especiales por ser colegas míos, se me hacía la hostia de raro. Era como si hubiese aterrizado de repente en un planeta distinto, con un clima tan agradable y un oxígeno tan puro que mis pulmones acostumbrados a la polución no terminaban de adaptarse.

Creo que Virginia, una madrileña acabada de llegar de la que me

encariñé por la gracia que le hacían mis tonterías, fue de las pocas personas que supo ver con claridad mi verdadero fondo de parguela veterano y sin embargo no le importó un carajo. Era una pija tan opuesta a mí y tan encantadoramente estúpida, que no paré de buscarla todo el año porque me encantaba su energía y podía quitarme el disfraz delante de ella.

Mis notas ese curso fueron igual de extrañas. Había aprobado todas las asignaturas con una macanuda media de nueve… menos francés. El idioma de Mbappé siempre se me resistió. Quizá mi mente lo rechazaba de manera automática por el daño psicológico que me provocó aprender a pronunciar la erre tarde. Laura, la francesa, una nueva y sofisticada compañera de clase, se había ofrecido a darme clases particulares pero terminamos liándonos cada día que nos vimos. En definitiva, todo era diferente.

Aquel año quedó en mi memoria como un cortometraje editado a toda velocidad que ha envejecido tan bien como *Jurassic Park*. Aunque como decían en *El secreto de sus ojos*, ya no sé si es un recuerdo o el recuerdo de un recuerdo lo que me va quedando.

Track 23

Ponle sabor

DJ Kun

Gracias a mis buenas calificaciones había conseguido recuperar la confianza de mis padres. De hecho, todos entendimos que repetir primero había terminado siendo positivo. Así que después de varios años sin vacaciones plenas me enfrentaba a un prometedor y merecido verano para disfrutar al cien por cien.

Volví a los apartamentos de mi primo postizo Oliver, donde un cupido con mechas californianas me había sonreído por primera vez. Ya con dieciséis años cumplidos, no teníamos la presencia y vigilancia de su madre. Éramos dos jovencitos solteros y de buen ver dispuestos a parecer dos adultos solteros y de buen ver. El plan inicial era conocer a chicas y gastar las cinco botellas de ron que habíamos llevado. Y eso que mi compinche tenía muy mal beber.

En el barrio se sigue contando la célebre historia de la vaca, uno de los mejores casi comas etílicos de Oliver que llegó a inspirar una de las escenas más famosas de *Malviviendo*. Durante un tiempo preferíamos gastar nuestro poco dinero en una licorería antes que en la entrada de una discoteca donde posiblemente no nos dejaran pasar. Con una botella de ron canario, un refresco de cola y una bolsa de hielo pagada entre tres o cuatro chavales, nos íbamos a la playa de las Alcaravaneras y volvíamos a casa cuando se nos acababa. Allí echábamos unas horas bebiendo, charlando y fumando el hachís canario de aquellos tiempos, que era como aspirar un neumático en llamas. Y en esos forzados planes de tranquis me lo pasaba mucho mejor que cuando tenía que ponerme zapatos y camisa de botones, enseñarle mi DNI a un petado que me miraba como si fuese basura antes de pagarle las mil pesetas que me daban derecho a una

consumición de garrafón, que estiraba durante horas en las que pasaba mirando con aire seductor y sin éxito a todas y cada una de las criaturas con vagina que había a mi alrededor.

La historia de la vaca surgió una de esas noches bebiendo en la playa. Esa vez estábamos sólo Pepe, Mario, Oliver, Daniel Alcaraz y yo. Iba a venir más gente que se acabó rajando y eso hizo que al final hubiese mucho más alcohol que hígados. Entre risas y tonterías, Pepe y yo nos centramos en controlar lo que tomaba Dani, porque ya nos había tocado llevarlo a urgencias varias noches con intoxicaciones etílicas graves, y eso hizo que perdiésemos de vista a Oliver. Tras unas horas, nos dimos cuenta de que nuestro colega vocalizaba menos que estando amordazado.

Al principio no le dimos demasiada importancia, nos subimos a una enorme telaraña para niños que había en la playa y empezamos a saltar en sus cuerdas gruesas cantando *La vaca,* de Mala Fe. Fue muy gracioso lo de agitar todo el ron que habíamos bebido hasta que Oliver soltó una de las potas más abundantes que he visto en mi vida. Daba la sensación de que eran efectos especiales baratos como el famoso vómito del niño gordo en *Este chico es un demonio*. Esa pota estuvo a punto de ser considerada lago y ser visible en Google Maps.

Cuando pasó nos quedamos quietos, dejamos de saltar y nos preocupamos por él, aunque verlo reír nos tranquilizó bastante. Entonces cambió el gesto de su cara, se tocó deprisa todos los bolsillos y dijo que había perdido su *discman* nuevo. Siendo conscientes de su mal estado, le dijimos que se quedara allí y que nosotros iríamos a buscarlo al sitio donde habíamos estado sentados o a echar un vistazo desandando nuestros pasos desde la licorería donde habíamos comprado los lotes. La depresión por la pérdida de su aparato hizo desaparecer la euforia que mantenía a Oliver en pie y lo ayudamos a sentarse sobre la arena. Nos inquietaba dejarlo allí solo en ese estado, por lo que le preguntamos a uno de los yonquis que vivían en la playa si podían echarle un vistazo a nuestro amigo mientras íbamos a buscar su maldito *discman* perdido.

Aquel politoxicómano aparentaba unos cincuenta años, aunque con ellos nunca se sabía, diría que estaba entre los veinte y los setenta más o menos. Tenía un bigote poblado, un chándal que en el pasado fue blanco y la voz de haberse fumado un rinoceronte adulto. Le dimos la media botella de ron que nos había sobrado como pago por

cuidar de nuestro perjudicado colega y entonces, pasó. Uno de los diálogos más inolvidables a los que he asistido en mi vida y que palió todas nuestras desgracias.

—Vayan tranquilos, chiquillos, yo lo vigilo. Y si pasara cualquier cosa aquí tengo el abogado defensor.

—¿El qué? —La voz de fagot, el sonido del mar cercano y lo que quizá recién había consumido aquel señor, hacía que sus palabras parecieran una lengua muerta de una civilización extinta muchos siglos antes de las pirámides.

—El abogado defensor.

—¿El qué?

—El abogado defensor.

A estas alturas nos daba vergüenza volver a preguntar, pero es que nosotros escuchábamos: eguaguagoguó.

—¿El... qué?

—¡Un palo, coño!

Aquel simpático yonqui nos solucionó la noche, nos salvó gracias a la risa y se quedó con medio litro de ron. El *discman* jamás lo encontramos, eso daba igual.

Unos meses después, Oliver y yo estábamos viviendo como dos solteros de oro en el apartamento de su madre. Lo preparamos por si una noche conseguíamos llevar alguna conquista, que nunca pasó, pero la esperanza impidió que viviésemos en un vertedero vacacional. De día posábamos en la playa y cuando el sol se escondía detrás del océano nos íbamos con nuestras mejores galas al centro de ocio Plaza, donde había veinte discotecas, peleas a botellazos y muchísimas chicas extranjeras con el listón bajísimo. Hubo unas pocas noches buenas y un montón de intentonas frustrantes, lo normal cuando uno sale con un objetivo tan claro en vez de pasarlo bien y punto.

Como suele ocurrir, encontramos lo que buscábamos cuando dejamos de buscarlo. Una de las mañanas fuimos a Maspalomas para cambiar un poco de orilla. Tras uno de esos fracasos nocturnos decidimos pasar la resaca tumbados sobre las dunas de la playa más espectacular de la isla, sin posar ni esperar un triunfo romántico, sin siquiera meter barriga. Así que cuando dos chicas guapísimas haciendo *topless* se acercaron a hablar con nosotros, nos pillaron con la guardia bajísima.

Tuvimos que hacer un esfuerzo titánico para mirarles a la cara e

interpretar que no nos impresionaba que estuviesen en tetas. Ahora es algo muy natural, incluso lo era entonces en mujeres más adultas, pero para nosotros era como estar delante de Diego Armando Maradona y Michael Jordan, montados en un unicornio alado atravesando un arcoíris de colores a los que nuestras retinas nunca se habían enfrentado. Se llamaban Aileen y Lorena y podrían haber sido modelos de Victoria's Secret. En serio, miré a los lados por si era una cámara oculta, me agarré la cartera por si eran experimentadas estafadoras y me pellizqué un huevo por si eran parte de un sueño. Pero estaba pasando. Era real. Esas dos diosas nos estaban hablando y nosotros estábamos consiguiendo no tartamudear ni mearnos encima.

Creo que Aileen era la que estaba interesada en Oliver y Lorena acabó liándose conmigo un poco de rebote. Era un año mayor que yo y no le daba tanta importancia a liarse con un pavo que le gustase lo suficiente, sin embargo, yo sentía que estaba sosteniendo la copa del mundo sobre mi cabeza subido a los hombros de Jesucristo. Me hubiera dado igual enterarme de que iba a liarse conmigo por perder una apuesta, sinceramente. No iba a desaprovechar la oportunidad de enrollarme con aquella diosa sin parte de arriba del biquini.

Nos separamos para tener algo de privacidad. Maspalomas es una playa kilométrica con cientos de dunas altísimas que siempre han servido de refugio para calentones playeros. No es raro ir caminando por allí y ver un culo agitándose. Supongo que al haber más romanticismo en su duna, Aileen y Oliver tardarían un poco más en ponerse al lío, pero nosotros nos pusimos del tirón. No sabía nada de ella, ni qué música le gustaba, ni si sería capaz de ganarme a un Trivial, ni siquiera tenía muy claro cómo era el sonido de su voz. Podría haber sido nazi, una asesina en serie o llevar en su vientre al mismísimo anticristo, en ese momento todo me daba igual. Lorena empezó a besarme con menos preliminares que un matrimonio jubilado, apretando sus senos contra mi pecho ensalitrado, sobre la arena caliente, bajo el sol de la tarde. Me hace gracia pensar lo martes por la mañana de marzo que aquel instante fue para ella y lo 25 de diciembre en Rockefeller Center que fue para mí. Sentí como si me hubieran prestado un Lamborghini para conducirlo por una recta, impresionaba montarse en una máquina así, pero habría sido una estupidez rechazar la oferta. No pasamos del besuqueo y magreo intenso playero, sin embargo, aquel recuerdo me acompañaría muchas

noches solitarias.

Quedé un par de veces más con ella. Durante la primera tuvimos la oportunidad de mantener una conversación en un parque y me cayó bastante bien. Era una tía inteligente y con las ideas muy claras. No quería atarse a nadie ni privarse de nada que le apeteciera hacer. Su discurso parecía una advertencia. Quizá quería impedir que me viniese demasiado arriba y prepararme para un golpe, pero para mí, haber quedado después de aquel rebozado playero, ya me parecía un bonus, no me pilló por sorpresa saber que aquel hechizo se desvanecería tarde o temprano. Asumí que debía aprovecharlo mientras estuviese a mi alcance, como hacía Asterix con la pócima del druida, soltando todos los mamporros posibles antes de perder los poderes que el brebaje le aportaba. Así lo hice. Disfruté aquel presente para que se convirtiera en un memorable pasado en el futuro. Ella me enseñó que la vida va de saber gestionar que los Lamborghini prestados no son para siempre y que es mejor perderlos que no probarlos.

Lo nuestro duró una cita más, en la que Oliver dinamitó su relación con Aileen.

Track 24

Pájaros de barro

Manolo García

Aquel verano mi familia cambió el avión por el barco para viajar a la península. Solíamos hacerlo siempre que mis padres decidían llevarse el coche. Eran dos días atravesando el océano en un ferry gigantesco con bares, restaurante, piscina y una discoteca además de los camarotes. A mi hermana y a mí siempre se nos hacían eternas esas travesías en aquel pequeño y anticuado resort flotante en el que durante años fuimos demasiado pequeños para participar en las actividades de adultos y demasiado mayores para hacerlo en las de los niños. Además, la única vez que me atreví a apuntarme a algo, fue a un campeonato de ajedrez que salió fatal. Llevaba menos de un año jugando con colegas de mi nivel y ya estaba seguro de ser un joven Kárpov tostado. Mi primer contrincante fue un niño un par de años menor que yo y me relajé al ver tan clara mi primera victoria. Empecé con un jaque pastor, la única jugada que me sabía y que me había dado buenos resultados en pasadas partidas con gente que no tenía ni idea. Aunque no podía verme la cara, estoy seguro de que tendría una estúpida mueca de sobrado, como de luchador profesional que ha decidido dejar *KO* a otro inexperto con un primer puñetazo que sabe infalible. Dos movimientos después de sacar la reina y el alfil, el crío me hizo jaque mate con gesto de no darle importancia y me eliminó del torneo. Ni siquiera lo celebró, le había resultado demasiado fácil.

Aquel año empecé a ver las cosas desde otra perspectiva, como si hubiera subido un par de escalones que me dejaban mucho más claro el panorama. Me di cuenta de que podía sacarle partido a aquellos dos días encerrado en una aburrida prisión rodeada de mar. Cuarenta y ocho horas siendo parte de una población limitada llena de familias

con niños, jubilados, algún chaval de mi edad y chicas aburridas que no conocían a nadie. Eso me convertía en parte de un catálogo reducidísimo de varones con los que compartir el viaje y, lo mejor de todo, es que éramos desconocidos que no volverían a cruzarse después de llegar a puerto. Sin tiempo para que los puntos débiles fueran evidentes, podía inventarme un David mejor que el real. Con un *background* mucho más interesante, una valentía sexy, una seguridad arrebatadora y un atractivo halo cinematográfico de misterio. Era un tío tan diferente al real que debería haberme inventado también un nombre poderoso como Percival McDowell. Y funcionó.

En ocasiones sólo hacía preciosas amistades con fecha de caducidad, pero a veces sonaba la flauta. Aquel año, con la inercia de haber encadenado éxitos inesperados, me atreví a correr riesgos que nunca me habría planteado cuando sólo acumulaba derrotas. Me acerqué a una chica en la discoteca, la única que había, y me presenté. Fingí que no me temblaban las piernas, que no era la primera vez que lo hacía, que no llevaba años escondiéndome detrás de la osadía de mi amigo Oliver. Hice un chiste de mierda que no le hizo gracia y remonté aceptando que había sido un chiste de mierda. Cuando ambos nos relajamos fluyó la magia y pasamos una madrugada romántica en altamar sabiendo que nuestra historia sería sólo un bonito capítulo corto de relleno. Eso lo hizo especial.

Paseamos por los pasillos solitarios que de día estaban abarrotados de viajeros. Charlamos sin parar, nos reímos y nos besamos en cada sofá. Era encantadora, me recordaba a Marion Jones y me sacaba cuatro dedos de altura. Perdí la noción del tiempo y, escondidos en un silencioso baño cuando ya dormían hasta los animadores de la discoteca, me pilló mi padre. Se había preocupado al no verme llegar y había salido a buscarme. Me impresionó que diera con mi ubicación teniendo en cuenta el tamaño del barco. Al sorprendernos se quedó casi tan cortado como nosotros. Me despedí de la chica de forma shakespeariana y lo seguí hasta el camarote. Y aunque me dejó claro que le había jodido el sueño, juro que le leí una sonrisa en la nuca.

Tras los once meses que habían pasado desde la última vez que estuve con mis viejos amigos de Lebrija, me reencontré con ellos siendo ya una pandilla bastante diferente. Es muy probable que ellos pensaran lo mismo de mí al verme. El grupo de siempre se había

fraccionado en varias partes, así que me vi obligado a escoger nada más llegar al pueblo. Mercedes, Benito y Manuel llevaban jugando conmigo desde que éramos niños de preescolar, así que me quedé con ellos. En su cuadrilla quedaban algunos rostros conocidos y además se habían agregado otros nuevos. Me cayeron bien todos, eran buena gente y me trataron siempre genial, pese a eso, casi desde el principio, me di cuenta de que ya no podía ser uno más. Yo era una armadura medieval y ellos una bicicleta de montaña. Éramos una combinación posible aunque extraña e incómoda.

Teníamos aficiones muy diferentes y un sentido del humor que no siempre era compatible. Además, ya eran una pandilla sólida y compenetrada, con bromas internas y recuerdos en común haciendo un esfuerzo inútil por incluirme. Por ejemplo, se pegaban horas hablando de caballos, animales que yo sólo había visto de lejos o en televisión. El único dato que podía aportarles es que unos años antes, Christopher Reeve había sufrido un accidente montado en uno. De hecho, tenía mucho miedo de que me invitaran a cabalgar porque uno de esos bichos había dejado tetrapléjico al mismísimo Superman, por lo que alguien tan físicamente desastroso como yo no sobreviviría a una caída. Pasé muchos botellones forzando carcajadas con sus chistes equinos mientras me bebía el ron echando de menos los felices veranos pasados que ya nunca volverían. Pensando que quizá no aproveché como debía aquellos Lamborghini.

Fue muy frustrante pasar un año entero deseando llegar a un lugar que ya no existía. Aquellos bonitos recuerdos de cuando todos estábamos comenzando a dejar de ser niños, bañándonos juntos en una alberca de la marisma y jugando en la plazoleta cuando los juegos empezaban a convertirse en coqueteos, hacían esos botellones más duros.

Miraba a mi alrededor y me daba la sensación de que todos habíamos envejecido muchísimo en menos de trescientos sesenta y cinco días. Un día vi cómo Ana Mari, una chica que ya no pertenecía al grupo actual y que hizo que me revoloteasen mariposas en el pecho aquellos veranos extintos, se había convertido en una señora. Esa metamorfosis me hizo pensar que quizá me había quedado en coma un tiempo y había despertado años más tarde pensando que era la mañana siguiente.

Seguía siendo un espécimen exótico pero ese rasgo había dejado

de ser especial. Como cuando alucinas porque tu vecino adopta un perro de una raza rarísima y deja de resultarte interesante la quinta vez que lo ves sacarlo a pasear. La mitad de las chicas estaban emparejadas y la otra flirteaba con chavales que llevaban meses con un maratoniano cortejo de pueblo. De hecho, la única oportunidad romántica que tuve fue cuando una de las muchachas del grupo, borracha en pleno botellón, me tiró los trastos para molestar a su exnovio, también de la pandilla. La rechacé porque sus intenciones eran evidentes y no estaba dispuesto a asumir un marrón de esa magnitud.

El día que pensé que me había integrado fue en una fiesta privada, en la casa de campo de alguno de ellos. Bebí tanto alcohol y de tantas clases, que en un momento dado me dio la sensación de que era el protagonista cómico de la noche. Recuerdo que en esas circunstancias, envalentonado por la euforia de volver a sentirme parte del grupo y la estúpida necesidad etílica de hacerme el chulo, me bebí a palo seco el culo de una botella de vodka y luego el de una de ron. A partir de esa proeza ridícula, los archivos de mi memoria se borraron. Mi primer recuerdo después de aquello es el del padre del dueño de la casa despertándome con un manguerazo de agua helada mientras el resto de los chicos se reían y yo era incapaz de preguntar por qué cojones estaba completamente empapado: mi ropa, mi cartera, mi teléfono y mis calcetines.

Al día siguiente mi amigo Manuel me contó lo que había pasado y experimenté esa extraña sensación de ser el protagonista de una historia en la que no tenía la sensación de haber participado. En la que ese actor principal hizo cosas que yo nunca hubiera hecho. Por lo visto, después de beberme los culos de aquellas botellas, me vine muy arriba. Le estuve tirando tejos a diestro y siniestro, solté tonterías sin parar y terminé tirándome vestido a la piscina saltando desde encima de un almacén contiguo. Luego salí, me tumbé en el césped y me desmayé. El viejo se vio obligado a mojarme con la manguera porque eran incapaces de despertarme a bofetadas y se asustaron. Sentí muchísima vergüenza y fue el ingrediente que faltaba para abandonar aquella pandilla a la que en realidad nunca llegué a pertenecer. Se cerraba una etapa importante en mi vida, la del escenario más feliz de mi infancia.

Esa distancia con mis viejos amigos me unió más si cabe a mis

primos, sobre todo a Rafa, el mayor de ellos. Era un par de años más joven que yo y cuando no dormía en casa de mi abuela, me quedaba en su habitación. Aquel año estaba enterrado hasta la cintura en la confusión provocada por los miedos típicos de la adolescencia y me recordó a mí. Pensé que la inseguridad venía con el apellido. Le gustaba una chica y sabía que a ella también le interesaba él, pero no daba un paso porque no había besado nunca y le preocupaba no saber hacerlo. Le expliqué toda la teoría que atesoraba gracias a mi experiencia y le di un discurso motivador inspirado en un perdedor como yo. Ese verano descubrí a un buen amigo en mi primo. Llevábamos toda la vida jugando juntos y durante aquellas largas conversaciones a oscuras, fuimos mucho más que familia.

Sé que al poco tiempo, tras mucho ensayo con el espejo y su propia mano, se atrevió a besar. Me dijo que le había ido bien y me hizo pensar que es algo instintivo, que sale solo. Porque mi explicación de senséi poco experimentado fue algo como: «Tu pon la boca así, como para fuera pero blanda, lacia. Te pegas a la piba y haces así como abriendo y cerrando, como auauauau. Le pillas así con los labios tuyos los suyos, como bocaditos de mellado, y ya luego le metes lengua. No te pases, mete media lengua como máximo. Y ahí ya pues rollo lalalala. ¿Sabes?».

Pasé más tiempo con la familia. Disfruté de mis abuelos y mis tíos durante esas horas muertas de siesta veraniega andaluza en la que salir a la calle es como visitar las localizaciones exteriores de *Desafío total*. Conocí a los colegas más cercanos de mi primo y de alguna forma, fue como volver a pasar de primero de BUP a tercero de ESO.

Al final, mi paraíso peninsular seguía en su sitio. Habían caído unos cuantos árboles importantes con el huracán creado por el transcurso del tiempo, pero gracias a eso fui consciente del paisaje que estos me tapaban y que siempre estuvo ahí.

Track 25

All The Small Things

Blink-182

Cuarto de la ESO fue sin duda el mejor año de mi historia académica. Además de entrar con la seguridad que me aportaba mi cómoda reputación, muchos de mis viejos amigos que habían aprobado primero de BUP, no pudieron con segundo, así que hubo un bonito reencuentro con algunos de ellos. Las clases volvieron a reorganizarse y los alumnos se mezclaron otra vez, tenía treinta compañeros nuevos. Siempre daba pena separarse de quienes fueron inseparables el curso anterior, pero volví a salir ganando. Cuando miré el horizonte humano con el que iba a convivir durante todo el año, me sentí como un integrante más del Dream Team del 92. Un titular.

Pepe, mi mejor amigo, Christian Montejo, que había sido uno de mis aliados escolares en los tiempos en los que no tenía aliados, mi futuro compinche, David Alaminos, y Sergio Pedraza, uno de los duros de mi barrio recién llegado al instituto, formaban parte de los ocho varones de aquella clase de treinta. Las chicas volvían a dividirse en subgrupos basados en años de amistad. Entre ellas estaba mi alocada colega y vecina, Abigail Acosta; la que si estuviésemos en un instituto estadounidense sería la capitana de animadoras y reina del baile, Yamiley Mendoza, y una chavala muy popular en el instituto llamada Paula Falcón, que era muy atractiva y a la vez tenía cara de estar siempre oliendo una mierda cercana y mirando con desdén al resto. No la conocía, pero me caía fatal por esa apariencia de pija chula que me recordaba a la primera guapita que muere en un *slasher* y no da pena.

Cuando empezó el curso, Pepe, Sergio y yo nos sentamos detrás del todo, en la mesa central más alejada del profesor que estuviese

dando clase. El resto de los compañeros era tan sano que estábamos considerados el tridente de malotes del aula, riéndonos por lo bajini y apestando a bolsillo interior de Snoop Dogg. Que tus socios de pupitre sean a la vez un par de colegas del barrio tenía sus inconvenientes. A pesar de seguir con una buena media en las asignaturas, me era imposible no distraerme más de lo debido. Estaba justo en el centro y ellos representaban al diablito y al angelito que aparecen sobre los hombros de los dibujos animados clásicos. Pepe se esforzaba en atender y no oscurecer aún más su reputación ante el profesorado después de estar a punto de ser expulsado en tercero por tirar una bomba fétida en clase, y a Sergio se la sudaba todo, se pasaba el día creando sopas de letras en su cuaderno de cuadritos, a letra por cuadro y me la pasaba diciéndome en voz alta lo que debía encontrar: gente del barrio. Y a mí me era imposible no enfrentarme al reto y empezar a rodear nombres como Chino, Aco, Fani, Teñío o Monquiqui. Dos meses después de aquel primer día en el que corrimos para sentarnos juntos, agotamos la paciencia de varios docentes e hicieron que el tutor nos cambiase de sitio a una zona donde pudieran tenernos más controlados. A partir de ese momento, Pepe y Sergio ocuparon la primera fila y justo detrás me sentaron a mí con la única persona de clase a la que no soportaba: la maldita Paula Falcón.

Cuando ocupé mi nueva silla no quise ni mirarla porque sabía que tendría esa mueca de haberse tragado una arcada que tenía siempre. Supuse que a ella tampoco le había sentado bien la nueva distribución y que estaríamos condenados a odiarnos muy cerca los siguientes seis meses y medio. En mi primer suspiro de disconformidad olí su perfume y me alegró que, por lo menos en ese aspecto, el cambio hubiera sido a mejor. La mezcla del Axe barato de Pepe y el hachís cortado con heces caninas en el pantalón de Sergio producían una mezcla de aromas que los días de calor se hacía insoportable. En ese momento, por pura cortesía, giré el cuello y allí estaba su gesto de mierda, me miraba como si yo fuese el asesino confeso de su familia y aún estuviese manchado con la sangre de mis víctimas. Entonces, me dedicó una sonrisa de un segundo y tres milésimas. Pasó tan deprisa como una estrella fugaz cuando no tienes un deseo pensado. Tanto que asumí que era una expresión sarcástica y pensé: «Qué tía más gilipollas, joder».

Cuando terminó la semana, Paula era una de mis mejores amigas.

Resultó que esa mueca de estar a punto de cagarse encima era su cara base, y era un problema facial que ambos compartíamos. Tuvimos una complicidad casi inmediata, nos hacían gracia las mismas cosas y podíamos charlar horas sin aburrirnos. Sentí que estábamos destinados a cruzarnos para aprender a la vez la misma lección: no debíamos juzgar a los demás por una mala primera impresión. Si no nos hubieran sentado juntos no nos hubiéramos buscado y nos habríamos perdido uno al otro. Pepe y yo nos convertimos en sus dos inesperados hermanos trillizos y la arrastramos tantísimo al barrio que ha terminado siendo una gran trabajadora social.

Fue un periplo inolvidable en el que toda la clase se convirtió en una piña. Nos caíamos todos tan bien que cuando un profesor intentaba humillar a alguno de nosotros haciéndose el gracioso, nos poníamos de parte del compañero y hacíamos que en cada chiste ofensivo del docente sonasen grillos en vez de risas. Incluso los más pelotas renunciaron a su verdadera naturaleza de lameculos por esa bonita sensación de equipo.

Pero lo más importante que me ocurrió en esa aula no tuvo que ver con ninguno de mis compañeros. Conozco a mucha gente marcada por un profesor que se convirtió en brújula. Uno de esos especímenes poco comunes que se seguían emocionando al impartir la asignatura con la que llevaban más de veinte años. El mío llegó ese curso. Se llamaba Fernando y daba Literatura.

Por mi vida han pasado muchos profesores que cobraban por serlo. La mayoría de ellos, posiblemente cansados de aguantar niñatos irrespetuosos durante años, hacía su trabajo como el que pone tuercas en una fábrica y se marcha. Me crucé con muy buenos maestros a los que no les interesaban los temarios que impartían y con otros menos hábiles que, amando su asignatura, no tenían la capacidad de transmitirlo. Rara vez coincidía la pasión por ambas cosas, por enseñar y por lo que se enseñaba. El primero de este brillante subgrupo al que conocí fue a don José, en sexto de EGB, al que apodaban «el Pirata» porque era tuerto. Un señor muy próximo a la jubilación que daba Historia y Ciencias Naturales apoyándose siempre en anécdotas personales, por lo general divertidas. Después de él tuve al amable don Juan Bonino, de Matemáticas; al enérgico don Federico, de Biología; a la sagaz doña Elisa, de Filosofía; al misterioso don

Diego, de Historia, y a todos los que daban Música. Pero para que estos senséis lleguen al cien por cien, el alumno tiene que conectar con ellos, quedar atrapado por la emoción que desprenden y enamorarse de la asignatura.

Fernando era un profesor clásico de Literatura. De barba negra cortada a cartabón y americana con coderas. Tenía pinta de padre afable, con la voz grave pero dulce, firme pero siempre sonriente. Nos hablaba de novelas y escritores con tanta pasión que le brillaban los ojos a menudo y ese entusiasmo desatado hizo que levantase la cabeza del bloc donde me pasaba el día garabateando tonterías y no pudiera dejar de mirarlo. El primer libro que me compré con mi propio dinero fue *Cien años de soledad,* y lo hice porque cuando él lo describió me puso la piel de gallina. A veces me pregunto qué hubiera pasado si todos los docentes que tuvieron que enseñarme algo hubieran sido como Fernando. Quizá ya habría inventado una máquina del tiempo, la cura para el cáncer o un *pendrive* que siempre entrase a la primera en su ranura.

El día exacto en el que ese hombre me cambió la vida empezó con él entrando a clase y repartiendo folios en silencio. Todos miramos aquella hoja en blanco sobre nuestros pupitres asustados por si se trataba de un examen sorpresa. Acabábamos de dar la Generación del 98 y nos propuso un ejercicio relacionado con ella que se basaba en escribir pequeños textos imitando el estilo de cada uno de sus autores principales: Pío Baroja, Unamuno, Machado o Valle-Inclán. Recordaba las características principales de cada autor, por lo que me resultó una tarea sencilla.

Al día siguiente, Fernando empezó la clase más excitado de lo normal. Nos dijo que ya había leído todos los textos que nos había mandado hacer y que en general todos habían quedado muy bien pero que uno en concreto, el trabajo de uno de los alumnos de esa clase, lo había impresionado y quería leerlo en voz alta. Cuando agarró el folio, mientras se colocaba sus pequeñas gafas de lectura, pensé que sería el escrito de alguna de las típicas empollonas. Cuando soltó en voz alta la primera frase, reconocí mis palabras y me dio un vuelco el corazón. Nunca olvidaré su rostro al recitar mi texto. Parecía emocionado y orgulloso. Como si hubiese encontrado un tesoro inesperado cavando un hoyo al azar en una playa gigantesca, en una de las mil pequeñas islas de un archipiélago enorme. Mis compañeros escuchaban absortos

preguntándose quién sería el autor y empecé a ponerme nervioso. Cuando Fernando terminó de leer, se quitó las gafas, dobló el papel, me miró sonriente y declaró que lo había escrito yo. Todos los alumnos me miraron tan sorprendidos como yo mismo lo estaba.

Desde ese día no sólo me convertí en el favorito del profesor, una experiencia que jamás había experimentado, también empecé a creerme que sabía escribir. Siempre me había resultado fácil y era una habilidad que me había salvado en muchos exámenes de Historia y Filosofía, gracias a esconder detrás de extensos y complejos textos sobre nada en absoluto, que desconocía la respuesta a lo que se me preguntaba. Para mí, fue una revelación muy importante descubrir que algo útil y que disfrutaba, se me daba bien. En una época en la que empezaban a preguntarme que a qué quería dedicarme en un futuro y me agobiaba por no saber qué contestar, cuando estaba seguro de que no tenía ninguna habilidad especial, vino un crucero lujoso a rescatarme de ese mar de dudas en el que cada vez me costaba más flotar. Esa embarcación que llegó justo a tiempo y me tiró un chaleco salvavidas para evitar que me ahogase estaba capitaneada por Fernando.

En una época en la que pensar en dedicarse al cine era una fantasía demasiado ambiciosa para alguien como yo, tuve claro que mi trabajo se basaría en escribir. Me daba igual qué; teatro, cuentos, canciones o la parte trasera de un bote de champú.

Cuando acabó el curso, justo a las puertas de bachillerato, el tutor nos pasó una especie de cuestionario donde debíamos poner la carrera que pretendíamos estudiar. Sin demasiada información sobre el tema, busqué en mi memoria alguna donde la escritura fuese importante y puse «Periodismo». Teniendo en cuenta mi media de notable al terminar la educación secundaria obligatoria, se me dijo que estaba capacitado para cursarla. Durante varios años asumí que ese debía ser mi destino mientras devoraba libros y foros sobre cine con el mismo brillo en los ojos que tenía don Fernando cuando hablaba de literatura.

Track 26

Tender

Blur

La primavera del 99 hice un viaje con el instituto a Andorra. Supongo que la idea inicial era que un puñado de chavales canarios vieran por primera vez la nieve. Debido a mis notas y mi comportamiento, mis padres me castigaron sin viaje de fin de curso cuando terminó octavo de EGB y de paso se ahorraron una buena pasta con la que pudimos seguir comiendo caliente. Cuando terminé la ESO con honores consideraron que me lo merecía e hicieron un esfuerzo. A veces parecía que el universo me tiraba asistencias rasas al pie, porque una semana haciendo *snowboard* en el Pirineo andorrano, junto a mis colegas con edad legal de beber alcohol, se meaba en la cara del típico viaje a Londres rodeado de compañeros de doce años con los que apenas hablaba.

Desde que nos montamos en el avión que nos dejaba en Barcelona supe que aquella experiencia sería de las mejores de mi vida. Nunca había viajado con amigos y estaba tan contento que parecía que me había drogado chupando un sapo. De hecho, la mayoría compartíamos esa euforia, como si el anfibio psicotrópico hubiese rulado por todos. Aterrizamos por la tarde y nos subimos a un autobús contratado para llevarnos a una Andorra aún libre de *streamers*. El maratoniano trayecto hizo que se nos pasaran los nervios y la noche cerrada nos pilló antes de poder ver la nieve desde las ventanillas.

No me esperaba el lujoso hospedaje donde nos quedamos. Nos repartimos en bonitas y amplias habitaciones para cinco personas, con su saloncito, su cocina y suelo de madera, que para un chaval canario nacido en los ochenta, un suelo de madera antes del año 2000 sólo

estaba al alcance de Rosana y José Vélez. Cuando escuché que nos quedábamos en un albergue no imaginaba esa encantadora cabaña gigante y moderna en la montaña, sino un barracón de mierda como el del campamento al que fui de crío. Buscamos a un compañero para completar nuestro quinteto del que ya formaban parte tres de mis mejores amigos: Damián, el Tigre Blanco, uno de los tíos más graciosos que he conocido y que llevaba siendo amigo mío desde que vestíamos de marrón, el risueño y perspicaz David Alaminos, y el peculiar personaje de película ochentera, Armando Petrini, tres secundarios importantes de mi vida.

La mañana siguiente me desperté antes que el resto y, cuando abrí la persiana del salón, el paisaje me dio una patada voladora en el mismísimo entrecejo. Montañas nevadas e imponentes que parecían un cuadro, un paisaje que sólo había visto en el cine. Antes de ese día sólo había salido de Canarias para visitar a mi familia en Lebrija o al doctor Polo en Madrid y este pedacito de tierra fue mi primer viaje internacional. Esa sensación de estar en una localización de película cara sólo la volví a tener muchos años más tarde en Venecia, en Nueva York y en las ciudades que visité en Japón. Pero ver los Pirineos blancos al amanecer fue la primera vez. Y las primeras veces son para siempre.

Llegamos a la estación de esquí equipados como El Corte Inglés canario, el más alejado de cualquier pendiente esquiable de España, nos había dicho. Cuando bajamos del bus éramos un catálogo de prendas fluorescentes mirando las montañas con la misma mueca con la que Paco Martínez Soria miraba los edificios de la gran ciudad.

Me puse mis gafas de sol y caminé por aquel paisaje nevado con mis anchos pantalones de *snowboarder* profesional como si estuviese en un videoclip invernal de Puff Daddy. Un buen pelotón de chicas guapas se había apuntado al viaje y también las vi caminar a cámara lenta. Miré a mi amigo Armando y él me miró a mí, y aunque lo más probable es que se estuviese preguntando por qué cojones lo estaba mirando con esa cara, fantaseé con la idea de que estuviésemos pensando lo mismo. Era nuestra oportunidad, como pareja más carismática de la expedición, de triunfar con una mítica del instituto. Teniendo en cuenta que en ese momento formábamos parte de un grupo limitado de personas, éramos los más populares, los más guaperas, los tuertos de aquella pandilla de ciegos. Ya había vivido

una experiencia similar en el barco y por eso estuve seguro de encontrarme en el escenario más favorable para conseguir protagonizar una comedia romántica navideña hasta que vi a los malditos instructores de *snowboard*. Guapos, simpáticos y argentinos. Un combo demoledor para cualquier contrincante. Entonces nos limitamos a deslizarnos con nuestra tabla alquilada por aquellas pistas blancas. Bueno, más bien a levantarnos después de cada caída.

Fue una jornada diferente, divertida y agotadora. Por eso no queríamos que acabase, así que en el bus de vuelta planeamos una escapada al veinticuatro horas que había cerca del albergue para comprar alcohol. Quería vivir mi propia película adolescente americana porque no sabía si en el futuro estaría tan cerca de conseguirlo.

Esa tarde la liamos un poco haciendo el tonto con bromas telefónicas que produjeron nuestra primera baja importante. Llamamos a recepción y preguntamos por un colega nuestro que estaba allí alojado también. El plan era que le avisaran y verlo acudir al teléfono que estaba en el mostrador. No tenía ni puta gracia pero éramos jóvenes, idiotas y más libres de lo que habíamos sido hasta ese momento. Alaminos y yo subimos a toda velocidad los dos pisos de escaleras que nos separaban de la recepción para llegar antes que la víctima y que no sospechara de nosotros. A mitad de camino escuché un golpe detrás de mí. Mi colega había pisado mal y se había metido una buena hostia. Me tranquilizó verlo reír a pesar de la aparatosa postura de Peter Griffin en la que había quedado. Y aunque dijo que le dolía un poco el tobillo, siguió adelante con la broma sin gracia y me acompañó caminando tres kilómetros hasta la tienda de las bebidas.

Aquella noche nuestra habitación fue el rincón donde a todos les hubiese gustado estar. Como la casa de comedia yanqui en la que un chaval popular monta una fiesta aprovechando la ausencia de sus padres y sólo invitan al equipo de fútbol americano y a las animadoras. Estábamos bebiendo y riendo los compañeros de habitación y el grupito de chavalas guais como Abigail, Priscila, Jessica Quesada o Laura Marrero (ellas dos tienen apellido porque había más Jessicas y Lauras en clase) cuando los dos profesores encargados del grupo aparecieron en nuestra puerta. Pensábamos que en ese momento acabaría el guateque, como cuando el *sheriff* llega a la casa del *quarterback*. Contra todo pronóstico se unieron. Tuvimos

suerte de que fueran jóvenes y bastante enrollados, ella de Matemáticas y él de Educación Física. Supongo que apenas había pasado tiempo desde que estuvieron en nuestra situación, a cargo de otros adultos.

Quizá envalentonado por las copas que me había bebido y por estar rodeado de gente que me gustaba, me hice con la sala contando anécdotas de ese día y bromeando con todos, que habían dejado de hablar para escucharme y reírse con mi monólogo improvisado. Me sentí mejor que nunca. Me sentí una puta estrella.

Al día siguiente nos dimos cuenta de que la caída de Alaminos en la escalera no había sido ninguna tontería. Tenía el tobillo como la cabeza de Tyron Lannister. Por lo visto se había reventado un ligamento y tuvo que volver a las Canarias con sólo un día de nieve a sus espaldas. Hicimos la broma sin gracia más cara de la historia y perdimos un componente clave de nuestra pandilla. Ese desgraciado incidente nos sirvió para tener cuidado los días que quedaban porque cualquier gilipollez podía poner punto final al mejor viaje de nuestras vidas. Y nosotros éramos auténticos profesionales de la gilipollez.

Los días que quedaron mejoré con la tabla aunque siendo muy consciente de mis limitaciones deportivas y mi poca pericia física, sin asumir riesgos como meterme en una pista difícil o saltar obstáculos. Algunos podrán pensar que me pierdo cosas por no ser más osado pero he chupado bastante hospital como para saber que osado es, en la mayoría de las ocasiones, un sinónimo de tonto del culo. Aun así, comí bastante nieve y disfruté cada segundo.

El plato estrella del viaje fue ir al balneario más grande de Europa en aquel momento. Nunca había estado en uno. De hecho, no tenía muy claro qué era eso. Me pareció un parque acuático para fumetas magnífico. Aunque lo único que tenía sentido allí eran los *jacuzzis* y las piscinas calientes, luego había mierdas como piscinas frías o caminitos de piedra para andarlos descalzo y reventarte la planta de los pies que no entendía. Como si esos elementos sirvieran para evitar una relajación total. Como si hubiera que joderse un poco para apreciar lo otro. Como es evidente, ni me acerqué a lo que no fuese puro placer.

La última noche la pasamos en un motel de Barcelona cerca del aeropuerto porque teníamos el vuelo a la mañana siguiente. Fue un codazo en la boca de realidad. El lujoso hotel nórdico donde habíamos

pasado la semana hizo que aquel cuchitril que apestaba a humedad y refugiaba cucarachas del tamaño de LeBron James fuese todavía más asqueroso. Armando y yo habíamos llevado hachís para el viaje y nos había sobrado más de la mitad. Éramos los únicos fumadores y no pretendíamos arriesgar el pellejo pasando otro control para llevarlo de nuevo a casa, por eso decidimos fumárnoslo todo antes de que amaneciera. Casi lo conseguimos antes de desmayarnos sobre nuestras camas de 1934.

Al día siguiente, ya en el aeropuerto, miré a todos mis amigos y me dio mucha pena que el tiempo hubiese pasado tan rápido. Mientras pensaba que ojalá nos quedara un día más, nos informaron de que había *overbooking* y que nos quedábamos tirados en Barcelona mientras nuestro equipaje volvía solo a Canarias.

La misma compañía aérea tuvo que responsabilizarse del grupo y se nos alojó en un hotel de cinco estrellas en el centro de la ciudad. Sin maletas, eso sí. Aún tendríamos que pasar un día entero allí, por lo que tuvimos que comprarnos ropa con el poco dinero que nos quedaba. Me pillé un pantalón de trabajo en una ferretería y una camiseta roja con la silueta del toro de Osborne en una tienda de *souvenirs*. Un cuadro, vamos. Tras el periplo en la nieve vestido de gánster con frío, aquel modelito de fugitivo que ha robado lo primero que ha encontrado en un tendedero daba vergüenza.

Al día siguiente, supongo que para compensar el marrón del anterior, nos llevaron a Port Aventura. Era temporada bajísima y estábamos prácticamente solos en ese enorme parque temático. Sin colas, me monté dieciocho veces en el Dragon Khan. Dieciocho veces contadas. Al final de la jornada me sabía cada curva, cada pendiente y el lugar exacto donde te hacían la foto. Fue el copazo que uno se toma después del postre que cierra un menú perfecto.

En un momento dado me miré en un escaparate disfrazado de idiota y me sentí tan pleno, tan diferente al niño aquel acostumbrado a perder, que tuve que mirar mi reflejo a los ojos y soltarle un *memento mori*. No hay nada como salir del lodo para saber que una ducha caliente no impedirá que vuelva a mancharme.

Track 27

Learn To Fly

Foo Fighters

Aquel mismo verano me monté con mi amigo Pepe en el barco que nos llevaría de nuestra isla a la mágica Fuerteventura. Allí vivía mi tío Julio. Hacía varios años que se había marchado a hacer algo de dinero durante un verano y terminó echando profundas raíces. Empezó como recoge vasos, ascendió a camarero de sala, luego de barra y en ese momento era el encargado del Waikiki, la discoteca más famosa de la isla, en Corralejo. Se había comprado una casa a seis minutos de la playa y me había invitado. Fui con mi compinche Pepe porque era ya una costumbre. Íbamos juntos a todos lados desde hacía mucho tiempo, sobre todo cuando se trataba de temporadas más o menos largas, y una quincena de libertad tropical a un pedazo de océano de nuestros padres fue una oferta que no pudo rechazar.

Decidimos salir al anochecer para llegar a nuestro destino por la mañana. Fueron ocho horas y media en un barco enorme casi vacío, sin camarote ni vigilantes. Nos habíamos llevado una cantidad de hachís que enorgullecería a un narco marroquí y no teníamos mucho más que hacer allí. Así que flotamos mientras flotábamos, tirados sobre el suelo de la cubierta y viendo todas las estrellas que las luces de la ciudad donde vivíamos nos ocultaban.

Tras esa travesía tan mística llegamos hechos mierda al puerto. Mi tío nos recogió con su melena ondulada y su coche negro nuevo para llevarnos a sus dominios. Para nosotros era un héroe. Una mezcla entre Lorenzo Lamas, Antonio Banderas en *Entrevista con el vampiro* y un actor porno de esos italianos, bronceados y con coleta. Se fumaba un pitillo mientras conducía a toda velocidad por las carreteras solitarias en medio del desierto majorero, con esa actitud chulesca que

le caracterizaba y que para dos parguelas de dieciséis años resultaba envidiable.

Julio paró el coche en medio de la carretera y llamó a un tipo en bañador que caminaba tranquilo por la acera y que se acercó como los tíos que le debían un favor a Vito Corleone en *El padrino*. Le dijo algo como: «¿Ya me hiciste eso?». Y el otro chaval contestó que no le había dado tiempo con una actitud sumisa que engordaba la leyenda que mi tío era en mi cabeza. Otro día fuimos con él y un colega suyo a la playa. Ellos se pillaron unas cómodas hamacas y nosotros nos tiramos en la arena blanca a mirar a las bañistas. De repente vimos a una chica saliendo del agua que parecía la portada de una revista erótica de las caras. Agitó su larguísima melena pelirroja y empezó a correr en nuestra dirección sonriendo y en *topless*, haciendo que sus grandes pechos esculpidos por un habilidoso Dios inspirado, rebotasen a cada paso. Se nos paró el corazón y tuvimos que tumbarnos bocabajo para transformar la tienda de campaña que estiraba nuestras bermudas en una perforadora para pozos minúsculos. Nos pareció la mujer perfecta, consiguió sin *casting* previo el papel de protagonista absoluta de nuestras futuras fantasías y a la vez nos aterraba que viniese directa hacia nosotros. A un metro de llegar hizo una pequeña curva y saludó a mi tío Julio como una fan saludando a su ídolo, haciendo que el pedestal donde lo teníamos atravesara la atmósfera.

Su casa tenía dos pisos y estaba bien decorada con motivos playeros y musicales. No había que ser muy listo para entender que era el picadero profesional donde estaba empadronado. Pensábamos que, si entraba la policía científica con una de esas luces rosas que usan para encontrar restos biológicos como semen, aquel salón parecería una película de Eduardo Casanova. Sentíamos que nos estábamos quedando en la guarida de un doble paquistaní de Brad Pitt, un galán de telenovela venezolana llamado Enrique Carlos Mendoza con el pene tan desgastado como una vieja estaca neandertal. «Esta es vuestra casa, chicos. Pueden hacer lo que quieran mientras me hagan de comer y me la tengan limpia», recuerdo que nos dijo.

Bajo un control muy ligero por parte de mi tío, más basado en incitarnos a hacer lo que nos prohibían que en prohibirnos, vivimos medio mes de desenfreno responsable. Entrabamos como invitados VIP en la discoteca en la que todos querían estar, bebíamos

Ballantine's con Red Bull porque no los pagábamos y bailábamos junto a guiris elegantes y alguna actriz famosa de *Al salir de clase* hasta que sonaba el *New York, New York,* de Frank Sinatra que marcaba el cierre del local. Me hace gracia que nuestra pésima estrategia de ligoteo se basara en la esperanza de que existiese la magia. Nos poníamos a bailar cerca de las chicas que nos gustaban y ya. Como si fueran a girarse de repente para decirnos: «Oh, Dios mío, dos chicos demasiado jóvenes para estar aquí, disfrazados con ropa surfera hortera y el típico collar blanco de conchitas que le vieron al gallego de *Gran Hermano* jodiendo mi espacio personal, folladme a la luz de la luna, por favor».

De día caminábamos tres kilómetros desde la casa de Julio hasta la cinematográfica y casi desierta playa del Pozo atravesando grandes explanadas de arena que parecían el Sahara cuando no se veía el mar celeste que ocultaban las dunas. En uno de esos paseos tuvimos que enfrentarnos a una de las cabras que viven libres y sin dueño en algunas zonas de la isla. Bueno, vale, más que enfrentarnos nos quedamos quietos mientras nos miraba y rezábamos en silencio para que no nos atacase. Por fortuna, no nos pasó nada, ha sido la única vez que corrí peligro ante un animal salvaje letal.

Después de cinco noches saliendo hasta la hora a la que se despiertan los notarios, Pepe y yo decidimos permitirnos unas madrugadas de relax aprovechando el dúplex en ausencia de mi tío. Compramos papel de fumar y fuimos a alquilar unas películas cuando los videoclubs empezaban a oler a muerto y dispararon una última bala con aquello de los cajeros. Es curioso, porque a pesar de que nos metimos unas buenas sesiones de cine y petas, la única película que recuerdo es quizá la peor mierda que han visto mis ojos. Era una comedia no pretendida de terror y la pillamos porque salía en la portada el difunto rapero Coolio, uno de nuestros ídolos, con cara de susto. Se llamaba *El convento del diablo* y casi muero de risa con la indignación de mi amigo.

Mientras mi tío nos llevaba al puerto al final de nuestra estancia, me habló de un hombre que conocía y al que por algún motivo, aparentemente turbio, le urgía vender una cámara ENG profesional. Que por las prisas la dejaba muy barata y que era una buena oportunidad. Unas semanas más tarde mis padres me ayudarían con la compra de mi primera cámara. Siempre apoyaron mi interés por todo

lo audiovisual. Era evidente que pocas cosas me hacían más feliz e hicieron lo que pudieron siempre que estuvo a su alcance. Ni ellos, ni yo, ni nadie creyó posible que pudiera terminar dedicándome a ello y eso es lo que hace precioso el gesto. Era una apuesta que no hicieron para ganar, como si hubieran comprado un cupón para un sorteo que sabían que estaba amañado. Pero fue clave para que luego ocurriera el milagro.

Habían sido unos días bastante mágicos en los que pudimos coquetear con la independencia. Fuimos más libres que nunca. Aquella falsa y efímera sensación adulta dejó una semilla en mi cabeza.

Track 28

It's My Life

Bon Jovi

La marca Diffferent, el nombre de mi productora, no surgió cuando empezamos con la serie en 2008. Es bastante más antigua y como todas las cosas importantes, apareció por casualidad en la acera del barrio que estaba a punto de abandonar.

Mis padres habían comprado su primera casa y estaba lejos del asfalto sobre el que me crie. Cambiaban el pequeño piso alquilado donde pasé de niño a adolescente por un dúplex adosado a las afueras de la ciudad. Sabía que era un cambio a mejor, me gustaba la idea de vivir en una casa con escaleras, me hacía sentir un personaje de *sitcom* ochentera familiar, aun así abandonar la caja de cerillas donde había creado tantos universos me mataba de pena. Los diez metros cuadrados de mi habitación dejarían de ser el refugio que siempre fue, el único lugar cien por cien seguro que conocía del planeta y además me alejaba de los colegas que tanto había tardado en hacer. Eran sólo seis kilómetros que me parecían miles. El proceso de pasar de un hogar a otro, con la mudanza y la reforma, se hizo más largo de lo que esperaba y esa lenta transición coincidió con, o quizá alimentó, esa sensación de ser adulto que Fuerteventura me había dejado instalada en el cerebro.

El pequeño piso de mi barrio se convirtió en mi gruta y picadero cuando mis padres se instalaron en la nueva casa. Supongo que a ellos también les daba pena dejar atrás aquel baúl de recuerdos y podían seguir permitiéndose pagar su bajo alquiler. Así que durante un tiempo fui el anfitrión del fumadero oficial de esos colegas que iban a dejar de ser mis vecinos y nos pegábamos horas cantando el primer disco de Estopa y fumándonos los porros que habían dejado de ser

esporádicas gamberradas clandestinas a costumbre social. Esas reuniones de pandilleros cabreando a residentes contiguos también alimentaron mis ansias de independencia.

A pesar de estar volviendo a la oscuridad de la que había escapado después de repetir curso, me puse serio estudiando una asignatura que por desgracia no me evaluaban en el instituto. La nueva cámara me hizo enamorarme aún más de mi sueño imposible. Por primera vez tenía la posibilidad de enfocar manualmente y eso me parecía puro cine. A pesar de ser un mamotreto de cuatro kilos que tenía que apoyar en mi hombro para usarla, me la llevaba a casi todos lados. Seguía grabando escenas sueltas de gánsteres intercambiando maletines, pero ahora tenían un poco de pelusilla bajo la nariz y siempre lo hacían en *parkings* subterráneos. Porque la nueva urbanización en la que iba a vivir tenía uno y nos seguía dando vergüenza grabarnos en la calle interpretando a tipos peligrosos sin la edad mínima para conducir y sin embargo con trajes de padre, gafas de sol y cara de llevar cuarenta persecuciones por San Francisco.

Sin duda mi mayor producción de ficción con aquella cámara fue un mediometraje grabado en mi casa nueva cuando aún no tenía muebles ni agua corriente pero sí dos pisos y un pequeño sótano que la convertían en una localización de lujo. *Polvos de muerte* estaba muy influenciada por mi reciente descubrimiento de Guy Ritchie e iba sobre dos bandas rivales, llena de cocaína falsa que en realidad eran sobres de sal y muchos ajustes de cuentas. Pero lo mejor era el reparto, porque por primera vez habíamos pasado de ser Pepe, Mario y yo a ser todos los colegas del barrio. Cada uno con un mote gracioso de pandillero, asesinatos poco realistas y, entre risas, la sensación de estar haciendo algo guay. Había contagiado mi juego preferido al resto y durante esa noche fui director de cine.

Carlos el Chino había abandonado su prometedora carrera futbolística y empezó a fumar con nosotros. Como en su día me pasó con Oliver, encontré en él un amigo con el que tenía mucho en común y que me hacía reír con casi cualquier comentario. Su llegada hizo que mi eterna dupla de oro con Pepe se convirtiera en un tridente tan épico que algunos bautizarían como «el Trío Ternura» haciendo referencia a *Ciudad de Dios*. Bueno, vale, el nombre nos lo pusimos nosotros mismos.

La ENG empezó a acompañarme a todos lados, a convertirse en

un testigo que me ayudase a recordar los momentos felices de no ficción. Por ejemplo, la legendaria acampada a Montaña de Arena, una playa salvaje, que hice con la pandilla del instituto. Cuatro días en que pasamos de sentirnos reyes a náufragos en un rincón donde ocurrían cosas tan extrañas como en la isla donde aterrizó el Oceanic 815. En un recreo cualquiera, decidí junto a mis compinches Armando, Alaminos, Mario y Pepe, pasar la semana de Carnaval en una parte de la costa donde se podía pernoctar junto al mar.

Tras una caminata por un tramo duro de malpaís y una cuesta asesina para gente sin fuerza en los cuádriceps, llegamos a la paradisiaca Montaña de Arena y nos la encontramos desierta. Eso es algo que no suele suceder en una isla con más domingueros que playas. Nuestro plan de aprovechar que el resto de los habitantes estuviesen meándose encima de un disfraz por la borrachera funcionó; era la primera vez que veíamos algo así. Llevábamos más hachís que comida, más cartones de vino que hachís, un balón y una enorme radio a pilas. Montamos nuestras dos tiendas de campaña y empezamos aquel periplo mágico con una temperatura perfecta, licencia para hacer el idiota sin ser juzgado por desconocidos y una jarra de un brebaje que sólo se toma en Canarias cuando eres lo bastante joven para tener el paladar de cartón: califresa. Como el calimocho pero sustituyendo el refresco de cola por uno de fresa muy popular en las islas. Tinto y fresa es el sabor absurdo de una generación que buscó borracheras casi gratis.

Lo que pasó aquellos días nos podía haber parecido una fantasía nacida de un recuerdo deformado por lo que fumamos y bebimos al sol si no me hubiese llevado la cámara conmigo.

Decidimos dormir bajo el cielo porque hacía una temperatura perfecta y teníamos la playa para nosotros solos. Nunca habíamos visto tal cantidad de estrellas, se amontonaban en una noche despejada y sin luna. Entonces vimos sobre la montaña una pequeña luz que bajaba deprisa una cuesta que era difícil de bajar hasta para un campeón de *parkour* en su mejor momento. Nos quedamos callados y era tal el silencio que además de las olas pudimos escuchar las pisadas del dueño de aquella sospechosa linterna, en una playa alejada de todo, a las dos de la madrugada. Llegó a donde estábamos y pasó de largo sin decir nada, no pudimos verlo bien por la negrura que lo ocultaba, era un hombre. Caminó hacia el otro extremo de la orilla,

donde pensábamos que no había salida, y desapareció cuando apagó su lamparita portátil. Al principio nos asustamos, pero el pelotazo que llevábamos y nuestra superioridad numérica hizo que nos diese todo igual diez minutos más tarde. A la mañana siguiente, cuando despertamos, no había rastro del tipo ni de un pasadizo por el que pudiera haberse marchado.

Pasamos dos primeros días increíbles de risas, música de los sesenta y canutos compartidos. De baños a deshoras, partidos de fútbol en un campo gigantesco, charlas profundas de chavales de dieciséis años sin idea de nada y califresa obligatorio. Entonces alguno se dio cuenta de que se nos estaba terminando la comida y tuvimos que paliar la crisis racionándola con dureza. Para llegar al final de la acampada vivos, había que comer poco y sólo cuando tocase, pero seguíamos fumando al mismo ritmo y bajo el mismo sol, así que el hambre se unió a nosotros para quedarse.

En esos días de estómago rugiendo las anécdotas extrañas se multiplicaron. La mañana empezó con un despertar plácido en la tienda de campaña que compartía con Pepe y Armando. Este segundo estaba en medio, abrió los ojos, miró al techo, se incorporó en silencio, abrió la cremallera y saltó al exterior. Una vez estuvo a salvo, el muy cabrón gritó como si nos hiciera un favor:

—Chicos, salid, rápido.

Pepe y yo nos miramos con los párpados aún pegados y sin intención de movernos, hasta que Armando soltó su segunda frase:

—Mirad arriba.

Hicimos caso y vimos en el techo de la caseta una mantis religiosa del tamaño de un adicto al *crossfit*. Pepe y yo nos dimos cuarenta y cinco codazos intentando huir de allí primero, seguros de que aquel enorme arácnido podría matarnos. Los tres nos sentimos ridículos cuando Alaminos la cogió y la alejó del campamento sin menear la mueca.

Uno de los últimos días, cuando el sol estaba escondiéndose tras el océano y la luz cálida le daba un aura mágica de película pornográfica setentera a todo, vimos aparecer en nuestra playa, de nuevo sin tener ni idea de cómo habían accedido, cuatro chicas unos años mayores que nosotros, desnudas y tan guapas como para preguntarnos si todos estábamos viendo lo mismo. Corrían felices, riendo y salpicándose divertidas. El único que reaccionó, lleno de

valor y esperanza, fue Pepe, que tiró sin forzar disimulo nuestro balón en dirección a ellas y corrió a buscarlo. Las chavalas lo miraron con el mismo desprecio que una burguesa medieval a un sucio mendigo, sepultando nuestra minúscula ilusión de que pasara algo tórrido. Desaparecieron por mar tras unos minutos extraños de pechos rebotando a contraluz.

Justo antes de irnos, unos kilos más delgados y unos tonos más bronceados, apareció un *hippie* de unos cincuenta años, sonriente, francés, tostadísimo y nudista. Se acercó a nosotros con simpatía y educación, con su pene flácido colgando como si no hubiese conocido jamás un calzoncillo que lo protegiese de la gravedad. Además, el tipo tenía la manía de ponerse de cuclillas: tenía el glande rebozado en arena. Le dimos el tinto que nos sobró y nos hizo una foto al grupo entero, que es la prueba junto a la VHS que grabé, de que aquello pasó. De que estuvimos unos días en el váter de Narnia.

Meses más tarde, tirados en el intermedio del barrio como muchas tardes perdidas, Pepe y yo vimos un dibujo extraño hecho en la acera. Parecía la firma rápida de un grafitero y daba la sensación de ser la mezcla molona de una D y una P, nuestras dos iniciales. Ambos, que siempre hemos estado más conectados que dos hermanos siameses unidos por el cráneo, vimos un logo. El escudo de un negocio común como socios que no sabíamos a qué se dedicaría.

Different People le llamamos a aquellas dos letras cruzadas. Lo pusimos en inglés porque, igual que hacíamos con los títulos de nuestros principios de película, nos parecía que sonaba mucho mejor que «Personas diferentes». Esa tarde era imposible saber lo lejos que llegaría aquella gilipollez.

De hecho, empezó siendo una marca de ropa. Nos pusimos a dibujar camisetas del Pull&Bear con aquel logo. Elegimos el gris y el naranja como colores corporativos y diseñamos decenas de prendas; un par de semanas más tarde ya se nos había pasado la etapa textil. Aun así, seguíamos dibujando compulsivamente aquel logo en nuestros cuadernos y pupitres.

Poco después, Different People se convirtió en Different Productions y lo pusimos delante de todas las mierdas que grabamos durante aquella época.

Cuando la vida nos separó seguí usando aquel nombre de productora que no existía en todos los vídeos que hice sin él y muchos

años más tarde, mis actuales socios pensando en cómo llamar a nuestra productora, aceptaron aquella marca que llevaba conmigo casi diez años.

Mucha gente nos pregunta el porqué de las tres efes. Nos hemos inventado mil tonterías para justificarlo de forma épica; en realidad, se debe a que Different estaba pillado y puestos a ser diferentes le agregamos una efe más. Luego vimos que Diffferent Productions también existía y nos vimos obligados a cambiar el «productions» por el «entertainment», una palabra que cada vez que nos tienen que hacer una factura le jode la vida al que nos la emite. Y es curioso porque la P de mi amigo Pepe, que no formaba parte de esta sociedad, desapareció e hicimos un logo distinto. Sin embargo, él sabe que para mí siempre será el cofundador de mi sueño cumplido y yo sé que para él es un orgullo que por lo menos uno de los dos lo consiguiese.

Track 29

If Only

Hanson

Una vez, más o menos durante un mes, fui modelo de pasarela. Mucha gomina, mucho síndrome del impostor y un esmoquin alquilado me bastaron para colarme en una gala de barrio como uno de los guaperas que acompañaban a las chicas que se presentaban al concurso para ser coronada reina de la belleza de ese año. Que vale, no me codeé con Kortajarena, pero puedo decir que una vez fui modelo.

A Oliver lo habían llamado para formar parte de aquello y lo acompañé porque le daba vergüenza ir solo. Ya había pasado algo parecido cuando le dio por querer ser cantante de orquesta y lo citaron para una prueba. En aquella ocasión me dijo: «Ven conmigo que tú también cantas bien y a lo mejor nos pillan a los dos, que los cantantes de orquesta follan un montón». Su argumento para convencerme siempre era el mismo, no le hacía falta ser muy creativo porque sabía que ese funcionaba. Por el camino íbamos fantaseando con cómo nos veríamos bailando sudados y cantando merengue sobre un escenario ante cientos de chicas enamoradas de nuestras voces y nuestros sinuosos movimientos de cadera, aunque en realidad Oliver no tenía capacidad de mover la cadera, es el típico que bailaba como empalado, como si su columna vertebral fuese un fémur: un solo hueso que le unía cuello y culo. Pero era guapo, no se puede tener todo.

Llegamos a un piso desordenado donde nos recibió un tipo con el bronceado de Julio Iglesias y el vestuario de David Civera una talla más pequeña que la que le correspondía. Nos presentó a un teclista que claramente odiaba esa música y nos hicieron una prueba que era

para coristas de esos típicos que repiten frases con voz muy grave. Durante el camino de vuelta fuimos diciéndonos que no valía la pena ser corista de aquel parguela al que el pantalón que llevaba le estaba robando la fertilidad. Que éramos mucho mejores que él cantando y que cuando nos llamase nos negaríamos para darle una cura de humildad. Al final nos la dio él a nosotros porque nunca nos llamó.

Pues con lo de la gala de modelos pasó más o menos igual. Alguien le había avisado para que participara y quería escolta para aquella primera entrevista. Creo que en el fondo ya sospechaba que el director de la gala tenía más interés en él que sólo el de ficharlo para su espectáculo. Fue una conversación corta en el local de ensayo y el tipo se interesó también por mí para ser uno de los modelos de la gala. En un primer momento mi baja autoestima disfrazada de instinto me dijo que aquel viejo me estaba usando de puente para llegar al culo de mi primo, pero Oliver me pidió que me apuntara con él, que aquello iba a estar lleno de chavalas tan guapas que estaban compitiendo para ver cuál de ellas lo era más y que los modelos follan un montón. Me convenció de nuevo y me apunté a un largo y tedioso proceso de ensayos continuos en los que tenía que acompañar a una candidata a la pasarela, hacer un paseíllo de presentación al estilo *Noche de fiesta* y, por último, bailar un vals. Contra todo pronóstico, acabó siendo una experiencia bonita e inolvidable.

Había un chico por cada candidata, así que entré a formar parte de un grupo donde había un montón de tíos guapos de verdad, sin síndrome del impostor ni nada. A mí me tocó bailar con Elena, una muchacha muy agradable con la que tenía menos química que con un curso de bricolaje avanzado. El ambiente era curioso porque un porcentaje muy alto de las chicas eran matadas reglamentarias, guapas de barrio con la lengua más afilada que un puñal y los modales de Mowgli. Eran criaturas hermosas de las que se escuchaban frases como: «Échale chocolate por *derriba*».

El director y coreógrafo de la gala era un señor que había sido bailarín en su día. Ahogaba sus frustraciones bebiendo alcohol, se tomaba aquella gala de barrio como si fuese la de Miss Universo y se había encaprichado de Oliver. El hombre nos gritaba y perdía los nervios con facilidad, es que se enfrentaba a veinte parejas flirteando mientras ensayaban, era normal.

Una noche salimos, después de un ensayo, Ramsés, un exótico

veterano de aquellas galas, Oliver, el director y yo a un bar. Me tomé una cocacola, y ya el viejo se había acabado tres cubatas y tenía un pedo ridículo. Diez minutos más tarde me di cuenta de que forzó aquella borrachera con el objetivo de reunir el valor necesario que necesitaba para abalanzarse sobre mi primo, que le hizo una cobra habilidosa y le dio un leve empujón que lo mandó al suelo sin escalas tras sacrificar equilibrio por ganar valentía. El despechado coreógrafo se levantó indignado, gritando en medio de la calle que nos iba a denunciar y se marchó. Ramsés nos tranquilizó diciendo que eso le pasaba cada año y que al día siguiente no recordaría nada. Cuando lo volvimos a ver, fingió regular que no se acordaba. Daba bastante pena.

A mitad de aquellos ensayos se incorporó a las candidatas una chica nueva y fue cuando descubrí que los flechazos no eran sólo ficción. Es difícil de explicar porque fue una movida irracional que no controlaba, que fue creciendo y obsesionándome día tras día hasta el punto de convertirse en el motivo principal por el que iba a ese local.

Era guapa, como todas las demás que estaban allí. Sin embargo, tenía algo que la diferenciaba del resto. Me caía genial, su conversación era fantástica, su timbre de voz me dejaba tonto y podría haber declarado en un juicio bajo juramento que poseía la sonrisa más hermosa del mundo. Quizá ninguno de estos rasgos fuesen objetivamente ciertos, pero así lo veía yo.

Aunque no era mi pareja en la gala, me acercaba a ella con cualquier excusa. Cien millones de excusas tuve que inventar, las suficientes para que le quedara claro que eran sólo excusas para hablarle. Y había química porque ella también se acercaba a mí inventando cualquier mierda cuando yo hacía un esfuerzo para no parecer un pesado. Cuando sentí que se acababa el tiempo, me armé de valor y tomé cartas en el asunto.

La noche previa al último ensayo antes de la gala, le escribí un SMS en el que le confesaba lo que me pasaba. Era mi última oportunidad e intenté que aquel mensaje fuera todo lo bonito que podía ser un texto en el que se ahorran vocales. Mientras leía «enviado» en la pantalla, el corazón me golpeaba el pecho con la potencia de los tambores de *Jumanji*. Cuando llegó su respuesta, abrí el mensaje con la tensión con la que John McClane cortaba cables de bombas en la tercera parte de *Jungla de cristal*. Creo que cuando Leo

Messi levantó la Copa Mundial con el camisón ese que le dieron sintió lo mismo que yo al leer que también le gustaba. Aquella madrugada la sonrisa no me dejó dormir. Por fin estaba en la comedia romántica con la que llevaba soñando toda la vida y no me hacía falta paseo por Central Park, ni café para llevar, me bastaba con su SMS. Pero la vida no es una película. Y mucho menos una comedia. Y muchísimo menos romántica.

Tras el éxito del ensayo general en el escenario, nos dimos un aplauso y los organizadores compraron de beber y de picar para celebrarlo. Fue una despedida como la que no pude tener en aquel campamento de verano, llena de últimos abrazos sentidos. Tras cuarenta minutos de amistad pura y efímera, un porcentaje altísimo de modelos fugaces nos propusimos gastar nuestra última bala. Hubo mucho flechazo esos meses. Me acerqué a la chica que me había robado el sueño y estuvimos hablando horas junto al mar. Fue como el paseo en alfombra mágica de Jasmín y Aladdín, como la noche del amor entre Simba y Nala, pero sin lo del incesto.

Al final la acompañé al portal de su casa esperando el clímax con el que llevaba fantaseando un par de semanas, pero no fue como esperaba. Nos dimos el beso que queríamos darnos aunque ella hizo que fuese casto y rápido. Estaba muy nerviosa y se despidió de mí dejándome extrañado pero con la sonrisa de idiota que me había tatuado.

El día de la gala fue todo bien. Después de un mes y pico de ensayos estábamos más coordinados que los bailarines de Lola Índigo. Los chicos íbamos de esmoquin y las chicas con unos trajes pomposos de princesa Disney. Esa burbuja en la que el director nos había metido para hacernos creer que formábamos parte de la ceremonia anual más importante del planeta Tierra se desvaneció mirando al numeroso público que vino a vernos desde sus sillas de madera plegables. Vecinos del barrio en chándal, hablando entre ellos o sujetando a niños llorando que se habían acercado porque no tenían otra cosa que hacer. Eso no quita que fuese modelo. Eso no me lo quita nadie.

Ganó la candidata que todos sabíamos que ganaría, se apagaron los focos y salí a buscar a la muchacha que sólo había podido ver de lejos durante el vals pero no la encontré. Entonces, el chaval que había sido su pareja de baile y desfile se acercó a mí con un mensaje. Ella se había ido ya con su novio. ¡¿Qué?! Con su novio.

Ahí entendí aquel quiero y no puedo en el portal. Empecé a atar cabos y repasar señales claras que mi enchochamiento no me había dejado ver. Ella siempre mantuvo la puerta entreabierta pero nunca llegó a abrirla del todo. Gracias a mi cobardía a la hora de besar, aguanté toda la velada sin intentarlo, por lo que no tuvo que frenarme antes de tiempo. De hecho, en la despedida fue ella quien me besó a mí, arrepintiéndose una milésima de segundo más tarde. Aquellos mensajes donde confesaba que sentía por mí lo mismo que yo por ella no eran mentira, pero escondían una verdad gigantesca que le impedía participar en mi comedia romántica. Según me dijeron, una verdad de un metro noventa con una pinta de quinqui que asustaba a cualquiera.

Después de aquello volví a escribirle e intenté llamarla pero nunca más contestó. Nunca más la vi. Fue como si nunca hubiera existido. Como si al preguntar por ella en el portal del beso casto, una señora ronca con un pañuelo en la cabeza me dijera: «Ella murió hace más de diez años». Y creo que si las circunstancias nos hubieran dejado, habríamos salido juntos, habríamos terminado cortando y no me habría quedado con esta pregunta sin respuesta que siguió años dándome vueltas en la cabeza. Y quizá ahora no recordaría con tanta nitidez su rostro ni su nombre de pomada antiinflamatoria.

Es muy probable que hoy tenga tres hijos, dos divorcios a sus espaldas, una mariposa tatuada en una teta y su novio de aquellos tiempos acabe de salir de la cárcel con una orden de alejamiento, pero por si acaso no dejaré escrito aquí cómo se llamaba. Tampoco me quiero llevar una puñalada por algo que nunca pasó.

Track 30

A la luz del Lorenzo

Los Delinqüentes

Una de las últimas noches del último verano que vi terminarse en Canarias la viví en una cocina desordenada, sentado en una vieja silla oxidada, con el pecho apoyado en el respaldo y apretando la mandíbula como si eso ayudase a soportar el dolor que me hacía la aguja que me estaba pinchando la columna vertebral. Piero, un enorme y barbudo motero que se había escondido en Fuerteventura tras desertar de una peligrosa banda criminal en Italia, me estaba tatuando un tribal horrible de hombro a hombro. Chupar la taza del peor váter de Escocia hubiera sido bastante más higiénico que aquello. Me dolía tanto que le propuse dejarlo sólo en el contorno, pero el gigante se negó y juro que nadie se hubiese atrevido a llevarle la contraria a ese tío. Aquel era mi segundo tatuaje. El primero también me lo había hecho él unos días antes: una luna idéntica a la de mi novia de aquel momento. Mientras intentaba concentrarme en el recopilatorio de *soul* que sonaba en mi *discman* para no pensar en el daño que estaba sufriendo, me preguntaba cómo cojones había acabado así.

Unos cuantos meses antes estaba recogiendo mis notas finales de bachillerato seguro de que iba a tener que volver a examinarme en septiembre. Mi tutora de aquel curso, una profesora madrileña con la que nunca me llevé demasiado bien, me preguntó antes de darme la evaluación cuántas pensaba que había suspendido. Tres o cuatro, le dije resignado. Ella entonces sonrió y entregándome el documento que había ido a buscar me dijo algo como «pues vete a una iglesia a dar gracias a la Virgen del Pino porque te has salvado milagrosamente». Y digo que fue algo como eso porque cuando miré las notas y no vi

ningún suspenso, mi cerebro desconectó y escuché: «pues vete a una iglesia guaguaguagua guaguagua guaguagua». El subidón de haber esquivado una bala que iba directa a mi cráneo hizo que le diera hasta un abrazo a esa arpía y me fuera casi corriendo de allí. Después de catorce larguísimos años iba a salir de aquel edificio para no volver jamás.

Había sido un curso complicado para mi familia porque me había convertido en un puto gilipollas. Me creía con el derecho de hacer lo que quisiera y usaba mi casa como si fuera un hostal, con ropa limpia, cama donde dormir y mesa para comer gratis. Estaba todo el día fumadísimo, tirado en la calle y haciendo estupideces. Sé que tarde o temprano el karma llegará a mi casa disfrazado de mi hija Julia y me devolverá con violencia los disgustos que les di a mis padres entonces. Lo estoy esperando como Beatrix Kiddo a la hija de Vernita Green.

Juro que casi no tengo recuerdos de aquel año en clase. De hecho, lo más importante que me pasó en el instituto durante aquel curso fue fugado en los jardines del centro, fumándome un porro a la sombra. Mi amigo Alaminos me enseñó el disco de un grupo nuevo que había descubierto. Eran jerezanos y se llamaban Los Delinqüentes. Me puse su auricular en la oreja y al escucharlos no pude evitar pensar en lo bien que estaría viviendo a dos mil kilómetros de donde estaba en ese momento.

El último trimestre, después de una evaluación bastante mala en el segundo, me propuse salir de casa para estudiar en serio. Empecé yendo a la biblioteca municipal pero allí estaban todos mis colegas del instituto, así que pasaba un 80 por ciento del tiempo fumando en la puerta y charlando con ellos. Al final decidí ir a la biblioteca de la Facultad de Enfermería, un sitio tranquilo y cómodo del que había escuchado hablar bien. Allí coincidí con Nayra, una compañera de clase con la que apenas había hablado a pesar de llevarla viendo desde primaria en la otra clase de mi curso. Nos caímos bien desde el principio y esa química inesperada fue creciendo hasta empezar a convertirse en interés romántico.

Después de asumir que nunca hablaría sobre Woody Allen con una chica que me gustase, conocí a una con la que podía hacerlo, pero tenía novio y era guapísimo. Aquel tío parecía un extra de los espartanos que seguían a Leónidas en *300*. Por eso nuestra relación empezó conmigo pensando «hubiera estado bien» y desarrollándose

como una amistad en la que íbamos haciéndonos íntimos tarde tras tarde de estudios. Era una chica responsable y me obligaba a estudiar mientras ella estudiaba, supongo que por eso acabé salvando los muebles.

Durante el complejo proceso mental en el que trabajaba para asumir que aquella tía genial que me gustaba tanto nunca sería más que una buena amiga, un día que salíamos de la biblioteca me soltó que lo había dejado con su novio. Lo dejó caer y rebotar a mi lado para que entendiese la verdadera naturaleza de aquel comentario y moviese ficha. Entonces me di cuenta de que Nayra estaba jugando una partida de ajedrez con la inteligencia de un maestro ruso mientras yo meneaba piezas como un niño que acababa de aprender cómo se desplazaban. En ese momento vi clara la jugada, ella había ido despejando la defensa turno tras turno para que fuese yo quien tomase la decisión de atacar a la reina. Sé que gané esa partida sólo cuando ella quiso dejarse ganar.

Creo que fue mi primera novia seria, la relación adulta que aún no había tenido, con la que rompí la barrera de los tres meses. Era del grupito de la gente más alternativa del instituto, de los que llevaban jerséis de lana de alpaca, guitarras o bolas de malabares al parque y quedaban en bares decorados con muebles que sus dueños habían ido encontrando junto a contenedores de basura. El único punto en común que tenían con mis amigos quinquis eran los litros y los porros, justo lo necesario para que integrarme en su pandilla no fuese demasiado traumático. Además, Julio y Armando formaban parte de ella, así que tenía aliados poderosos en aquella pandilla hostil. Contra todo pronóstico, con el paso de las semanas, me di cuenta de que yo tenía más que ver con rebecas peruanas que con chándales Nike.

Cuando empezó el verano mi tío me ofreció trabajo en un *pub* de Fuerteventura que había montado. Mis padres pensaron que sería una buena lección para aprender lo duro que es el mundo laboral y darle más valor a los estudios. Yo pensé que sería una buena oportunidad para sacar pasta mientras trabajaba de noche en un local con música en directo que disfrutaba al otro lado de la barra. Además, la cabeza de Oliver apareció como la de Mufasa en el cielo para decirme que «los camareros follan un montón». Todos estaban en lo cierto y ninguno tenía razón.

Llegué a la isla vecina con una maleta y la sensación de haber

conseguido la libertad condicional. Me quedé a vivir en la casa de mi tío que, si como encargado iba sobrado, como dueño ya parecía Tony Stark recibiendo una ovación después de salvar el mundo por cuarta vez. Me dijo que trabajaría de martes a domingo, empezando a las siete de la tarde y acabando a las cinco de la madrugada. Me pareció bien a pesar de no haber currado nunca más de tres horas seguidas. Mi currículum laboral en aquel momento no ocupaba una cuartilla: un mes y pico clasificando radiografías en un garaje clandestino donde se suponía que tras un proceso químico se sacaba plata, y doce minutos quitando malas hierbas en el campo de mi abuelo Antonio antes de rendirme.

El *pub* se llamaba Barrumba y tenía el mismo estilo que la casa de mi tío. Madera oscura de barco pirata y motivos tropicales. Tenía dos pisos y estaba especializado en cócteles. Allí estaba a las órdenes de Bibo, un encargado romano bastante estiloso, con una perilla que parecía haber perfilado con la ayuda de una escuadra y un cartabón, medio kilo de gomina, cuarenta minutos de peinado y más chulería que Maurice Greene después de ganar una carrera. Era uno de esos que parecía haber estudiado una carrera de camarero durante nueve años, profesional y exigente. Por eso se ponía tan nervioso teniendo a su cargo al sobrino lento y torpe del jefe. Aunque no paraba de insultarme en italiano nos hacíamos gracia porque éramos iguales, dos chulos de mierda sin motivos para serlo. Por eso siempre mantuvimos una agresiva guerra amistosa que desembocó en aprecio. Mi compañero era Matías, un argentino que trabajaba a una velocidad absurda, como si estuviera en una prueba del Grand Prix. Era un ser de luz, tan buena persona que tenía problemas para pillar el sarcasmo, pero por su culpa parecía que me movía a cámara lenta. Aquella tripleta daba para comedia mala de Netflix por la pintoresca diversidad y la posibilidad de ser cancelada en cualquier momento.

Nunca se me dio bien la hostelería y eso que tuve más oportunidades que nadie para practicar. Al principio me encargaba de las funciones sencillas como sacar sillas y mesas a la terraza, cargar las neveras y limpiar los taburetes; poco a poco se me fueron dando tareas más complejas como servir cervezas y refrescos o preparar los ingredientes básicos de mojitos y caipiriñas. No era rápido ni demasiado habilidoso, pero tampoco es que estuviese operando niños a corazón abierto. Terminé poniendo copas sencillas y aprendiéndome

de memoria los componentes y cantidades de los diez cócteles que se servían. En un momento dado me daba tiempo hasta de seleccionar la música que ponía cada noche y llegué a pensar que ya lo tenía todo controlado. Entonces mis jefes cometieron el error de hacerme coger una bandeja.

Nunca podré olvidar la comanda de aquella terrible experiencia: dos cervezas y un zumo de melocotón. Colocaron las bebidas sobre aquella fuente metálica y me dijeron que la llevase a la mesa de la familia que esperaba en el piso de arriba. Subir las escaleras de madera intentando mantener el equilibrio me hizo sentir como Eddie Murphy en la escena de *El chico de oro* donde tenía que llevar el vaso de agua sin derramar una gota por el templo. Cuando llegué a la segunda planta, el peligro que supuso debió servirme para continuar con cautela y no con la estúpida seguridad en mis habilidades que me aportó aquella proeza. Sonreí y aceleré el paso hasta un matrimonio joven con su hijo de unos ocho años a los que saludé antes de servirles. «Ya he conseguido lo más complicado», pensé. Justo cuando flexioné un poco las rodillas para acercarme a ellos, la bandeja se inclinó unos centímetros suficientes para que un vaso golpease otro y se diese un devastador efecto dominó. Con la otra mano y los reflejos de un anciano ninja ya fallecido e incinerado, conseguí agarrar la cerveza que estaba a punto de caer pero no llegué a tiempo al espeso zumo de melocotón que se derramó casi entero sobre aquel pobre niño.

Con el zumo de melocotón me pasa como con la ropa marrón. Un trauma del pasado me impide seguir consumiéndolo a día de hoy. Y no fue por aquella experiencia en el Barrumba sino por un incidente repugnante que viví en casa siendo un niño, cuando estaba acostumbrado a beberme los zumos directo del tetrabrik. Solía abrir la nevera, agarrar el cartón de un litro y darle unos buenos tragos antes de dejarlo otra vez. Formaba parte de mi rutina antes de ser libre para consumir refrescos gaseosos. Un día vi uno abierto sobre la mesa de la cocina y supongo que me alegré por ahorrarme el minúsculo esfuerzo de abrir el frigorífico, así que lo agarré, puse mi boca en la pequeña abertura del abrefácil y bebí como cualquier otro día. Aquel jugo de melocotón ya no estaba tan fresco como de costumbre pero no me importó hasta que noté algo sólido entrando por mi garganta. Era tan pequeño e inocente que no dejé de tomarlo, sólo cerré los dientes de

leche que solía utilizar como filtro gracias a una separación muy práctica entre las paletas. Entonces algo se quedó enganchado ahí, en mi colador dental. Lo cogí para verlo y terminó de definir mi única fobia fuerte. Era media cucaracha. Sí, media.

Tuve otras movidas traumáticas con cucarachas. En Canarias crecí con una clase ciclada de estos insectos: la cucaracha californiana. El doble de grande que las peninsulares, de color marrón rojizo y, aquí viene lo puto peor, con la capacidad de volar. Cucas grandes con alas y que cuando chocan con tu cara suena a bofetada. Además, cuando vi la película *El cuchitril de Joe*, donde Jerry O'Connell vivía en un piso con cientos de estas asquerosas abominaciones creadas por el mismísimo Satanás, me recordó muchísimo a la casa de la chavala que me cuidaba de pequeño. Gracias a ellas descubrí que cuando el asco a algo es desmesurado se convierte en terror.

Volvamos al pobre crío al que enjuagué el pelo con melocotón. Los segundos siguientes al accidente, mientras el pequeño empezaba a lloriquear, el tiempo se ralentizó y me dio tiempo a pensar en cien millones de posibles futuros fatídicos a lo Dr. Strange. Un piñazo del padre, mi despido inmediato, una bronca ensordecedora de la madre, una explosión que me salvaría de todas las ruinas anteriores... pero tuve mucha suerte, porque al final me cuadró la única posibilidad positiva. Los progenitores del chico melocotoneado se levantaron comprensivos, atendieron el llanto de su hijo y mi evidente mueca de terror. Me tranquilizaron diciendo que ellos también eran camareros y que eran cosas que podían pasar, que no me preocupase. No me libraron de la bronca de mi jefe aunque gracias a ellos les sigo teniendo más miedo a las cucarachas que a las bandejas. Dicen que se sabe cómo es alguien observando cómo trata a un camarero, pues ellos fueron unos putos ángeles.

Aquel verano fue un desmadre. Me levantaba a las tres de la tarde, desayunaba fuerte y después de currar de siete a cinco salía de fiesta hasta que chapaban la discoteca a las siete. Ese era el bucle de destrucción al que sobreviví unos cuantos meses. Me hice muy amigo de mis compañeros y algunos clientes memorables como el chef deprimido que sólo bebía chupitos de Jack Daniel's o Piero, el tatuador que había escapado de una vida criminal. Además, tuve la visita de mi amigo Pepe y de Nayra, con la que compartí habitación una semana entera. Aquella sensación de vivir en pareja, sin control ni

vigilancia, tomando decisiones adultas como salir a comer a un restaurante caro, resucitó el anhelo de emancipación que me provocó el anterior viaje a aquel destino.

A esas alturas, mirando el océano nocturno que golpeaba la pared del pequeño malecón por el que volvía a mi casa una hora antes de que saliera el sol, me acordaba de aquel niño enfermo, tímido, temeroso y sin maldad que había sido. Me preguntaba qué diría del chaval que era en ese momento aquel pequeño que se había acostumbrado a vivir marginado y a la derrota. Me imaginaba que le tranquilizaría ver que había perdido el miedo a hablar, y que en ocasiones podía ser el protagonista de algunas escenas.

No podía evitar sentir lástima por él y desear que existiera una posibilidad de viajar en el tiempo para darle un abrazo y decirle que un poco más adelante todo mejoraría. Que dejaría de ser invisible, que lo considerarían un tipo gracioso y que tendría muchísimos buenos amigos que aún no había conocido. Que su familia siempre lo apoyaría y que además lo querría gente a la que él también querría. Que el túnel de cloaca del que pensaba que nunca escaparía tenía una puerta de salida después de un par de curvas más y que sería tan feliz que pasaría un tiempo sin fiarse del todo.

Entonces, un par de pasos más adelante, cuando la brisa del mar me había reducido lo suficiente la borrachera, me daba cuenta de que en realidad seguía siendo ese niño. Que nunca dejaría de serlo por más suerte que tuviese y más lecciones que aprendiera. Y juro que aunque en ocasiones lo olvidé, todo lo que he hecho en la vida ha sido por él.

Track 31

Father and Son

Cat Stevens

El revoltijo de emociones más caótico que ha soportado mi pecho lo tuve montado en un barco con dieciocho años, el día que me marché definitivamente de mi casa. Ocho horas de soledad en las que estuve feliz por dar el gran paso hacia una independencia adulta, aterrorizado por lo inmenso y oscuro del horizonte al que me dirigía y sobre todo arrepentido por la manera en que lo había hecho, por haber provocado adrede una explosión y por los escombros que dejaba atrás, en la isla que se alejaba de mí.

He hecho muchas cosas mal en la vida. Tomé decisiones horribles y me puse la capa de villano algunas veces sin saber que los remordimientos me perseguirían para siempre. Imágenes de esas culpas siguen apareciendo en mi cabeza como pesadillas en vigilia. La hormiga que condené al tirarla en una tela de araña, mi amigo Mario con ocho años tocando a la puerta de mi casa bien peinado y con un regalo bajo el brazo porque le mentí el día anterior diciendo que el siguiente era mi cumpleaños, el dedito de mi hermana pequeña pillado en la puerta de mi habitación cuando intentaba entrar y no la dejaba, el rostro de alguna chica a la que rompí el corazón o la cara de mi tutora de BUP diciéndome que tenían que expulsarme del instituto. Pero los cargos de conciencia más poderosos se deben al daño que hice a mis padres, las dos personas que más me querían y que antepusieron mi vida a las suyas incluso cuando menos lo merecía, cuando pensaba que era su obligación encargarse de la máquina de disgustos en la que me había convertido.

Sin embargo, la herida que jamás cicatrizará me la hice convirtiendo a mi padre en cabeza de turco la noche que decidí

independizarme. A mis dieciocho años, como nos pasa a muchos, me creía con más derechos de los que poseo ahora con cuarenta. Tenía la actitud en casa de un funcionario con doce años cotizados o como una estrella de *rock* que no actuaba si no encontraba toallas negras y trufas en su camerino. No sé de dónde venía, el hecho es que llegué tarde, todos estaban acostados, me senté en el sofá y encendí la televisión sin ponerle atención al volumen. Recuerdo que estaba viendo *Crónicas marcianas*. Pepe Navarro pidió una ovación por mi primera eyaculación pero Javier Sardà fue testigo, con esa cara entrenada de que le interesaba lo que en realidad le estaba sudando el carajo, de la pelea que aproveché como túnel de huida.

Escuché las chanclas de mi padre bajar deprisa la escalera y supe que se avecinaba tormenta. Aunque mi madre era quien solía encargarse de las múltiples broncas leves que me llevaba, él sólo me reñía cuando algo le tocaba realmente los cojones, que aquellos días parecían mi bola de velocidad para entrenar boxeo. Reconocía sus pasos de estar enfadado y, aunque intentaba que no se me notase en la cara, me seguían acojonando como si fueran las pisadas de un tiranosaurio. No era terror a un golpe, él nunca me había pegado más que algún cachete flojo en el culo cuando era un niño, era más a la posibilidad de llevarme la hostia que no había llegado y que llevaba mucho tiempo mereciéndome y eso la hacía indescartable. Temer el bofetón de un subteniente de Infantería con cuarenta y cinco años, deportista disciplinado con los músculos peludos de Tom Selleck en *Magnum*, era lo más normal del mundo pero yo llevaba tanto tiempo forzando la cara de chulo que terminó por ponérseme sola de forma involuntaria, y eso, durante una regañina, era echar una bombona de butano al fuego.

Cuando llegó al salón tenía su cara de cabreo máxima. Mi viejo no fruncía el ceño cuando estaba a punto de explotar, hacía lo contrario: levantaba las cejas. Cuando veía esa mueca, el cierre instantáneo de mi esfínter me bajaba el tonito de voz. Recuerdo su llegada y que me mandó a mi habitación, he olvidado las palabras exactas, sólo sé que me ofendió mucho que a mis dieciocho años no pudiera ver la televisión a la una de la madrugada. Ya me había soltado el comentario de «mientras vivas bajo mi techo...» unas cuantas veces y en mi cama, a oscuras, apretando mandíbula y puños presa de mi furia adolescente pensándose adulta, tomé la decisión más

drástica.

Durante el desayuno del día siguiente le solté a mi madre que me iba de casa y que no había vuelta atrás. Que no soportaba más aquella situación y demás topicazos de rabieta de niñato caprichoso. Con ella siempre la balanza se decantaba hacia mi lado, es la típica madre que después de ver doscientas pruebas claras que me incriminasen como el asesino en serie más sanguinario de todos los tiempos, seguiría confiando en mi inocencia y defendiéndola con todas sus fuerzas. Aquel drama inflado y mi casi recién estrenada mayoría de edad aceleraron el proceso. Con la voz deformada por la tristeza me dijo que esa misma noche me llevaría al puerto.

La verdadera culpa de aquella ruptura con mi familia la tuvo el verano que acababa de terminar. La falsa sensación de felicidad que aporta la libertad cuando no se es consciente de las dificultades que encierra valerse por sí mismo. Los meses trabajando en Fuerteventura me hicieron creer que estaba preparado para volar y unas semanas muy divertidas en Lebrija me hicieron pensar que allí todo sería más fácil. Estaba en esa edad en la que sabes tan poco que crees que lo sabes todo. Nunca ha habido una versión peor de mí que aquella, y aunque entiendo que fue necesario convertirme en ese monstruo para que todo lo que vino después fuese posible, no puedo evitar odiarlo. Antes comenté que me hubiera gustado viajar al pasado para abrazar al niño que fui, pero haría una paradita en mi adolescencia para darle una bofetada a ese hijo de puta. Me tranquiliza saber que la vida se encargó de calentarle la cara.

Fue un día raro aquel. Lleno de despedidas inesperadas. Nadie vio venir mi marcha de la noche a la mañana, ni siquiera yo el día anterior. Me sentí muy maduro dejando de forma amistosa mi relación con Nayra, explicándole que no volvería. Ella fue muy comprensiva y aunque fue un adiós bastante triste, también fue muy bonito. Es curioso que, luego, la vida hizo que al volvernos a cruzar chocásemos y perdiésemos ese cariño con el que nos quedamos dentro al separarnos. Es algo que me ha pasado con algunas parejas pasadas, como si cruzar esa línea que te lleva a un terreno más íntimo que el de la mera amistad fuera un punto de no retorno. Y siempre me ha dado pena porque habría sido el mejor amigo de todas ellas. Parece más fácil cortar un noviazgo que una amistad.

Le conté por teléfono a Pepe lo que iba a pasar. No tenía la

esperanza de verlo antes de partir porque justo aquel era su primer día en la universidad. Merecía su propio principio, ilusionarse con su nueva etapa y presentarse a los que serían sus futuros compañeros durante cuatro años. Además, conocía muy bien su naturaleza metódica y temerosa, así que sabía que necesitaba dominar el trayecto hasta el lugar, las mejores opciones de aparcamiento, el recorrido por los grandes pasillos de su facultad hasta llegar a clase y tener controlado el baño más limpio. Él también empezaba de cero y necesitaba ese cambio tanto como yo. Era tan malo ligando que se había convertido en el mejor amigo de todas las chicas que conocía. Pasó toda la adolescencia intentando evitar esa línea de no retorno a la zona fraternal de ellas, pero sin saber cómo, se había instalado allí dentro. Cuando se ponía seductor con alguna chavala, esta veía un esponjoso osito de peluche a quien contarle sus problemas románticos con otros tíos. Le pasaba siempre, estaba condenado. Triunfaba tan poco que mi madre estaba segura de que era gay. Pero en la universidad podía cambiar el método con un montón de desconocidas y ya sabía más o menos la zona por donde estaba esa línea que no debía traspasar. O eso pensábamos.

La gente que me ha seguido sabe que la mayoría de mi trabajo trata sobre la amistad. Si le doy tanto valor es porque la vida me ha enseñado que es importante. Primero, por no tener amigos y después, por tenerlos muy buenos. Pepe estaba deseando asistir a esa importantísima primera jornada de universidad pero no lo hizo para poder despedirse de mí. Quedamos en un parque a fumarnos el último petardo y clausurar el cambio de ciclo. No se suicidaron adolescentes enloquecidas como cuando se separó Take That, mas lo que vino fue tan raro como cuando un fan de los Beatles escuchó por primera vez el disco en solitario de George Harrison. Nuestros colegas tardarían en acostumbrarse a vernos por separado. Habíamos pasado demasiado tiempo juntos y era difícil asimilar que ya no sería así. Que cuando se nos ocurriese una broma y mirásemos al lado para compartirla no encontraríamos a nuestro compinche, que no íbamos a estar para acabar las frases del otro, ni grabaríamos más tonterías, ni veríamos películas en *mute* para doblarlas en directo, ni echaríamos otra tarde sin nada que hacer en nuestro intermedio del barrio. Y ese miedo al horizonte incierto se multiplicaba para ambos sabiendo que lo atravesaríamos en solitario pero, aunque lo abandonase como Tom

Baker a Oliver Atom, aunque hiciéramos nuevos amigos en nuestros nuevos destinos, aunque el dúo se alejase miles de kilómetros y nuestro universo girase con violencia ciento ochenta grados, él seguiría siendo mi mejor amigo siempre.

No hubo tiempo para mucho más. Preparé una maleta pequeña con lo suficiente para empezar a andar y estuve listo. Lo único positivo de salir de casa siendo todavía casi un adolescente que se cree mayor es que, al tener el cerebro blando y desconocer la parte más oscura del mundo gracias a la protección de mis padres, no me hice apenas preguntas e ignoraba el miedo que resonaba en mi cabeza como una señal de alarma que me alertaba del peligro. Me centré en expectativas que nacían de mis propias fantasías y fueron suficientes para moverme los pies. En resumen, como siempre se ha dicho, las personas más osadas y felices siempre serán las más ignorantes.

Lo que más pena me dio fue dejar atrás a mi hermana Esther. Ella estaba empezando la adolescencia y yo iba a desatender mis funciones como referente. Sin embargo, creo que fue lo mejor que le pudo pasar. Siempre ha sido mucho más lista y ha estado más preparada para enfrentarse al mundo que yo, aunque me empeñe en seguir viéndola como una niña. La vi llorar cuando empecé a bajar las escaleras que llevaban al *parking*. No me pareció raro, era de lágrima fácil como mi abuela Mari. Pero en ese momento, aun habiendo sido responsable de muchos de sus llantos por las típicas peleas entre hermanos, verla así me rompió el corazón por primera vez aquel día. Y me di cuenta de que, a pesar de dejar muchas cosas importantes en la isla, lo que más iba a echar de menos era su cara de mierda recién despertada desayunando frente a mí.

Justo antes de abrir la puerta que me llevaba al aparcamiento donde ya me esperaba mi madre montada en su coche, escuché la voz de mi padre llamarme justo a mi espalda. Me giré y allí estaba, sentado en su pequeño taller del sótano, a dos metros de mí. Tenía el gesto triste de un hombre al que nunca se le había permitido llorar. Me miró a los ojos y me dijo: «David, no te olvides de que soy tu padre». Asentí, me giré y me fui.

Aquella frase encerraba muchísimas cosas que en realidad quería decirme, pero no fui consciente hasta que pasó mucho tiempo. Él, que llevaba en el Ejército desde los catorce años, que le hablaba de «usted» a sus progenitores, que nunca le había escuchado un «te quiero» a su

madre y no sabía cómo expresarlo, me lo estaba diciendo.

Detrás de aquel «no te olvides de que soy tu padre», había un «siempre he hecho lo que he creído mejor para ti, porque te quiero y lo único que he intentado desde que naciste ha sido darte las herramientas necesarias para que seas feliz en el futuro. Quizá me haya equivocado en los métodos porque nadie me enseñó cómo se hacía, mi intención era sólo cuidar del niño que fuiste, el chico que eres y el hombre que serás».

Me monté en el coche sin intentar entenderlo y con la incapacidad heredada de decir lo que sentía. Que mi padre y yo llevásemos un tiempo desconectados, no quitaba que nos quisiéramos. Nunca nos lo hemos dicho en voz alta pero lo sabemos, pensamos que se sobreentiende, pero no hemos aprendido a verbalizarlo. Quizá a ambos nos gustaría escuchárnoslo aunque es complicado que no nos suene ridículo por más que lo sintamos. Porque somos así, exactamente iguales.

Después de todo, me duele pensar que lo último que vio de mí aquel día fue mi espalda y la puerta del aparcamiento cerrándose. Con mi silencio le dejé un sentimiento de culpa y de fracaso que no se merecía. Lo convertí en mi enemigo natural durante aquella etapa, como el delincuente al policía. Pero eso tenía más que ver conmigo que con él, porque quien había cambiado era yo.

Mi padre fue mi primer héroe y mi referente masculino. Desde niño quise ser como él pero me parecía imposible porque era mejor en todo: más listo, más fuerte y más rápido. Siempre me dolió más decepcionarlo que las broncas que me echaba o los castigos que me ponía. Fue quien me llevó de acampada, quien me enseñó a montar una caseta y hacer fuego sin pastillas inflamables, mi primer profesor de matemáticas sin mucha paciencia, quien intentó engancharme a la lectura con sus libros de El Club de los Cinco o al deporte comprándome una bicicleta como la suya y corriendo por la avenida marítima, y aunque no lo conseguía, porque a mí nada se me daba bien, no se rendía. Seguía intentándolo y buscando aquello que me gustara. Aunque a mí lo que me gustaba era simplemente pasar tiempo con él.

Mi madre siempre ha sido mi refugio pero mi padre ha sido mi faro. Al fin y al cabo, fue la primera persona que me llevó al cine.

Como me suele pasar, se me ha ocurrido la respuesta adecuada

con veintiún años de retraso. Antes de darle la espalda y salir hacia el *parking* me hubiera gustado haberle dicho: «Papá, no te olvides de que soy tu hijo». Porque lo único que he querido siempre es que él estuviese orgulloso de mí.

Track 32

This Year's Love

David Gray

Cuando llegué a Corralejo con mi maleta cargada y mis ganas de empezar de nuevo, me encontré con mi tío Julio como último defensa delante de mi meta.

La noticia de mi marcha repentina había caído como un jarro de agua fría sobre mi familia materna. Todos se echaron las manos a la cabeza convencidos de que iba a estrellarme contra la realidad antes de tiempo y culparon a mi madre, como si ella pudiera haberlo impedido maniatándome y encadenándome a la pata de mi cama. La tía, que siempre tuvo fama de sensata y conciliadora, defendió a mordiscos a su cría atacada como un pitbull con hambre, cerrándole la boca y el ojete a mi abuela y a mis tíos. Sin embargo, Julio se sintió responsable y se quiso hacer el héroe solucionando el problema en la última línea de batalla. De modo que me negó la entrada a su casa para darme una lección.

Su plan de mierda era darme trabajo pero no asilo y que la propia dureza de la vida adulta me escarmentase para volver a casa de mis padres con el rabo entre las piernas. Creo que muchos pensaron que eso sería lo que pasaría. Que se trataba de un simple arrebato infantil que se extinguiría en unas semanas. No obstante, no repararon en un detalle importante: estaba en Fuerteventura, rodeado de italianos, argentinos y peninsulares que habían encontrado refugio en una isla llena de forasteros lejos de casa, que un día llegaron en las mismas condiciones que lo hice yo. Ya no es que todos pudieran ponerse en mi pellejo, es que entré a formar parte de su clan antes de que se hiciera de noche.

Matías, mi compañero en el Barrumba, me ofreció quedarme en

su sofá el tiempo que hiciera falta. Mi primer chaleco salvavidas fue mi colega porteño, del que siempre pensé que no combinaba su acento con su inocencia ni su físico con su buen corazón. Tenía una de esas melenas lisas, rubias y despeinadas que sólo le quedan bien a los tíos sin mofletes. Era uno de esos que la propia vida lo tenían en forma, que a pesar de no haber pisado jamás un gimnasio se le notaban tantos músculos que parecía que lo había dibujado un ilustrador de Marvel. Aunque no llegaba al metro setenta, se las arreglaba para llevar camisetas que dejaran al aire sus marcados oblicuos por poco que levantase una bandeja, supongo que se las compraba en tiendas de moda infantil. Las clientas extranjeras flipaban con la versión *hobbitiana* de Brad Pitt en *Leyendas de pasión* y le daban propinas altísimas acompañadas de números de teléfono. Pero él, que podía haber utilizado su genética para hacer el mal, eligió el camino correcto y eso a mí, la verdad, me vino estupendamente.

Compartí con él las primeras noches sin gastos. Como salíamos a la vez del trabajo, acabábamos destruidos en su casa, fumando a su costa y escuchando su disco de Bersuit Vergarabat. Pasábamos ese rato, antes de caer desmayados, riéndonos de anécdotas de la jornada y trazando estrategias para solucionar un conflicto al que no era capaz de enfrentarse: cortar su relación con una chica con la que él nunca quiso nada serio y que había dilatado hasta un punto en que ella estaba esperando que le pidiera matrimonio. No quería hacerle daño porque le tenía cariño y la veía muy emocionada. Estoy seguro de que, de no ser por mis ánimos, se hubiese resignado a envejecer con ella.

Esa etapa en el bar no empezó siendo tan divertida como la del verano. Bibo había cambiado su actitud conmigo. Me cargaba con más trabajo del que sabía que podía desempeñar, y era más estricto y desagradable de lo normal, hasta rozar a Nicky Santoro, el personaje de Joe Pesci en *Casino*. Aunque no interpretaba tan bien como el neoyorquino. Tardé pocas noches en averiguar el porqué. Por muy encargado que fuese, era otro empleado como yo a las órdenes de un patrón, por lo tanto, estaba en mi equipo. Me confesó que mi tío le había mandado ponerme las cosas difíciles y a partir de ese momento fue todo mucho más sencillo. Quedamos en que sólo sería estúpido cuando el jefe anduviese cerca, y por fortuna casi nunca lo estaba.

Cuando sentí que estaba abusando demasiado de la hospitalidad de Matías estuve un tiempo recorriendo los sofás de otros amigos.

Unas noches en el chiquero de Piero, el gigantesco criminal reconvertido en tatuador, y otras en el impoluto piso de Gabi, un músico asturiano con pinta de surfero de catálogo que actuaba a menudo en el Barrumba. Tuve que dormir alguna vez en la playa y en el coche alquilado de una clienta. Fueron madrugadas que en otro momento me podrían haber resultado duras y tristes pero en aquellos días formaban parte de la película de realismo mágico que siempre quise protagonizar, con sus escenas dramáticas y sus momentos terroríficos y también con constantes e inesperadas aventuras.

Como aquella en la que decidí aprovechar mi único día libre de la semana para salir de fiesta al mítico campeonato de *windsurf* en Jandía. Había una hora y media de bus hasta la playa de Sotavento, donde habían montado las gigantescas carpas en las que se celebraba el final de la competición con bebidas, DJ norteuropeo y unas gogós. Salí de Corralejo sin muda, sin apenas dinero y sin plan para dormir cuando acabara la música. Sin embargo, me sentía seguro porque convencí a Piero para que me acompañase.

Piero medía casi dos metros y pesaría unos ciento sesenta kilos, era una puta montaña. Tenía una melena negra y rizada que le reposaba en los dos portaaviones que eran sus hombros y una barba espesa y descuidada. Los tatuajes le empezaban debajo de la mandíbula y acababan en los empeines, era imposible adivinar el color natural de su piel si no le veías la cara. La cantidad de tinta gastada para cubrir a aquel gigante era equivalente a la necesaria para imprimir dos enciclopedias ilustradas de veinte tomos. Sus ojos eran los de alguien que había visto cosas horribles y quería dejar de verlas, sus manos eran dos bolas de derribo y olía a lo que huele la persona encargada de limpiar un *after* cuando entra a trabajar. Apenas hablaba español y yo no hablaba italiano, y a pesar de esto, nos llevábamos genial, porque en el fondo éramos la misma clase de idiotas. Creo que la gente nos veía como a Vizzini y Fezzik, Gaston y LeFou, Gru y un Minioms, Kratos y su chiquillo, Zigic y Munitis, como a Khaleesi y Drogon.

Llegamos al pueblo y aún tuvimos que andar unos kilómetros de desierto hasta llegar a las carpas. Estaban cerca de un hotel imponente que de lejos parecía un palacio árabe. Los surferos seguían en plena competición pero a nosotros nos la sudaba, entramos a aquella discoteca itinerante y empezamos a beber tres horas antes de que

empezara la música. Quizá por eso no recuerdo muy bien aquella fiesta. Sólo sé que fracasé intentando ligar en un recinto lleno de tíos fibrosos, morenos y con mechas rubias y que cuando las gogós se subieron a las plataformas para bailar ante aquellos babosos teñidos, las reconocí. Eran Abigail y Yamiley, dos de mis mejores amigas del barrio e instituto, que formaban parte de un grupo de baile que había sido contratado incluso para las Olimpiadas de Atenas como animadoras oficiales del equipo español. A partir de aquí, creo que lo gracioso es contar lo que pasó desde la perspectiva de Piero.

El enclenque crío con la cara a medio camino entre Zira de El planeta de los simios *y Michael Jackson a mitad de su transición tonal, saludó de repente a dos hermosas y sensuales bailarinas en mallas. Después de presentármelas en el castellano que aún no controlaba, pasamos lo que quedaba de noche charlando con ellas. Sin pretenderlo serví como muralla protectora contra borrachos que creían tener posibilidades con esas dos diosas. Cuando acabó la fiesta, el chavalito me dijo que fuésemos con ellas a su habitación de hotel para dormir algo hasta que tuviésemos que volver a Corralejo. De camino al palacio se me pasó por la cabeza alguna fantasía con las gogós que nos invitaban al apartamento, pero en el fondo sabía que no iba a pasar nada. Ya en la habitación, sólo había una cama de matrimonio que compartían las chicas. El jovencito, que gozaba de su confianza, se quedó justo en medio de ellas dos, como si fuera el puto Hugh Hefner o un rapero en un videoclip. Yo, sin embargo, tuve que dormir sobre una manta en el suelo porque no cabía en el minúsculo sofá de la estancia. El alcohol hizo que me durmiese de inmediato y pensé que mis ronquidos de oso adulto quizá dieron la señal para que mi amigo y las chavalas hicieran un trío de peli porno.*

No lo desmentí a la mañana siguiente, aunque tampoco lo confirmé. Me hacía ilusión que una persona en el mundo pensara que habría podido ser capaz de liarme con esas dos titanas a la vez. Él no sabía que eran como hermanas para mí, por lo que a partir de ese momento me vio como un auténtico triunfador, como alguien radicalmente diferente a lo que era en realidad. Un triunfador al que vio llorar como un bebé cuando le tatuó un tribal en la espalda.

Después de unas semanas, mi tío Julio comprendió que no iba a volver a casa con el rabo entre las piernas por mucho que me apretase las tuercas. Que lo tenía claro, había tomado una decisión firme como él en su día. Supongo que de alguna manera se vio reflejado en mí

cuando se independizó con una mano delante y otra detrás y me prestó la ayuda que a él le hubiese gustado que le prestasen en su momento. Me abrió las puertas de su dúplex y todo fue bastante más fácil. Que el guardián del puente que me llevaría al resto de mi vida, fuese él, tuvo bastante sentido. Ambos decidimos construir nuestra propia senda alternativa y a contramano, mantuvimos el equilibrio mientras un montón de gente esperaba vernos caer y lo hicimos sin que nadie nos notase el miedo. Mi personalidad tiene bastante de la suya, tal vez porque fue mi mentor los primeros capítulos de esta temporada. Un luchador profesional, por muchos estilos de pelea que aprenda, siempre vuelve a la primera posición de ataque que le enseñaron. La mía la aprendí de él por pura imitación.

Después de un tiempo trabajando sin ahorrar lo suficiente para pagarme un billete de avión a la península, me lo compró Julio. Me conocía y sabía que Fuerteventura era una mera escala, por mucha pinta de escuela que tuviese. Mi tío había visto las mierdas que grababa y habíamos hablado mucho sobre cine. Creo que llegó a confiar en mis pocas posibilidades. Su cara fue la última que vi antes de entrar en la aduana del aeropuerto. De lejos imaginé que me deseaba suerte mentalmente como hacían en *Oliver y Benji*.

Track 33

Desconexión sideral

Bersuit Vergarabat

Mi primera jornada de trabajo como camarero en La Cuesta, el minúsculo y desaparecido bar lebrijano, empezó con mi jefe Paco explicándome cómo se hacía el café. Era lo único que no había aprendido tras una barra majorera. Cuando se fue y me dejó allí, ambos pensamos que ya estaba preparado para encargarme de todo. Trabajaba sólo seis horas al día y aunque empezaba a las dos de la tarde, mi primer cliente solía entrar pasadas las cinco. Así que pasaba mucho tiempo solo en aquel encantador antro donde sólo cabíamos una barra de cuatro taburetes, una televisión, una mesa de billar, dos ordenadores de cibercafé a monedas y yo.

El primero que entró era un tipo simpático con pinta de llevar todo el día revolcándose en cemento. Se sorprendió al verme, no esperaba encontrar un camarero nuevo en el bar al que iba cada día después del trabajo. Me preguntó mi nombre y yo a él el suyo. Entonces pasó lo siguiente:

—Me llamo Grabi.

—¿Cómo? —Aún estaba adaptando mi oreja al acento lebrijano.

—Grabi. De Grabiel.

—Ah, Gabri —me atreví a corregir.

—No, no. Grabi.

Creo que este pequeño diálogo define muy bien mis siguientes cuatro años laborales.

Llegué a Lebrija unos meses antes de eso, sin dinero, ni expectativas de futuro. Como un náufrago que alcanza la orilla de una isla desierta donde no tiene que hacer nada más que sobrevivir. Mi familia paterna me acogió con los brazos abiertos y sin apenas

preguntas. Se alegraban de tenerme por allí y era pronto para cuestionarse qué coño iba a hacer con mi vida. Y me alegro, porque no tuve respuesta para eso hasta que pasaron unos cuantos años.

Me instalé en la casa de mi madrina, Casti, y me convertí por un tiempo en su cuarto hijo. Una boca más que alimentar, un inútil que hacía aún más difícil para mis tíos llegar a fin de mes. Encima, los tres primeros me los pegué sabáticos. Dormía las horas en las que mis primos estaban en el instituto y por la tarde nos pasábamos el *Silent Hill 2* entre todos. Me pusieron una cama en la habitación de Rafa, que era como una estancia aparte del resto de la vivienda en el piso superior donde sólo estábamos nosotros, un baño y la terraza donde fumaba. Era el refugio perfecto.

Allí vivía con los tres primos hermanos más afines a mí. Rafa, Antonio Jesús y José Miguel, el pequeño de la casa que en aquellos días tendría unos ocho años. Recuerdo esa etapa como una de las más felices y tranquilas que viví fuera de Gran Canaria, aunque la verdad es que no puedo llamarle independencia. Para eso faltarían unos meses.

Descubrí que lo que se suponía que era el hachís en mi isla era una auténtica estafa el día que me fumé un porro sevillano. Imagina que llevan toda la vida diciéndote que el chóped es chocolate, que cuanto más blando mejor, que cuanto más apeste a ingle de cadáver mejor, y entonces pruebas por primera vez un bombón y te enteras de que llevabas toda la vida engañado. Pues eso sentí, por lo tanto intenté remediar todos aquellos años viviendo una mentira fumándome todo lo que llevaba de retraso. Eso hizo que pasara muchas tardes con la agilidad mental de Ed, la hiena muda de *El rey león*.

José Ángel era el amigo rebelde de mi primo que me conseguía las bellotas de polen. Era una mala influencia con forma de duende embutido en un chaquetón gigante. Conectamos rápido porque era como un colega de mi barrio con otro acento y solía venir a casa para colocarse conmigo. Rafa no fumaba y siempre se sentía un poco descolgado de nuestras carcajadas idiotas. Era muy frustrante para él estar en otro código diferente, intentando entender por qué nos hacía tanta gracia cualquier cosa. Un día nos pareció buena idea emporrarlo a él también y como no fumaba, inventamos otro método. Deshicimos un pellizco de polen y se lo metimos en un yogur que se comió entero,

pero no pasó nada. Supusimos que el plan había fracasado, echamos la tarde, cenamos y nos acostamos. A eso de las tres de la mañana mi primo me llamó desde su cama con la boca tan flácida como después de una endodoncia. Le había subido tarde y mal, había llegado al blancazo sin pasar por la parte divertida. Lo bajé en brazos al salón, vomitó en el sofá y despertó a mi tía con sus arcadas. A pesar de nuestro estado, tuvimos la capacidad de echarle la culpa a la cena y salvar nuestra reputación.

La desgracia se convirtió en una anécdota desternillante al día siguiente, justo antes de ver la película con la que más me he reído en mi vida: *No es otra estúpida película americana*. Que es graciosa, aunque no tanto como empezar una carcajada con los primeros títulos de crédito y acabarla dos horas después de ver el final. Vivía en una nube de humo cannábico sin más responsabilidades que las de hidratarme y respirar.

Los amigos de mi primo me acoplaron a su pandilla y gracias a eso, a ser uno más, conocí a Ana. La mejor manera de describirla es decir que aquella chica era, sin exagerar, la guapa del pueblo. Hacía poco que había dejado una relación larguísima con un quinqui rural reglamentario. Nos cruzamos en el momento perfecto. Nos gustamos y empezamos un maratoniano e intermitente tonteo.

A mi primo Rafa y a mí nos llamaba mucho la atención el mundo de lo paranormal. Un día llegó a casa con unos viejos CD de psicofonías presentados por los reputados parapsicólogos Pedro Amorós y Jiménez del Oso. Las escuchábamos cuando íbamos a dormirnos, con la luz apagada en el cuarto y enamorados del miedo que nos daban. Nos obsesionamos un poco con el tema y eso nos predispuso a percibir movidas sobrenaturales. Al abrir esa puerta al misterio, entramos a una película de James Wan.

Mi primo empezó a experimentar episodios de parálisis del sueño. No sabíamos qué era eso, sólo que se despertaba de madrugada y no era capaz de mover ni un músculo de su cuerpo a pesar de estar totalmente consciente. Ni siquiera podía abrir los párpados mientras sentía como si una mano le agarrase la cabeza, y aquello era tan real para él que me despertaba para preguntarme si había sido yo. A partir de ese momento hicimos un pacto, si lo escuchaba gemir en sueños, me levantaría e iría a moverlo y forzar su despertar completo. Fue durante aquellas madrugadas de no dormir profundamente cuando me

di cuenta de que la parálisis del sueño sólo era la punta del iceberg.

Una noche escuché que se levantaba, los pasos hasta la entrada de la habitación y el sonido de la puerta al abrirse. Cuando todo volvió a quedarse en silencio, miré y lo vi allí de pie frente al pasillo. Había abierto y se había quedado quieto mirando al exterior. Lo llamé por su nombre, le pregunté qué hacía pero no me respondió. Me armé de valor para salir de la cama y acercarme y justo entonces cerró la puerta, se giró y volvió a acostarse. A la mañana siguiente no recordaba nada de aquello, hasta hoy sigue pensando que me lo inventé. Mi tía Casti decía que todas esas movidas habían empezado a pasar desde que metimos en casa una tabla *ouija* de fabricación propia. José Ángel nos consiguió una tabla con las medidas justas gracias a su abuelo carpintero y nosotros la barnizamos después de pintarle las letras, el «sí», el «no» y el «adiós».

La experiencia paranormal más clara que viví durante aquellos meses de obsesión por el misterio fue una noche en la que estaba en la habitación de mi primo a solas con Ana. Habíamos estado hablando sobre todas las pequeñas cosas raras que estaban pasando pero cuando la noté asustada temí que se fastidiase nuestro tonteo, no era normal conseguir el cuarto para nosotros solos. Le dije que todo era por culpa de la sugestión, que al estar hablando todo el día del tema, relacionábamos con lo sobrenatural cosas a las que en otro momento no le daríamos importancia. Entonces, como si el puto Patrick Swayze, muerto de *Ghost,* quisiera dejarme en ridículo delante de la piba y boicotear nuestro magreo, la luz se apagó, se encendió, se apagó, se encendió y se volvió a apagar.

Salimos de la habitación tan rápido que un guepardo nos hubiera dado por perdidos como presas. Llegamos a la azotea tan deprisa que Usain Bolt nos hubiese aplaudido. Una vez fuera, con la sensación de estar a salvo, nos reímos de la carrera y responsabilizamos a la vieja bombilla. Pero ambos sabíamos que no había sido eso porque escuchamos el sonido del interruptor: clic, clic, clic, clic, clic. Una ventana de la habitación daba a la terraza donde estábamos y me acerqué a mirar fingiendo valentía delante de la chica. Entonces: clic. La luz volvió a apagarse y mi interpretación de héroe sin miedo ante la damisela aterrada desapareció.

El complejo de Iker Jiménez se nos pasó después de hacer la *ouija*. Pensamos que más lejos no se podía llegar en ese campo, como

un futbolista que se retira tras jugar un Mundial. Eso sí, después de todo lo que nos había pasado, quisimos hacerla bien, con alguien que controlase de espiritismo y nos protegiese de posibles *poltergeists*. Yo conocía a la indicada: mi madre. Justo estaba en el pueblo en ese momento gracias a las vacaciones de verano y después de contarle todo lo que estaba pasando, ella misma se ofreció a comandar la sesión de espiritismo. Tenía experiencia y sabía cómo hacer esas cosas bien. En mi familia materna había tradición de santeras y éramos más espirituales que religiosos. Fue la primera vez que la hice y me tranquilizó que fuese con ella. Llevaba toda la vida viéndola como un refugio en el que podía estar seguro de amenazas externas más mundanas. Su presencia me rebajó el miedo.

Lo hicimos en un viejo y tétrico almacén, en plena noche veraniega y rodeados de velas. Todo me recordaba demasiado a Sam Raimi. El vaso se movió debajo de mis dedos cuando mi madre preguntó en voz alta si había alguien entre nosotros. Debo confesar que me enfrenté a la *ouija* queriendo creer pero sin tenerlas todas conmigo; sin embargo, la manera en la que aquello se deslizó sobre la tabla no dejaba lugar a dudas. Lo que sucedió aquella noche nos quitó las ganas de seguir profundizando.

Cuando salí de esa oscuridad entré en otra mucho más profunda, un pozo de tinieblas del que no todos pueden salir. Empecé a juntarme con una cuadrilla mucho más nociva que los colegas de mi primo. El grupo de mis amigos de infancia se había dividido en dos, los que hablaban sobre caballos y los que parecía que lo consumían. Por desgracia, yo encajaba mucho mejor con estos últimos.

El capitán de este equipo jugaba tan bien al fútbol que lo llegó a fichar el Atlético de Madrid, pero era tan ruina que lo expulsaron por fiestero. Por suerte tuvo una segunda oportunidad con el Villarreal, y ya con la lección aprendida volvieron a echarlo por lo mismo. La ruina es más fuerte que el talento, por eso existe el Club de los 27.

Aquel reglamentario grupo de villanos me acogió como uno de los suyos. Eran animales nocturnos de pupila dilatada. Una banda de forajidos de un wéstern cualquiera, en la que además de todos los yanquis con mala pinta y tostados por el sol cabalgando caballos robados, hay siempre un mexicano silencioso, letal y con un bigote raro. Bueno, pues ese era yo. Siempre me atrajo la lealtad de los malvados. El sentimiento de saber que esos criminales darían la vida

por sus compañeros que no tenía con otros grupos. Tal vez porque en esos otros grupos ni te planteas que alguien tenga que morir por nadie. Eran una divertida mala influencia y yo estaba en un momento peligroso en el que quería dejarme influenciar.

Es curioso que llevase toda la vida rodeado de quinquis y droga pero no probase nada más fuerte que un porro hasta llegar a un pueblo agrícola de veinticinco mil habitantes. Estos compinches me ofrecieron fiestas con pastillas que hacían que estuviese mucho más cómodo bailando que sentado, que la música sonase desde mis órganos hacia fuera y que mis movimientos los manejase algo invisible como al vaso de la *ouija*. Sobre sus coches tuneados me dieron a probar la cocaína; recuerdo el miedo que tenía antes de aspirar por primera vez aquel turulo hecho con un billete de cinco euros, como si después de aquello no hubiera vuelta atrás. De hecho, el detalle de meterme aquella primera raya estando seguro de que me convertiría en un yonqui, deja bastante clara mi falta de expectativas en ese momento. Lo diabólico de la farlopa es que provoca un efecto muy parecido a la adrenalina de la felicidad, así que lo que engancha no es la sustancia en sí como pasa con la nicotina, sino ese sentimiento artificial. Tiene un par de similitudes importantes con las pajas, por ejemplo, que no se disfruta tanto el proceso como la breve sensación final o la intensa tristeza característica de cuando se acaba.

Pasé algunas noches dopado, con la mandíbula bailando más rápido que el resto de mi cuerpo. Como pasa con cualquier caída, cuanto más profundo del pozo estaba, más velocidad llevaba. Por fortuna, el miedo, ese sentimiento que llevaba condenándome toda la vida, me sacó de aquella espiral autodestructiva justo dos semanas después de entrar en ella. Un domingo, después de pasarme la noche mirando al techo al ritmo de una taquicardia, me dijeron que uno de la pandilla de forajidos había muerto de un infarto mientras dormía después de la fiesta que habíamos compartido. No me había dado tiempo a tenerle aprecio, pero me destrozó y me lo tomé como una advertencia contundente. Ese mismo día decidí abandonar la pandilla y sus fechorías para centrarme en un objetivo que tenía descuidado: Ana.

La noche que empezamos a salir fue una pura mezcla de géneros cinematográficos. Comedia romántica, *thriller* y acción encajaron a la perfección en nuestra primera cita. Era el último día de la feria del

pueblo y nos encontramos de casualidad entre las casetas. Iba bastante sobrio gracias a no haber superado aún la demoledora noticia del fallecimiento de mi antiguo compinche y estaba pensando en irme, cuando me crucé con ella. Hasta ese momento sólo nos habíamos visto a escondidas porque su exnovio seguía empeñado en recuperarla y era un tío conflictivo del barrio más peligroso del lugar. Un chungo de pueblo es mucho más chungo que un chungo de ciudad. Más salvaje, menos consciente de las consecuencias legales de sus actos y más preocupado de mantener su reputación de malote rural.

Ana y yo caminamos diez metros de la mano por las afueras del recinto ferial. Un total de ocho segundos aproximadamente. El chisme llegó a los oídos de su ex en cinco. El chisme de que nuestro chisme había llegado a los oídos del tipo tardó en rebotar y llegarnos a nosotros tres. En ese momento, empezó el *thriller* de acción.

Sabíamos que el chaval podría venir a por nosotros y que no estaba solo, así que decidimos volver a casa por un camino alternativo. Era una carretera a medio construir que aún no habían iluminado, nos pareció el recorrido perfecto para ocultarnos e íbamos tan seguros que ni siquiera aceleramos el paso. Teníamos la actitud de haber esquivado ya el ataque hasta que de repente sonó de lejos el motor de una motocicleta y ella se puso pálida. «Es él, esa es su moto», me dijo. Se me puso el corazón como un tema de Safri Duo mientras buscaba algún refugio en la oscuridad. Por suerte, los responsables de la obra a medias dejaban allí la maquinaria pesada y corrimos a escondernos en la pala de una excavadora aparcada a unos pocos metros del camino. Allí, encogidos, vimos pasar la luz del faro delantero de la moto, mientras iba haciéndose más ensordecedor el rugido del tubo de escape rectificado y su voz, que nos indicaba que no venía solo. «Te lo dije, que no están aquí. Vámonos ya, anda.»

Escuchamos cómo el sonido de la moto volvía a bajar de volumen y a partir de una curva lejana pudimos ver la luz trasera roja haciéndose más y más pequeña. Cuando el canto de los grillos fue la única banda sonora de la secuencia, nos dimos nuestro primer beso como novios. Metidos en la romántica pala sucia de una excavadora en un descampado pasada la medianoche.

Como si hubiera sido un hechizo de una peli de Disney, aquel beso fue un antes y un después de todo. Como encender una luz en un sótano que era imposible ordenar sin visibilidad. El primer paso era

encontrar un trabajo, ganar algo de dinero y dejar de ser un parásito en casa de mi tía. Ana me dijo que hablaría con su padre, que quizá necesitara un camarero para su bar. Un encantador antro llamado La Cuesta.

Track 34

No me llames iluso

La Cabra Mecánica

Mi primer piso alquilado tenía dos habitaciones, un salón, un baño, una cocina y un estúpido recibidor central que no servía para nada más que para acceder al resto de las estancias. Pagaba sólo ciento cincuenta euros mensuales por él a un matrimonio de octogenarios que vivían justo debajo y que parecían tener sólo el canal autonómico sintonizado. La voz que más escuchaba a diario era la de Juan y Medio, porque a mis caseros ya les fallaba un poco el oído. El hombre era quien me firmaba los recibos y siempre me llamó la atención un nombre de mujer tachado que tenía tatuado en su antebrazo. Su esposa era una señora encantadora que un día me confesó que pertenecía a los Mea-tieso. En Lebrija la gente se conocía por los motes heredados de padres a hijos. Mi abuelo Antonio era de los Cañetes y mi abuela Mari de los Guajiros. El mote de mi vecina, que reconoció con pudor, venía de una célebre primera micción matutina de su abuelo que al parecer tuvo los testigos suficientes como para rebautizarlo.

Aquel primero derecha del número cinco de la calle Puerto Rico fue el hogar donde aprendí lo mejor y lo peor de la emancipación en un curso intensivo de cuatro años.

La de Ana fue la primera familia política de la que formé parte. El padre se llamaba Paco y era un canallita juerguista con el cristal de las gafas más grueso que había visto en mi vida. Estoy seguro de que la única forma que tenía de sobrevivir a un disparo a bocajarro era que la bala fuese directamente al ojo porque esa pantalla de vidrio blindada podría haber salvado al mismísimo John Fitzgerald Kennedy. Era un excelente oficial de albañilería, pero con dos hijos a los que

alimentar, la única excusa que encontró para poder seguir echando la tarde de cervecitas con los colegas fue montando él mismo un bar. Fue mejor jefe que suegro y, aunque siempre me trató muy bien, no creo que me cogiese el cariño que el resto de su casa.

Mi jefa y suegra, Ana, se convirtió en mi mejor amiga durante ese tiempo. Pasábamos mucho rato solos en el bar durante los desayunos que ella preparaba y yo servía. Se reía con mis tonterías porque aún tenía una niña dentro que conseguí despertar sin pretenderlo. Su hija había heredado su belleza y la endiablada velocidad de su sangre. Me cubrió muchas cagadas laborales, tuvo conversaciones profundas conmigo y estuvo siempre ahí para mí, como cualquier mejor amiga haría aunque me sacara casi treinta años. Eso sí, fumaba más que Clint Eastwood en un *spaghetti western* y me contagió.

Mi cuñado Fran, que tendría unos doce años cuando lo conocí, sigue siendo una de las personas más inteligentes que me he cruzado. En aquellos tiempos era sólo un niño pero ya tenía detalles que marcaban la diferencia, como las palabras que utilizaba al hablar. Le encantaba leer y cuando llegué a su vida estaba obsesionado con *El Señor de los Anillos*. El tío se lo leía en tiempo récord, luego pasaba a *El Silmarillion* y después otra vez a la trilogía de la Tierra Media. Hay gente que no soporta las cinco páginas que necesita Tolkien para describir un arbusto y él ya se había comido la historia de Frodo ochenta veces. Me veía muy reflejado en Fran, no por lo inteligente sino por lo distinto al resto de su entorno. Eso me hizo protegerlo instintivamente, como a otro hermano pequeño, mientras formamos parte de la misma familia.

Poco después de empezar a trabajar en la caja de cerillas que era La Cuesta, mi jefe montó un bar en una nave de trescientos metros cuadrados. La idea inicial es que fuese un botellódromo, un lugar amplio donde la gente comprase botellas de alcohol, de refresco y hielo para hacer sus botellonas bajo techo durante el frío invierno. Pero poco después se aprobó la ley antitabaco y los chavales volvieron a las calles para resfriarse fumando. Así que La Estampida se convirtió en una cafetería absurdamente gigantesca donde servíamos desayunos. Estaba justo enfrente del cementerio, en un polígono a las afueras del pueblo. La clientela se dividía entre los parroquianos que trabajaban en las naves aledañas, familiares tristes de algún fallecido y ludópatas que se dejaban medio sueldo en las tragaperras que teníamos por ser

el garito más lejano del centro. Para mí, el interior de aquella barra donde pasaba ocho horas diarias era el patio de butacas de un circo lleno de trapecistas, payasos, bestias y monstruos.

A mí también debía ser un espectáculo verme trabajar. Si hubiera existido el premio, me hubiese llevado el galardón al peor camarero del planeta cuatro años consecutivos. No me gustaba el oficio y se me olvidaba disimularlo. Servía a los clientes despacio y arrastrando los pies, deseando que se marchasen. Me movía con tal lentitud que unos cuantos me apodaron con ironía «Turbo». Saqué mi espada de la comedia para compensar mi ineptitud hostelera e hice grandes amigos con una barra de por medio, algunos tan curiosos que llegaron a inspirar personajes que escribí más adelante.

Miguel (café solo largo) era el viejo sepulturero del pueblo, había metido en nichos a tantos vecinos que para él un cadáver era lo mismo que para un cocinero los ingredientes de sus platos. Era un señor dulce y paternal que hablaba de su trabajo con respeto y al que era difícil imaginar haciendo sus labores. Me pasaba el rato haciéndole preguntas sobre su día a día y me sacó de bastantes dudas aunque siempre con mucha prudencia. Un año más tarde entró a aprender el oficio un chaval que sustituiría a un Miguel muy cerca de su jubilación. Se llamaba Cristóbal (cerveza) y para él un cadáver era lo mismo que para un carnicero los pedazos de una vaca. Este sí me contaba anécdotas con todo lujo de detalles siniestros y asquerosos. Cómo tenía que partirle el brazo a un muerto porque el *rigor mortis* le impedía meterlo en el ataúd o cómo olía la señora que había sepultado esa misma mañana. Siempre me fumaba el peta a la salida del bar en el cementerio, el parque mejor cuidado de la comarca.

Cada día le ponía el desayuno a los mismos. A Juanma, que fabricaba lápidas; a Ángel, que era un agricultor que hacía videojuegos para móviles antes de que existiera el *Angry Birds*; a una familia que trabajaba con fertilizantes; a los herreros, que eran como la tripulación de un sucio barco vikingo, o a los mecánicos, que eran como la tripulación de un refinado buque de la Marina Real británica. De ese taller venían siempre Cristóbal, Braulio, Manolo y Josemari, el Pistola, hasta el día que entró de aprendiz un muchacho de mi edad con pinta de *hacker* paquistaní que apenas hablaba. Una mañana le saqué conversación porque era parte de mi trabajo parecer simpático con los clientes y descubrí que era la única persona del pueblo con la

que podía hablar bien de cine.

Manuel había visto las mismas películas que yo, incluidas las rarezas coreanas que nunca había podido comentar con nadie. Encontramos el uno en el otro un pedazo importante que nos faltaba. Me entusiasmó tanto el hallazgo que un día lo invité a casa a ver una película clásica con unas cervezas. Vimos *El maquinista,* de Buster Keaton, y mientras lo hacíamos comentábamos movidas técnicas rebuscadas. Él también soñaba con dedicarse al cine y fue la primera persona que conocí con la misma fantasía profesional que yo. Desde ese día, en parte por aquel visionado y en parte porque parece que está maquillado como un actor de cine mudo, lo apodé «Buster». No hemos vuelto a separar nuestros caminos desde entonces, de hecho, acabó interpretando uno de los personajes más míticos de *Malviviendo*: Mateo Ruiz Kazakievo.

De los clientes no habituales destaco las mesas de doce viejas que pedían doce cafés diferentes y a las que odiaba con todas mis fuerzas; a los ludópatas cocainómanos a los que mi jefe había echado del bar para cerrarlo la noche anterior y que estaban esperando en la puerta a la hora que abríamos para seguir echando monedas en las tragaperras; y sobre todo, a la fauna que atraían los ordenadores de cibercafé. Señoras que enseñaban con disimulo el escote a la cámara; tipos a los que veía desde la barra mirar fotos eróticas o chavales que venían a descargarse música. Pero el mejor de todos fue un muchacho que después de estar un rato allí sentado, se acercó a mí para informarme de un problema. Yo no tenía ni idea de informática, lo único que podía hacer era reiniciar los equipos o llamar a Fran, el técnico que se encargaba de las averías. El tío me dijo que se le había quedado el carnet de identidad dentro y no podía sacarlo.

—Perdona, ¿qué?

—No puedo sacar el carnet del ordenador —me dijo el desgraciado.

—Pero... no entiendo lo que ha pasado.

—Entré en una web y tuve que registrarme. Puse mi nombre, mi apellido y luego me pedía que introdujese mi DNI. Lo hice y luego... ya no salió.

—¿Dónde lo introdujiste? —«Que eres tontísimo», pensé.

—En el agujerito que tiene.

El muy lumbreras había metido su carnet por la ranura de los

disquetes. No pude evitar reírme en su cara. Esas pequeñas cosas hacían menos infernal mi día a día en el bar. Aunque también pasaban desgracias como que un quinqui meara en la tragaperras para no abandonarla yendo al baño o que un gigante perdiera la cabeza y reventara taburetes hasta que la policía, después de detenerlo violentamente, me dijera que nunca más le diera alcohol a ese tío. El Circo del Sol debió inspirarse en aquel bar.

A las cinco de la tarde salía y caminaba cuatro pequeñas manzanas hasta mi piso. Lo había decorado como haría un adolescente. Las paredes del salón eran azules y amarillas y tenía una gigantesca estantería llena de libros y cintas VHS. Era tan hortera que había pintado incluso unas letras chinas en mi habitación, donde también tenía un mural amorfo con cientos de fotografías pegadas. Poco después de mudarme, Ana se instaló conmigo y experimenté por fin cómo era la vida en pareja. Nos llevábamos muy bien y terminamos prefiriendo quedarnos encerrados en casa recibiendo a colegas que salir a la calle. Era nuestra caverna y allí teníamos todo lo que necesitábamos.

Track 35

In My Life

The Beatles

Siempre me pareció una gilipollez que veintiún años sea la edad legal para beber en Estados Unidos, dieciocho para comprar un rifle y con dieciséis ya se pueda conducir un Hummer por las cuestas de San Francisco. Asumen que los adolescentes son lo bastante responsables para no hacer daño a terceros pero no para cuidar de sí mismos. A mis veintiuno, mirándome en el espejo de mi cuarto de baño una mañana antes de empezar con mi jornada de ocho horas en un bar que ya odiaba a esas alturas, peinándome como podía la melena que me cubría medio omóplato, pensaba que uno no debería llegar a ser considerado adulto nunca. Ni a los dieciséis, ni a los dieciocho, ni a los treinta. Había engordado mucho en esos años, andaría cerca de los cien kilos, y me daba cuenta en ese preciso instante de que el pelo largo no le queda bien a los gordos. Uno se lo deja pensando que va a parecerse al Aragorn de Viggo Mortensen y termina como Kevin Smith haciendo de Bob el Silencioso en *Clerks*.

Ana se quedaba en el piso mientras yo me iba a La Estampida y gracias a ello nunca vivimos en una pocilga. Cuando regresaba por la tarde, ella estaba esperándome en el sofá con la casa impoluta y un canuto entero esperando a ser encendido. Era el horizonte luminoso que me ayudaba a atravesar el túnel de estiércol en que se había convertido mi curro en el bar. Entonces nos poníamos a ver películas o a vegetar juntos con el aire acondicionado a tope. La prueba de lo que nos queríamos y lo bien que nos llevábamos era que después de setecientas treinta tardes sin hacer nada en absoluto, seguíamos teniendo ganas de la siguiente. Era una relación de abuelos pero con porros.

Cuando la conocí me di cuenta de que estaba ante una persona supertalentosa que parecía haber tenido que crecer sola sobreviviendo en una selva. Una de las cosas de las que estoy más orgulloso es de haberle abierto la puerta a un universo que desconocía y que la hizo crecer como el doctor Bruce Banner cuando se cabrea. A ver, no es que fuera su profesor, el talento ya estaba ahí, sólo tuve que darle las herramientas adecuadas. Como si a un Mozart que se hubiera criado como un Mowgli, le hubiesen puesto un piano delante sin saber tocarlo. En este caso fue una cámara de fotos.

También le puse un montón de películas que nunca hubiera visto de otra forma y nos enseñamos la música que nos gustaba. De ese modo se enamoró hasta las trancas de los Beatles. Se obsesionó con los cuatro de Liverpool de tal manera que un vecino tocó a nuestra puerta un día y le regaló un disco con cientos de canciones variadas de otros grupos para descansar un poco de ellos.

Durante el periplo en que nos quisimos intenté hacerla feliz dentro de mis posibilidades. Nuestra primera Navidad en el piso me di cuenta de que no era una fecha especial para ella, algo que también pasaba con mi familia paterna. Si bien se adornaba el árbol y se cenaba fuerte en Nochebuena, no se percibía la magia que mi madre me hizo sentir toda la vida. En casa de Ana tuvieron etapas económicas muy complicadas en las que no pudieron permitirse una Navidad como las de las películas de Antena 3. Su recuerdo más feliz relacionado con la mañana del 6 de enero no tenía cien globos, ni muñequitos de Pressing Catch, ni Barbie, ni el Línea Directa; sólo un CD de Mark Owen que ella había pedido. Gracias a unos pocos ahorros y el efectivo recibido por parte de mis abuelos nueve días antes por mi cumpleaños, intenté ofrecerle un día de Reyes que le hiciera esperar al siguiente con la misma ilusión que yo lo hacía.

Aquella mañana la tuve que convencer para que saliera de la cama. No olvidaré su gesto cuando vio los veinte paquetes que le había puesto bajo mi abeto de plástico. Eran tonterías baratas y dispares, un gorro, unos guantes, una película que le gustaba de niña, un documental sobre sus adorados Beatles o unos calcetines gordos. En el fondo, daba igual lo que hubiese dentro del papel de regalo, lo que se queda en la memoria es esa sorpresa que nos convierte durante un rato en el niño que fuimos. Ese que aún tenía la capacidad de sorprenderse y del que a veces nos olvidamos.

A esas alturas ya me había reconciliado con mis padres. No me había labrado un futuro maravilloso pero había demostrado que podía ser algo parecido a un adulto responsable. Tenía un trabajo fijo, podía pagar el alquiler de un piso y vivía en pareja. Sin embargo, ellos conocían bien el fuego que me quemaba por dentro desde niño, la necesidad de crear historias y grabarlas aunque no llegasen a ningún lado, la única actividad extraescolar que me había hecho feliz. Y siempre me dijeron que tenía que hacer lo que me gustase, aunque no pudiese vivir de ello, aunque tuviese que estudiar cualquier carrera a disgusto para poder costearme lo que de verdad disfrutaba. Mi padre incluso estuvo informándose sobre escuelas de cine, desde las nacionales hasta la de San Antonio de Los Baños, en Cuba. Todas las que encontró costaban un ojo de la cara y aunque sé que estaban dispuestos a hacer un esfuerzo titánico por mí, fui yo quien los disuadió fingiendo que tampoco me interesaba tanto.

La verdad es que ya había bajado los brazos en ese sentido. Estaba en el momento de mi vida en el que más cine consumía y asumí que mi sitio estaba ahí, en el sofá de casa como espectador, y tampoco me parecía mal. Había cientos de personas sin oído musical a los que les hubiera gustado ser cantantes antes del *autotune* y miles de bajitos que soñaron con jugar en la NBA. La mayoría de la gente con un trabajo normal y aburrido soñaron de niños con ser astronautas, futbolistas o superhéroes. Yo era otro más de esos niños que fantasearon con un imposible muy alejado del bar donde acabé. Lo tenía más que aceptado el día que mi jefe instaló un ordenador con Internet dentro de la barra. El aparato que reanimaría mis aspiraciones como un puñetazo en el pecho a un moribundo.

Aquella ventana ralentizó mi trabajo aún más. Después de la horda de clientes a la hora del desayuno, el bar se quedaba bastante tranquilo el resto de mi jornada. Entonces cogí un taburete, lo puse frente aquel ordenador y me dediqué a perder el tiempo de la forma más práctica posible. Además del Messenger, el eMule y el chat de Terra, me aficioné a páginas de enlaces como Yonkis.com. El tiempo se me pasaba volando gracias a sus vídeos cómicos, sus artículos locos y sus páginas recomendadas. De esa forma descubrí *Cálico Electrónico* y más tarde los primeros capítulos de *Qué vida más triste*, series que habían levantado sin ayuda unos talentosos chavales que hoy son grandes amigos míos. Me encontré con la trilogía de cortometrajes

Código 7, de Nacho Vigalondo, el español que había estado nominado al Óscar con un cortometraje. Y en el momento justo, cuando estaba envidiando la suerte de esos tíos que habían conseguido cumplir mi sueño, llegué al enlace del vídeo más importante que he visto: *The Robert Rodriguez Ten Minute Film School*.

Después de darle al *play*, escuché las siguientes palabras del director de *El mariachi*:

«Ustedes ya son cineastas. En el momento en que decidieron serlo, automáticamente lo fueron. Hagan tarjetas de visita que digan que son cineastas, pásenselas a sus amigos, en cuanto hayan superado la barrera y se consideren a ustedes mismos como cineastas, empezarán a pensar como uno de ellos. No sueñen con llegar a ser cineastas. Ya lo son.»

Robert Rodriguez acababa de decirme las palabras que necesitaba escuchar en ese momento. Como cuando mi tío Jesús me dijo que soplase para poder pronunciar la erre. Llegó en el momento adecuado, cuando mi ilusión estaba moribunda pero aún con pulso. Seguí escuchando convencido de que el destino me había llevado a ese vídeo.

«Tienen que aprender que ser creativo no es lo único que cuenta en este negocio. Deben convertirse en técnicos. La gente creativa nace así. Si ustedes lo son, tienen suerte. La gente técnica no puede ser creativa. Es algo que nunca podrán tener. No se puede estudiar, encontrar o comprar. Uno nace con ello. Mucha gente creativa no quiere aprender a ser técnica, así que acaban dependiendo de los técnicos. Aprendan a ser técnicos además de creativos. La técnica sí que se aprende, y si ustedes son creativos y técnicos serán imparables.»

Vale, Robert. Yo sí era creativo. De hecho, ese siempre fue mi único talento. No obstante, tenía razón en lo demás. Si quería hacer algo, tendría que hacerlo solo. Llevaba ya leídos unos cuantos libros sobre el tema pero a partir de ese momento, devoré cada uno de los foros que enseñaban a hacer cine. Tutoriales de guion y realización, consejos de producción y de postproducción. Me puse a estudiar sin exámenes por delante.

«¿Tienen experiencia en la industria del cine? Claro que la tienen, ven películas, ¿no? Pero ahora tendrán que adquirir otro tipo de experiencia. Cojan la cámara. Hagan sus propias películas. Cometan

errores. Los errores son algo subjetivo. Hay errores que para otros son obras de arte. Los errores son parte de su propia obra.»

Claro, joder, yo ya había grabado. Llevaba años grabando tonterías con mis amigos y cometiendo todos los errores posibles. Eran pruebas con las que estaba aprendiendo sin pensarlo. Tenía acumuladas más horas de grabación que de deporte.

«¿Alguien sabe escribir? Todo el mundo escribe más o menos de la misma manera. Empiecen a escribir a la suya. Eso los hará únicos. Pueden tomar clases de escritura, pero no se molesten en ir a escuelas de cine para acabar haciendo películas como algún famoso director. Queremos ver sus propias películas.»

No es que no me molestara en ir, Robert, *miarma*. Es que no me lo podía ni plantear. Me estaba motivando más que a Rocky el *Eye of the Tiger*.

«Bueno, obviamente no tienen mucho presupuesto, o de lo contrario no estarían asistiendo a esta clase. Así que quieren hacer una película sin presupuesto. Se encontrarán problemas a cada momento. Pueden deshacerse de esos problemas de dos maneras: creativamente o tirando de la manguera del dinero. No hay dinero, así que no hay manguera. Así que vamos a crear un guion para una película que puedan hacer sin dejar a sus padres sin un centavo. Vamos a hacer una película barata.»

Era muy extraño, tenía la certeza de que aquel tío pixelado con sombrero de vaquero dentro del aula de un instituto me estaba hablando a mí desde un vídeo a 240p.

«Miren a su alrededor, ¿Qué es lo que encuentran? Usen lo que tienen. ¿Que tu padre tiene un bar? Haz una película sobre un bar. ¿Tienes un perro? Haz una película sobre tu perro. Si tu madre trabaja en una guardería, haz una película sobre una guardería. Cuando hice *El mariachi* tenía una tortuga, una funda de guitarra, un pueblo y decidí hacer una película sobre esos elementos.»

Después de aquello tuve que robar dinero de la caja para comprarme un paquete de tabaco en la máquina del bar y hacerme un café para digerirlo todo. Me habían dado la respuesta que necesitaba a una pregunta que no sabía que debía formular. Robert me lo había dejado muy claro. No me hacía falta nadie para hacer lo que quería hacer, ni siquiera público. Mi cabeza volvió a activarse, a inventar historias, personajes y conflictos que pudiera grabar sin más recursos

que los que tenía a mi disposición. Aunque me quedaba una pieza fundamental para empezar: una videocámara. Mi vieja ENG se había averiado poco antes de salir de la isla y llevaba mucho sin pulsar un *rec*.

Entonces, por primera vez en tres años y con toda la vergüenza que me daba saber que no me la merecía, pedí ayuda a mis padres. Tenía muy claro que sólo quería usar ese comodín una vez, que después de aquello debía buscarme la vida sin volver a molestarlos por muy cuesta arriba que se pusieran las cosas. Hice un estudio de mercado buscando la mejor opción semiprofesional posible, que no fuese demasiado cara y me aportase la calidad necesaria para hacer algo decente. Tras investigar en foros y páginas especializadas, me decidí por la Panasonic AG DVX100 MiniDV. Un auténtico bólido en las manos de un estudiante de autoescuela que costaba algo más de mil euros.

Entendía que pedirle algo como eso a mis padres el mismo año en que mi hermana se iba a estudiar Medicina a Salamanca era un atraco a mano armada. Ya estaban haciendo un esfuerzo económico importante y aunque el sueldo de mi padre siempre había sido suficiente, nunca les permitió ahorrar demasiado. Encontraron la manera de comprarla aunque eso complicara bastante sus meses posteriores y me pusieron como única condición que dejase de fumar. Fui tan desgraciado que ni siquiera cumplí con eso.

Por suerte, aquella Panasonic me llevó mucho más lejos de lo que ninguno imaginamos.

Track 36

Gulere Gulere

Estopa

No recuerdo la fecha exacta de 2005, pero sé que era domingo. Salí a la minúscula terraza de mi piso y me encontré de frente a mi vecino contiguo. Ambas viviendas se comunicaban por esos micropatios. Lo saludé con un leve gesto de cabeza y él me devolvió el gesto parco.

—¿Qué tal el día? —le pregunté.

—Una mierda —contestó con una mueca que le daba verdad a sus palabras.

Mi vecino de enfrente durante todo ese año, que tenía su puerta tan cerca de la mía como tenían Monica y Rachel la de Chandler y Joey, fue Carlos, el Chino, mi amigo del barrio en Canarias. Estábamos todo el día juntos, como siameses unidos por una PlayStation, uña y carne insular en Lebrija. Tanto que nuestras respectivas novias, hartas de que hubiésemos convertido nuestra pareja en trío sin consultarles, nos habían prohibido vernos los domingos, nuestro único día libre.

Un domingo nos duró.

Seis meses antes de ese momento, el Chino vino de vacaciones a verme en Semana Santa y se enamoró del pueblo. Pasamos unos días memorables, le presenté a mis colegas y supongo que no pudo evitar imaginarse en mi situación: viviendo tranquilo en su propio piso con pareja y un trabajo a sólo unas calles. Mi vida tenía muchas miserias también, aunque no eran tan evidentes como para captarlas en un vistazo rápido. Como ese día en que te enseñan la casa que terminas alquilando y no te da tiempo de ver los desperfectos con los que tendrás que lidiar después.

Recuerdo el momento exacto en el que decidió mudarse a Lebrija. Íbamos paseando mientras nos fumábamos uno de esos canutos que

evidenciaban la porquería que consumíamos en la isla. Justo debatíamos la posibilidad de que se trasladase con su familia al piso que se había quedado libre frente al mío. Era un cambio considerable y no las tenía todas consigo. Entonces empezamos a escuchar a un tío cantando flamenco con una guitarra en una calle cercana, algo que a él siempre le había encantado y que sólo había podido escuchar en discos. Lo entendió como una señal.

Ya había empezado a grabar cositas con mi Panasonic para ir aprendiendo sobre ella y sacarle todo el partido posible. Me leí las instrucciones cien veces y realicé un par de cortometrajes de aficionado. Un drama con mi primo Rafa sobre una apuesta en las vías del tren y un *slasher* de un minuto con Ana y mi tío Jesús en el maizal de mi abuelo. Si los veo hoy seguramente vomite del asco, pero en aquel momento la diferencia con todo lo que había hecho antes era abismal. Además, había aprendido a utilizar el mítico y superlimitado Windows Movie Maker mejor que el gafas que lo inventó. Se me ocurrían muchos posibles proyectos, sin embargo, a mi entorno cercano le daba un poco de pereza y bastante vergüenza ser parte de mis repartos. Tenía el equipo, las ideas y las ganas pero me faltaba un muso. Me faltaba el Chino.

Carlos llegó al pueblo con su novia y el pequeño Ezequiel, que tenía dos años. Era un cambio de aires contundente, salimos de un barrio donde era inevitable desconfiar de todo el mundo y llegamos a un pueblo donde los sospechosos éramos nosotros. Vivíamos a tres pasos exactos, teníamos un pequeño supermercado a diez metros y un año entero por delante.

Nosotros ya éramos amigos en Las Palmas pero, aunque fuese una amistad sincera, no era tan fuerte como la que tenía, por ejemplo, con Pepe. Fue aquel periplo intenso el que nos convirtió en hermanos.

El Chino es tan carismático como si Will Smith joven (pre galleta a Chris Rock), Mick Jagger (pre pérdidas de orina) y Muhammad Ali (pre cien hostias en la cabeza) se hubiesen fusionado con Phoebe Waller-Bridge. Un robaplanos en la vida real. Cuando llegó al pueblo su brillo me devolvió a la sombra y me di cuenta de lo cómoda que era.

Perdimos muchas tardes completas jugando al fútbol en la videoconsola. Un partido tras otro, siempre con los mismos equipos, él, con el Real Madrid y yo, con el Barcelona. Una espesa nube de

humo blanco me impide recordar los detalles porque fumábamos bosques jamaicanos completos. Llegamos a un punto en el que se nos olvidaban algunas palabras tan sencillas como «tenedor».

La historia de cómo un camarero raso y un repartidor de bebidas al por mayor consiguieron un pelotazo prolongado de tal magnitud podría haber sido un capítulo de la serie *Atlanta*. Todo surgió a raíz de una conversación con Higinio, un buen chico de la pandilla de mi primo Rafa. Supongo que viéndonos fumar se le ocurrió decirnos que un familiar suyo tenía un montón de hierba secándose en un almacén y que cuando quisiéramos nos podía dar un poco para probarla. Si hubiera estado yo solo, habría agradecido el ofrecimiento con una sonrisa pensando que era la típica invitación que queda en nada. Pero el Chino no era como yo. Antes de que me diese tiempo a sonreír, ya había preguntado al chaval dónde estaba ese almacén.

Nos dijo que estaba en otro pueblo cercano a Lebrija. Supongo que pretendía disuadirnos pero no lo consiguió. El Chino condujo su Ibiza hasta el polígono que nos había indicado. Era una fábrica de cajas de plástico enorme, llena de máquinas industriales gigantescas. Desde que Higinio abrió la puerta metálica, un intenso olor a goma quemada nos soltó una bofetada que nos hizo dar gracias por nuestros empleos, precarios aunque cómodos. Lo seguimos hasta unas escaleras al fondo de la nave y subimos a un segundo piso que usaban de trastero. Un montón de materiales, herramientas y planchas de poliestireno impedían ver una de las esquinas de la estancia. Tras una gruesa cortina gris estaba el material del que nos había hablado y el impacto de verlo nos paralizó unos segundos. Sabíamos lo que nos íbamos a encontrar, pero no imaginábamos que fuese tanta cantidad. Aquello parecía una macrotienda de árboles de Navidad para fumetas. Unos veinte arbustos de más de metro y medio colgaban bocabajo en ese estrecho pasillo clandestino. Supuse que así sería algún acceso lateral al cielo rastafari. Apestaba a la resina que los Wailers tenían bajo las uñas de sus manos.

—Aquí la tenéis —dijo el anfitrión.

—Madre mía. —El Chino resolvía ecuaciones en su mente—. ¿Y tú no coges?

—No, yo no fumo. Llevaos lo que queráis.

Me agaché y empecé a buscar cogollos apetitosos en una de esas matas. Pensé en llenar una bolsa de plástico normal de supermercado

y ya me parecía abusar un poco. Entonces Carlos descolgó uno de los arbustos completos y me dijo que cogiera otro. Higinio y yo lo miramos sorprendidos y me quedé esperando a que el dueño de todo eso le dijera que no podía llevarse tanto, pero no pasó. Creo que al chico le dio vergüenza llamarle la atención. O quizá un poco de miedo, porque el Chino tenía pinta de personaje chungo de fase secundaria en el *GTA San Andreas*. Aproveché su silencio y agarré otro de aquellos matorrales. Contando sólo lo fumable, llevaríamos casi kilo y medio de hierba. Nos costó trabajo meterlo en el maletero y cuando subimos al coche, todo olía a cabaña en el árbol de Macaulay Culkin. Abrimos las ventanillas para no marearnos y recorrimos el corto tramo entre aquel pueblo y el nuestro con tal tensión que se hizo tan largo como atravesar de costa a costa Estados Unidos. Cada rotonda sin un control de la Guardia Civil era una victoria contra la angina de pecho.

Cuando dejamos al generoso chaval en su casa y nos dirigimos a la nuestra, desatamos la euforia que estábamos conteniendo para que no se sintiese estafado. Éramos dos piratas que habían encontrado un tesoro cuando salieron a buscar cocos. Llevábamos un alijo gigantesco de marihuana en el maletero y nos había salido gratis.

Teníamos tal cantidad de hierba que si se nos caía al suelo un cogollo del tamaño del puño de Mike Tyson no nos agachábamos a recogerlo. No obstante, esa bendición cannábica nos pasó factura. Nos fumábamos cuarenta porros cargadísimos al día y eso fue convirtiéndonos en un par de engendros con cuerpo de científico y mente de futbolista. Una tarde, jugando el vigésimo octavo Madrid-Barça de la jornada, el Chino me dijo:

—Askd idcsi owiefn.

Yo pulsé el *pause*, dejé el peta que tenía en la boca en el cenicero, lo miré y le dije:

—¡¿Qué?!

Y aunque nos dio un ataque de risa de diez minutos, ambos supimos que debíamos parar el ritmo. Estábamos a una semana de convertirnos en abono.

Creo que de las mejores cosas de aquella etapa en la que tardábamos dos segundos más de lo normal en mandar las palabras del cerebro a la boca fue descubrir la serie *Lost*. Quien no lo haya experimentado no puede hacerse una idea de cómo se vive un

cliffhanger de J. J. Abrams en el estado en que nosotros estábamos. Lo que sentí con el gol de Iniesta en la final del Mundial no fue ni la mitad de lo que sentí cuando se enciende la luz de la escotilla en la cara de John Locke.

Se ha hablado mucho e injustamente mal de *Perdidos*. Entiendo que el final no estuvo a la altura de las expectativas de la mayoría, aunque no deja de ser el primer fenómeno social audiovisual seriado que recuerdo. Para mí fue una *masterclass* semanal que me hizo soñar con despertarle a alguien con algo mío lo que a mí me despertaba la historia de esa isla. Me encantaba cómo se quedaba en nuestras cabezas incluso cuando el capítulo terminaba, las conversaciones y teorías que discutíamos durante los siete días que tardaba en descargarme el siguiente episodio. Supongo que en parte ocurría porque los guionistas debían fumar la misma cantidad de hierba que nosotros en aquel momento. A partir de entonces me alejé un poco del cine y puse el foco en las series, enamorado de las posibilidades del formato. Fue la típica tontería que no pensaba que fuese a ser importante en mi vida, pero con el tiempo me he dado cuenta de que me la cambió.

Gracias a la serie y sus doscientos momentos épicos por temporada, al Chino y a mí se nos ocurrió montar un negocio de camisetas frikis con frases célebres de Sawyer y Hurley. Teníamos muy buenas ideas, o eso pensábamos con el cerebro polinizado, pero nos hacía falta llevarlo al textil. Y yo conocía a alguien que podía conseguirlo.

Recién llegado al pueblo, cuando me junté con la pandilla de forajidos nocivos, conocí a un chaval que me presentaron como el Bala. Le llamaban Bala porque a su padre, que era profesor en un instituto de Lebrija, le llamaban el Pistola por su manera de señalar a los alumnos. Tengo que reconocer que me encanta cuando los apodos no sólo se heredan sino que evolucionan. Aunque el caso más hermoso de evolución de un mote fue el de mi amigo el Pastelero. Se lo pusieron porque era tartamudo y la transformación fue algo espectacular: tartamudo, tartaja, tarta, pastel, pastelero.

Resulta que aunque el Bala tuviera la misma pinta de acabar en el talego que el resto de la pandilla, también tenía una empresa. Me dijo que se dedicaba a la publicidad, que estaba especializado en el tema de la serigrafía en una pequeña tienda llamada Grafitex. Así que

años después de aquella conversación de botellón, el Chino y yo acudimos a su local para contarle nuestra idea y pedir presupuesto. No salió bien, tampoco mal.

Los precios que el Bala nos dio para la inversión previa no estaban al alcance de nuestros raquíticos bolsillos. Mientras hablaba y nos explicaba la dificultad de querer ser emprendedores pobres, nuestra ilusión y la imagen mental del yate aparcado en pleno río Guadalquivir se fue desvaneciendo como Peter Parker en *Infinity War*. Pero conocer al chaval y sus secuaces fue un éxito. Menos rentable aunque más conveniente.

Empezamos a juntarnos con ellos de vez en cuando. Eran artistas que podrían haber tenido muchas más oportunidades naciendo en Brooklyn en vez de en la marisma andaluza. Ellos lo sabían y por eso odiaban su suerte. El Bala era un gran artista plástico y musical con muchas más inquietudes que la media de sus vecinos. Sus compinches en aquel momento eran el Seko, que soñaba con dedicarse al rap, y el Chevivi, que no tenía sueños pero sí talento. Yo tenía bastante más en común con ellos que con la mayoría de los que me había cruzado los tres años anteriores. Encontrarlos en ese momento me recordó a aquel chico que conocí el último día de campamento.

Durante los meses que habíamos pasado juntos, quitando las horas de videoconsola y las jornadas en las que la marihuana nos había dejado en estado vegetativo, el Chino y yo habíamos grabado algunas pequeñas piezas. Un vídeo de treinta segundos que mandamos al NOTODO y algunos *sketches* que sirvieron para seguir dominando la Panasonic. Durante la semana, seguíamos trabajando por la mañana en lo que nos alimentaba, yo en el bar y él en el camión, y por la tarde, en lo que nos hacía felices. El tiempo, que a veces daba la impresión de haberse detenido, en realidad seguía pasando. Aunque disfrutábamos, parecíamos vivir siempre el mismo día, como le pasaba a Bill Murray en Punxsutawney.

Una mañana cualquiera en el bar, en ese tramo aburrido donde la ausencia de clientes me dejaba tontear en Internet, leyendo artículos en un blog especializado en cortometrajes, descubrí un pequeño concurso *online* que me llamó la atención. Se llamaba tuminuto.com y participaban jóvenes creadores interesantes como Iván Sáinz-Pardo, Rubin Stein o Jim-Box. Me pareció una actividad sencilla y divertida, cada dos semanas proponían un tema de actualidad o un género

concreto y los participantes realizaban un cortometraje de un minuto sobre ello. Salían píldoras divertidas, muy frescas e interesantes gracias a los riesgos que asumen los que empiezan. Se subían todos los trabajos y había muy buen ambiente entre los competidores a la hora de comentarlos. Además, el ganador de cada edición se llevaba una caja de cintas miniDV para poder seguir grabando, que era lo que todos queríamos. Yo, que apenas necesitaba una brisa para extramotivarme, decidí participar en la siguiente ronda. Me pareció que el tema propuesto estaba hecho para nosotros: superhéroes.

Aquella misma tarde, fumándome siete hectáreas de bosque marroquí con el Chino, empezamos a lanzar ideas para participar en el concurso. Era algo que solíamos hacer casi a diario sin objetivos como el de ese momento, así que estábamos más excitados de lo normal. Nos dimos cuenta de que «superhéroes» era un tema complicado, pero al menos no era: «Dinosaurios conduciendo helicópteros en la Inglaterra victoriana». Entonces recordé las lecciones de Robert Rodriguez y me centré en lo poquísimo que teníamos a nuestra disposición para grabar una historia sobre gente con superpoderes. En ese momento, vi dos elementos claros con mis ojos colorados: nuestra montaña de marihuana y a mi colega preocupado porque se nos había terminado el papel de fumar.

No necesité (casi) nada más.

La idea era hacer una pequeña historia sobre un superhéroe cannábico, alguien que velase por los fumetas que se quedan sin papelillos en el peor momento. Planteamos un corto rápido y sencillo en el que podíamos usar al hijo del Chino para interpretar al protagonista de niño y hacer un paralelismo con cómo Peter Parker consiguió sus poderes. Nuestro héroe no los consiguió por la picadura de una araña sino por comerse un trozo de hachís con dos años. Esconderíamos nuestras grandes carencias dándole una estética cómica de serie B que pareciese hecha a propósito.

Sólo nos quedaba el traje para que naciese Petaman. Por suerte, habíamos encontrado recientemente al Bala, que podía ayudarnos con el vestuario y la música. Cuando le contamos el proyecto entró de cabeza porque, como dije, era un chico que estaba deseando hacer algo que le motivase más que imprimir camisetas publicitarias para una empresa de pienso para caballos. Aprovechamos algo de ropa vieja que teníamos como un pijama del Ejército, un calzoncillo festivo

e hicimos una especie de antifaz con un jersey roto. Nuestro colega diseñó el escudo y lo serigrafió en el pecho de una camiseta de licra que le cogimos a Ana. Luego compuso una banda sonora versionando la del mítico *Batman* de los años sesenta.

Grabamos todo en un día siendo conscientes de que era una estupidez, pero nos divertimos como en un parque de atracciones y en realidad lo hacíamos para eso.

Nuestra única ilusión era subirlo y leer las reacciones del resto de los participantes. Los comentarios fueron muy positivos, conseguimos que un puñado de desconocidos se riera y la sensación que aquello me provocó fue mucho mejor que la victoria. En contra de todo pronóstico, *Petaman* fue el corto ganador de la edición.

Creo que es el premio más importante que he ganado en mi vida. Para mí no fue sólo una caja de cintas miniDV. Aquello significó muchísimo más. Lo que para algunos parecía una tontería, para mí era una lucecita en el horizonte, una inesperada demostración de que valía para algo. Que un grupo de personas con el mismo sueño que yo le diesen más valor a mi trabajo del que yo le daba, me cargó de confianza.

Al final, lo más importante que me aportaron el Chino y el Bala no fue la interpretación, ni el vestuario, ni la música de aquel pequeño corto. Fue la energía de sentir que alguien creía en mí. A diferencia del resto de mi entorno cercano en aquellos momentos, ellos me hablaban como si tuviese talento, como si valiese para hacer lo que me gustaba. A diferencia de mí, siempre tuvieron la certeza de que ganaríamos y el «te lo dije» que me soltaron cuando les anuncié nuestra victoria fue una preciosa bofetada. No tuve confianza en mis posibilidades hasta que otros no la tuvieron.

Subimos *Petaman* al recién llegado YouTube y superamos las tres mil vistas. En aquellos tiempos era un logro gigantesco para un grupo de pringados como nosotros y nos vinimos tan arriba que hicimos la secuela del superhéroe cannábico. Pero justo en el momento en que las piezas empezaban a encajar, al Chino se le acabó el año lebrijano. La persona que más podía empujarme hacia el lugar al que quería llegar se tenía que marchar y no sabía si sería capaz de seguir el camino sin él.

Sabiendo que se iba, intentamos aprovechar hasta el último momento con una despedida legendaria. Estopa daba un concierto en

un pueblo de la provincia y sabíamos que sería nuestra única posibilidad de ver en directo a uno de nuestros grupos favoritos. Compramos las entradas e hicimos un viaje de tres horas en coche hasta llegar a una cola interminable. Deberíamos haber llegado en una y media pero nos perdimos y casi pasamos la frontera de Portugal. Llevamos un paquete de tabaco cada uno cargado de porros hechos el día anterior, el traje de Petaman y un CD donde habíamos grabado el corto que pretendíamos entregar a nuestros idolatrados David y José. Los cantantes no entendieron por qué cojones un tío en mallas con antifaz le había lanzado al escenario un Verbatim virgen y aun así tuvieron el detalle de recogerlo aunque fuese para no pisarlo. Estar seguros de que no se arriesgarían a meterlo en ningún ordenador no impidió que fantaseásemos con ellos riéndose de nuestras tonterías.

Estuvimos a punto de deshidratarnos después de veinte petas y una sola cerveza, pero disfrutamos como si supiésemos que íbamos a morir al día siguiente.

Carlos se fue sin querer irse. Había sido un año clave en la vida de ambos y era duro enfrentarse a la despedida. Cuando vi cómo su coche desaparecía al final de la calle Puerto Rico, empezó a derrumbarse el muro que llevaba construyendo con esfuerzo cuatro largos años. Lo que no esperaba es que lo mejor estuviese al otro lado.

Track 37

The Winner Takes It All

ABBA

Después de la marcha del Chino, intenté volver a la rutina con la que había sido feliz antes de su llegada, pero ya no era lo mismo porque yo era diferente. En ese momento, con la guardia más baja que nunca, entró a mi vida un tío con el que no acabé precisamente bien, prefiero no escribir su nombre real. A partir de ahora me referiré a él con un nombre de animal al azar, por ejemplo... no sé, cualquiera: cucaracha. Hay que reconocer que sin Cucaracha no me hubiese atrevido a abandonar la zona de confort calentita donde estaba, el pedacito de tierra en *pause* al que me había adaptado después de tanto tiempo. Gracias a él aprendí que a veces es más útil un puñetazo en el mentón que un apretón de manos. No sé cuánto tiempo habría tardado en derrumbarse el muro si no hubiese llegado Cucaracha a dinamitarlo. Tras encontrar a los constructores que me hicieron creer que podía alcanzar mi objetivo, me topé con el destructor que me hizo empezar a andar.

Lo conocí en Internet, en algún foro audiovisual. En su descripción ponía «director de cine», aunque hasta ese momento sólo había grabado el tráiler de un cortometraje tan *amateur* como *Petaman* aunque bastante más ambicioso. Sentí que ambos estábamos empezando una búsqueda similar y pensé que podríamos hacernos más fuertes si colaborábamos uno con el otro. No fui consciente de que la ausencia del Chino me precipitó a agarrarme a cualquier clavo ardiendo que se me pusiera por delante y Cucaracha jugó muy bien sus cartas. Era unos años mayor que yo, había recibido más palos buscándose la vida en una gran ciudad y era pura ambición. Un mes más tarde lo recogí en la estación de Lebrija siendo incapaz de ver el

lobo hambriento que se escondía bajo aquella gruesa piel de cordero. Y ese no fue mi mayor fallo.

Cuando Cucaracha se instaló en mi piso, Ana y yo atravesábamos un mal momento. No es que hubiésemos dejado de querernos, simplemente la rutina había sepultado la magia del misterio y la admiración mutua. Que un extraño arruinase también nuestra intimidad fue una inyección letal para una relación moribunda.

La aparición de Cucaracha me obligó a dar volantazos desesperados que me sacaron de la carretera bien asfaltada por la que iba y me metió por incómodos caminos de tierra que resultaron ser atajos.

Por ejemplo, después de casi cuatro años sirviéndole café a los mismos clientes, dejé mi trabajo en La Estampida. Estaba harto de aquella barra, pero me daba pena saber que no volvería a empezar cada mañana en compañía de mi jefa. Cucaracha y yo conseguimos un empleo estimulante más cercano al que queríamos tener. Entramos como operadores de cámara en la televisión de Lebrija, un pequeñísimo canal con una sorprendente producción propia para lugareños muy poco exigentes. Ya sé que no suena muy espectacular, pero ¿y si digo que es el canal en el que empezó el afamado director de cine Benito Zambrano cuando sólo era un friki gordito al que apodaban el Gamba? Vale, ahora tampoco. Igualmente era mucho más excitante que ser camarero.

Era un canal privado perteneciente a un capo local que lo utilizaba para sus propios intereses, cosa que me pareció normal. También lo hacían los periódicos del pueblo, era una guerra sucia y superevidente en la que todos intentaban adoctrinar a los viejos para que ganase el partido que convenía a cada dueño. Fue muy revelador ver esa batalla desde dentro porque era inevitable pensar en cómo debe funcionar el mundo si eso sucede en un pequeño municipio perdido en la marisma. Daba miedo, aunque en esa partida de ajedrez yo era el último peón que se coloca en el tablero. A mí, la verdad, me la sudaba muchísimo el alcalde. Era un mercenario a las órdenes de un esbirro, que obedecía a otro esbirro, que cumplía los deseos de un villano que peleaba contra otros villanos. Lo único que me importaba era que por fin vivía de grabar con una cámara.

Las jornadas eran bastante variadas. Empezaba el día con dos opciones posibles: o me quedaba en el plató, donde se realizaba un

magazine matinal presentado por una Ana Rosa Quintana autóctona, con entrevistas y reportajes reciclados que se grababa a tres cámaras colocadas en trípodes para las que sólo hacía falta un operador. O salía con alguno de los periodistas que cubría noticias para el telediario sobre cosas como la semana del mosto, una exposición de candelabros fenicios o un adoquín roto por culpa del ayuntamiento. Grababa al reportero, pillaba unos recursos y a otra cosa.

Mi primera jornada empezó con una explicación breve sobre cómo debía realizar mis funciones, haciendo mucho hincapié en el balance de blancos. Luego me mandaron a grabar un reportaje sobre la lluvia que estaba cayendo con Benito Ramos, un periodista con la carrera recién acabada que también empezaba ese mismo día. Fuimos a una rotonda, el chaval pilló su micrófono y pulsé el *rec*: «Hemos amanecido con unas fortísimas precipitaciones que están creando estragos en las calles principales del pueblo. Grandes retenciones por culpa de algunas inundaciones que dificultan el tráfico, provocando olas de más de un metro».

Por mi visor controlaba que Benito estuviese enfocado y miraba la rotonda del fondo por donde estaban pasando unos pocos vehículos de manera cómoda y fluida. Justo cuando soltó lo de «olas de más de un metro» un coche pasó y provocó una ola de menos de veinte centímetros. Detuve la grabación, miré al periodista y antes de explicarle que se había pasado un huevo, él se partió de risa. En ese momento se convirtió en mi colega.

Trabajar en Lebrija Televisión era como vivir en mi serie favorita, *The Office*. Estaba llena de personajes tan disparatados que si no hubieran sido reales habría pensado que estaban mal escritos. Entre ellos estaba mi jefe, José Luis, el realizador de todo. Siempre bromeábamos con que se quedaba a dormir allí en su silla. Era un gran profesional y se tomaba muy en serio su trabajo. Trataba una noticia sobre unas pollas pintadas en la fachada de un convento como si fuera un bombardeo a una guardería. Trabajaba con una tensión absurda que a menudo pagábamos nosotros. Creo que en el fondo le hubiera gustado la acción de ser cámara, pero tenía la estatura perfecta para llevar un anillo al Monte del Destino y sus planos serían siempre contrapicados. Mis compañeros operadores, además de Cucaracha, eran Juanchus, un tío muy prudente con el que me reía mucho, y Ramos, que era el jodido Dwight Schrute. Tenía unos

cincuenta y muchos años y llevaba más tiempo en la empresa que el logotipo. Era operador de cámara pero también iluminador, sonidista y encargado del mantenimiento. Un manitas superrudo, que parecía odiarnos a todos aunque tenía un gran corazón. El típico personaje del que el público se encariñaría. Por último, debo destacar a Pedro como secundario importante de *sitcom*, tenía mi edad pero era un jerezano pijo que vestía como si tuviese tres hijos y siete caballos en un cortijo. Quería ser Manolo Lama y tenía la agilidad mental y la vocalización de alguien que se ha conseguido tragar tres lorazepam gracias a un vaso largo de absenta.

También había grandes profesionales que eran un poco como Jim y Pam. Personajes más normales que conseguían nivelar un poco la balanza de lo absurdo pero que estaban condenados a hacer bulto en las localizaciones de la serie que me imaginaba. Asimismo me resultaba muy divertido el día a día allí porque, a diferencia del bar que acababa de dejar, cada día era diferente al anterior.

A Benito le dieron el programa de agricultura, que para él fue un bajonazo. Decía que era como si después de haber estudiado la carrera de Magisterio te obligasen a impartir Religión. Sin embargo, teniendo en cuenta el público del canal, era uno de los productos estrella y terminamos sacándole bastante partido. Cogía uno de los coches y decía que iba a grabar unos reportajes por la marisma conmigo, así que nos pegábamos la mañana dando vueltas entre las parcelas con la música a tope, fumando y charlando tranquilamente. Luego, yo pillaba un par de recursos de un campo de remolachas y volvíamos. Era como fugarse del instituto pero cobrando.

Viendo el entusiasmo y buen hacer que teníamos Cucaracha y yo, nos encargaron la publicidad. La televisión se sostenía en parte gracias a empresas y tiendas del pueblo que se anunciaban con *spots* al más puro estilo PowerPoint. Fue la única ocasión en la que trabajamos juntos en algo que saliera bien. Hacíamos un buen equipo porque yo me encargaba de la parte creativa y él de la postproducción. Revolucionamos el estilo rancio de la cadena haciendo piezas espectaculares, con montajes vanguardistas y comedia sobre un taller de coches, una tienda de deportes o un bazar chino. Era como si Guy Ritchie se encargase de los reportajes sobre ferias de ganado en un programa de Juan y Medio. Llamaron mucho la atención y mientras algunos empezaban a tomarnos más en serio, otros nos veían como

una amenaza. Sin embargo, mientras yo ponía el foco en esos posibles enemigos, Cucaracha aprovechaba para colocar explosivos en mi campamento.

No teníamos el mismo horario, muchos días él llegaba a casa antes que yo. Una vez allí realizaba un lento pero constante trabajo poniendo a Ana en mi contra. Cuando yo entraba me encontraba a mi novia en posición de ataque y nos enzarzábamos en discusiones diarias mientras Cucaracha se metía en su cuarto como si aquello no tuviese nada que ver con él. Me acostaba todos los días destrozado, con una pareja que no me hablaba y sin saber de dónde cojones me estaban llegando todas esas hostias. El día que empecé a darme cuenta ya era demasiado tarde.

Cuando empecé a enfrentarme a Cucaracha, él ya había preparado el terreno. Sabía que ese momento iba a llegar e iba unos cuantos pasos por delante. De hecho, creo que me di cuenta de que me estaba apuñalando las lumbares como y cuando quiso que lo hiciera. Justo entonces se fue de mi piso a otro de alquiler y unos días más tarde también se marchó Ana. Dijo que necesitaba espacio un tiempo y esas mierdas que se dicen para ir pensando cómo dejar a tu pareja. Nunca más volvió.

En aquel momento no pensé en que fuera lo mejor para los dos. Nuestra relación llevaba muerta casi un año y me había acostumbrado al olor a podrido. Ni siquiera fui consciente de que no la echaba de menos a ella sino a mí cuando ella estaba. Entré en la típica depresión del abandonado y me refugié en el trabajo.

A Cucaracha sólo lo veía en Lebrija Televisión, hicimos pública nuestra enemistad y se crearon dos bandos. La mayoría de mis compañeros estaban conmigo, o sea, contra él, y luego había unos pocos a los que les sudaba el carajo nuestro enfrentamiento. Mi adversario se quedó solo porque no le caía bien a nadie más que a Ana en el pueblo.

Durante unas semanas seguía pensando que tenía posibilidades de recuperar a mi novia y me rompía el silencio de mi piso, debido a eso me puse a hacer horas extras gratis como un loco. Me comía el *magazine* matutino, reportajes de noticias, aburridísimos plenos del ayuntamiento, partidos de fútbol de la Unión Balompédica Lebrijana y un programa de misterio parecido a *Cuarto Milenio* al que le hice la cabecera y las cortinillas en mi tiempo libre. Sin embargo, el espacio

que me abrió los ojos del todo fue otro de los productos estrella en la cadena.

La Noche del Lobo era un *late night* político semanal salvaje en el que los debates entre partidos siempre estaban a punto de convertirse en combates de boxeo sin guantes. Al final del programa siempre había un concurso con un panel de números. El típico en que alguien llamaba, elegía uno, se le daba la vuelta a la casilla que indicaba y ganaba el premio que estuviese escondido detrás. Justo en esos días contrataron a una chica florero para que girase los recuadritos, una preciosa modelo ucraniana llamada Albina.

La chica no había cumplido veinte años y acababa de llegar al pueblo con su familia. Su padre trabajaba en alguno de los negocios del jefe de la tele y la había enchufado para echarle una mano. Era una de esas bellezas que uno sólo ve en revistas o en anuncios de perfume donde una voz con cerrado acento francés pronuncia mal un nombre español. No hablaba nada de castellano, había que entenderse con ella chapurreando inglés. Cucaracha era el único que controlaba el idioma de Shakespeare y fue el primero en acercarse a comerle la oreja. Era un tipo guapo, alto y con una sonrisa encantadora, sin embargo, le causó rechazo a Albina, que se llevaba genial con el resto de nosotros, desde el primer momento. Fue como si oliese su maldad, como si captara su aura oscura o tal vez es que era un puto pedante en cualquier idioma. Gracias a eso me di cuenta de que yo era el único que no había visto venir algo que estaba claro hasta para una extranjera de diecinueve años. Vivir en Lebrija viniendo de mi barrio era como mudarse de una peligrosa jungla a un zoológico y eso me había robado la capacidad de identificar depredadores a distancia. Esos años de paz me convirtieron en una presa domesticada que había perdido el instinto de supervivencia. Así que decidí reactivarlo.

Casi un año después de entrar a trabajar en la televisión, Juanchus me advirtió que debíamos prepararnos para la Semana Santa. Me explicó que a lo largo de esos siete días, los cámaras trabajaríamos jornadas larguísimas e intensas luchando contra la multitud que se agolpaba para ver las procesiones porque se emitía en directo veinticuatro horas. No íbamos a cobrar más por ello, por lo visto llevaban años normalizando ese abuso y daban por hecho que íbamos a tragar. A esas alturas a mí me daba igual perder el trabajo, tenía problemas mucho más importantes, así que comencé una

revolución. Primero intenté razonar con los jefes para que contratasen a más gente o nos dieran un incentivo económico que se ajustase al tiempo que íbamos a perder de vida. Después de recibir una negativa contundente, junto a Benito, fui convenciendo poco a poco al resto de los trabajadores que iban a pringar grabando estatuas durante una semana eterna. Ya veníamos de aguantar unas cuantas injusticias, por lo que muchos estuvieron a favor del plan de implosión que bauticé como «Guantazo de Judas».

Dos días antes del Domingo de Ramos nos fuimos tres de los cuatro operadores, dos periodistas y una ayudante de realización. Los dejamos sin capacidad de maniobra, fue un golpe maestro. Mi etapa televisiva terminó sintiendo que me alejaba a cámara lenta de una explosión con *La canción del pueblo,* de *Los Miserables,* sonando de fondo. Lo mejor es que dio resultado y a partir de entonces se tuvo en cuenta ese esfuerzo a la hora de cobrar. Como dije, a veces es más útil un puñetazo que un apretón de manos.

Un día después de perder mi trabajo, Cucaracha quedó conmigo para hablar. Hacía semanas que no nos dirigíamos la palabra y llegué a pensar que quería pedirme disculpas por haberme apuñalado después de darle techo, comida y trabajo. Pero no. El muy cabrón venía a darme el golpe de gracia.

Me confesó que él y Ana estaban juntos desde hacía tiempo. Debo confesar que aquella daga atravesándome el esternón me dolió menos de lo que esperaba, quizá porque a esas alturas ya había contemplado esa posibilidad previsible. El tipo venía preparado para que me pusiera violento y cuando vio que no lo hacía, se ofreció a recibir un puñetazo. Rechacé su oferta porque en ese momento, sentado a medio metro de él en unas escaleras de la calle, me di cuenta de que el único culpable de todo había sido yo. Pasó porque dejé que pasara y aunque eso no lo hizo menos doloroso, salvó a Cucaracha de que le arrancase la cabeza. Sin embargo, como pasaba con el malo al final de *Seven*, su plan debía terminar con mi agresión y pareció molestarle que no llegase. Quizá su objetivo fuera denunciarme por eso. Lo cierto es que mi inesperada tranquilidad lo desestabilizó y soltando un montón de gilipolleces a modo de sal en mi herida, dijo una frase tan importante para mí como el premio por *Petaman*: «Me da asco que tengas esa facilidad para inventar cosas de puta madre y que no hagas una mierda. Tienes un talento injusto y te odio por eso».

En ese momento, herido de muerte, me encendí un cigarro y me levanté para irme en silencio. Cucaracha había ganado una batalla importante, me había arrebatado el territorio más valioso que tenía, pero acababa de aceptar en mi cara que se sentía un perdedor. Envidiaba de mí algo a lo que yo no le daba importancia y por lo que él llevaba luchando toda la vida. Entonces recordé las palabras de Robert Rodriguez otra vez: «La gente creativa nace así. Si ustedes lo son, tienen suerte. La gente técnica no puede ser creativa. Es algo que nunca podrán tener. No se puede estudiar, encontrar o comprar. Uno nace con ello».

Sin trabajo, sin novia y sin ganas de seguir adelante me hundí en un pozo de autodestrucción silenciosa. Gasté todo el dinero que tenía en comer y fumar, al poco tiempo me cortaron Internet, luego el agua y al final la luz. Vivía a oscuras en un piso que empezaba a oler a cañería. Tenía amigos y familia cerca; sin embargo, no pensé en pedir auxilio porque en aquellos momentos no pensaba, sólo sufría y dejaba pasar el tiempo.

El día que entregué las últimas cosas de Ana a mi exjefa en La Estampida, un coche frenó a mi lado de camino a casa. El tipo raro y sudoroso que conducía no me sonaba de nada. Tenía mi edad pero aparentaba diez años más. Abrió su ventanilla, sacó la cabeza y me hizo señas para que me acercase.

—¿Eres David Sainz, el que hizo *Petaman*? —Asentí—. Tengo algo que ofrecerte.

Track 38

Redemption Song

Bob Marley

El tipo del coche y la proposición misteriosa era Antonio Domínguez, un joven y entusiasta emprendedor del pueblo, director de uno de los periódicos locales. Tenía la picardía y los pocos escrúpulos de un político y la ambición de... en fin, de un político también. Lo bueno es que además tenía motivaciones creativas y olfato para encontrar gente a la que sacar partido. Había estudiado Periodismo, acababa de terminar un ciclo de producción audiovisual y tenía un nuevo proyecto entre manos.

Le había colado al ayuntamiento un documental histórico sobre el pueblo y estaba empezando a montar el equipo para llevarlo a cabo. Me dijo que había visto en YouTube mi corto *Petaman* y había pensado en mí para dirigirlo. Pensé que no tenía sentido.

—Perdona... ¿Qué?

—Que me gustaría que tú dirigieras el documental. He conseguido nueve mil euros, no es mucho pero podemos hacer algo sencillo. Tengo ya un guionista y un...

—Lo que quiero decir es... ¿Estás seguro?

—Sí, claro. —El tío hablaba con tal convicción que me obligó a sincerarme.

—Mira, yo nunca he hecho nada.

—Bueno, has hecho *Petaman*.

—*Petaman* es una gilipollez.

—Ya lo sé. Pero... a ver, sí y no. Tiene cositas interesantes: una visión, un ritmo...

—¿En serio?

Como he dicho, Domínguez era un gran vendedor de motos. No

me sentía preparado para hacerme cargo de algo así pero me convenció. Quizá estaba desesperado por dar con alguien que dirigiese el documental para poder cobrarlo. Lo cierto es que fue el primero en confiar en mis posibilidades. No era precisamente el tío más honrado del mundo pero tenía buen olfato. Ver algo bueno en mí gracias al corto de un superhéroe para fumetas tenía bastante mérito.

Siempre me ha resultado curioso el momento en que me llegó esa propuesta. Era el minuto exacto en el que hubiese ocurrido si viviera en una película. El momento más oscuro del protagonista, cuando está tocando el fondo del pozo con la planta de los dos pies y no tiene fuerza en los muslos para volver a sacar la cabeza, es cuando debe llegar el giro hacia la luz que llevaba todo el metraje esperando.

Domínguez se propuso presentarme al único componente del equipo que estaba cerrado por entonces. Matos era un respetado dramaturgo y profesor de teatro que en ese momento estaba, como yo, en horas bajas. Entramos en su casa, era difícil moverse por ella debido al desorden, la cantidad de libros apilados y la poca luz. Tardé un par de minutos en captar que la cabeza de su dueño tenía la misma decoración que su residencia. En su despacho había tomos de historia abiertos y una página en blanco que lo tenía de los nervios. Debía escribir el guion del documental en un mes y no le parecía suficiente. Aquel cincuentón neurótico era el típico artista extravagante que sale en las *sitcom* interpretando a un director de teatro al que nada le parece lo bastante bueno. Los tres fumábamos canutos y el despacho acabó llenándose de humo y luego de risas. No tenía claro cómo saldría el proyecto pero supe que al menos sería divertido.

Por muy emocionante que resultara mi nuevo horizonte, seguía en una casa sin luz, sin agua y sin alguien a quien contarle la buena noticia. Aún quedaban un par de semanas para empezar con la preproducción y en mi situación ese tiempo equivalía a dos años, seis meses y catorce noches. Quedé con Bala y Seko esa misma tarde para tomar algo con Paco, un buen amigo que llevaba años viviendo en Granada y nos visitaba de vez en cuando. Los chicos celebraron el documental pero se preocuparon por la poca efusividad que la depresión me permitía mostrar. Me recomendaron que saliera de mi cárcel oscura para cambiar de aires y el bueno de Paco me ofreció su sofá.

Antes de volver a mi casa, el Bala me dejó echar un vistazo a mi

correo electrónico en su ordenador con Internet. Tenía un *mail* de Rubin Stein, uno de los habituales participantes de tuminuto.com. Me invitaba a una muestra de cortos que pretendía organizar en Salamanca junto a otros compañeros directores y entre los trabajos que había seleccionado estaba *Petaman*. Sin demasiadas esperanzas, porque no podía cubrir viaje ni alojamiento, se despedía diciendo que ojalá pudiese ir. Tardé menos de diez segundos en tomar la decisión. Tenía la posibilidad de conocer a un grupo de creativos que me gustaban, hablar sobre temas que no podía hablar en persona con nadie más y, como si de una señal se tratase, mi hermana llevaba unos meses viviendo allí.

Esther fue quien me ingresó el dinero necesario para poder coger un bus desde Sevilla hasta Salamanca. El plan era visitarla a ella, dormir de forma clandestina en su residencia un par de noches y asistir a mi primera muestra de cortometrajes. Desde allí viajaría a casa de Paco en Granada. Y todo con tres calzoncillos limpios.

Siempre he detestado viajar en autobús. Lo único que tuvieron todos los que tomé en común es que me dirigía a un destino al que estaba deseando llegar y eso paliaba el capítulo de serie nórdica oscura en el que se convertían los trayectos. Siempre lo hice de noche con la esperanza de poder dormirme y despertarme en la última parada, pero nunca lo conseguí. Eso hacía que mis compañeros de travesía fuesen personajes muy inquietantes de *thriller* o villanos costumbristas de cine social. Recuerdo bien aquellas madrugadas solitarias mirando negrura por la ventanilla esperando los créditos finales.

Esas semanas muertas antes de empezar el documental fueron el último empujón para saltar por el precipicio que podía hacerme aterrizar en el lugar que quería. Tenía más opciones de caer mal que de caer de pie, no obstante, estaba decidido a probar suerte. Salamanca fue el primer paso hacia el filo del acantilado.

Mi hermana me recogió en la estación y desde el primer momento me pareció otra persona. La mocosa llorona a la que tuve que aguantar quince años en Canarias se había convertido en mujer en un pestañeo. Salir del techo que nos protegió a ambos durante nuestra infancia y adolescencia, tener que enfrentarse al mundo real y beberse hasta el agua de los floreros, fueron las claves de su metamorfosis. Es muy importante el lugar donde se da ese primer paso y la compañía

con la que se hace. Salamanca era una ciudad universitaria llena de gente alternativa con Converse de colores y camisetas de rayas horizontales que escuchaban a Los Planetas en un bar tomando calimocho. Esther se había convertido en una más y estaba rodeada de estudiantes que venían de todos los puntos de España a vivir la misma transición personal que ella.

Durante un tiempo se cambiaron las tornas y fue mi hermana pequeña quien me protegió a mí de los peligros que me rodeaban como la inanición. Estaba en primero de Medicina y le iba lo tan bien como para permitirse resacas antológicas. Me presentó al resto de sus compañeros de residencia y me enseñó la ciudad. Hablamos de lo ridículo que resultaba que, con lo espectacular que era Salamanca, todo el mundo acabase buscando una puta rana en una pared. Fue una sensación rara conocer por primera vez a la persona que más conocía, el día que me fui de casa éramos muy diferentes a aquel momento y me alegró ver en lo que se había convertido. Seguía siendo mejor que yo y me seguía pareciendo justo.

La muestra de cortometrajes se hizo mi segunda noche allí, en un bar con proyector. Ya había visto la mayoría de los trabajos en la web donde los había conocido y desvirtualizarlos fue una experiencia increíble. Un puñado de directores talentosos a los que seguía desde hacía años reunidos bajo el mismo techo, hablando de cine y de hacer cine. Gente de carne y hueso con la misma pasión que yo, en la misma lucha, hizo que me encogiese y no hablase demasiado. No tenía mucho que contar y me sentía diminuto en esa reunión de titanes, así que me limité a escuchar y aprender. La mayoría tenía más años y más currículum que yo, sin embargo, me hicieron sentir uno más cuando salimos a celebrar la reunión. Rubin Stein, Jim-Box o Miguel Ángel Refoyo eran enciclopedias y yo sólo una libreta pequeña llena de apuntes desordenados.

Pero había uno que era mi debilidad y con el que no me atreví a cruzar palabra. Su nombre era Iván Sáinz-Pardo. Había visto sus cortometrajes *El sueño del caracol* y *El laberinto de Simone* docenas de veces intentando que se me pegase algo. Compartir barra de bar con él me parecía una locura, me estaba esforzando para que no notase mi fanatismo. En un momento dado nos quedamos solos y, supongo que por pura cortesía, se dirigió a mí para hacerme la pregunta que nadie me había hecho hasta entonces.

—¿Y tú qué? ¿Quieres dedicarte a esto en serio?

Tuve que esperar un par de segundos a que el corazón me bajase de la boca al pecho y perdí otro par pensando en qué contestarle. Nunca había tenido que enfrentarme a aquella cuestión que me resultaba tan gigantesca. No sabía si debía centrarme en lo que creía o en lo que deseaba. Repasé mentalmente sus palabras: «¿Quieres dedicarte a esto?». Esa primera palabra era la clave «¿Quieres?». Me tembló la voz al hablar, pero intenté parecer seguro de mi respuesta.

—Sí.

Fue la primera vez que lo dije.

La noche en la que un montón de directores pensaron que yo era uno de ellos acabó con una borrachera común, gente tambaleándose, diciendo que me parecía a Benicio del Toro y aquella microconversación con Sáinz-Pardo dando vueltas en mi cabeza.

A la mañana siguiente me despedí de mi hermana y sus colegas antes de coger el bus. Verla había sido como agarrarme al borde de una piscina en la que no hacía pie. Esther se alegró de que la noche en sus dominios hubiese cambiado mi actitud, aunque seguía preocupada por mi situación emocional y económica que le pedí que no contara nada a nuestros padres. Imagino que para ella también fue un impacto ver cómo había perdido veinte kilos en tan poco tiempo. Antes de subir al autocar le mentí diciendo que estaba bien pero ella no era tonta; a partir de ese momento me estuvo llamando a menudo y ofreciéndome su ayuda. Tuve suerte, porque era la única persona de quien la aceptaba.

Estar en menos de veinticuatro horas en Salamanca y Granada, las dos ciudades universitarias del país donde un montón de jóvenes recién salidos de las casas de sus padres empiezan a vivir deprisa y sin normas, donde el ritmo era endiablado y nunca se dormía sobrio, fue bastante terapéutico. Paco, uno de esos estudiantes que empezaban a andar solos, me recibió con los brazos abiertos. Estuve unos días en la casa que tenía con su chica de aquel momento charlando, fumando y disfrutando de su virtuosismo con la guitarra. Necesitaba aquellas horas de inactividad tanto como la desmesurada acción de Salamanca.

Mi amigo era la representación humana de la paz. Aun sin tener la sabiduría de un anciano para dar consejos, supo coserme las heridas que traía de Lebrija. Me enseñó la ciudad más hermosa y caótica que había visto mostrándome el mundo que había dejado de mirar. Sentí

que llevaba cuatro años conduciendo un coche sin ventanillas laterales por una carretera sin curvas y que acababa de darme cuenta del paisaje que me perdía. De alguna forma entendí que aquel final sólo había sido un cambio y que no me quedaba más remedio que abrazarme a él. De nuevo, como si fuera esa escena de una película en la que el protagonista enciende la televisión y justo dan una noticia que le afecta directamente, nos encontramos colgado en una farola un cartel escrito a mano de alguien que se dedicaba a hacer rastas. El cambio empezaría por mi peinado.

Quedé en un parque con una pareja de novios disfrazada de cliché hollywoodiense de fumeta universitario y apestando a riñonera de Rihanna. Me llevaron a su piso, que combinaba a la perfección con sus vestimentas. Banderas de Jamaica, pósteres de Bob Marley y cuatro mil *grinders* sucios en el salón. Pusieron a todo volumen el disco *Cosas que contarte,* de Morodo, y empezaron a trabajar. Me alegré de que las rastas no se hicieran mojándome el pelo en mierda animal hasta que la aguja de croché empezó a hacerme daño en el cuero cabelludo. En unas horas empecé a perder la resistencia al dolor, a escuchar sus constantes discusiones de pareja mariguanada y al submarino que se había creado en aquel minúsculo salón rastafari, así que les dije que sólo me hicieran la parte de atrás de la cabeza. Me quería ir de allí y además abaraté costes.

De vuelta en casa de Paco me corté la melena que quedaba donde no había rastas y así, por un arrebato depresivo y falta de resistencia, acabé teniendo las pintas con las que años después me conocería mucha gente. Me fui enamorado de Granada y del estilo de vida de mi amigo. Sin prisas ni preocupaciones, con más bares que *parkings* y más chustas que asfalto. Me planteé mudarme allí cuando acabase el documental.

Cuando llegué de nuevo a Lebrija ya tenía las piernas flexionadas para lanzarme al abismo, pero seguía dando mucho miedo no ver el fondo, aún me faltaba una última palmadita en la espalda para hacerlo. Al final, fue un derechazo de Rocky Balboa.

La primera noche larga en mi piso a oscuras después del viaje, no la pasé odiándome y apiadándome de mi mala fortuna, sino teniendo ideas de historias que pudiera grabar. Algunas han sido capítulos en alguna de las series que escribí más tarde.

Al día siguiente, en el Teatro Municipal, se iba a hacer una

muestra de cortometrajes realizados por algunos directores de la comarca y yo en aquel momento estaba ansioso por conocer a gente dedicada a lo que quería dedicarme. Fui con mi amigo Bala a disfrutar de una tarde de cine local y tal vez hacer contactos interesantes. Creo que ese visionado fue fundamental para que hoy sea quien soy. Mucho más que la clase de Robert Rodriguez, el premio por *Petaman*, la frase de Cucaracha o el documental.

Casi dos horas sentado en una butaca del teatro nos valieron para tragarnos los diez cortometrajes que me cambiaron la vida. Algunos con actores de primer nivel y un presupuesto considerable, subvencionados, con recursos, tramas complejas y profundas. Todos ellos con muchísimos nombres propios deslizándose por un fondo negro durante los créditos finales.

La proyección se me hizo eterna, aburrida y vergonzosa. Habían sido diez trabajos horribles y decepcionantes pero sobre todo reveladores. Fui consciente por primera vez de que sin presupuesto, ni actores de primer nivel, ni subvenciones, ni un miligramo de seguridad en mí mismo, yo podía hacerlo mejor.

Justo en ese preciso instante me decidí a saltar.

Track 39

Wake Up Alone

Amy Winehouse

Una tarde muy parecida a aquella, en el mismo teatro, se estrenaba nuestro documental: *Lebrija, el nacimiento de una historia*. Nervioso y fumándome un cigarro en la acera de enfrente, miraba mi nombre en los carteles colgados junto a la puerta mientras entraba la gente. Pensaba en lo que me habría gustado que mis padres y mi hermana hubiesen podido asistir a mi primer estreno. Por suerte, mi tía Casti, mi tío Jesús y unos cuantos amigos pudieron acercarse. Repasaba mentalmente los noventa minutos de metraje que estaban a punto de proyectar delante de cuatrocientas personas, deteniéndome en sus muchos puntos débiles. Estaba tan tenso que no me di cuenta de que alguien llevaba un rato a mi lado.

—Buenas tardes, señor director.

Cuando me giré y vi la sonrisa de Silvia dejé de darle vueltas a los ciento cincuenta millones de posibilidades de que algo fuese mal. Pasara lo que pasara durante la siguiente hora y media, aquel documental ya había valido la pena.

Unos cuantos meses antes empezamos a buscar localizaciones y recursos para grabar. Matos, el guionista, había conseguido condensar cientos de años de historia en un largometraje y estudiábamos la mejor manera de llevarlo a la pantalla en el piso que Domínguez había alquilado a modo de oficina y que a esas alturas ya era un vertedero. Allí me duchaba cada mañana antes de empezar a trabajar. Fue emocionante comenzar a profesionalizar procesos que llevaba una vida improvisando en solitario.

Se incorporó al proyecto una productora que Domínguez había conocido estudiando. Se llamaba Silvia y trabajaba con una diligencia

que evidenciaba las carencias de su compañero. Se encargó del calendario de rodaje y la planificación mientras yo asentía todo el rato como si supiera lo que estaba pasando. Decidimos grabarlo todo con un presentador y así, gracias a un micro de corbata, ahorrarnos al técnico de sonido. Era una chapuza que en aquel momento me pareció superprofesional.

El presentador era Carmelo, un actor con vozarrón y talento. Un tipo simpático que a veces se comportaba como si le hubiese arrebatado un Óscar a Jack Nicholson, aunque sólo hubiera hecho dos obras de teatro sin repercusión y un corto. Me vi obligado a disimular lo que impresionaba su actitud para que me respetase.

Lo grabé todo con mi Panasonic, que a esas alturas ya manejaba como si la hubiese diseñado. Éramos un equipo pequeño y muy rápido. Los productores y el actor, que tenían bastante más experiencia, pensaban que aquello tenía pinta de acabar siendo un desastre. Yo, que estaba ante el proyecto más importante y profesional de mi vida, sentía que todo iba sobre ruedas. Para ellos no se podía hacer nada bueno con tan pocos recursos. Para mí, era increíble tener algún recurso por primera vez.

Pasaba todo el día con Matos y Silvia, así que fue inevitable que nos hiciéramos íntimos. Él era un artista caótico que conseguía provocar carcajadas cuando más las necesitábamos. Ella, una profesional muy lejos de mi alcance que sin embargo fue acercándose poco a poco a lo largo del proceso. Curiosamente mi cabeza no se permitió hacerse ilusiones hasta que no existieron posibilidades. Pensaba que después de la contundente bofetada emocional de la que todavía andaba recuperándome me costaría más volver a emocionarme con alguien. Interesarle a una chica así era como marcarle un gol a la selección alemana de 1974.

El último día de rodaje, prácticamente el último plano, Silvia me tranquilizó diciendo que aun sin ver un solo bruto, estaba segura de que el documental iba a salir bien. Que lo sabía sólo por verme trabajar. Sepp Maier estaba mal colocado.

Aquella misma noche, con todo grabado, lo celebramos en un concierto que daba en el pueblo La Selva Sur. La primera fase de mi primer proyecto de verdad estaba hecha y en un momento dado, supongo que gracias al alcohol, la felicidad eclipsó al miedo.

La fiesta terminó y se había hecho tarde para que la productora

condujese una hora hasta su casa en Sevilla, por lo que se quedó en el piso-oficina en el que trabajábamos y donde yo había estado durmiendo durante todo el rodaje. Nos quedamos los dos solos hablando durante horas en las que intentaba averiguar si aquello era flirteo o no.

Silvia era una mujer elegante, inteligente y muy madura. Me gustaba mucho y me asustaba que ella se diera cuenta de que no estaba a su altura. Embobado, la escuchaba hablar de cómo funcionaban los rodajes de verdad hasta que aquella *masterclass* privada se detuvo con un beso. A pesar de terminar siendo bastante compatibles, volvió a darme la sensación de estar viviendo una ficción que un espectador cualquiera criticaría por lo poco creíble que le resultaba que alguien como yo terminase con ella. Aquella noche fue una secuencia perfecta.

A la mañana siguiente mi estado anímico y sentimental había concluido su actualización. La nueva versión tenía una estúpida y delatora sonrisa. No había rastro de pasado en mis circuitos, sólo contemplaba presente y futuro.

Pocos días después salí de la ducha en el piso-oficina y me encontré en el salón a un chaval que no había visto antes. Estaba agobiado, montando un ordenador como podía sobre una de nuestras mesas-papelera. Aquel muchacho pálido, tímido y unos años más joven que yo era Javi Lería. Domínguez ya me había hablado de él. Desde el principio estuvo empeñado en contratarlo como postproductor, por lo visto era una leyenda. El Mozart del After Effects. Me contó que había sido un alumno tan brillante que terminó impartiéndole clase a sus profesores. A mí en ese momento me pareció un niño asustado que se estaba arrepintiendo de haberse metido en nuestro marrón.

Me senté a su lado mientras se encendía el PC pensando en que llevábamos compartiendo salón veinte minutos y aún no sabía cómo sonaba su voz. Cuando vi que su fondo de escritorio era un cartel de la serie *Héroes* aproveché para sacar tema de conversación. Le dije que la estaba viendo también e hice algún comentario sobre el último capítulo. Sentí que se relajó como si le hubiesen apartado el cañón de una pistola que le apuntaba a la nuca. Seguía teniendo el trapecio más tenso que una gárgola pero era evidente que estaba deseando soltarse. Supe que Domínguez no le caía demasiado bien y que se alegró de que

yo no fuera tan gilipollas como pensó que era cuando me vio llegar de la ducha. Hablamos un rato de series mientras descargaba los brutos en su equipo y me recomendó una que estaba viendo en ese momento: *Dexter*.

No me hizo falta demasiado tiempo para darme cuenta de que todas las lindezas que se decían del chico eran verdad. Aquel jovencito que parecía mezclar con cuidado un *cosplay* de Powder con uno del cantante de Green Day podía convertir un proyecto de cinco en uno de diez haciéndolo pasar por sus manos. Era un hechicero. Un genio con cara de no haber dormido bien desde tercero de Primaria. No pude evitar pensar en todas las posibilidades que tendría trabajar con alguien así. Cómo potenciaría mis movidas al pasarlas por las pantallas de aquel chaval. Llevaba demasiado tiempo haciéndolo todo con las limitaciones que eso conllevaba y gracias a Javi fui consciente de lo importante que era un equipo en el que cada uno se encargase de una parcela. Si me hubiesen puesto a un postproductor cualquiera sólo hubiera pensado en el ahorro de tiempo. Pero es que me habían puesto al lado a Diego Armando Maradona.

Con el paso de los días fuimos haciéndonos amigos. Empezamos a reírnos juntos y me alegró que aquel androide tuviese un sentido del humor tan compatible con el mío. Hablamos de lo que nos gustaría hacer y me confesó que estaba harto de montar cosas que no le gustaban. Fantaseamos con hacer algo juntos y tuve que disimular el entusiasmo, extrañadísimo cuando las mariposas que me habían hecho cosquillas dentro del pecho todas las veces que me enamoré apareciesen de repente, multiplicadas y enfarlopadas chocando contra mi estómago, mi esternón y mi corazón. Entonces entendí que mi amor verdadero no era humano. Me acordé de Pepe, del Chino, de Buster y del Bala como compinches de sueños audiovisuales habilidosos y motivados como el Robin de *Batman* y los comparé con Javi, que era Bruce Wayne inventando *gadgets* para salvar Gotham. En esta alegoría yo sería Gotham, por si no quedaba claro.

Lo mejor de todo es que aun cayéndonos bien y haciéndonos amigos rápidamente, nos vimos ambos como la oportunidad de hacer algo que nos gustase.

Cuando terminamos la postproducción y vimos el resultado, tuvimos sentimientos encontrados. Visualmente era mucho mejor de lo que ninguno esperaba, pero el sonido era una patada en la oreja. La

chapuza del micro de corbata nos había salido cara. Por suerte, Domínguez era un tío de recursos. Y cuando digo recursos me refiero a contactos y capacidad innata para enmarronar a gente.

José Luis, al que todos llamaban Selu, era un técnico de sonido muy bueno en su trabajo. Para mí, los sonidistas se dividen en dos grupos. Por un lado están los psicópatas enamorados de ese ingrato trabajo que decidieron, sin ser coaccionados, estudiar para dedicarse a ello y por otro lado los seres humanos normales. Por fortuna, para nosotros él era del primer grupo y solucionó los problemas que teníamos maldiciéndonos constante y merecidamente.

Cuando aparecieron los créditos finales en la enorme pantalla del Teatro Municipal, el público rompió a aplaudir. Domínguez, que era consciente de mis inseguridades, me miró con su típica cara de «te lo dije» y me mareó pensar que aquella ovación era en parte para mí. Lo había conseguido. Quizá no con la historia que me hubiese gustado contar, sin embargo, había cumplido el sueño del niño que nunca pensó llevarse un aplauso.

Aquel fue el punto de giro definitivo, el principio del clímax y la aparición de algunos de los personajes clave como Domínguez, Javi Lería, Selu o Dexter Morgan.

Track 40

À quai

Yann Tiersen

Cuando terminé de hacer mis maletas y miré mi piso de Puerto Rico, número cinco, por última vez, no pude evitar ponerme melancólico. Estaba emocionado con mi nueva aventura pero había vivido mucho entre esas paredes. Bajo ese techo había sido feliz y desgraciado, pero sobre todo había crecido y aprendido las lecciones más importantes. Cerré por última vez la puerta metálica y entregué las llaves a mis caseros de cuatrocientos años que, a pesar de estar molestos por el corte de luz y agua, me desearon suerte. El coche de Domínguez me esperaba en la puerta con el motor en marcha. Me fui sin haberme despedido de todas las personas a las que hubiera querido abrazar una vez más. Nos fuimos a Sevilla sin tener demasiado claro que sería sólo un viaje de ida.

Silvia me había hablado de un curso gratuito de realización al que ella misma había asistido el año anterior. Al contármelo me pareció justo lo que necesitaba para poder empezar a considerarme un profesional. Era un año intensivo en el que un grupo de profesionales del medio en activo impartía Guion, Realización, Fotografía, Iluminación y Sonido. Me ilusionaba poder estudiar de verdad las asignaturas que llevaba toda mi vida aprendiendo por mi cuenta y hacerlo junto a chavales con las mismas inquietudes que yo. La única pega que tenía, según me dijo, es que no era fácil entrar. Había que hacer un par de exámenes tras inscribirse y un consejo de admisión decidiría a quién aceptar.

Domínguez había conseguido un piso carísimo de tres habitaciones en el centro de la ciudad, en la calle Radio Sevilla, junto al río y la estación de autobuses. El casero nos recibió en la puerta el

primer día y ya de lejos se podía adivinar que su tono de móvil era el *Cara al sol*. Estaba claro que mi peinado y mi tono de piel iban a causarle rechazo, pero mi compañero, por mucho polo caro y gafas de pasta que llevase, también tenía rasgos exóticos, en su caso, más norteafricanos. Por suerte, también contaba con la lengua de un político que cae bien mientras roba y la capacidad de convencer a un esquimal de comprarse una nevera, así que terminó metiéndose al viejo en el bolsillo. Cuando estaba casi convencido, me miró con gesto de querer tirarme a una cuneta.

—¿Y tú de qué país eres? —Así, sin preliminares ni nada.

—De aquí. O sea... soy canario.

Me hizo gracia notar cómo aquello lo tranquilizaba. Como si un español no fuese más capaz de quemarle la casa que cualquier extranjero. Supuse que no lo tranquilizaría la nacionalidad caribeña de mi madre, pero siempre podía usar a mi favor la carta de mi padre contra gente que echaba de menos un pasado más gris.

—Mi padre es sevillano, pero el Ejército lo destinó allí de joven.

Cuando escuchó la palabra «ejército» se le dilató el esfínter y confió en mi educación marcial. Así que terminó aceptándonos como inquilinos en su piso de novecientos pavos al mes. Había pasado de pasarlo mal para llegar a pagar ciento cincuenta en Lebrija a tener que pagar trescientos por una habitación sin sueldo con el que hacerlo. Calculé que podría mantenerme dos meses con lo que había ganado gracias al documental y pensé que sería suficiente hasta saber si me admitían en el curso. De ser así, el David del futuro tendría que pensar cómo solucionar el resto de su estancia allí. El del presente necesitaba encontrar un tercer compañero para sobrevivir hasta entonces.

Mi primer *casting* fue buscando un salvaje lo suficientemente civilizado como para compartir vivienda con dos refinados fabricantes de basura como nosotros. Vinieron numerosos extraños con pinta de asesinarnos durante la noche y terminamos quedándonos con el que menos miedo nos daba. Jun era un austriaco recién convertido al Islam que iba a estar un año estudiando en la ciudad. Un tipo amable y simpático que se fue volviendo conflictivo y desconfiado con el paso de los meses.

Me presenté a los exámenes de acceso más tenso que un testigo falso de la mafia. Se hacía en un imponente edificio donde se encontraba la Confederación de Empresarios de Andalucía y que

estaba lleno de gente vestida como para asistir a un bautizo. Llegué casi una hora antes por los nervios y la mala costumbre de llegar tarde. Poco a poco la puerta se fue llenando de chavales que optaban a lo mismo que yo y me asustó que fuesen tantos como para invadir Mónaco.

Una vez dentro, en un salón donde se podría jugar un partido de fútbol profesional, nos sentamos en mesas larguísimas con un bolígrafo y las nalgas tensas. Había una parte de cultura general, otra audiovisual y otra para medir nuestro nivel de inglés. Los trozos en castellano me resultaron sencillos, el otro una putada a traición.

Salí de allí sin saber qué había hecho. No conocía a nadie para preguntarle qué había contestado a las preguntas que tenía menos claras. Dejando atrás cientos de personas con las mismas dudas, volví a mi piso seguro de que no lo había hecho mal aunque tampoco bien. Mi estancia en la ciudad no tendría sentido si no me admitían. Pero en aquellos momentos ese curso era mucho más que una excusa para vivir en la misma población que mi novia. Era todo lo que había deseado siempre, aun cuando ni siquiera sabía lo que quería. No me quedaba otra que tener fe.

Las semanas que tardaron en colgar la lista de los admitidos pasaron a cámara lenta. Sobrevivía con muy pocas motivaciones: descargarme y ver en mi habitación capítulos de *Lost*, *Dexter* o *Prison Break*; pasar tiempo con Silvia, que resultó ser la heredera de una gran fortuna hispalense y vivir en una mansión de tamaño absurdo junto a la de un gran directivo de Coca-Cola, y obsesionarme con los resultados de la prueba de acceso.

Cuando pasó la primera semana empecé con una rutina que paliara un poco mi ansiedad. Me levantaba temprano, me tomaba un café y caminaba escuchando música en mis auriculares los tres kilómetros que separaban mi piso del edificio donde me había examinado. Supongo que podía haberlo comprobado en Internet, aunque después de hacer el camino tres veces lo convertí en una superstición. Llegaba y miraba el panel donde publicarían la lista de aceptados. Cada día que entraba y no estaban las listas me sentía como un condenado a muerte que veía pasar un guardia para traerle un almuerzo insípido. Me tranquilizaba sin quitarme el miedo.

El día que las publicaron fue otro más de esos. Después de cuarenta minutos andando sin esperanzas de que estuviesen, vi de

lejos nuevos papeles colgados en el tablón. Las pulsaciones se me pusieron como si acabase de subir en bici una montaña perseguido por el Miguel Induráin de los noventa. Recuerdo que en mi MP3 sonaba una canción optimista de Yann Tiersen, haciendo aún más cinematográfico aquel momento. Busqué mi nombre y lo encontré entre los cuarenta que habían puesto. Lo celebré contenido, como quien no quiere herir los sentimientos de un rival al que acaba de ganarle el título mundial. Volví a buscar mi nombre usando el dedo índice. Luego otra vez más. No me lo creía. Volví a leerlo. Estaba dentro, lo había conseguido. Lo leí por última vez y caminé a casa como lo hacen los personajes alegres: sonriendo y casi bailando. Porque mi vida acababa de pasar de una película de suspense a un puto musical de Disney.

El único problema es que tuve que volver a tirar del comodín de mi familia. Sabía que se alegrarían de que retomara los estudios y que estarían dispuestos a hacerme ese camino más fácil, pero me daba tanta vergüenza volver a pedirles dinero que les mentí diciéndoles que con trescientos al mes sería suficiente. Con eso podía pagarme sólo el techo, ninguna otra necesidad básica. El David del futuro había llegado al presente.

Track 41

Psycho Killer

James Hall

El primer día llegué con media hora de antelación al curso de Realización, cargado con mi mochila, una libreta y un par de bolígrafos. Me había puesto mis mejores prendas que me hacían parecer el típico vagabundo al que un *influencer* le paga un cambio de *look* para conseguir *likes*, pero que ni bien vestido deja de parecer un sintecho. Encendí un cigarrillo apoyado en la barandilla de la entrada al edificio y esperé a que la puerta se abriera, mientras disimulaba con la postura que me temblaban las piernas.

El resto de mis compañeros fueron llegando. Es muy curiosa esa sensación de ver por primera vez a un grupo de desconocidos que sabes que terminarán siendo superfamiliares cuando el curso acabe. Hacía muchos años que no vivía algo como eso y no esperaba echarlo de menos hasta ese momento. El primero fue un muchacho sonriente, rollizo, con gafas y el pelo en capa. Luego llegó una chica rubia con pinta de animadora de un equipo de baloncesto universitario y detrás de ella un tipo con perilla, cabeza afeitada y tan vestido de rapero que parecía disfrazado. Fue uno de esos momentos en los que pensé ser el protagonista de un *Show de Truman*. Y siempre que pensaba en eso me inquietaba imaginar cómo se realizarían los momentos en los que me masturbaba. ¿Enfocarían una cortina y dejarían el sonido? ¿Si era de madrugada dejarían todo a la vista? ¿Estaría codificado para quien no pague suscripción Premium? Me preocupaba que fuera un canal de pago porque había mucha paja.

Cinco minutos antes de la hora de entrada había llegado un buen grupo de compañeros. Me tranquilizó que parecieran buena gente y estuviesen tan nerviosos como yo. Era más viejo que la mayoría y eso

me relajó hasta que escuché un silbido a lo lejos. Levanté la cabeza y me jodió ver llegar a los dos últimos alumnos porque tenían pinta de capullos problemáticos. El primero era bajito, rubio y parecía que lo patrocinaba una tienda surfera a pesar de tener el mar a cien kilómetros. El otro era moreno y un poco más alto que yo, aunque caminaba con la torpeza de medir dos metros quince. Peinado al estilo *mullet*, con un *piercing* raro en la boca y vestido como un *hippie* que se ha intentado colar en la discoteca Scorpia. Ambos llevaban gafas de sol que parecían haber robado en 1995 y venían fumándose un par de canutos. Esa pareja de guaperas vestidos con todos los colores que puede captar el ojo humano a la vez, actuaban con tanta chulería y seguridad que me pusieron alerta. Instintivamente los vi como enemigos fuertes a los que sería difícil enfrentarse por superioridad numérica.

Dentro del aula pude tener una mejor visión de todos los que compartirían año conmigo. Me dio mucha rabia que si no hubiese sido por ese dúo de quinquis, habría tenido posibilidades de ser popular en clase. Sólo había un tío mayor que yo, se llamaba Raúl y tenía pinta de haber desayunado un yogur de setas alucinógenas usando como cucharilla un tripi. Tenía la mirada de haber sobrevivido a un bombardeo.

Ovidio era nuestro tutor, un chico joven y de traje con nombre de señor de ochenta años jugando al dominó en una tasca. Se notaba que era su primer trabajo y estaba tan nervioso como todos nosotros. Nos dio la bienvenida, repartió los horarios e hizo esos típicos juegos de presentación que cuando tienes ya una edad dan un poco de vergüenza.

Tras dos horas de actividades para conocernos, salí al descanso de media hora sin saberme un solo nombre. Tenía dos euros en el bolsillo. De hecho, eran mis últimos dos euros, y decidí invertirlos en un cortado para ver la cafetería. Había llegado derrapando en lo económico a ese primer día de clases. Sólo me quedaba media cajetilla de tabaco y llevaba más de un mes sin poder comprar nada para aliñarlo.

En la barra estaba el chaval bajito de la pareja de malotes fluorescentes. Tenía un fuerte acento gaditano y vi cómo contaba céntimos dorados en la palma de la mano mientras pedía mi café. Me di cuenta de que el duende surfero no tenía dinero suficiente cuando

lo escuché preguntar con todas las zetas posibles:

—Zeñorita, ¿cuánto zale un café zolo con un zobrezito de azúcah?

—Un euro.

El chaval puso una mueca de disgusto y volvió a guardarse la calderilla en el bolsillo de su bañador de secano. Al girarse para salir a la calle lo detuve.

—Espera. —Miré a la camarera—. Perdone, póngame otro café solo.

No sé muy bien qué extraña fuerza me llevó a hacer algo así, a gastar mi último euro en un tío que me había causado rechazo desde el minuto uno. Puede que fuese por esa ley de la cárcel de hacerte amigo del más chungo o tal vez el instinto de saber que era mi única opción de fumarme un canuto con el cortado. Fuera lo que fuese, ese café terminó siendo una inversión importante y acertada.

Salimos y me presentó a su amigo, el alto del *mullet*. Se llamaban Tomás y Antonio. Me invitaron a un porro y pasamos veinte minutos charlando y riéndonos. Fue una sensación rarísima. Era como si los productores de mi *Show de Truman* hubiesen encontrado a las dos personas que más encajasen conmigo después de un maratoniano *casting* y me las hubieran puesto delante. Cuando acabó el descanso entramos a clase juntos y ya no nos volvimos a separar. Aquel dúo de capullos se convirtió en un trío.

Por muy bien que me llevase con mis compañeros, para mí la oportunidad de poder aprender lo que más me gustaba era un regalo que no podía desaprovechar. Nunca fui tan aplicado, ni saqué mejores notas que en aquel ciclo. Si a algún fan loco de Harry Potter le hubiera llegado por sorpresa una lechuza a casa con una carta para estudiar hechicería en Hogwarts, sería sólo la mitad de feliz de lo que yo lo era en ese momento.

Después de un tiempo creamos una pandilla que funcionaba dentro y fuera de clase. Antonio, Tomás, Marta y Javi, el Hurón, un muchacho de Carmona, se habían convertido en mi grupo de colegas perfecto. Hubiese visto una serie juvenil protagonizada por nosotros. O una *sitcom*. O un *slasher* en el que sólo muere el malo.

Antonio y Tomás compartían piso en el Tardón con tres gatos y, sin tener ni idea de lo chunga que era mi situación, me invitaban cada tarde que no quedaba con Silvia a comer allí. No es que tuviesen

mucho dinero, tenían justo para tabaco, litros y papas con chocos. Mientras Antonio cocinaba como una madre, el otro me obligaba a tomar cerveza para que me gustara. Eran tardes de guitarra, humo blanco y charlas de cine o series. Los domingos, Tomás volvía de Cádiz con los filetes empanados de su madre, que sabían a lo que debe saber la primera comida caliente de un náufrago cuando lo rescata un crucero, a lo que comen los dioses cuando celebran algo.

Cuando podía, Silvia me invitaba a escapadas románticas que a menudo duraban un fin de semana completo. Con ella también iba todo sobre ruedas y nuestra relación parecía ponerse cada vez más seria. Fueron meses mágicos que viví con un miedo constante a que terminaran. Porque había vivido lo suficiente para saber que tarde o temprano pasaría.

Track 42

Karma Police

Radiohead

Con el tiempo, Antonio, Tomás y yo compartimos una bonita tradición de domingo noche. Comprábamos unos cuantos litros de cerveza, nos sentábamos alrededor de los filetes empanados gaditanos dominicales y veíamos un capítulo de la serie *Entourage*. De alguna forma nos gustaba fantasear con vernos en el pellejo de esa pandilla de colegas viviendo el sueño hollywoodiense, con problemas primermundistas, rodeado de lujos y codeándose con famosos. Soñábamos con eso sabiendo que teníamos la posibilidad de cenar esa noche sólo porque la madre de Tomás nos había aportado un valioso táper de comida. Cuando acababa el episodio, fumándonos el postre, volvíamos a meter los pies en el fango de siempre y aceptábamos que nos conformaríamos con poder vivir del audiovisual. Aunque fuera mal y sólo nos diera para otro litro más.

Meses después de haber empezado las clases, Silvia se fue a estudiar fuera del país durante un año. A partir de entonces, mis días se dividieron entre tres localizaciones principales. La escuela por la mañana, la casa de los chicos por la tarde y mi dormitorio por la noche. En ese periplo aprendí a beber cerveza. Me hizo falta mucha práctica. Pasé de no entender cómo la gente podía disfrutar de una bebida tan amarga a que un día, de repente, como si algo se activase de sopetón, me gustara. El maldito Tomás consiguió su objetivo, condenándome a ser uno más de ellos.

Más o menos esa época en la que pasaba más tiempo con mis compañeros que solo, aquel chico mayor que yo de clase que desayunaba psicotrópicos, abandonó el curso. Llevaba mucho tiempo sin pasarse, así que no notamos su ausencia hasta que llegó su

sustituto. Verlo por primera vez nos heló la sangre a todos, como si estuviésemos siendo testigos de un incendio en nuestra casa. Tenía la cabeza rapada, el rostro de haberse peleado durante cinco años en una cárcel búlgara y un *piercing* plateado que le atravesaba la parte alta del tabique nasal a la altura de sus ojos color celeste infierno antártico. Era como si Juan José Ballesta se hubiese caído siendo un bebé en una marmita de anís y tabaco negro. Cuando se presentó en clase su voz sonaba como si una leona lo hubiese amamantado con *whisky* escocés barato.

—Me llamo Carlos Medrano y soy de Sevilla.

Los chicos y yo nos miramos en silencio pensando: «Esta caja antropomórfica de ketamina con un cadáver metido en su maletero nos va a traer problemas».

En el descanso de ese día nuestro grupo fue al parque cercano al que íbamos siempre para fumarnos la merienda al sol. Casi no nos había dado tiempo a comentar la jugada cuando vimos al chico nuevo acercarse a nosotros con sonrisa de asesino en serie y andando como si llevase un arma escondida en la entrepierna.

—¿Qué pasa, chavales? ¿Me dais unas caladitas?

El maldito Carliche tenía más calle que todos los traperos que cantan que la tienen. Sabía a quién acercarse desde su primer vistazo en clase. Nos hizo falta dos minutos para comprobar que era un tipo gracioso y que formaría parte de nosotros. Nunca más tuvimos que invitarle a nada porque siempre llevaba bastante más dinero que ninguno. Tenía talento y le gustaba la fotografía, pero era indomable, peligroso y dulce como un maldito tejón de la miel. Ese día, compartiendo canuto en el banquito de un parque, nos juntamos por primera vez los cuatro de Los Banderilleros.

Nuestras clases empezaron a ser más prácticas cuando entró en acción el profesor de Iluminación y Cámara. Pasábamos mucho tiempo en el plató haciendo pruebas y no se me pasaba el entusiasmo por ver cómo mis juegos adolescentes se habían convertido en asignaturas. Aquel coqueteo con la acción consiguió darnos hambre de rodaje. Teníamos muchas ganas de hacer algo juntos y se nos ocurrió grabar un cortometraje libre, sin que nadie nos lo pidiera, con cualquiera de los compañeros de clase que se quisieran unir. Así surgió *Sweet Stockholm*, una historia de secuestros muy sencilla que haríamos con mi cámara y muchos filtros rojos.

Necesitábamos sólo una actriz y decidimos hacer un *casting*. Pegamos algunos carteles en las escuelas de actores sevillanas y la Facultad de Comunicación. En el salón de mi piso montamos un set que nos diera un aspecto profesional cuando vinieran todas las candidatas al papel protagonista. Pusimos la mesa de comedor en posición de despacho y sobre ella colocamos papeles que no contenían nada, un portátil que ya no funcionaba y un teléfono fijo sin línea. Habilitamos en el recibidor de la entrada una pequeña sala de espera y preparamos fichas con números para hacer luego una lista de todas las actrices con su fotografía numerada. Creo que hicimos treinta fichas, aunque estábamos preparados para seguir haciendo más si hacía falta.

Se presentaron a la prueba un total de... una chica. Le dimos la ficha con el número dieciséis para que pensara que había tenido competencia y por suerte lo hizo muy bien, porque el papel ya era suyo antes de abrir la boca por pura falta de opciones. Ese día nos dimos cuenta de que las cosas que no podíamos controlar no serían tan fáciles.

La grabación fue sencilla y se animó prácticamente el resto de la clase. Se conformó un equipo bastante numeroso. Tanto que muchos no tenían nada que hacer y terminaron estorbando un poco. La escena más compleja de todas era un secuestro a plena luz del día en una parada de autobús solitaria cerca de nuestra escuela. La protagonista estaba sentada en ella, pasaba un coche con dos encapuchados y uno la metía a la fuerza en el asiento trasero. Debía ser rápida porque no teníamos permisos.

José Ramón era un amigo de Antonio que conducía como el *stuntman* que necesitaba la secuencia. Nos pusimos con la cámara en la acera de enfrente y cantamos «acción». El coche llegó y paró con un derrape perfecto en la marca pero mientras se daba el forcejeo con la actriz, un taxista pasó y se quedó impactado con lo que estaba viendo. No se dio cuenta de que estábamos grabando, por lo cual salió huyendo a toda velocidad. José Ramón y Antonio se montaron de nuevo en el coche y lo siguieron para explicarle lo que estábamos haciendo, pero el tipo no se detenía. Dos kilómetros de persecución más tarde se dieron cuenta de que iban gritándole que parara y haciendo agresivas señales con el pasamontañas puesto, logrando sin querer que fuese mucho más terrorífica la escena para el testigo.

Al rato llegaron un par de policías y les contamos lo sucedido. Les dijimos que era una práctica de clase y nos tranquilizó verlos partidos de risa. Por lo visto, el pobre taxista había llamado muerto de miedo. Tuvimos suerte de que no nos registrasen porque entre todos llevábamos hachís para hundir una narcolancha y nos gustó saber que al menos la escena había quedado realista.

Pensé que para dejarlo bien rematado debía volver a contactar a Javi Lería. Fui a su casa con Antonio para presentarlos porque esperaba que antes o después formasen parte del mismo equipo que yo. Por desgracia, el talante serio de uno y la escasa capacidad para socializar del otro hicieron que no se soportaran de primeras.

El postproductor estaba incómodo con mi invitado, al que yo también prejuzgué por sus pintas de pandillero buscando un estilo propio.

—¿Por qué coño has traído a ese tío raro a mi casa? —me preguntó en un momento en que Antonio fue a su baño.

Por otro lado, el invitado se había dado cuenta de la incomodidad que provocaba en el anfitrión y eso lo puso nervioso.

—El chavalito será un máquina, pero es tela de raro —me dijo volviendo a casa.

Ambos estaban deseando despedirse y no volver a verse jamás, tuve que convencerlos por separado de que hicieran un esfuerzo. Estaba seguro de que terminarían cayéndose bien. Les expliqué el efecto Paula Falcón y por suerte (para ellos) me hicieron caso.

Javi hizo su magia y conseguimos un cortometraje más que digno. No tuvo recorrido aunque sirvió para comprobar que trabajábamos bien juntos, cumplió su función.

Aquellas navidades no volví a Canarias, inventé una excusa para que mis padres no tuvieran que pagarme un billete de avión. Ya me sentía bastante culpable por sacarles trescientos euros mensuales y pedirle a mi hermana que me recargara el móvil cada dos por tres. Fueron unas fiestas agridulces porque, aunque estaba viviendo una etapa feliz en Sevilla, era inevitable echar de menos a mi familia. Celebré la Nochebuena en casa de mis abuelos lebrijanos y de paso me reencontré con mis primos y amigos. Pero estaba atravesando un reseteo vital y las horas muertas en el pueblo me sabían a paso atrás, por lo que terminé volviendo a mi piso para pasar Nochevieja tranquilo.

Mis compañeros estaban fuera de la ciudad y durante más de una semana sería el único inquilino con licencia para pasarme un videojuego individual en la consola común, ocupando el sofá completo en calzoncillos. No era la premisa de una comedia navideña pero era un plan bastante decente. Ya me había resignado a pasar Año Nuevo solo. Sin uvas ni un abrazo festivo después de las campanadas. Nunca me molestó la soledad, pero resulta el doble de silenciosa en esas fechas.

Le confesé mi plan del 31 a Antonio disfrazándolo de disfrute pero no me creyó. La última tarde del año apareció en mi piso con solomillo en salsa, canapés variados, gambas, cava y uvas. Un buen surtido que había pillado en casa de su madre. Decidió acompañarme aquella noche en vez de cenar con su familia, compartimos un festín inesperado y por un despiste cannábico tuvimos que comernos las uvas canarias. Aquel gesto de Antonio me recordó al de Pepe sacrificando su primer día de universidad para despedirse de mí ocho años antes y me sentí jodidamente afortunado por saber que contaba con un amigo de verdad tan lejos de casa.

Track 43

Banana Pancakes

Jack Johnson

En la recta final del curso, Ovidio, el tutor, me dijo que quería hablar conmigo sobre algo importante y me llevó a un lugar apartado para hacerlo en privado. Por el camino me fijé en su evidente desgaste físico y no pude evitar comparar al tipo delgado, con el traje arrugado y la cara llena de erupciones con el lozano muchacho impoluto que nos presentó el primer día. El mismo ciclo que a mí me había dado la vida a él se la estaba quitando. Llegamos a un rincón solitario y se giró hacia mí con cara de preocupación, el segundo y medio que tardó en abrir la boca lo dediqué a repasar lo que había hecho los últimos días para llevarme la bronca que pensé que me iba a llevar.

—David, tengo que pedirte un favor. —Su tono sonaba desesperado—. Sé que eres el líder de la clase y que tus compañeros te respetan. Necesito que consigas convencerlos de que no descuiden su asistencia a clase.

Sabía que me lo decía porque si un alumno faltaba un máximo de jornadas concretas era expulsado del curso y eso le repercutía a él como tutor. El tío estaba disfrazando de preocupación por los chavales la inquietud por salvar su propio culo, pero eso me daba bastante igual. Lo que más me llamó la atención de su mensaje fue el principio, lo de que yo era el líder de la clase. Y me impactó porque tenía razón. No me había parado a pensar en ello hasta que no se lo escuché y me hizo gracia recordarme en EGB. Aquel niño invisible, mudo y olvidable había cambiado mucho.

Para terminar el ciclo había que hacer un cortometraje en grupo como práctica final. Nos dividieron y nos mezclaron con algunos alumnos de la clase de postproducción para crear un equipo de ocho.

Tuve suerte, porque en el mío cayeron mi compinche Antonio y Paula, una brillante postproductora tan similar a nosotros que daba miedo. Se unió a nuestra pandilla de cine, birras y porros de una forma tan armónica que parecía que estaba destinada a ello. Tras un breve *brainstorming* en común, elegimos la idea que había propuesto yo. *Infection*, un *thriller* claustrofóbico y sencillo con nombre en inglés porque aún no se me había curado la gilipollez del todo.

Teníamos que hacer todo el proceso en poco más de una semana. Empezamos por el *casting*. Tras la desastrosa experiencia anterior nos alegró que se presentaran seis actores. Al final, elegimos a Amanda Mora y Antonio Carrere, que un poco más adelante interpretarían a la hermana del Zurdo y el padre del Negro en *Malviviendo*. Ese mismo día compramos en un chino un mono de trabajo para él y sangre artificial. Tuvimos las necesidades de producción cubiertas en menos de veinticuatro horas.

Queda feo decirlo pero el nuestro fue el mejor de los trabajos. No sólo por el buen ambiente durante la grabación y el montaje, también por las decisiones que hicieron el proceso más sencillo que el del resto. A diferencia de los demás, nosotros sólo tuvimos una localización: el edificio imponente, moderno y fotogénico en el que estudiábamos. Se decía una sola frase porque éramos conscientes de nuestras carencias en el sonido. De ese modo, sin hacer un producto brillante, conseguimos tener menos fallos que nuestros competidores gracias a saber aprovechar los pocos recursos a nuestra disposición y ser conscientes de nuestras limitaciones.

Estábamos tan orgullosos que lo presentamos a la sexta edición del festival de cortos de Dos Hermanas unos cuantos meses más tarde. Recuerdo que al ver proyectados todos los que competían, fuimos conscientes de que nos habíamos flipado. Nos enfrentábamos a trabajos que tenían miles de euros de presupuesto con ejércitos de técnicos en los créditos. En uno de ellos salía hasta Antonio Dechent. Aun así esperamos a la entrega de galardones porque éramos tan ingenuos que fantaseamos con poder hacernos con el premio de la gente que se centra en la historia, el del público.

No ganamos nada. Apreté los puños cuando el presentador abría el sobre que contenía el resultado del voto de los espectadores, como si fuese un jedi.

—El premio del público es para... *La historia del primo David*.

Bueno, no fuimos a ganar. Para nosotros haber sido seleccionados en un festival era más que suficiente y nos pareció una bonita experiencia. Así que volveríamos a casa y empezaríamos a soñar con algún otro imposible que se nos ocurriese. Estábamos a punto de levantarnos de nuestra butaca como los aficionados de un equipo de fútbol derrotado que abandonan el estadio cinco minutos antes del pitido final para no pillar atascos y entonces la vi por primera vez.

La productora del corto ganador subió al escenario con una energía hipnótica a dar las gracias a su equipo con una soltura envidiable. Me pareció guapísima y carismática, sin embargo, lo que más me llamó la atención fue la sabiduría que transmitía. Tenía la sensación de estar ante una productora de primera división. Mi amigo Antonio ya estaba en la puerta del teatro con el porro de la derrota hecho y no entendía lo que me mantenía allí congelado. Eran aquellas dichosas mariposas una vez más.

A la salida vi que nuestra compañera Andrea saludaba a la productora ganadora y charlaba con ella como si la conociera. Pensé que tal vez, gracias a ese inesperado salvoconducto, podría tener algún contacto con aquella chica que me había revoloteado el pecho. Cuando me quedé solo con mi amiga le pregunté sin acordarme de disimular:

—¿Conocías a esa chavala?

—Sí, es mi amiga Teresa, del Erasmus. ¿Por?

—Por nada. —En mi cara se podía leer perfectamente el motivo.

—¿Te la presento?

—No... no. Pero dime cómo se apellida para buscarla en Tuenti.

—Teresa Segura Roca.

En aquel momento no sabía si me atrevería a mandarle una solicitud de amistad. No sabía si me aceptaría o si llegaría a hablarle. Es curioso recordar esto hoy, después de llevar diez años siendo su socio, más de catorce siendo su novio, dos siendo el padre de su hija Julia y un DVD de *La historia del primo David* en mi estantería.

Mucho antes de asistir a ese festival, las clases terminaron y me despedí por última vez de un montón de compañeros que no volví a cruzarme. Durante aquel año me di cuenta de que tenía más conocimientos de los que pensaba pero me vino genial poder ordenarlos y darle el nombre correcto a conceptos que usaba sin saber en realidad qué eran, como hacía Phoebe Buffay con los acordes de

guitarra. Terminé con una calificación sobresaliente que no tardé en enseñar a mis padres para que comprobasen que sus trescientos euros mensuales habían merecido la pena.

Una vez escuché a Alejandro Amenábar decir en una entrevista que le hicieron cuando promocionaba su primera película que, para él, lo más valioso de estudiar en la facultad fue conocer a sus compañeros. Yo tenía unos dieciséis años cuando vi aquel reportaje y me emocioné pensando en la suerte que había tenido el director de *Tesis*.

Y ahí estaba, casi diez años más tarde, acordándome de aquellas palabras y sabiendo que lo más importante de aquel curso había sido encontrar a Antonio, a Tomás y a Carlos, al que por cierto habían expulsado del curso por acumulación de faltas de asistencia unas semanas antes de acabarlo.

Track 44

Uprising

Muse

Hacía semanas que habíamos terminado de estudiar y sobrevivíamos a duras penas gracias a una empresa de trabajo temporal con la que no ganábamos lo suficiente. Tomás se había ido a pasar el verano a Chiclana y Antonio se había quedado conmigo en Sevilla. Llevábamos tiempo a punto de rendirnos y volver a casa. El ciclo había estado bien pero ninguno de los muchos currículums que habíamos entregado nos había llevado al trabajo audiovisual que esperábamos. De hecho, yo tenía comprado un billete de avión a Canarias y él se deprimía vaticinando que no volvería. Le insistí varias veces para que viniera conmigo a desconectar, pero se negaba porque lo consideraba un gasto inútil de un dinero que no tenía.

Aquella madrugada del verano de 2008, Carliche nos había invitado a echar unas cervezas en un piso. No sabíamos de quién era y, aunque él juraba que un colega se lo había prestado, teníamos la sospecha poderosa de que se había colado y lo estaba okupando. Estábamos acostumbrados a que consiguiese de todo sin explicar cómo y nosotros, que nos beneficiábamos de ello, tampoco preguntábamos. Ese día nos había surtido de las cervezas y el polen que no nos podíamos permitir y charlamos sobre lo difícil que se había puesto todo de repente. En un momento dado, el anfitrión recibió una llamada de teléfono, se puso algo nervioso y salió a la calle diciéndonos que esperásemos allí, que volvería en unos minutos.

Antonio y yo nos quedamos solos y empezamos a inspeccionar aquel salón que no le pegaba nada a nadie que pudiese soportar a Carliche. Estaba demasiado limpio, ordenado y decorado con muy buen gusto. En un momento dado nos acercamos a un gigantesco

mapamundi de dos metros de ancho que había colgado en la pared. Llevábamos horas bebiendo y ya estábamos bastante borrachos.

—Voy a dar vueltas sobre mí mismo con los ojos cerrados y el sitio que toque va a ser mi próximo destino. —Todo esto vocalizando regular, claro.

Lo hice y mi índice tocó agua. Océano Índico, cerca de Tailandia. Luego lo hizo él. Dio unas cuantas vueltas caóticas cubriéndose los ojos y puso su dedo en el mapa. Cuando se quitó la mano de la cara, vio mi gesto de alucine antes de comprobar lo que había tocado. De dos metros cuadrados de mapamundi había señalado Gran Canaria. Sólo hay que conocer dos minutos a Antonio para saber que no tiene la habilidad física para realizar ese movimiento adrede y mucho menos con el pedo que llevábamos. Fue una casualidad que nos puso los pelos de punta y que el alcohol convirtió en magia.

—Es una señal —le dije—. Tienes que venir.

Unos meses antes de ese momento, Domínguez estaba echando al austriaco de casa con una excusa malísima y una interpretación horrible que sin embargo el chico aceptó. La convivencia con él se había convertido en un infierno y mis prolongadas ausencias habían hecho que el lebrijano se hartase. Lo sustituyó Lete, un gaditano que había sido su compañero de clase. Un chico sanísimo que sólo comía guisantes, superdivertido, amable, limpio y legal. De verdad, era un cacho de pan que no nos merecíamos. Él fue quien nos hizo ver que estábamos en un piso muy por encima de nuestras posibilidades y que no nos hacía falta un salón del tamaño de un campo de fútbol sala. Poco después nos mudamos los tres a un cuarto piso sin ascensor en una callejuela de Triana. El número trece de Justino Matute, que yo conseguía reconocer borracho gracias al grafiti de un trébol de cuatro hojas que habían pintado en un garaje cerca de mi portal.

Me alegró el cambio porque vivía bastante más cerca de la casa de Antonio y Tomás, pero justo en ese momento su casera se enteró de que convivían con tres gatos y los echó. Pillaron un bajo en la Macarena, cinco veces más lejos de mí de lo que estaban antes de que me mudara.

Durante aquellos días marrones nos veíamos en las pocas jornadas que la empresa de trabajo temporal nos conseguía. Haciendo inventarios eternos durante la madrugada o descargando camiones. Sacábamos el dinero justo para pagar el alquiler, el resto de las horas

nos las pegábamos sin movernos demasiado para no gastar más energía de la necesaria. Estaba tan jodido de dinero que fumaba de las colillas que me encontraba tiradas en la calle mientras pensaba en hacerme aparcacoches ilegal.

Cuando llegaba a mi piso mis compañeros ya dormían. Domínguez dejaba las sobras de su cena en la cocina. Siempre eran fritangas empapadas en aceite de girasol como croquetas o albóndigas y cada noche le sobraban dos o tres. Con el tiempo me di cuenta de que me las dejaba a propósito ahorrándome la humillación de un «por favor» o un «gracias». Su madre le hacía una compra semanal idéntica con la que llenaba la nevera los lunes. Siempre eran exactamente los mismos alimentos. Un paquete de chorizo, uno de salchichón, uno de queso, un paquete de arroz, cuatro cajas de congelados y un par de latas de berberechos. Me dijo una vez que odiaba los berberechos, así que yo me los comía sin siquiera preguntarle. Podría haberle dicho a su madre que dejara de comprarlos, pero no lo hizo. No me he vuelto a comer uno desde entonces. Creo que casi un año a base de ellos es lo máximo que puede consumir un ser humano de mi estatura.

Más o menos en esa época, Silvia y yo lo dejamos por teléfono. Aún seguía estudiando en el extranjero y la relación se había enfriado hasta dejar de existir. Ella, que siempre fue la más madura de los dos, tomó la decisión con miles de motivos para hacerlo y de la manera correcta. Pero para mí, que había dejado de cuidar lo nuestro por pura falta de interés, fue un balazo en el estómago. Imagino que se sumó al resto de las penurias que me tenían semihundido, y caí en mi segunda gran depresión. Después de mucho tiempo encerrado en mi cuarto escuchando música triste para gente que no debería escucharla, me trasladé al bajo de Tomás y Antonio.

Una de las últimas noches antes de irnos juntos a Canarias, Antonio y yo estábamos viendo *Entourage* en su casa. Lo hacíamos con el volumen a tope porque la única ventana de su cocina-baño-salón daba a una mezquita donde estaban celebrando el ramadán. Estábamos tirados en el sofá pensando en si bebernos el kétchup de la nevera, que era el único alimento a nuestra disposición. No habíamos ingerido nada desde el mollete con aceite que compartimos para desayunar. Nos moríamos de hambre y por algún motivo recuerdo aquella vez más dura que las anteriores. Entonces el imán de la mezquita, que se parecía mucho al tío Phil de *El príncipe de Bel-Air*, se

asomó por nuestra ventana y supongo que le dio pena vernos semimuertos.

—Eh, chicos. ¿Queréis un poco de sopa de ramadán?

Estuvimos a un milímetro de convertirnos al Islam como agradecimiento. Nos llenaron dos cuencos que Antonio llevó y sentimos que nos habían salvado la vida con aquel caldo que nos supo a gloria. Era como si el mundo nos estuviese dando otra pequeña tregua en plan: «venga, aguantad sólo un poco más».

Justo en ese momento, en el capítulo de *Entourage* que estábamos viendo, el personaje de Vincent Chase acababa de estrenar su película *Aquaman*, donde interpretaba al protagonista. Esperaba nervioso en su mansión a que alguien le informase de cómo había funcionado en taquilla y entonces recibía un mensaje de su agente Ari Gold que decía: «Hemos superado a *Spiderman*».

Track 45

I'm Yours

Jason Mraz

Llevaba casi dos años sin ir a Canarias cuando bajé del avión con Antonio. La vez anterior también fue en plena depresión posruptura y me vino genial tirar de terapia creativa realizando un corto independiente sobre mafia rusa con Pepe, Mario y colegas suyos que también fueron míos después de aquel día. Se llamaba *Nyet Kazakievo* y quedé bastante contento con él. No sólo me sirvió para despejarme allí grabándolo, también para hacer migas con Javi Lería a mi vuelta, porque estuvimos montándolo en casa de sus padres. Ese fue uno de los dos acontecimientos que me rellenaron la seguridad que había perdido tras la ruptura con Ana.

El otro fue uno de los mejores atracos que he protagonizado. Como víctima, claro. Volviendo a casa de grabar, a sólo dos calles de la puerta de mis padres, un quinqui que estaba evidentemente enganchado a drogas duras se me puso delante con un cuchillo pequeño de los que se usan para comer. Me dijo que le diera el dinero que llevase, así que me metí la mano en el bolsillo y saqué todas las monedas que tenía. Unos tres euros. No era la primera vez que me robaban y sabía que debía mantener la calma en esas situaciones, colaborar y esquivar problemas mayores. Pero esa noche fue diferente porque me pilló con algo que estaba dispuesto a proteger con mi vida. Rezaba para que no se diese cuenta pero cuando contó mi calderilla, le pareció poco premio.

—¿Qué llevas en la mochila?

Ahí estaba el momento que no quería que llegase. Llevaba mi querida Panasonic colgando a mi espalda, mi bien más preciado. Mi cuerpo se tensó como el tablón que sostuvo el peso de Rose pero no de

Jack y el tipo se dio cuenta.

—Dame la mochila, venga.

—No te voy a dar la mochila. —Escucharme a mí mismo decir eso en voz alta me hizo sentir bastante Chuck Norris.

—Como no me la des ahora mism...

Antes de decir la sílaba «mo», le solté un puñetazo con todas mis fuerzas directo a la cara. Había pegado muy pocos golpes en mi vida y puedo asegurar que ninguno tan contundente como aquel. El tío debía pesar casi veinte kilos menos que yo y lo pillé relajado, por sorpresa. Vi cómo chocaba contra el suelo a toda velocidad como un *masilla* cualquiera. Me quedé unos segundos allí parado, no se levantó más. Sé que estaba vivo porque se quejaba del golpe como una anciana de la artrosis y se cubría la cara temiendo que siguiese con la paliza. Le di una patada al cuchillo para mandarlo lo más lejos posible y me fui a mi casa.

No me di cuenta de que me hice daño en la mano hasta que terminé de cenar, justo cuando recordé que podía haber recuperado mis tres euros. «Que se compre ibuprofeno», pensé. Sigo estando muy en contra de la violencia pero pocas cosas en la vida me han sentado mejor que dar esa hostia.

Además, si me hubiera quitado la cámara, este libro acabaría justo aquí.

Dos años después, estaba en casa de mis padres de nuevo con el corazón roto y el bolsillo vacío. Sin embargo, en un refugio seguro. Aquellas mañanas en las que mi madre me preparaba desayunos que parecían la última voluntad de un condenado a muerte, cuando a Antonio aún le quedaba una hora de roncar como un oso con sinusitis en la cama, me di cuenta de algo que sólo se me hizo visible después de casi una década a dos mil kilómetros de mi familia. Llevaba toda la vida buscando una novia de película, una chica de Jersey con la que compartir café para llevar en un otoñal Central Park paseando un labrador blanco sin correa, y había fracasado siempre. Sin embargo, el ejemplo más claro de la relación que me hacía idealizar el amor no estaba en las comedias románticas de los domingos por la tarde, sino en mi casa. Mis padres llevaban formando parte de mi paisaje diario tanto tiempo que no los veía, y en ese momento, cuando sólo nos cruzábamos un mes al año, los contemplé desde fuera por primera vez. Ellos eran la pareja en la que quería fijarme, el ejemplo del amor más

real y menos cinematográfico. Habían conseguido que ni algunas dificultades económicas, ni una hija que necesitaba que su moño estuviese justo en el centro de la cabeza y sus zapatos atados con la fuerza de Hulk, ni un hijo enfermo que terminó siendo un rebelde idiota los separase. No soltarse las manos en el momento en que la vida empujaba a cada uno en dirección contraria los unió como el cemento. Veía cómo mi ella seguía riéndose con las tonterías que soltaba mi él y cómo él la miraba embobado a ella después de tantos años. Y supe que era eso lo que debía encontrar. Algo tan simple y tan difícil como una persona a la que querer en momentos complicados. A la que le sigan haciendo gracia mis tonterías cuando nos jubilemos y que no me canse de verla reír.

Aquel verano coincidimos allí también con nuestra colega Paula, de postproducción, y vivimos unas semanas insulares de relax y continuo *brainstorming*. Repasábamos ideas tontas que habíamos tenido a lo largo del año, buscando algo que poder grabar por el puro placer de hacerlo.

Pasábamos mucho tiempo en mi viejo barrio, una localización que sin duda nos inspiró a la hora de pensar el contexto que queríamos retratar. A veces se unían a esas tormentas de ideas mis amigos Pepe o el Chino, contando anécdotas propias o inventando historias basadas en leyendas típicas de nuestro vecindario. Poco a poco fuimos completando un monstruo de Frankenstein a base de pequeñas escenas que nos hacían gracia y podían compartir el mismo universo. El nuestro.

Justo esos días, Antonio y yo estábamos obsesionados mirando en Internet los resultados de un concurso que había organizado NOTODO junto al grupo musical Lori Meyers en el que habíamos participado. Grabamos un mes antes del viaje un videoclip para su canción *Alta fidelidad*, protagonizado por el propio Antonio tocando el bajo desenchufado en las vías de un tren y Angy, una actriz gaditana que conducía a toda velocidad con los ojos vendados. Gracias a Javi, que se encargó del montaje, el croma de la chica conduciendo había quedado perfecto y nos veíamos con posibilidades.

Nuestro trabajo fue uno de los tres finalistas entre un montón de participantes y cada día refrescábamos cuarenta veces la página para ver si habían anunciado al ganador. Nos pegábamos horas mirando las interacciones que nuestro vídeo recibía del público. Muchísimos

comentarios a favor, algunos en contra y peleas entre defensores y detractores. Nunca habíamos tenido algo colgado con tanta repercusión y nos pareció curioso el impacto que se podía conseguir subiendo un vídeo a una cuenta de YouTube cualquiera. Nos dimos cuenta de que con un buen trabajo y un poco de suerte se podía llamar la atención de muchos y decidimos que subiríamos el capítulo que teníamos previsto grabar para que la gente que lo encontrase pudiera disfrutarlo.

Antes de volver a Sevilla, conseguí un micro y grabamos una secuencia en el patio *d'atrás* de mi barrio con el Chino de protagonista. Me resultaba poético empezar la historia que queríamos grabar sobre una pandilla de chavales en un ambiente marginal en la calle donde crecí, con mi muso titular.

¡Acción!

El Chino se acerca a la ventanilla del coche de mi madre, que nos había prestado aquellos días y, sin que se vea el conductor, suelta:

—¿Paja o culo? Paja veinte, culo cien. Pero el tuyo, claro.

Ese fue el primer plano de *Malviviendo*. Antes siquiera de saber que sería una serie y que tendría ese nombre. Sin ser conscientes de lo lejos que llegaría esa gamberrada mal grabada con un micrófono de karaoke junto al barranco donde me fumé mi primer peta. Con mis amigos de infancia como público aguantándose la risa.

Volvimos a Sevilla sin contarle a mis padres nada sobre las necesidades económicas que estábamos pasando, habiendo quedado segundos en el concurso de los Lori Meyers y con pena de lo rápido que se nos había pasado el periplo insular. Sin embargo, lo hacíamos con un proyecto que nos motivaba. Por fin teníamos claro un horizonte al que queríamos llegar, fuese útil o no.

Lo único que nos hacía felices era crear historias y si teníamos que seguir haciendo inventarios y descargando camiones para conseguirlo, lo haríamos.

Track 46

Our House

Crosby, Stills, Nash & Young

Escribí el guion del primer capítulo en dos días. Tenía todas las ideas apuntadas en una libretita que llevamos a Las Palmas y rellené los huecos con recursos que me venían mágicamente a la cabeza. Lo hice teniendo en cuenta todas las lecciones aprendidas y pensando en conseguir el capítulo que a nosotros nos gustaría haber disfrutado como espectadores. Historias que nos sacaran carcajadas con el estilo que más disfrutábamos.

La idea era hacerlo largo, de más de quince minutos, como el episodio de una serie de verdad. Nunca me había enfrentado a un guion donde cupiese tanto, así que tiré de ideas que llevaban años conmigo. Pequeñas escenas que pensé en mi piso lebrijano cuando no tenía luz, planos que inventé con Pepe de niños cuando nos era imposible hacerlos, personajes inspirados en los monstruos a los que servía en La Estampida y anécdotas vividas a lo largo de mi vida. Decidí que era el momento de apostarlo todo.

Con la historia ya en papel, empecé a buscar el equipo adecuado. Como fan de las películas de superación deportiva donde hay una secuencia musical en la que forman un equipo buscando personajes uno a uno, sabía que Antonio y yo no podríamos llegar solos a la final. Necesitábamos un productor que nos ayudase a conseguir recursos, un postproductor que mejorase nuestra grabación, un sonidista y algunos actores.

Le enseñé a Domínguez el guion del proyecto y entró de cabeza. Me tranquilizó porque, en realidad, su mayor talento era el olfato. Ese cabrón sabía desenterrar una trufa de un barrizal y no se manchaba las manos si no veía la posibilidad de lavárselas luego con champán.

En aquel primer capítulo no lo tuvo difícil, apenas necesitábamos nada más de lo que teníamos porque estaba escrito para poder hacerlo rápido y fácil.

Luego fui con Antonio a casa de Javi Lería. Llevábamos años haciendo pequeñas gilipolleces juntos y aun así eran las piezas que más le motivaba hacer. En aquellos tiempos trabajaba haciendo montajes rarísimos para un artista y editando bodas, cualquier chorrada con pistolas que le llevaba eran un soplo de aire fresco para su ordenador. Cuando le contamos nuestro proyecto, ninguno de los tres pensábamos que fuese a llegar demasiado lejos, y sin embargo estábamos deseando hacerlo. Por fortuna teníamos eso en común, el amor incondicional por ese trabajo. Pero no se quedó ahí, nos llevó a su habitación y encendió su equipo para enseñarnos algo en lo que había estado trabajando gracias a una videocámara que se había comprado hacía poco.

Entró en una carpeta y abrió un archivo de vídeo. Empezó a reproducirse la cabecera de *Dexter* y nos hicieron falta por lo menos diez segundos para darnos cuenta de que el protagonista no era Michael C. Hall sino un tío de Javi. Estaba versionando plano a plano la intro de la serie con un nivel de parecido alucinante. Cuando sólo llevábamos quince segundos de vídeo le di a la barra espaciadora para pausarlo y todos nos miramos pensando en lo mismo. La cabecera de nuestro capítulo sería una versión de la primera serie que mi amigo postproductor me recomendó.

Estuvimos discutiendo si hacer o no un *casting*, en aquel momento pensamos que no encontraríamos actores dispuestos a perder el tiempo con un capítulo que no tenía pinta de llegar a ninguna parte. Así que escribí el guion basando los personajes en nosotros mismos. El Negro estaba adaptado a mí y a mi forma de hablar, el Zurdo a Antonio y el Postilla a Carliche. Además, había un secundario importante y lo escribí pensando en una persona en concreto.

Mi amigo Buster llevaba ya un par de años estudiando Comunicación Audiovisual en la Facultad de Sevilla. No nos veíamos mucho pero estábamos siempre en contacto y sabía que él también estaba deseando grabar algo con nosotros. Lo llamé y le ofrecí el personaje de Mateo. Cuando quedamos para hablar, vi que estaba mucho mejor de lo que esperaba porque la última vez que lo vi ya tenía cara de vivir en la calle tapándose con un cartón, pero su vida

universitaria le había pasado oportunamente por encima. Tenía el pelo largo y había perdido muchos kilos. Era perfecto para interpretar a un yonqui.

En unas pocas semanas lo teníamos todo preparado. Sólo nos faltaba un pequeño empujoncito moral y económico que nos terminó dando Rafael, el padre de Antonio. Le pagó cuarenta euros de gasolina a su hijo y se fiaba tan poco de él, que no se los entregó en efectivo sino que se subió a su coche, lo acompañó a la gasolinera y repostó.

Mi colega ni siquiera vio los billetes pero cuando tuvo el depósito del coche casi lleno me llamó:

—Mi viejo me ha metido cuarenta pavos de gasolina. Es el momento.

Grabamos rápido y sin apenas secuencias de sonido directo. Sabía que ese era nuestro punto débil, y buscando la manera de disimularlo, decidí utilizar una voz en *off* casi constante. Aprovechamos todas las localizaciones pintorescas que estaban a menos de veinte pasos de nuestros pisos. Vivir en dos de los barrios más baratos de la ciudad tenía sus ventajas estéticas.

De noche currábamos en lo que la empresa de trabajo temporal nos conseguía y de día grabábamos lo que podíamos. Tomás tenía un puesto fijo en un *parking* durante esos días y no pudo estar con nosotros todo lo que le hubiese gustado, aun así lo vimos más que a Carliche. Se había echado una novia que también podría haber interpretado al Mateo, y quedar con él para grabarlo fue sin duda lo que más costó de aquel primer episodio. Sabíamos que sería el más conflictivo pero no podíamos desaprovechar su físico de sicario soviético retirado.

Ya cuando pasó por las manos de Javi nos emocionamos. Se parecía muchísimo a lo que siempre habíamos querido hacer. No obstante, tras grabar la voz en *off*, las secuencias grabadas con sonido directo nos daban urticaria y ahí sí, Domínguez tiró de agenda.

Selu, el sonidista que ya nos había salvado el documental, volvió a recibir un trabajo mal grabado para solucionarlo. Nuestro productor consiguió que lo hiciera sabiendo que no iba a cobrar ni un céntimo y el chico lo hizo por su amigo pero también porque le gustó lo que vio. Hizo un milagro. Tal vez si se escucha hoy el resultado no resulta tan evidente, pero puedo asegurar que lo que había antes era tan chungo que a Selu deberían haberlo canonizado aquella misma tarde.

Cuando el técnico de sonido nos lo entregó con su típica cara de haber realizado un sacrificio enorme por nosotros, nos dijo algo clave en lo que no habíamos pensado.

—Chicos, he arreglado el sonido como he podido porque era un puto desastre y he agregado algunos efectos que creo que están guapos, pero quedarían mejor integrados si me pasáis la música que va a llevar.

Mierda, la música. No habíamos pensado en eso.

Antonio me habló de su amigo Mario García. Era un productor musical jovencito que se había montado un estudio en su casa y que por lo visto era muy bueno haciendo bases para rapear encima. Vivía en El Coronil, un pequeño pueblo de la campiña.

Domínguez, Antonio y yo fuimos con el capítulo terminado y le preguntamos si podía dejarnos algunas instrumentales de las suyas. Antes de aceptar, Mario se puso el episodio y fue la primera vez que vimos la reacción de un espectador totalmente externo. Cuando llevaba cinco minutos ya se había reído diez veces, así que aceptó.

Rebuscamos entre sus archivos alguno que pudiera cuadrarle a cada escena y tuvimos mucha suerte. Mario acababa de sacar un disco y tenía mucho material. Una de esas bases fue la más representativa de la serie: *Mi madre me dijo a mí.* Añadirle aquellas bases fue como bañarlo de oro, y un mojón bañado en oro se convierte en una joya con forma de mojón. Mientras veíamos cómo cuadraban aquellos ritmos con la imagen y mi voz en *off*, nos mirábamos entre nosotros entusiasmados. De repente, lo que ya nos resultaba un buen trabajo se convirtió en un producto que parecía de verdad. Nunca había tenido esa sensación, ni siquiera con el documental. Saber cómo se había grabado cada plano, ver subrayados los fallos que había intentado esconder, hacía que viese mis cosas como una mentira.

Cuando vi el capítulo completo por primera vez, con la música puesta, el color corregido y el sonido arreglado, volvieron las mariposas.

Track 47

Mi madre me dijo a mí

D'Lujo

Recuerdo una conversación concreta mientras nos dirigíamos al piso de la Macarena con el capítulo acabado metido en un *pendrive*. Estábamos muy emocionados y soltamos al aire una pregunta para hacer una porra interna: ¿cuántas visualizaciones tendrá el episodio cuando lleve subido una semana?

—Dos mil —dijo Javi.

—Dos mil quinientas —soltó Tomás, como el típico concursante tramposo de *El precio justo*.

—Cinco mil —dije yo. Sabía que era demasiado optimista pero después de las buenas experiencias con *Petaman* y el videoclip del concurso, me permití serlo.

—Vaya flipado —contestó el postproductor.

—Diez mil —sentenció Antonio.

Todos nos reímos, aunque él no tenía cara de haberlo dicho para hacernos gracia. Intentamos no herirlo demasiado mientras le explicábamos por qué su apuesta era una gilipollez imposible como querer cabalgar sobre un unicornio por Saturno. En los albores de YouTube ya la apuesta de Javi era excesivamente optimista.

La idea principal era subir el capítulo para incluir el enlace en nuestros currículums. Asumimos que la razón principal de que nadie nos hubiese llamado era la poca experiencia audiovisual que había en ellos y que ninguna productora se arriesgaría a darle la oportunidad a un experimentado camarero capaz de hacer inventarios. No teníamos dinero para comprar un cartucho de DVD vírgenes, por lo que pensamos que un capítulo que demostrase nuestra capacidad haciendo el trabajo que nos gustaba a un solo clic de ratón, podría ser

suficiente. No esperábamos que nos contratasen como equipo, pero quizá sí de forma independiente: sólo al guionista o sólo al postproductor. Aun así, debo confesar que enseñar nuestro trabajo al mundo era otra de nuestras motivaciones.

Llegamos a casa de los chicos dispuestos a subir el episodio con el wifi que a duras penas conseguíamos robarle a algún vecino que no sabía ponerle contraseña, pero cuando abrimos la puerta un fuerte olor nos golpeó el tabique. Apestaba tan fuerte a cloaca que parecía que las Tortugas Ninja habían estado registrando el apartamento. Tomás, que por su estatura tenía la cabeza más pegada al suelo y supongo que recibía aquel hedor con más intensidad, fue directo al núcleo del problema.

Apartó el mueble sobre el que estaba la televisión y dejó a la vista una arqueta que tenían en medio del salón. Al parecer, todos los bajantes del edificio terminaban allí, justo debajo de nuestros pies. Era un acceso para anfibios mutantes y caca proveniente de diez pisos de vecinos. Se había creado un charco a su alrededor que empezaba a mojar los bajos del sofá. En un momento dado, nunca entendí muy bien el motivo, levantaron la tapa de alcantarilla para ver qué estaba sucediendo y mis ojos fueron testigos de algo que sigue apareciendo en mis pesadillas. Una masa marrón y cuadrada, adaptada al hueco por el que salía como la plastilina en los moldes de Playskool, empezó a salir como un monstruo que escapaba del inframundo. Asustados, volvieron a dejar caer la tapa para impedir la fuga de esa anaconda fecal y redecoraron las paredes blancas de la casa con irregulares lunares color café (y cigarro). En ese momento, como si la criatura se hubiese enojado por haber impedido su huida, buscó otros accesos y el váter, el fregadero, el lavabo y el bidé empezaron a rebosar esquirlas de inmundicia ajena.

La catástrofe fétida no nos disuadió de subir el capítulo. Mientras mirábamos la barrita que indicaba el porcentaje que quedaba para hacerse público, achicábamos aquel desastre con fregonas y una fuerte fatiga. Una vez estuvo en YouTube, se lo dije a los chavales y lo celebramos como un gol pero con las narices tapadas y sobre un charco canelo. Se sabe que desde el siglo XVI se le desea suerte a los artistas justo antes de salir al escenario con la expresión «mucha mierda» y supongo que con nosotros funcionó, porque el día de nuestro estreno nos llegaba a los tobillos.

Veinticuatro horas después de que el episodio estuviese *online*, habíamos superado las diez mil visitas. No sabíamos cómo había pasado, sólo lo compartimos con amigos en Tuenti o en nuestros estados de Messenger. Lo habíamos incluido en currículums que evidentemente nadie había abierto todavía, aunque alguien de nuestro entorno lo había hecho posible sin decirnos nada.

Jorge Lería, el hermano mayor de Javi, era quien más controlaba las mareas de Internet en aquel momento. Se había hecho un nombre gracias a un blog especializado en series, música y frikadas en el que escribía: noseke.net. La mañana siguiente a la subida del capítulo, decidió no ir a clase y se metió en la biblioteca de su facultad con el portátil. Empezó a enviar el enlace a más de ciento cincuenta blogs populares, páginas de humor y de noticias y foros en los que le sonaba haber leído algo sobre *Qué vida más triste* o *Cálico Electrónico*. Sabía dónde enviarlo, hizo un trabajo impecable de *spam* selectivo en espacios correctos. Muchas de esas webs empezaron a compartir el piloto y los que lo veían, lo volvían a compartir. La bola de nieve iba creciendo a nuestras espaldas sin saber que había sido Jorge quien la había empujado ladera abajo.

Esa misma madrugada Tomás, Antonio y yo teníamos trabajo gracias a la ETT. Debíamos descargar un gigantesco camión lleno de muebles pesados y meterlos en un nuevo hotel del centro de Sevilla. El pijo que supervisaba nuestro trabajo nos dijo que no podíamos arrastrar la mercancía porque, a pesar de que casi todo lo que cargábamos tenía ruedas, acababan de encerar el piso del *hall* que atravesábamos. Fue una sensación extraña porque la recepción de la serie había superado nuestras mejores expectativas y, después de pegarnos un día creyéndonos exitosos, reventarnos la espalda metiendo en un lugar que nunca podríamos pagar sofás caros en los que jamás nos sentaríamos, fue una buena bofetada de realidad para los tres.

Después de tres horas ininterrumpidas trabajando de mula por un sueldo irrisorio, nos alegró ver el tráiler vacío de mobiliario que transportar. Estábamos hechos polvo pero habíamos conseguido terminar la tarea, o eso pensábamos. El camionero cerró la puerta del vehículo y se marchó, entonces vimos justo detrás otro igual. Debíamos repetir el trabajo que acabábamos de concluir. Eso no fue una bofetada, fue una patada voladora de realidad que no supimos

encajar. Miré a mis compañeros y les recordé cuánto íbamos a cobrar. Supongo que todos teníamos en la cabeza la breve sensación de felicidad que nos habían aportado las visualizaciones del día que aún no había terminado y nos llenamos de fuerza para abandonar aquello. Nos echaron de la empresa de trabajo temporal y, a pesar de eso, me reconfortaba pensar que el tipo de mocasines que nos trataba como basura y vigilaba que no arrastrásemos los muebles con ruedas tuviese que meter él solo lo que quedaba. Nosotros nos sentimos pobres pero libres, confiando en que alguno de los currículums con enlace al episodio funcionaría.

Al día siguiente nos despertamos con las agujetas de un flipado que prueba todas las máquinas de un gimnasio en su primer día y una aparente mala noticia. El servidor de nuestra página web se había caído y no había posibilidad de recuperarla por más que pulsáramos el F5. Compartimos los tres un café bastante amargo, maldiciendo nuestra suerte y asumiendo que perder el trabajo había sido una enorme cagada porque el pico de éxito de *Malviviendo* se había apagado ya. Entonces alguien me llamó al teléfono, era Javi Lería y contesté suponiendo que acababa de encontrarse la página caída.

—¿Has visto lo que ha pasado? —No entendí su tono de mañana de Reyes.

—Sí, tío. Qué putada.

—¿Putada? —En ese momento no sabía de qué me estaba hablando.

—Yo me refiero a lo de que se cayó la página.

—¿Sabes por qué ha pasado, imbécil?

—No…

—Porque ha entrado tanta gente a la vez, que la web no lo ha soportado.

Javi me iba explicando lo ocurrido y yo iba repitiendo sus palabras en voz alta para que Antonio y Tomás se fuesen enterando también. Me encantó ver cómo sus muecas pasaban de la depresión a la euforia porque pude imaginarme la mía. Aquel día, unas cuantas páginas famosas de enlaces, habían compartido nuestro capítulo. Algunas gigantes desconocidas para nosotros en aquel momento como Alt1040 y otras que eran ya una parte importante de mi vida como Yonkis.com. Nos habíamos viralizado sin tener ni puta idea de lo que significaba esa palabra.

Pasó todo muy rápido, sólo recuerdo que fue un día de celebración, de gastarnos el poco dinero que teníamos en litros y serranitos para celebrarlo como millonarios. Habíamos experimentado un falso fracaso después del éxito, como cuando te duele la barriga de forma extraña y tras mirar en Internet estás seguro de tener cáncer pero luego descubres que sólo eran gases. Pasara lo que pasara, ya éramos una pandilla de perdedores que habían ganado. Éramos el Leicester en 2016, la maldita Marisa Tomei en los Óscar del 93.

Después de un par de noches durmiendo en el sofá de los chavales, volví a mi casa para compartir también un poco de euforia con Domínguez y Lete. Los cuarenta minutos de pateo se me pasaron volando mientras digería la felicidad de todo lo que estaba pasando. Las mariposas del estómago eran albatros peleando por salir de mi interior atravesando la piel. Entonces, a una calle de mi portal, un chaval con mala pinta me llamó desde lejos. Pensé que ni siquiera un atracador iba a conseguir torcerme el día. Mientras se acercaba coloqué mi cuerpo recordando la hostia con la que me había librado del último ladrón que me asaltó en la calle. El tipo aceleró el paso, sonriente.

—Perdona, una pregunta. ¿Tú eres el chaval ese del vídeo de Internet?

—¿De... *Malviviendo*?

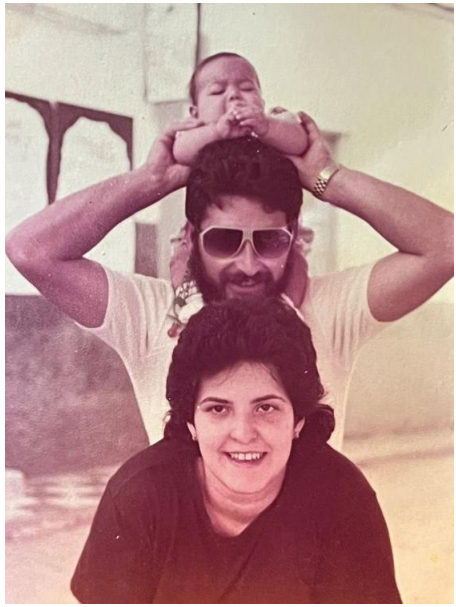
—Eso. Eres tú, ¿no? Quillo, guapísimo. Me he meado de risa, loco. Enhorabuena.

El tío me estrechó la mano y sentí que le temblaba por los nervios. Me quedé unos segundos quieto viéndolo marchar y procesando lo que acababa de pasar. Esa sigue siendo la sensación más extraña que he vivido. Que un chaval que representaba físicamente aquellos a los que tuve miedo de niño, a mis malas influencias adolescentes, a Juan el Banana y a mis enemigos en general, acababa de tratarme como si yo fuese alguien. Como a un famoso a punto de comerse una lata de berberechos robada.

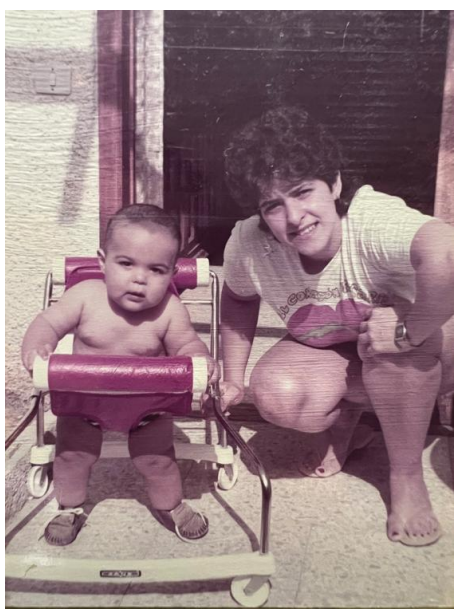
Me costó mucho dormirme esa noche por los albatros. No paraba de mirar cómo seguían creciendo las visualizaciones sin terminar de creérmelo, acabábamos de llegar a las cien mil visualizaciones. Las comprobaba cada cinco minutos para asegurarme de que era verdad, de que mi juego preferido se había convertido en algo muchísimo más grande que mis sueños más ambiciosos. Me había contactado un

periódico nacional para hacerme una entrevista al día siguiente y le daba vueltas a cómo seguir adelante con un proyecto que nació para ser sólo un piloto.

Entonces me llegó un SMS de Antonio que lo resumía todo con sólo cuatro palabras: «Hemos superado a *Spiderman*».



David, Miguel y Mary.



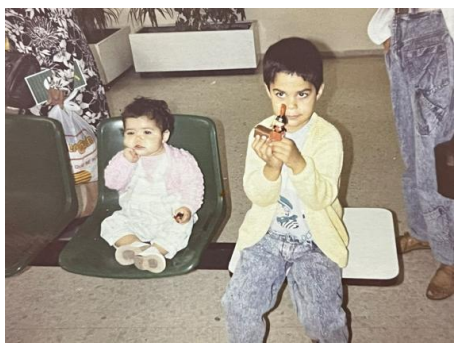
Con mamá y el corte de pelo para pincharme en alguna vena que mis rollizos brazos impedían encontrar.

Con papá en Lanzarote, el día que me senté en un volcán.

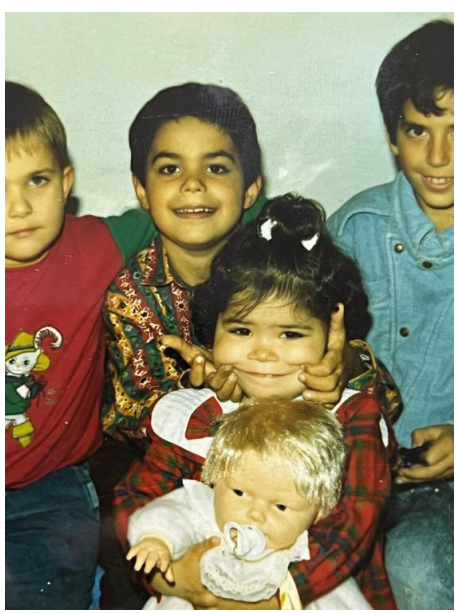
En Lebrija con mis dos abuelas, Mari y Eva. Andalucía y Cuba.

Apuntando maneras.

Mi tío Jesús que me enseñó a pronunciar la erre y Sinforoso, el gato que me enseñó a caminar.



En el mundo real con mi hermana. En el mío con un pirata.



Haciendo reír a Esther. A la fuerza, eso sí.

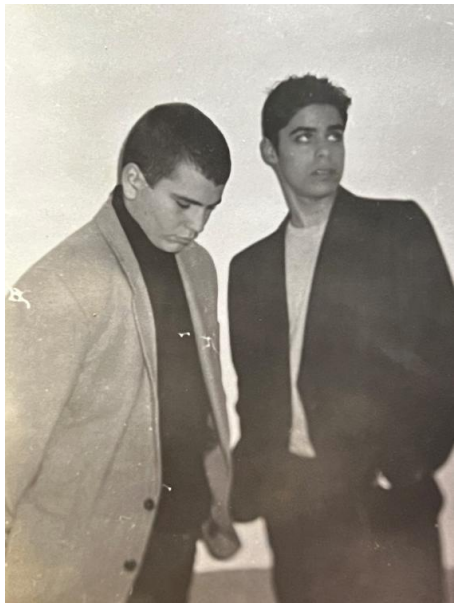
Postal costumbrista de domingo.

Mañana de Reyes en casa.

El barrio desde la ventana de mi habitación.

Mi chaqueta de almirante y la micro corbata ridícula.

El niño invisible que cazaba dinosaurios imaginarios.

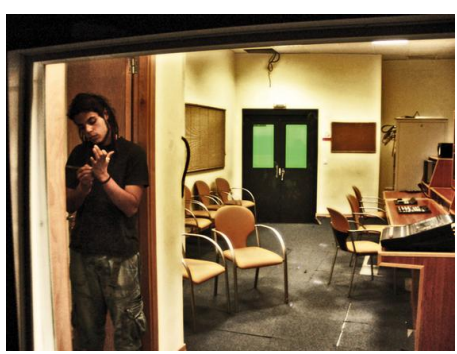


Con Pepe cuando fuimos gánsteres de quince años.

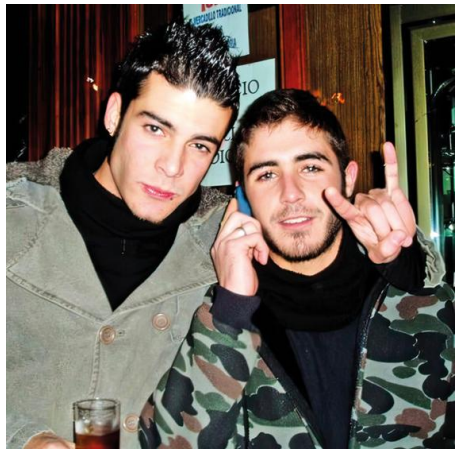
Los chicos del barrio.

Mutando a Michael Jackson en Fuerteventura.

Brainstorming cannábico lebrijano con el Chino. Pariendo a Petaman.



En la sala de realización de la CEA, donde estudié en Sevilla.



Antonio y Tomás cuando los conocí. Vaya ojitos me traían, ¿eh?

Jorge y Javi Lería. La señora es su abuela Elisa, que no tiene nada que ver pero no había mejor foto de sus nietos aquella época.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04.

© David Sainz, 2023
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach © Editorial Planeta, S. A., 2023
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.planetadelibros.com
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023
ISBN: 978-84-9998-973-0 (epub) Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!